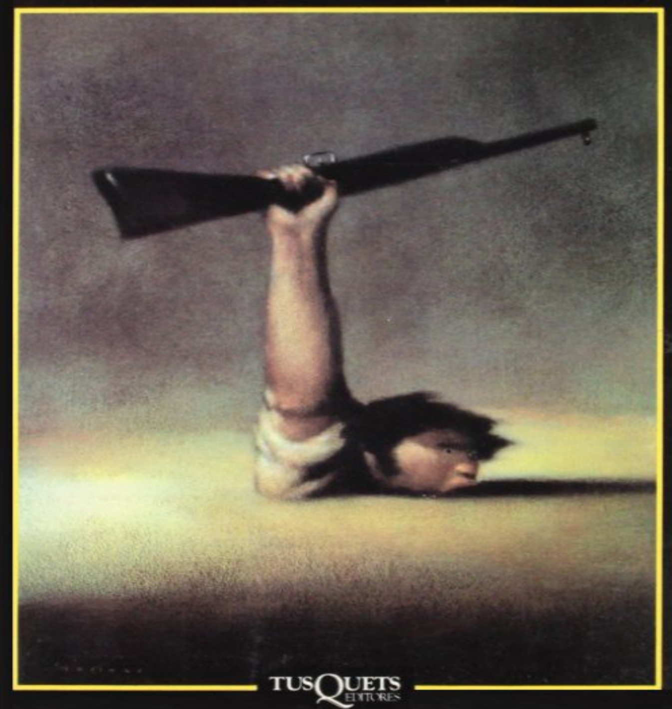
Jorge Masetti

EL FUROR Y EL DELIRIO

Itinerario de un hijo de la Revolución cubana

colección andanzas

Memorias



El furor y el delirio

Itinerario de un hijo de la Revolución cubana

Jorge Masetti

Edición a cargo de Elizabeth Burgos

1.ª edición en colección Andanzas: marzo 1999

1.ª edición en Fábula: enero 2004

Diseño de la colección: Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: detalle de *A World in Conflict* (1985), de Brad Holland, óleo sobre tela.

ISBN: 84-8310-936-0

Entremezclados el furor y el delirio,
van a romper su oscura clara de huevo,
ni una antigua edición ni una piel nueva,
ni las flechas para un aprendido martirio.

Se destruye una antigua flecha, la punta
se enemista con la fantasmagórica coraza,
la parábola de los extremos junta
y el insomne siguió trabajando la hilaza.

Aquí hay dos irreconciliables, armados de bronce duro,
el brazo se petrifica, el brazo más maduro
pende como las pesas del reloj de la torre.

El furor y el delirio, cada uno va a buscar su caballo.
Tiene que dividirlo la agujeta del rayo
y unirlo el trueno que los borre.

José Lezama Lima, «Enemigos»
8 de abril de 1972

Prólogo

Tres instantáneas le bastaron a Jorge Masetti para resumir, a manera de introducción, la trama de su vida: «Nací en Argentina. Crecí en Cuba. Hoy vivo en París». Así comienza este relato de vida y esta novela de aventuras, cuyos personajes y hechos tienen todos que ver con la realidad. Quedó pendiente, sin embargo, la historia misma del libro y las razones que llevaron a Jorge Masetti afincarse

en París. Es el episodio que cierra un ciclo en la vida de aventuras de este hijo de la Revolución cubana.

Todo comenzó con una llamada telefónica de México. Por aquel entonces, 1990, yo vivía en Sevilla con mi hija aún adolescente. Mi cargo de directora del Instituto francés en aquella ciudad y las tareas relativas a la celebración del V Centenario me mantenían alejada de los acontecimientos domésticos de América Latina. Desde Sevilla, aquel continente aparecía acicalado con los afeites necesarios para el gran acontecimiento festivo; su parte trágica quedó, momentáneamente, silenciada.

—Te ha llamado de México un amigo; está muy angustiado, es muy urgente, se llama Jorge Masetti.

Así me acogió Laurencia aquella tarde a mi regreso del trabajo.

Las palabras de mi hija me devolvieron a mis años en Cuba; reviví también el juicio a Arnaldo Ochoa y a Tony de la Guardia, tras el cual fueron fusilados, impregnando la casta que dirige Cuba de ese olor repulsivo que dejan los asesinatos programados; presentados como rituales de exorcismo colectivo, pero que no son más que la máscara tras la cual los verdaderos culpables intentan disimular la pérdida definitiva de su

honor.

En realidad, Jorge Masetti no era mi amigo, es más, nunca nos habíamos encontrado, lo conocía de nombre, pero sobre todo sabía de su padre, el célebre Ricardo Masetti, fundador de Prensa Latina, muerto en el intento de establecer una guerrilla en Salta. A la que sí conocía era a Ileana de la Guardia, la mujer de Jorge Masetti. La vi por primera vez cuando ella apenas tenía cuatro años; cuando recién llegada a Cuba me presentaron a su padre, Tony de la Guardia, y a su madre, Lucila Fernández. Con ellos la afinidad fue recíproca y desde entonces quedamos atados por la amistad, rara

en aquella época cubana, porque se situaba por encima de los tópicos del momento —la lucha armada, el internacionalismo—; una amistad que perduró pese a mi distanciamiento de Cuba.

La pareja no podía ser menos sui géneris. Tony, en aquella época, tenía ya bien establecida su reputación de guerrero, de «bravo»; ya andaba por la vida rodeado de una aureola de héroe, una reputación que en aquella época en Cuba situaba en la cúspide del prestigio social. Lucila, que al igual que Tony, provenía de una familia de la alta burguesía habanera, era una bellísima mujer, el prototipo de la

criolla: pálida, grácil; de esas mujeres cuya vida debería transcurrir en la quietud de un patio, vestidas con una bata de holán y encajes, abanicándose en su mecedora de mimbre, protegiéndose de las inclemencias del sol, esperando a que decline el día para aventurarse a exponerse a la intemperie. Pero no, Lucila era revolucionaria, había permanecido en la isla mientras su familia se marchaba a Miami; era marxista y profesora de estética en el Departamento de Filosofía. Luego, cuando descubrí que Tony era también pintor, comprendí lo que los unía.

En pocas palabras, Jorge me

explicó que Ileana y él, después del fusilamiento de Tony y de Ochoa, habían conseguido, tras haber salvado enormes obstáculos, salir de Cuba con la condición de que permanecieran en México. Que ellos deseaban venirse a España porque la situación en México se les había tomado insoportable, pero que el consulado de España en México les había negado el visado; me pedía que se los gestionara desde España. Además, me pidió que los acogiera en mi casa.

Gracias a un amigo que poseía un alto cargo en el gobierno en Madrid, logré obtenerles el visado.

Luego, ya en Sevilla, Jorge me

contó que el visado español no fue la única dificultad que encontraron para trasladarse a Europa. Tuvieron que salvar un obstáculo mayor: abandonar México sin que se percataran las autoridades de ese país, puesto que ciertos funcionarios de los Servicios de Seguridad de México, siguiendo instrucciones de La Habana, mantenían un control absoluto sobre ellos, impidiéndoles, en particular, la salida del país. Hecho que se explica por las estrechas relaciones que mantienen, tradicionalmente, ciertos miembros de los servicios mexicanos de seguridad con la Seguridad cubana. Gracias a su entrenamiento como agente y a su

experiencia de profesional de la clandestinidad, Jorge e Ileana pudieron burlar la vigilancia y embarcarse rumbo a España.

Llegaron a Sevilla en plena feria de abril; pero ellos no estaban para fiestas. Ileana, tal vez por su juventud, por el hecho de no haberse involucrado nunca en tareas subversivas, tal vez por poseer cierto grado de estoicismo, pese al terrible dolor que aún la embargaba por el fusilamiento de su padre, reaccionó rápidamente y hasta emprendió cursos de francés. Al contrario de Jorge, herido profundamente y aquejado de una depresión que lo inmovilizaba, se le

veía como a un animal herido en lo más hondo de su ser.

Tal vez la aproximación del verano, el perfume del azahar, la profusión de flores, contribuyeron a que Jorge recobrara cierto gusto por la vida; poco a poco se le veía renacer. Para entonces ellos ya se habían integrado en mi vida; ya formábamos una familia. Mi hija, feliz de llenar con Jorge el vacío del padre, y con Ileana, el de la hermana que no tuvo.

Desafortunadamente, aquel equilibrio se rompió de forma violenta por la crueldad de los medios de comunicación. Cuál no sería mi sorpresa cuando una mañana leo en El

País, en los titulares y en primera página, que un agente cubano se encontraba en Sevilla protegido por la directora del Instituto francés. A continuación, como era de esperar, se desencadena la rutina inherente a estos casos: intervención de los servicios de inteligencia españoles y de la policía; claro, era cierto; no se trataba de turistas ordinarios. Dado mi cargo, cuasi diplomático, y el problema de seguridad que se planteaba, era evidente que Jorge e Ileana no podían permanecer en Sevilla. Fue así y por esa razón por lo que se marcharon a París; lugar más neutro que España en cuanto a asuntos cubanos se refiere, y

donde lograron instalarse en paz.

Ya desde Sevilla me había percatado de la necesidad de Jorge de desembarazarse de la carga que llevaba a cuestas. Ya desde entonces comenzó a tomar cuerpo la idea de que plasmara en escritura aquellas reflexiones que el derrumbe de su mundo le iba sugiriendo.

Gracias a la solidaridad de algunos amigos, Jorge pudo dedicarse a la escritura de esta suerte de catarsis que le ha permitido encaminarse por una nueva vida. Emprendió un aprendizaje arduo que lo condujo a cuestionarse hasta llegar a lo más hondo, hasta atentar contra el orden mítico de la

heroicidad. A descender del destino altivo del héroe, a despojarse de la doble paternidad que lo asfixiaba: la de su padre, héroe mítico, y la del no menos mítico Che Guevara. Retomó el hilo del afecto y de las relaciones truncas; buscó el reencuentro con sus hijos, abandonados por dedicarse a la causa de la Revolución. Recobró la paz interior, emprendió los pasos que lo condujeron a forjarse su propio destino, rompiendo con el que le habían trazado de antemano. Todo ello no fue una tarea fácil; pasó por toda suerte de altibajos: a un héroe no le es fácil aprender la humildad que requiere acercarse a lo humano.

Elizabeth Burgos,
7 de enero de 1999

Nací en Argentina.

Me crié en Cuba.

Hoy vivo en Francia. No sé por cuánto tiempo.

Me cuesta pensar en el mañana.

Vi cosas hermosas y otras que no hubiese querido ver jamás. Creí en la utopía. Es posible que todavía crea, no lo sé. Las heridas son recientes.

Es fácil convertirse en corsario. Basta con creer en una causa y en un

monarca que te utilice. El monarca pretende encamar la causa y se eleva por encima de nosotros, los corsarios, condenados desde el inicio a morir solos, con un loro al hombro, un ojo de menos y una pata de palo.

Sin historia.

La causa se va alejando de sus orígenes y se aparta de sus objetivos. Mantener el poder del monarca se convierte en un fin en sí, pero me equivoco de rumbo. Si continúo, no me van a entender. Debo explicarme mejor.

Es necesario contarlo todo.

Es decir, violar la ley de los corsarios.

1
La verdadera traición
La Habana, junio de 1989

Hacía poco, menos de un mes, había regresado de Angola, donde había permanecido cuatro meses. Aquél no fue

un viaje como los que realizaba habitualmente; siempre había partido solo, de forma clandestina, bajo una falsa identidad, encargado de misiones delicadas, de «operaciones especiales», pero esta vez había viajado legalmente, incluso acompañado de Ileana, mi mujer, representando a una empresa comercial.

En cuanto llegué a La Habana fui a entrevistarme con el coronel Antonio de la Guardia —Tony para los amigos— mi jefe, que además de amigo, era mi suegro. Como siempre, me recibió sonriente, diría que hasta más contento que de costumbre, y nos instalamos en el patio de su casa, bajo una hermosa enredadera que él mismo había

plantado, y que era donde solíamos encontrarnos cuando teníamos que tratar de asuntos delicados. Al patio se llegaba después de atravesar la terraza donde Tony había colgado los lienzos de su propia cosecha que se había reservado para su colección particular, producto de su temprana vocación de pintor, que siempre compaginó con sus actividades militares.

—Ya no tendremos que jugar más a los empresarios. Por suerte he sido relevado de las funciones comerciales y sólo tendré que ocuparme de las tareas operativas especiales. Tú también vendrás a trabajar conmigo a esa sección —lo dijo sonriente, pues sabía

que a mí tampoco me gustaba el trabajo comercial. (Tony se refería a la decisión de Fidel, quien, ante la crisis económica, decidió emplear la experiencia internacional y operativa que habíamos adquirido los revolucionarios profesionales en actividades comerciales con el fin de obtener divisas.)

Ya en reiteradas oportunidades le pedí a Tony que me ubicara en las tareas que ahora me estaba proponiendo.

—Descansa unos días y ten lista tu documentación, pues pronto saldrás para España, donde montarás una base de operaciones. Después te daré más detalles —me dijo concluyendo la

conversación.

Me quedé intrigado; me hubiera gustado averiguar en qué consistirían esas misiones especiales, pero no le pregunté nada, acostumbrado como estaba a esperar instrucciones en lugar de explicaciones cuando se trataba de ese tipo de trabajo.

Luego nuestra conversación tomó un giro más familiar al unirse a nosotros Mari, su mujer, e Ileana, la mía. Él se mostró particularmente afectuoso con Ileana. Hacía meses que no la veía, pues ella había viajado conmigo a Angola, no como hija del coronel Tony de la Guardia sino como la mujer de uno de sus oficiales, sin gozar de ningún

privilegio especial, como suele ser el caso cuando viaja algún familiar de un miembro de la cúpula del poder. Ileana había trabajado conmigo a pesar de que, en un principio, Tony se hubiese mostrado reticente al viaje y manifestado temores de padre. Pero no consiguió disuadirla.

—Mari, trae un traguito para que brindemos al mismo tiempo por el regreso y la boda de ambos —le dijo mi jefe a su mujer.

Cuando nos casamos, unos días antes de salir para Angola, él no pudo asistir a la boda porque estaba en viaje de trabajo. Ahora parecía feliz, orgulloso de su hija; la abrazaba y la besaba con

mucho cariño, como si tratara de recuperar el tiempo que no le pudo dedicar cuando era niña por sus constantes misiones secretas en el extranjero, tan secretas que ni siquiera le permitían escribirle. Ahora la tenía a su lado y la mimaba, le daba lo que no había podido darle anteriormente y lo que nunca más —aún no lo sabía— le podría dar.

Después de ese encuentro tan emotivo nos fuimos a casa de Patricio, el general Patricio de la Guardia, hermano gemelo de Tony. Con él habíamos mantenido más contacto últimamente; era el jefe de la misión del Ministerio del Interior cubano en

Angola, donde acababa de pasar tres años, y había regresado a La Habana apenas unos días antes que nosotros.

—¿Ya hablaste con Tony, Terrorista? —Así me llamaba cuando bromeaba—. Debes de estar muy contento. Vas a poder hacer lo que te gusta —dijo golpeándome el hombro.

Era su manera habitual de saludarme. Evidentemente, estaba al tanto del trabajo que desempeñaríamos.

La conversación con él era menos formal; no era mi jefe directo y, además, debo confesarlo, lo había adoptado como padre —al mío lo había perdido hacía mucho tiempo—. Patricio me trataba como a un hijo mayor, quizá

porque podía conversar, mostrar dudas, dejar de ser general por un momento. Le pregunté si sabía cuáles serían nuestras misiones y respondió con una carcajada.

—Ahora sí que se volvieron locos. Tienes que montar una base operativa en España para actuar en Estados Unidos. Figúrate que el primer objetivo es hacer volar el globo de transmisiones de TV Martí.

Me quedé frío. Una cosa era operar en América Latina, donde ya había trabajado, incluso en Europa o Africa, y otra en Estados Unidos, teniendo además como objetivo TV Martí. Imaginaba los controles de los americanos sobre ese proyecto millonario del gobierno

estadounidense, destinado a enviar a Cuba una señal televisiva con el propósito de difundir programas de información y propaganda contra la revolución, contra Fidel Castro. El sistema de protección debía de ser impresionante. Sin embargo, sabía que bajo la responsabilidad de Tony todo saldría bien. En más de una oportunidad había cumplido misiones tanto o más peligrosas que ésta y siempre había regresado victorioso. Era, sin duda alguna, el hombre más cualificado para dirigir esta operación.

Por otra parte, me sentí contento. Si me habían elegido era porque la revolución confiaba en mí, Tony

confiaba en mí, Patricio confiaba en mí; me había ganado el derecho a participar en una misión tan delicada. Antes de despedirnos, quedamos en cenar con su mujer e Ileana.

Vino a recogernos hacia las ocho. Traía un bolso que yo le había prestado para su regreso de Angola. Al mismo tiempo me entregó 10.000 dólares que Tony me enviaba para los primeros gastos cuando me instalara en España. Después de guardar el dinero nos fuimos a un restaurante, y esa noche Ileana y yo decidimos dormir donde los abuelos de ella. Los abuelos eran los padres de Tony y de Patricio; ellos eran el eje de la familia. El abuelo creía mucho en la

revolución. La abuela Mimí era una señora como las de antes; seguía a su marido y buscaba lo mejor para su familia. Eludía todo tipo de discusión o polémica que perturbara el clima familiar; convirtió su casa en una isla dentro de la isla al lograr que no se politizaran las relaciones entre los miembros de la familia.

A la mañana siguiente, cuando regresamos a casa, advertimos que el departamento había sido registrado, pero era extraño que los intrusos no robaran nada, incluso dejaron todo como estaba para que no quedara rastro alguno de su paso por allí. Lo que no previeron es que, por costumbre, y para no perder

la práctica tantas veces aplicada en hoteles en el extranjero, yo siempre dejaba alguna señal para verificar si alguien entraba en mi ausencia. Tan sólo era un hábito, casi un juego, sobre todo en Cuba, mas esta vez no cabía duda: alguien había visitado el departamento.

De inmediato fui a casa de Patricio y le comenté lo sucedido. Riéndose, me contestó:

—Terrorista, no te olvides de que estás en Cuba. ¿Quién te va a registrar aquí? No estás ni en Argentina ni en Colombia. Estás en Cuba. Éste es nuestro país, nuestra retaguardia. Déjate de paranoias.

Realmente, lo que decía tenía lógica.

Sin embargo, estaba convencido de que habían entrado y de que no se trataba de ladrones, no faltaba nada, ni mis armas ni dinero.

Intranquilos, esa misma tarde nos fuimos Ileana y yo para la playa, a la casa de una tía abuela suya. Teníamos que regresar a los tres días para el cumpleaños de Patricio y de Tony. Hacía años que no lo festejaban con la familia, pues apenas coincidían los dos en La Habana. Se presentaba una oportunidad única de celebrarlo con sus padres e hijos, como no habían tenido ocasión de hacerlo en mucho tiempo.

Durante esas cortas vacaciones, varias veces me pareció ver, en distintos

lugares, un auto blanco con los mismos rostros en su interior, pero no le di mucha importancia. Quizá Patricio tenía razón y tantos años de rigor clandestino habían terminado por volverme algo paranoico, pero es cierto que en todo aquello había algo extraño, aunque ¿de qué podía dudar? Estaba en Cuba.

La última noche que pasamos en la playa, Ileana se la pasó llorando, decía que sentía que algo horrible estaba a punto de suceder. Siempre me he dejado guiar por los presentimientos propios o ajenos, así que comencé a inquietarme pensando que la operación en Estados Unidos iba a resultar mal, que tal vez mataran a alguno de nosotros en Cuba,

¿qué podía pasar?

Tendríamos que haber llegado puntuales a la hora del almuerzo, pero se nos hizo tarde. Como era martes 13 y yo soy muy supersticioso, preferí conducir despacio. Hice en tres horas el trayecto que habitualmente recorría en una hora y media.

Era el martes 13 de junio de 1989.

Cuando llegamos a casa de los abuelos, ya estaba toda la familia y sólo faltaban Tony y Patricio, Mimí estaba furiosa.

—¿Cómo es posible que, después de tantos años de separación, estos muchachos me dejen con el almuerzo

preparado el mismo día de su cumpleaños?

Popín, el abuelo, a pesar de sus ochenta y nueve años, se mostraba más paciente. Le decía que esperara, que seguramente los había retenido algún trabajo urgente. Ya eran casi las cuatro de la tarde y ninguno de los gemelos había llegado. La situación era preocupante o, al menos, anormal. El mal humor de la abuela empeoraba, y yo también empecé a inquietarme.

Martes 13, día funesto...

Decidí ir con Ileana a casa de Patricio, que era la más cercana, para averiguar algo. Tocamos el timbre varias veces. Extrañamente, todas las

ventanas estaban cerradas, lo que nos impedía mirar hacia el interior; al rato nos abrió un mulato alto, vestido de civil, pero con inconfundible aspecto de policía. Comprendí que la situación era grave, y con tono solemne pregunté por el general, y no por Patri o Patricio, como siempre lo llamaba. En lugar de responder nos preguntó quiénes éramos; no supe qué contestar, no entendía nada.

Y nos llegó la voz de la mujer de Patricio.

—Déjelos pasar que son la hija de Tony y su marido. —Se levantó para recibirnos, llorando—. Tony y Patri están presos en Villa Marista.

Villa Marista es, ni más ni menos, la

sede de la policía política, donde encarcelan a los disidentes.

—No sé qué pasa, no sé qué está pasando.

Jamás podré olvidar la imagen del interior de la casa. Todo estaba tirado por el piso. Un grupo de cinco o seis hombres registraba y husmeaba cada rincón, me impresionó sobre todo ver tirados, entre cosas sin importancia, tantos símbolos revolucionarios; allí regados por el suelo y pisoteados, estaban los uniformes verde olivo y de camuflaje utilizados en tantas campañas, y los grados de general, las condecoraciones ganadas en misiones internacionalistas, las armas, incluso un

retrato enorme del Che Guevara bajo el que nos fotografiamos Ileana y yo el día de nuestra boda, como queriendo sellar, a pesar de nuestras dudas, el compromiso de seguir luchando por la revolución.

No pude ver más; me bastaba.

En mi cabeza y en mi pecho se clavaron mil agujas; sentía que masticaba vidrios, que olfateaba podredumbre. Entre los símbolos vi, por un instante, el cadáver de mi padre, el de mis compañeros: Santiago, Pedro Pacho, Belomo... Estaban todos allí, ensangrentados, pisoteados.

Y, de nuevo, no sabía qué decir, o no podía, me sentía incapaz de articular

palabra. Sin pensarlo, balbucí:

—¡Esto es increíble...!

Pero la voz del mulato me devolvió a la realidad.

—¿Por qué increíble? ¿Es que tú no confías en la revolución?

¿Confianza en la revolución?

Por el momento no tenía nada que responder.

Pero ¿qué es la revolución? De ninguna manera el fetiche en nombre del cual la razón de Estado pronuncia y ejecuta sus sentencias. Principios, proyectos, sueños, puede ser. Hombres y mujeres de carne y hueso que los representan, que han luchado por ellos. Hombres y mujeres que por ellos han

muerto tantas veces.

¿Y qué es la confianza? ¿No se trata de una nueva forma de hipócrita fe religiosa que hace creer en lo increíble? Apelar a la confianza significaba querer imponernos silencio cuando en realidad se trataba de ser fieles a nuestros ideales. Ideales que se apropiaron de mi vida aquella tarde de mayo en La Habana, cuando el comandante Manuel Piñeiro me anunció la muerte de mi padre, aboliendo de un golpe mi infancia.

¡Que nadie venga hoy a hablarnos de delación o de traición! Nada podemos decir de lo que no esté ya en

conocimiento de nuestros enemigos. No es preciso revelar nombres que deben quedar aún en el anonimato. Mas, testimoniar con lealtad, contar con sinceridad, es seguir siendo fiel.

La verdadera traición sería guardar silencio.

Silencio que consolida y perpetúa la injusticia.

2
«El hijo de Masetti»
La Habana, mayo de 1965

Era una de esas tardes calurosas y húmedas del mes de mayo en La Habana, cuando el perfume insinuante

del mango lo impregna todo sin mesura.

Posiblemente corría yo detrás de una pelota, o de una lagartija asustada. Tal vez sólo trataba de cazar una mariposa, no lo recuerdo muy bien pero carece de importancia.

Cautivado por mis juegos y embriagado por el aroma de la tarde, no noté hasta pasado un rato que el comandante Piñeiro[1] me hacía señas desde la puerta de su casa. Desde mi perspectiva de niño de diez años, el personaje resultaba imponente y, a pesar de vernos muy a menudo y de su trato afable y familiar, debo confesar que me impresionaba como esos Papá Noel enormes que circulan por los centros

comerciales cuando se acerca la Navidad; sólo que éste no vestía de rojo, sino un impecable uniforme verde olivo y, en lugar de una barba blanca, ostentaba una crecidísima barba roja. Piñeiro aparecía ante mis ojos como el comandante rodeado del aura de prestigio que confiere ese rango en Cuba, pero también como un padrino que suplía la ausencia de mi padre; se ocupaba de los problemas prácticos de la familia; incluso de los problemas escolares. Vivíamos muy cerca y eso facilitaba el contacto. Los fines de semana, a su hijo de mi misma edad y a mí nos llevaba al cine —es decir, a las proyecciones privadas que realizaba el

ICAIC todos los domingos para los hijos de los dirigentes— o a la playa; cuando no podía hacerlo él, lo hacía su mujer, Loma, una bailarina norteamericana con la que se había casado cuando estudiaba en Estados Unidos.

—Pasa, Masetón, que necesito hablar contigo —me dijo con una sonrisa incitante.

Por mi cabeza pasaron, como en una película, todas las maldades que llegué a cometer en los últimos días, mis ausencias o atrasos en la escuela, más todo lo que pudiera reprochárseme. Su actitud solemne y el hecho de que me hiciera pasar a su despacho, sobriamente amueblado, me indicaban

que se trataba de algo fuera de lo común, y si no grave, al menos trascendente.

Sin mayores preámbulos, dijo que como ya debía saber, en América Latina se estaba luchando contra el imperialismo; y que en esa lucha se triunfa o se muere. No entendía muy bien por qué me explicaba aquello pero le escuché muy atento. Presentía que se trataba de algo muy serio.

—Tu padre comandaba la guerrilla en Argentina y, por los informes de compañeros que han sido detenidos y otras fuentes, tenemos la confirmación de su muerte. Aún no sabemos bien en qué condiciones. Sólo sabemos que

estaba solo y que se perdió en el monte sin ninguna posibilidad de sobrevivir.

Piñeiro siguió hablando, pero ya no le escuchaba. En mi mente de niño se agolpaban toda suerte de imágenes. Mi padre batiéndose solo contra las fieras, macheteando monte, o en la cima de una montaña, tendido al sol sonriente pero sin vida. Enseguida construí la fantasía de que no había muerto, de que seguramente algún campesino lo había encontrado y él estaba escondido para reaparecer de repente sin avisar, igual que cuando se fue. Recuerdo aquella tarde, la última vez que lo vi: fue en mi fiesta de cumpleaños, se pasó la tarde conmigo, me trajo de regalo una piscina

de plástico; yo tenía apenas siete años. Al despedirse me anunció que se iba a la Unión Soviética a realizar un curso. Le pregunté el tiempo que duraría su ausencia; dos o tal vez tres años; ésas fueron la últimas palabras suyas que conservo.

Recuerdo que ni siquiera lloré y que, sin pensarlo, le mentí. Le dije a Piñeiro que ya lo sabía. Fue mi manera de proteger a mi padre, de mantenerlo vivo, y era mejor que lo creyeran muerto, pues en mi fantasía de niño yo era el responsable de esconderlo.

Adoptando una actitud madura, le pregunté cuándo había sucedido.

—Calculamos que fue en abril del

sesenta y cuatro, el año pasado. Como no teníamos todos los datos, y por razones de seguridad, consideramos que no era oportuno avisar a sus familiares —dijo aspirando nerviosamente su cigarro.

En ese momento, mi ingenuidad infantil no me permitió prever la cantidad de cosas que me ocultarían en el futuro «por razones de seguridad».

Salí corriendo de su casa. No recuerdo ni cómo nos despedimos. Los ciento cincuenta metros que me separaban de mi casa los recorrí sin detenerme, sin reparar en nada; no pesqué ningún renacuajo en la fuente de la casa verde, no le tiré piedras a las

gallinas del vecino Alfonso ni me detuve frente a la casa de Teresita para asustarla con historias de fantasmas. Necesitaba llegar para contarle todo a mi madre.

—Vieja, vieja, Piñeiro me dijo que papá está muerto —le espeté sin ninguna delicadeza.

La pobrecita ya lo sabía, pero le había faltado valor para decírmelo. Mi hermana mayor, confidente de mi madre, también estaba al tanto. Las dos se echaron a llorar. Yo había sido el único ajeno al dolor de mi familia, tan sólo había notado que mi madre, en los últimos días, había estado muy triste, pero, honestamente, no me había

preguntado por qué. Era su estado habitual desde que mi padre se separó de ella.

La noticia se hizo pública a los pocos días; se inauguraron escuelas con su nombre, los periódicos hablaban de él, y supuestos amigos contaban anécdotas que probaban lo bueno que había sido. Yo seguía sin imaginar las nefastas consecuencias que esto me acarrearía.

Dejé de llamarme Jorge para convertirme en «el hijo de Masetti».

—Masetti, ¿no le da pena sacar tan mala nota? ¡Qué diría su padre! —me repetía de forma sistemática la maestra de matemáticas.

Estaba seguro de que él no hubiera dicho absolutamente nada, también él detestaba las matemáticas. Pero, en definitiva, yo era el hijo de... y tenía que ser el mejor en todo. Por supuesto, los resultados fueron lo contrario; si el pelo largo era mal visto, yo lo llevaba hasta los hombros, si los pantalones apretados estaban prohibidos, los estrechaba hasta el punto de tener que ponérmelos con talco. Era mi lucha de adolescente por recuperar mi violada identidad.

En las escuelas de Cuba es costumbre que cada sala de estudios lleve el nombre de un héroe o mártir de la revolución. No recuerdo bien a qué profesor —sin duda a un militante del

partido comunista— se le ocurrió, para obligarme a mejorar mi conducta, ponerle al aula donde estudiaba el nombre de mi padre, pero mi reacción no fue la esperada por el cuerpo docente, y no sólo no mejoré sino que, en un acceso de furia, borré con una piedra el cartelito que con tanto esmero había hecho el profesor. Me llevaron ante un consejo de disciplina, donde me sancionaron por conducta antisocial de tendencia contrarrevolucionaria.

Tenía entonces doce años.

No sé si por tristeza o por problemas neurológicos, o probablemente por ambas cosas, pero la

salud de mi madre fue deteriorándose y comenzó un largo peregrinaje por distintas instituciones psiquiátricas. Su estado era tan grave que desarrolló un incontrolable delirio de persecución, llegando al colmo de hacernos dormir, a mi hermana y a mí, dentro de un ropero para protegernos de atacantes imaginarios. Finalmente, fue internada.

Mi hermana Graciela y yo vivíamos solos o con la esporádica compañía de señoras que venían a casa a hacer las tareas domésticas. Su presencia era tan insignificante para mí, que ni siquiera puedo recordar sus nombres. Mientras tanto, mi madre estaba internada en un centro psiquiátrico reservado a los

miembros del Ministerio del Interior, ubicado en el céntrico barrio del Vedado. Era una vieja casona de aspecto agradable, rodeada de jardines con bancos bajo la sombra de las ceibas. Allí nos sentábamos con ella mi hermana y yo durante las visitas autorizadas, tres veces por semana. Los electrochoques y la cantidad de barbitúricos que le administraban le impedían mantener un diálogo coherente; casi no podía articular las palabras, y menos aún mantener una conversación.

Un día nos dijeron que no podíamos verla. Fue tal nuestra insistencia, y el llanto de mi hermana, que finalmente nos dejaron pasar, aunque con la advertencia

de que no nos impresionáramos. Encontramos a mi madre atada a su cama, casi inconsciente y dando gritos. Nos pedía que la ayudáramos, que la sacáramos de allí.

Nunca he podido borrar esa imagen entre mis incontables pesadillas.

Al mismo tiempo, sucedían hechos que también me impresionaron; la prensa, la televisión y los carteles en las paredes lanzaban sin cesar consignas revolucionarias.

¡Crear dos, tres, muchos Vietnam!

¡El primer deber de todo revolucionario es hacer la revolución!

¡Hacer de la cordillera de los Andes la Sierra Maestra de América Latina!

Los guerrilleros sustituyeron a cualquier otro personaje en los juegos infantiles de mi generación. Todo el pueblo cubano seguía con entusiasmo y pasión el desarrollo de la lucha guerrillera en el continente. La imagen del Che estaba presente en el quehacer cotidiano de cada cubano y lo estimulaba al esfuerzo y al sacrificio. Ya antes de morir había comenzado a convertirse en mito humanamente inigualable.

Su muerte me impactó de un modo profundo.

Me hizo asumir la de mi padre. Recuerdo que, durante la solemne velada que se ofreció en Cuba en

homenaje al Che, lloré muchísimo. Íntimamente fue también la velada de mi padre.

Sí, en efecto, mi padre había muerto. Pero consiguió, a pesar de su corta vida, trascender. Comenzó a presentárseme como algo ajeno. Ya no era mío. Era un héroe incuestionable y, por supuesto, nada familiar. Su abandono carecía de importancia, era insignificante comparado con la envergadura de sus responsabilidades históricas. Para trascender y ser un hombre había que vivir y morir como él. Para mí todo esto fue convirtiéndose en un gran descubrimiento; y más tarde comprendí que el intento de guerrilla de mi padre

en Argentina fue en realidad el primer proyecto ideado por el Che para irse a combatir a América Latina.

El estado de mi madre empeoraba y mi abuela materna vino a visitarnos; no dejaba de lamentarse y de culpar al demonio, a mi padre, a Fidel Castro y a quien tuviera en mente, de lo que le sucedía a su hija. Sin demora gestionó con las autoridades cubanas nuestro regreso a Argentina. La respuesta, por supuesto, no podía ser rápida, ya que las «razones de seguridad» volvían a entrar en escena, aunque fuera por encima de la salud de mi madre.

—En Argentina hay un gobierno

militar. No es oportuno que viajen en este momento. Los muchachos no tienen pasaporte y aquí no hay embajada argentina. De todos modos, hay que consultar el caso con la máxima instancia —decían los representantes del gobierno.

La personalidad testaruda de mi abuela no les dejó tregua. Además de hablar con cuanto funcionario cubano se le pusiera por delante, se encomendaba a todos sus santos y a los que iba adoptando en el Caribe. No sé si fueron los santos o la benevolencia de las altas esferas los que lograron sortear los obstáculos, pero mi abuela, finalmente, logró su objetivo.

En mí se daba una extraña mezcla de temor y alegría. Por una parte, el temor a enfrentarme a algo desconocido y abandonar la seguridad que, indudablemente, Cuba me ofrecía; por otra, la felicidad de conocer cosas nuevas, de tener una familia como todo el mundo, de regresar al lugar al que pertenecía y la ilusión de que, con el retorno, mi madre sanaría.

Me habían llevado a Cuba en enero de 1959.

Tenía entonces tres años.

Regresaba a los catorce.

Detrás dejaba una infancia bastante infeliz, pero también dejaba a mis amigos, mi barrio, mis primeros amores



escolares, Fidel, el Che, y a mi padre...

3
La señorita del quinto Buenos Aires, 1970-1971

Mi llegada a Buenos Aires no estuvo marcada por las fuertes emociones que había imaginado. No faltaron los

consabidos abrazos y lagrimones familiares típicos en esas circunstancias, ni los comentarios tuvieron nada de original.

—Jorgito, ¿nunca te han dicho lo parecido que sos a tu padre? —me decía mi buena y neurótica tía Yolanda con los ojos llenos de lágrimas.

Ponía mi mejor cara de tonto, muy a tono con el momento, para evitar dar una respuesta. Uno tras otro, trataban de encontrarme similitudes con la familia, aunque fuera con el cuñado de mi abuela. Lógicamente, con el tiempo fuimos perdiendo novedad y la vida fue tomando un ritmo normal.

Mi madre, en el nuevo contexto,

experimentó cierta mejoría. Nuestra vida se organizó de la manera más pequeño burguesa. Vivíamos en un lindo y pequeño departamento de la calle Charcas. Por el momento, mi familia se hacía cargo de los gastos y mi hermana y yo empezamos a estudiar y a trabajar en un negocio familiar. Supongo que el hecho de no haber sido consultado en ningún momento acerca de los planes que se tenían conmigo y la rebeldía lógica de la adolescencia, provocaron en mí el rechazo sistemático a todo lo que se me proponía. También se me hizo imposible convivir con mi madre y soportar su enfermedad. Así que primero decidí irme a vivir con un tío, y

después a casa de un amigo que estudiaba medicina y militaba en el Partido Comunista; un hombre de gran bondad, pero para quien yo no dejaba de ser un objeto de observación por haber sido criado en un país socialista. Ante mi familia, siempre traté de justificar mis actitudes como un rechazo al capitalismo. Argumentos políticos que había escuchado en el seno de la familia me sirvieron en más de una oportunidad. Fue quizás en aquel momento cuando surgió en mí una irreprimible tendencia a la autocompasión.

La lectura se convirtió en mi refugio, leí *El lobo estepario*, y el carácter solitario del personaje me impresionó

profundamente, incluso me identificaba con él.

Por las noches deambulaba como un loco por la calle Corrientes, iba de una librería a otra, sentía el tenaz olor a pizza y me dedicaba a observar los diferentes personajes, algunos con aire de conspiradores, otros marginales o provincianos recién llegados que invertían su tiempo en perderlo del modo más barato posible. Me encantaba aquella atmósfera bohemia.

Buenos Aires siempre me ha parecido como esas prostitutas viejas que en un momento fueron preciosas, pero que en el transcurso de los años, y de mucho trasnochar, sólo les queda el

maquillaje; caricaturas grotescas de ellas mismas, que conservan, sin embargo, el encanto de lo que alguna vez fueron.

Mentiría si dijera que tenía grandes preocupaciones: cafés, libros y paseos.

Así puedo definir ese periodo.

Lucía fue lo mejor que me sucedió en esos tiempos. Recuerdo que tenía la costumbre de ir todas las noches a un cafecito que quedaba entre Florida y Corrientes, en el corazón de Buenos Aires. No era particularmente lindo, pero era barato, y sobre el mostrador dejaban una botella de coñac de muy mala calidad, que podía ser consumido gratis; esa ganga me resultaba muy

atractiva. Además, había una victrola con muy buena música, y allí escuchaba *With a tittle help from my friends*, adoptando una estudiadísima pose de rufián melancólico y con aires de estar pensando en cosas trascendentales. No sé si alguien lo creería, pero yo estaba convencidísimo.

Ya a los dieciséis años percibía los placeres fundamentalmente por el olfato, quizá debido al tamaño respetable de mi nariz. Un día sentí un agradable y penetrante olor a pachulí, que me embriagó. El perfume emanaba de una bellísima muchacha de pelo castaño, muy revuelto. Tenía el aire despreocupado y unos ojos capaces de

hacer perder cualquier batalla al más valiente de los guerreros; vestía una túnica blanca hasta los tobillos. Posiblemente por su túnica me vino a la memoria la imagen de Remedios la bella perdiéndose entre las sábanas.

Habló algo con un flaco mugriento —al que de inmediato odié— y se fue tan rápido como había entrado. Pagué el café, mi única consumición en las casi cuatro horas que llevaba allí, y empecé a seguirla a cierta distancia, con la decisión —frustrada de minuto en minuto— de decirle algo.

Tomó la calle Corrientes rumbo al obelisco, se paró delante de una vidriera —yo también me detuve, sin acortar la

distancia—, volvió a caminar y, después de pasar la avenida 9 de Julio, entró en la lechería El Ramos, un viejo y tradicional boliche con mesas de mármol. Pidió una ginebra. Me senté en la mesa de al lado y pedí un agua mineral, que era lo más barato, me devanaba los sesos buscando cómo podría abordarla, y tan absorto estaba en mis pensamientos seductores que casi se me escapa. Por suerte, para salir tenía que tropezar necesariamente con mi mesa. Fui corriendo detrás de ella. Al llegar a la intersección de Callao se detuvo. Yo me paré como un poste.

Con el mayor desparpajo y con cara de pocos amigos, me dijo:

—¿Qué hacés desde hace más de media hora siguiéndome como un boludo?

Si algún automovilista me hubiera mirado, hubiera frenado en seco pensando que mi cara era la luz roja del semáforo.

—Creo que te conozco —balbucí.

Mi respuesta fue tan poco original que se echó a reír. Mi confusión debía de transmitir un aire tan lastimoso, que se enterneció y me invitó a tomar un café. Yo no sabía qué hacer. Ya había gastado en el agua mineral las pocas monedas que tenía para pagar el bus de vuelta a casa.

—No tengo un mango —le dije con

ganas de que la tierra me tragara en ese instante.

—No importa. Yo pago.

Las cosas salían tan bien que parecían estar concertadas por el mismo Dios.

Tenía diecinueve años, estudiaba sociología, pero aquel año no se había matriculado porque quería ir a Brasil. Por mi parte, mintiendo descaradamente, le dije que tenía dieciocho y que al año siguiente comenzaría mis estudios de historia. No sé cuántas ginebras tomamos ni cuántas horas hablamos, pero sé que fueron muchísimas y lo conversamos todo.

Le resultó gracioso que me hubiera

criado en Cuba y empezó a llamarme «Cubanito». Yo sólo atinaba a mirar sus ojos castaños, igual que su cabello, pero con unos reflejos rubios que le daban un brillo encantador.

Del bar salimos alrededor de las cuatro de la mañana. Me ofrecí para acompañarla; vivía en Juncal y Junín, a unas diez cuadras de donde nos encontrábamos. En un acceso de audacia total le tomé la mano y ella aceptó con naturalidad. Debo confesar que ya a esas alturas estaba completamente enamorado y que soñaba con vivir junto a ella para siempre.

Al llegar me preguntó si quería subir a fumar un porro; en mi vida había

fumado marihuana, pero sabía de qué se trataba y, por supuesto, con ella quería hacerlo todo.

Su departamento era pequeñito y acogedor. En un solo ambiente tenía la cama, un rincón con un montón de almohadones en el piso; sobre ladrillos de cristal, tablas abarrotadas de libros, también un tocadiscos Winco, y en la pared no podía faltar, entre las de otros melenudos cantantes de rock, una foto del Che.

Me paralizaba la inexperiencia, y el temor de parecer estúpido me hacía sentir más estúpido aún.

—Lía uno mientras voy al baño —me dijo alcanzándome una bolsita con

yerba y un paquetito de papelillos de liar.

No sé si por los nervios o por mi desconocimiento total en la materia, pero me fue imposible liar el porro. La torpeza me avergonzaba, así que puse un disco y me tiré sobre los almohadones, ensayando poses de mayor soltura. Escuchaba correr el agua de la ducha.

Cuando salió, tenía el cabello mojado y estaba completamente desnuda; se movía con tanta naturalidad, que ni siquiera llegué a erotizarme de inmediato. Sentada a mi lado, armó el porro con la habilidad de los vaqueros de las películas del Oeste.

Después de fumar estuvimos largo

rato mirándonos a la cara, sonrientes. Extendió la mano y empezó a acariciarme el rostro suavemente, apenas rozándome, como si quisiera reconocerme en la oscuridad. Yo me entregaba con una tranquilidad pasmosa, flotaba. Mi cuerpo despedía un intenso y agradable calor. Yo acariciaba su cuerpo con la mirada, no me sentía para nada inhibido.

Me tomó de la mano y me llevó a la cama. Hicimos el amor o, mejor dicho, me hizo el amor, con mucha ternura. Cuando me desperté, me costó comprender dónde me encontraba. Por suerte la descubrí enseguida, leyendo entre los almohadones. Me di cuenta de

que no había sido un sueño.

—¿Estás contento? —me preguntó riéndose.

¿Qué podía responder en ese momento? Me sentía Gardel, Jim Morrison, Fidel Castro, Napoleón, todos ellos juntos. De cualquier modo, su pregunta me insinuaba que sabía que era un debutante puro.

Me levanté bastante embotado y me senté junto a ella. En un ataque de honestidad le confesé que era la primera vez que hacía el amor, que nunca había fumado marihuana y que en realidad tenía dieciséis años, mientras ella reía y jugaba con mi pelo llamándome mi «Cubanito» mentiroso.

Mis confesiones no la afectaron en lo más mínimo.

Así comenzó una de las relaciones más frescas y honestas que he tenido. Lucía se convirtió en mi amante, en mi amiga, en mi costado. Ella tenía relaciones muy conflictivas con sus padres, que era gente de dinero; le facilitaban todo para que viviera cómodamente, pero eran incapaces de transmitirle el menor afecto. La sociología no le interesaba, pero la estudiaba para joder al padre, que, como militar al fin, consideraba esa carrera totalmente innecesaria e izquierdizante. Siempre nos reíamos cuando pensábamos en la cara que pondría si se

enteraba de que su hija andaba con el hijo de un guerrillero, criado en Cuba y, para colmo, menor que ella.

Nos hicimos tan compinches que no nos separábamos; me enseñaba los secretos del sexo y yo ponía todo mi empeño en ser un buen alumno, nos gustaba hacer el amor en lugares arriesgados, en los parques, en los zaguanes, y éramos capaces de tomar el tren hasta La Plata de madrugada, para amarnos a escondidas del guarda. Fumábamos marihuana en cualquier rincón. Tratábamos de vivir al límite, de provocar, de vivir peligrosamente. Me convertí en un experto en yerba, sabía dónde comprarla, reconocía la calidad

por su color, no me dejaba engañar con el precio y descubrí que el flaco mugriento, al que tanto había odiado la primera vez que vi a Lucía, no era más que un contacto para conseguir la yerba. De todos modos, no dejaba de sentir celos ridículos de los tipos que habían estado antes con ella y que yo ni siquiera conocía.

Uno de los juegos que más nos gustaba era el de sentarnos, uno frente al otro, con papel y lápiz a escribir las palabras que se nos fueran pasando por la mente para, al final, intercalar las suyas y las mías hasta lograr un texto. El resultado era loquísimo y, por los efectos de la marihuana, nos divertía.

Así era nuestra vida, sin otro sentido que el de amarnos y divertirnos.

Vivíamos juntos desde hacía tres meses. Me había instalado en su casa con mi cepillo de dientes y todas mis cosas.

Una noche en que, como ella decía, tenía que disfrazarse de señora para ir a cenar con sus padres —sobre todo a buscar el dinero que nos permitía vivir en el placer—, aproveché para salir a comprar marihuana. Recorrí varios bares de la calle Corrientes, pero no encontré a ninguno de mis contactos. Tomé el metro en la estación Carlos Pellegrini y bajé en Primera Junta, buscando un punto donde poder

conseguir algo; en un bar viejo y lleno de humo de cigarrillo barato encontré al flaco mugriento. El lugar era tan sucio y decadente como él. Le hice señas y salimos; le compré lo suficiente para dos o tres porros, ya que nuestros fondos estaban llegando a su fin y no tenía dinero para más.

Había caminado apenas unos cincuenta metros cuando me detuvieron dos policías vestidos de civil. Eran de antinarcóticos y, en cuanto encontraron el paquetito que acababa de comprar, me metieron de una patada en el auto y me llevaron a la comisaría. Allí, dos vigilantes me tomaron casi en volandas y me dejaron en un calabozo, tan tétrico

como deben de serlo todos los calabozos del mundo. Lo que más me llamó la atención fueron las desesperadas y disparatadas inscripciones sobre las paredes grises.

AQUÍ SUFRE, PERO CALLA, UN HOMBRE.
MAMÁ, PERDÓNAME.
ME CAGO EN LA CANA.
CAÍ POR IMBÉCIL.

Durante varias horas me dejaron allí sin decirme nada. Mi miedo era cada vez mayor. Hacia las dos de la mañana vinieron a buscarme y me llevaron en presencia del comisario, era un gordo

grasiento con nariz colorada de borracho, que vestía un impecable traje gris que le quedaba corto, por lo que podían vérsele los calcetines estirados dentro de los zapatos brillantes. Durante un rato me dejó de pie en el medio de su oficina, dando vueltas a mi alrededor con cara de perro rabioso. Sólo le faltaba que le cayera la baba.

—Así que el «Cubanito», ¿no? —dijo dándome el primer cachetazo.

«Cubanito», pensé. Así me llamaba Lucía. ¿Y cómo podía saberlo aquel gordo hijo de puta? Por mi cabeza pasaban tantas cosas que casi no sentía los golpes que me propinaba. Alguien me había denunciado. Sabía que no era

Lucía; estaba seguro.

Después de una tormenta de patadas y trompadas que me dieron el comisario y el vigilante, me sentaron en una silla y comenzó el interrogatorio.

—¿Quiénes te venden la yerba? ¿Dónde paran tus puntos? ¿Dónde está la minita que siempre anda con vos? —Preguntaban atropelladamente, sin siquiera dejarme responder, y, cuando parecía que se habían calmado, intenté decirles que no sabía de qué me hablaban, que el paquetito que me habían encontrado era regalo de un tipo que casi no conocía, y que no sabía de qué minita hablaban porque siempre andaba con una distinta.

Nuevamente comenzaron a llover los golpes y las preguntas; y siempre las mismas respuestas.

Cuando la operación se hubo repetido varias veces, el vigilante salió y regresó con el flaco mugriento. Verlo plantado delante de mí fue peor que todos los golpes juntos que había recibido; se había derrumbado toda mi historia. De cualquier modo, al verlo allí, pese a comprender que era él quien me había denunciado, sentí cierta compasión pensando que a él también debían de haberle dado duro, pero cuál no sería mi sorpresa cuando lo vi hablar con los otros con naturalidad, incorporarse él también a los

interrogatorios y lanzarme algún que otro puñetazo. El muy mal parido era uno de esos traficantes menores que la policía utiliza como colaboradores o como señuelo para detectar, no sólo a los compradores, sino a otros contactos que éstos puedan tener.

Insistí en que mi único proveedor era el flaco. A Lucía le cambié el nombre y les aseguré que no sabía dónde vivía, que sólo nos encontrábamos en los bares de la calle Corrientes.

Me devolvieron al calabozo. Me dolía todo el cuerpo y estaba muy cansado, aunque lo más absurdo de la situación es que me sentía afortunado porque no me habían torturado. Vivía en

un país tan arbitrario, que los golpes, las humillaciones y el abuso no se consideraban tortura. Lo mío sólo había sido un paseíto, una entrada en la policía. Tortura eran las inmersiones hasta la asfixia, la picana eléctrica, las quemaduras y cuanta crueldad se pueda imaginar, métodos que estaban reservados a los presos políticos. Además, yo era menor y en veinticuatro horas debían ponerme a disposición de un juez de menores, aquello limitaba los riesgos.

En un patrullero me llevaron al correccional de menores. Apenas se abrieron los enormes portones supe lo que me esperaba. Después de llenar los

formularios de rutina, me condujeron a lo que sería mi habitación por el espacio de casi dos meses; una oscura celda gris, con un colchón en el suelo y una inmunda manta amarilla rota encima. Durante el día la reja permanecía abierta y podía salir al patio, donde podía jugar al fútbol o simplemente caminar y hablar con los otros reclusos.

La comida era espantosa; los celadores peores.

Las visitas eran los domingos; estaba seguro de que nadie vendría a verme, y sin embargo, un día que estaba sentado en la sala de espera vi aparecer la cabeza calva de mi tío Adolfo, el hermano de mi madre. Al contrario de lo

que esperaba, no hubo retos ni me pidió explicaciones, simplemente, y hasta riéndose, dijo que no me preocupara, que había conversado con el juez y sabía que se me acusaba de consumo y no de tráfico, lo que hacía menos grave la situación. Su reacción, un tanto cómplice, me alegró. Adolfo tenía, y tiene, la característica de parecer indiferente, pero cada vez que lo he necesitado he contado con él.

Los días se hicieron largos. Mi odio era cada vez más intenso contra ese inmundo lugar. Esperaba con ansiedad la citación del juez, pues sabía que en la primera entrevista me dejarían libre; mientras tanto, sostenía una lucha

implacable contra una invasión de chinches en mi colchón.

Finalmente obtuve la ansiada libertad. Quedé a disposición del juez de menores, quien estableció que debería vivir en la casa de mi madre, aunque lo primero que hice fue ir a casa de Lucía. No la encontré, volví a intentarlo dos horas más tarde y tampoco. Cuando regresé por tercera vez, me topé en la entrada con la portera.

—La señorita del quinto se ha marchado a Brasil.

Lo dijo mientras pasaba el trapo de piso.

4
La vida clandestina Buenos Aires, 1972-1973

Nunca llegué a saber si Lucía se había enterado o no de mi arresto. Sabía que ella era así, imprevisible, pero

jamás pensé que me había traicionado.

Los maltratos de la policía y el paso por el reformatorio significaron una experiencia que, indudablemente, cambió mi vida. No estaba dispuesto a caer preso de nuevo por semejante tontería, y si volvía a suceder, tendría que ser por algo importante, trascendente.

En aquel momento el país vivía una situación de auge revolucionario ante la que no era posible mantenerse al margen. A diario se leían en la prensa las hazañas de las organizaciones guerrilleras. Los Montoneros[1] y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)[2] ocupaban los titulares de los

principales periódicos, y creo que no había joven en Argentina que no se sintiera, de algún modo, impresionado por lo que sucedía.

Corría el final de 1972.

Comencé a trabajar en un diario como aprendiz, en la sección de policiales. Mi superior era un viejo periodista que conocía todas las mañas del oficio. Quizá por eso no lo tomaba tan en serio y desde el primer día me lanzó a la calle a buscar información. Cuando regresaba con algo, GGG, como lo llamábamos, me hacía escribirlo mil veces hasta que lo mejoraba.

Al mismo tiempo, trataba de contactar con las organizaciones

guerrilleras. No tenía afinidad con ninguna en particular; en realidad, ni conocía sus planteamientos políticos ni yo tenía formado el mío. Mi posición, sin caer en adjetivos rimbombantes, era más bien romántica: el Che Guevara, la lucha por la justicia y el odio hacia los militares y la policía, eran los factores que me movilizaban.

No recuerdo a través de quién conocí a una psicóloga que estuvo casada con uno de los compañeros que había combatido en la guerrilla con mi padre. Ya casi no tenía contacto con él, pero seguía siendo muy amiga de uno que estuvo preso por la misma causa. Al ver mi interés, prometió presentármelo.

Así conocí a Jorge Belomo, un hombre de unos treinta y tantos años, algo bajito, que llamaba la atención por su vitalidad. No es que fuera brusco, pero sí muy ágil en sus movimientos y hablaba con mucha seguridad. No se identificó políticamente, pero era obvio que militaba y estaba muy comprometido. Al menos ésa fue la impresión que me dio por la deferencia que le demostraban los otros compañeros. Con marcada pose de conspirador, le propuse que nos viéramos otro día.

A los dos o tres días nos encontramos en el café Las Violetas, de Rivadavia y Medrano, una vieja

confitería de las que ya quedan pocas en Buenos Aires. Fuimos directamente al grano, hablamos —o mejor dicho habló — de política en general. Los militares estaban en retirada y aquello se debía, fundamentalmente, a la movilización popular y al brío de la guerrilla —lo decía con firmeza—. Por mi parte, le dije que quería vincularme al movimiento guerrillero y que pensaba, por lo que habíamos hablado, que él podría orientarme.

Efectivamente, Belomo era dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo-22 de Agosto, una fracción del ERP, que se diferenciaba de éste por plantear, a pesar de su origen marxista, el apoyo al

peronismo en las ya anunciadas elecciones de marzo del 73 y buscar así la unidad con las organizaciones armadas peronistas; para mí esas diferencias no eran importantes, y lo sustancial era poder relacionarme con la guerrilla y empezar a militar.

A Belomo no podría llamarlo más por su nombre. En adelante sería Germán. Yo también tenía que buscarme un seudónimo y me bauticé Emilio. Aproximadamente una semana después, volvimos a encontrarnos en la Plaza Flores, íbamos a una reunión donde me presentaría a otros compañeros. Subí al auto y me ofreció unos anteojos oscuros, forrados por dentro con tela negra,

explicándome que no debía identificar la casa donde tendría lugar la reunión. El misterio me resultaba atractivo y me dio la sensación de participar en cosas importantes.

Llegamos a un departamento sencillamente amueblado, las persianas bajas impedían mirar hacia fuera; supuse que era para impedir ubicar el lugar. Ya estaba allí el resto de los participantes, y evidentemente todos se conocían. Se hicieron las presentaciones de rigor: Ariel, Chango y Moni, y yo; me costaba presentarme con un nombre que no era el mío. Con los años me sucedería lo contrario, cosa mucho más absurda todavía, pero así comenzaba la vida

clandestina, y ésta tenía sus reglas, códigos y, sobre todo, mitos, que deben ser respetados aunque no todos tengan como objetivo el sobrevivir o evitar las detenciones.

Nos sentamos a una mesa redonda. Advertí que Germán era el de mayor jerarquía en el grupo por la forma en que los otros compañeros se dirigían a él. Les informó que yo militaría un tiempo con ellos para familiarizarme con la línea de la organización, y que después se vería a qué frente se me destinaría. Luego, con mucha solemnidad, pasamos a elaborar el temario: situación nacional, situación internacional, finanzas y, para terminar,

nuestras tareas.

Entre mates y cigarrillos fuimos desarrollando cada punto. Yo seguía todo con muchísimo interés. Por fin llegamos a la distribución de tareas. Así me enteré de que éramos un equipo de propaganda. Debíamos pintar, en una zona de Buenos Aires, consignas alusivas a la organización y a su política. Igualmente, debíamos encargarnos de la distribución del periódico y, como teníamos necesidad de armamento y procurárselo era responsabilidad del conjunto, debíamos planificar desarmar a algunos policías. Esto último fue lo que más me interesó. Iba a entrar por fin, y sin la menor

dilación, en la acción directa, a pesar de no haber tenido nunca un arma en mis manos, salvo una escopeta de aire comprimido que me habían regalado de pequeño; el terror de los gorriones del barrio.

Para mi mayor goce, Germán sacó una pistola de su traje y empezó a explicarme su funcionamiento y su desarme de campana. Era una Browning 9mm con el sello de la policía federal. No cabía duda de que había sido expropiada, lo que la hacía doblemente atractiva. Cuando la pude armar y desarmar solo, me dijo que aún debía practicar bastante, incluso con los ojos vendados. Mientras tanto, los otros

compañeros practicaban el tiro en seco. Luego pasamos a practicar el desenfunde de la pistola, buscando rapidez ante la voz de alto o de mando.

Así serían casi todas las reuniones: una parte dedicada a la política de la organización y otra a la preparación militar.

¡Quién nos iba a decir en esos días de euforia y de triunfalismo lo que nos depararía el destino a todos los que participamos en aquella reunión! Germán (Jorge Belomo) fue asesinado en el año 75 por la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina),[3] una bomba hizo estallar su automóvil. Ariel y su compañera Moni (Daniel Hopen y

Mónica Carreira) fueron secuestrados por los militares después del golpe militar de marzo de 1976, engrosando así una larga lista de desaparecidos. De Chango actualmente no tengo noticias. Ésta sería también la suerte de la mayoría de los compañeros que conocí más tarde.

Acababa de entrar en el túnel de la muerte.

Al tiempo que militaba, continué el trabajo en el diario. Los acontecimientos y la dinámica de la política argentina exigían un ritmo de actividad muy intenso. Efectué mis primeras operaciones de desarme, las pintadas eran casi diarias; en una nos sorprendió

un patrullero y tuve mi primer enfrentamiento armado. Habíamos apostado un centinela en cada esquina, y uno de ellos dio la alerta replegándose para luego abrir fuego; teníamos un esquema de repliegue, según el cual debíamos retirarnos cubriéndonos alternativamente los unos a los otros. En realidad, yo no sabía ni para dónde tiraba, apenas veía la silueta de los policías y, en menos de un minuto, agoté el cargador de trece tiros. Por suerte participaban compañeros de más experiencia y la retirada se produjo sin que tuviéramos que lamentar bajas. No puedo negar que tuve miedo, pero, a la vez, me sentía contento; debe de ser una

sensación similar a la que sienten los paracaidistas cuando realizan su primer salto. Lo que no sabía es que también acababa de saltar al vacío. A partir de ese momento antepuse la acción armada a cualquier otra actividad revolucionaria, y la subestimación que me inspiraba el trabajo legal o de masas era tan absoluta, que vivía cualquier otra actividad como una sanción.

El fantasma de mi padre comenzó a manifestarse cada vez con más fuerza. En ocasiones incluso llegué a escribirle cartas, como si aún estuviese vivo. Trataba de hacerlo revivir a través de mi actividad.

«Comienzos de 1973

»Querido viejo:

»No te imaginas la falta que me haces. Cuántas cosas quisiera poder consultarte. Por fin siento que empiezo a ser digno de vos, aunque aún me falta mucho. A veces pienso que la empresa en la que estoy empeñado no tiene la envergadura suficiente pero, en fin, por ahora no tengo otra y por algo tenía que comenzar.

»Los compañeros son buenos y dan muestras de mucha entrega, a pesar de que pienso que se pierde mucho tiempo en reuniones teóricas que no nos llevan a nada. Es posible que me equivoque ya

que recién estoy empezando.

»Algunas veces siento temor en las operaciones. Esto sólo te lo puedo confesar a vos porque sé que me entendés. Cualquier flaqueza se interpreta como debilidad revolucionaria y espíritu pequeño burgués. Imagínate que ni siquiera puedo contarles mi relación con Lucía por el lío de la marihuana. Si se enteraran, creo que me expulsarían. Estoy seguro de que muchos han andado en las mismas. Es propio de nuestra generación. No entiendo por qué suerte de prejuicios construyen tantos mitos morales, que a veces tengo la sensación de estar rodeado de

monjes. De cualquier modo, sus principios y objetivos son muy nobles.

»En realidad, me cuesta bastante esto de tener que andar mutilando mi historia, sobre todo porque los compañeros que saben que estuve en Cuba y que soy tu hijo tienden a idealizarme y me exigen mucho más. Espero no fallarles y, sobre todo, no faltarte a vos y a la Revolución cubana, de la cual, si no hubiera sido tan inmaduro e indisciplinado, habría podido aprender mucho más para ser más útil.

»Ahora puedo comprender con claridad por qué casi no tuviste tiempo de estar más conmigo y al final me

abandonaste. De chico, te lo digo ahora, sufrí mucho por tu ausencia. Claro, me era difícil comprender que la revolución es más importante que todos nosotros y exige que renunciemos incluso a lo que más amamos.

»Pobre vieja, ella no pudo entender nunca esto y por eso enfermó y sigue tan enferma. Sin saber por qué, se vio lejos de su familia, de sus amigos, de su medio y, encima, te perdió a vos.

»Te prometo seguir adelante.

»Te quiere mucho, tu hijo

»Jorge.»

El periodismo dejó de interesarme. Cumplía con mi trabajo formalmente; a

pesar de las presiones de la organización para que pasara a la sección sindical o política, seguía en policiales. Sabía que si cambiaba de sección, me mantendrían en el frente de propaganda. Esa promoción en la jerarquía periodística me alejaría de la meta que perseguía. Después de todo, la rúbrica de perros muertos no estaba lejos del universo al cual aspiraba. Deseaba, por encima de todo, integrarme en los equipos militares y consagraba la mayor parte del tiempo a prepararme para ello.

El minimanual del guerrillero urbano, del brasileño Carlos Marighela, *Lo que todo revolucionario debe saber*

sobre la represión, de Víctor Serge y *Las Actas Tupamaras*, se convirtieron en mis libros de cabecera, aunque sin dejar de lado las *Crónicas de la guerra revolucionaria*, de Che Guevara. Hasta leí *Rebelión en Tierra Santa*, de Menahem Begin. Debí de ver la película *Estado de sitio*, de Costa Gavras, unas cinco veces. Devoraba todo lo que caía en mis manos concerniente a los métodos militares.

Las elecciones del 11 de marzo de 1973 le dieron el triunfo al peronismo ante el candidato radical, y tanto la campaña electoral como los dos meses que precedieron la ascensión al mando tuvieron un notable tinte guerrillero

debido a la presencia de las organizaciones armadas peronistas, FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros, que evolucionaban en la órbita del nuevo gobierno presidido por Héctor Cámpora, cercano al sector juvenil del movimiento. La participación de esas organizaciones en la campaña electoral se debió a los compromisos asumidos por Perón ante la juventud del movimiento.

A las ceremonias oficiales de la toma de posesión asistieron los presidentes Salvador Allende y Osvaldo Dorticós. Ese mismo día, dentro del marco de una gran movilización popular, fueron liberados los presos políticos.

Era la gran fiesta revolucionaria.

«¡Chile, Cuba, el pueblo los saluda!»

«¡Perón, Evita, la patria socialista!»

«¡FAR y Montoneros, son nuestros compañeros!»

Éstas eran algunas de las muchas consignas que coreaba una multitud enardecida y eufórica.

Argentina contó entonces con el gobierno más democrático que ha tenido su historia, pero esa fiesta no podía ser permanente y tan sólo duró cuarenta y cinco días. Las contradicciones en el seno del movimiento peronista eran cada vez mayores. La derecha y la izquierda dejaban escuchar sus armas.

Perón, el viejo caudillo del movimiento, les daba la espalda a los jóvenes que lo habían apoyado y ayudado a retornar a Argentina tras un exilio de dieciocho años. En una gran maniobra política hizo renunciar a Cámpora, convocó nuevas elecciones y, por una mayoría abrumadora, Perón regresó al poder con un programa mucho más conservador que el de Cámpora y otorgándole más poder a los sectores más fascistoides del peronismo.

Personalmente, yo también me había sumado al entusiasmo general, para observar luego, con perplejidad, el desarrollo de los acontecimientos. Yo había logrado pasar al fin a la estructura

militar de la organización, aunque este paso no significara un gran cambio ya que, por nuestro apoyo al peronismo revolucionario, nos limitábamos a algunas acciones de propaganda y a tirotear, con el fin de intimidar, algunos locales de la derecha peronista. En la medida en que no nos habíamos sumado a la alianza de FAR y Montoneros, en el orden político estábamos paralizados; en síntesis, éramos más o menos peronistas y más o menos marxistas. Es decir, nada.

Por su parte el ERP, libre de todo compromiso con el gobierno, le había declarado la guerra a las empresas imperialistas y al ejército, desarrollando

acciones espectaculares a un ritmo más intenso que ninguna otra organización. En sus discursos siempre se hacía referencia al Che y a la guerra prolongada, y yo me identificaba cada vez más con ese lenguaje, lo que me llevó a romper con la fracción 22 de Agosto y a vincularme al ERP.

Y ellos sí que eran verdaderos monjes. Para ingresar en la organización había que pasar primero lo que ellos llamaban «cursillo de iniciación», donde se profundizaba el conocimiento de la línea política, el manejo de las armas y, sobre todo, se estudiaba un material titulado «moral y proletarización», semejante a una Biblia

que debería regir toda nuestra vida íntima y purificarnos de todo lastre burgués. Llegaba incluso a indicarnos la manera de educar a nuestros hijos: «La crianza de los hijos es una tarea común de la pareja, y no sólo de la pareja, sino del conjunto de compañeros que comparten una casa. Al respecto, debemos promover activamente una nueva actitud. Cuando se habla de compartir en el seno de la casa común, no sólo la actividad político militar sino el estudio, la utilización del tiempo libre y las tareas comunes de la vida cotidiana, estas tareas deben incluir la crianza de los hijos de los compañeros que comparten la misma casa». El

folleto concluía: «De esta manera, los niños irán avanzando en una educación proletaria que debemos complementar con una educación política en términos adecuados a la edad de cada niño».

Me vi obligado a buscar trabajo en una fábrica e irme a vivir a una «casa operativa», suerte de comuna revolucionaria. Para entonces ya había iniciado una relación con una compañera, Mónica, que era la responsable del equipo, y que más tarde sería la madre de mis tres primeros hijos: Jorge, Martín y Francisco. Vivíamos con otra pareja, y juntos formábamos una célula de «agitación y propaganda». Nuestras tareas consistían

en desarrollar acciones de propaganda armada y en la distribución de la prensa partidaria en una zona o fábrica ya determinadas.

Debo confesar que aquel modo de vida me era insoportable. Hasta los problemas íntimos debían discutirse con el colectivo. Aprendí a callar y a no prestarle mucha atención a cuestiones que carecían de importancia. Sólo mostraba entusiasmo en la planificación de las operaciones que nos eran asignadas. Mi disciplina, dentro de la concepción de la organización, no era de las más ejemplares; sistemáticamente era sancionado e, incluso, en algunas ocasiones fui trasladado de zona.

Mónica, mucho más disciplinada que yo, pagaba también las consecuencias por no influir para hacerme cambiar de comportamiento.

A todas éstas, yo había entrado en contacto con la embajada de Cuba, adonde iba a buscar cartas de familiares o amigos que había dejado en la isla. En uno de los encuentros con el funcionario cubano con el que contactaba se me transmitió una invitación del comandante Piñeiro para visitar Cuba. Podría ver los avances de la revolución y recibir instrucción militar. Esto último me llenó de entusiasmo, sabiendo además que, si hacía valer este aspecto, la dirección de la organización me autorizaría a viajar.

Llegué a mi casa contentísimo y se lo conté a Mónica, y ella también me tenía una gran noticia: iba a tener un hijo. Enseguida pensé que lo mejor era que ella también fuera a Cuba para que el niño naciera en mejores condiciones.

Al principio la organización mostró cierta reticencia porque la invitación no se había hecho a través del Partido sino de forma personal, pero al final utilicé mi influencia con uno de los compañeros, que me quería mucho y era cercano a la dirección. Sin aclarar mucho la situación, obtuve el permiso. Yo viajaría primero y Mónica después si lograba que también la invitaran.

En noviembre del 74 salía de nuevo

de Argentina rumbo a Cuba.

Aún no había cumplido los veinte años. El hecho de ir a recibir instrucción militar me hacía sentir una enorme responsabilidad; además, esperaba un hijo.

Los viajes a Cuba no eran directos. Había que hacer escala en Lima. Un funcionario de la embajada cubana me recibiría. Debería esperar cuarenta y ocho horas antes de seguir vuelo para La Habana. Me preguntó si tenía donde alojarme y le respondí que no. Por supuesto, no conocía a nadie en Lima, todo eso de los viajes y aeropuertos no me era muy familiar. Me llevó al hotel

Crillón y me dio trescientos dólares para mis gastos (en Argentina trescientos dólares significaban una barbaridad de plata. El presupuesto mensual de cualquier compañero era mucho menor).

Partí para La Habana en un vuelo de Cubana de Aviación. A bordo ya se respiraba un aire distinto y el desenfado de las azafatas, la voz estridente de los pasajeros cubanos y la cerveza caliente me hacían sentir la proximidad de Cuba. Los altavoces del avión anunciaron: «Dentro de pocos minutos aterrizaremos en el aeropuerto José Martí de La Habana, Cuba, primer país socialista de América. Por favor abrochen sus

cinturones de seguridad».

Al descender del avión me regocijó sentir el pegajoso calor del Caribe y el olor del mar. Me sentí como aquel que regresa a su país después de una larga ausencia; descubrí que en Argentina había sido un extranjero, pero en Cuba me sentía en mi lugar, mis olores... Todo me era familiar.

Al pie de la escalerilla se me acercó un funcionario con guayabera bien planchada y un puro en la mano; me saludó sonriendo y me pidió que lo acompañara al salón de protocolo, y que él se encargaría de las formalidades y del equipaje. El resto de los pasajeros, salvo un reducidísimo grupo, pasaron

los pesados trámites que sufren todos los mortales en casi todos los aeropuertos del mundo. Sin darme cuenta, acababa de entrar en el mundo de los «importantes».

Tras esperar en un lugar lujosamente amueblado, reapareció el funcionario con su impecable sonrisa burocrática y el inevitable «ya está todo solucionado». Realmente, era un hombrecillo eficiente o influyente, al menos se empeñaba en demostrarlo.

A la salida me esperaba Conchita, la mujer que vivía con mi padre cuando se separó de mi madre. A Conchita, una gordita simpática funcionaría del Ministerio del Interior, la habían

enviado a buscar a un fulano al que nunca había visto y al que debía dar un trato familiar. Por suerte esta relación se desembarazó con el tiempo de todo formalismo burocrático. Gracias a ella pude acercarme a mi viejo; me contaba detalles olvidados, anécdotas que yo ignoraba sobre su vida. Me devolvió una realidad más humana de mi padre; también conocí a mi medio hermana Laura. Conocía su existencia, pero era uno de los secretos familiares que no podían mencionarse a causa de la enfermedad de mi madre. Descubrí con sorpresa que se me parecía mucho, incluso más que mi hermana mayor. La pobrecita sí que no tenía nada que ver

con esta historia; para ella yo no era más que un personaje extraño al que le presentaron como su hermano, vestido con un ridiculísimo traje marrón que, por cierto, me quedaba pequeño.

Para mí no dejaba de ser un momento emocionante: conocer a la mujer que había compartido con mi padre los últimos años de su vida, y a mi hermana, que, como yo, también fue abandonada, sólo que ella no guardaba ni siquiera un recuerdo de su padre vivo; cuando él se marchó de Cuba hacía sólo veinte días que había nacido.

Me alojaron en el Hotel Capri en el Vedado, uno de los hoteles elegantes de La Habana. Antes de la revolución, su

dueño era el conocido mafioso George Rafft. Me inscribieron bajo un nombre falso, Luis Fernández Serruti, y me pusieron nacionalidad costarricense, algo que me pareció bastante ridículo, ya que en La Habana todo el mundo me conocía y mantener la compartimentación me resultaría bastante difícil. No estaba dispuesto a renunciar a ver a mis amigos de infancia por respetar medidas de seguridad. Además, justificar mi presencia en La Habana no era nada difícil. Nunca he logrado comprender por qué al aparato de seguridad cubano le encanta jugar a los espías y complicar lo que puede ser tan simple.

Me entregaron una tarjeta que era como una llave mágica. Podía consumir a voluntad en todas las instalaciones del hotel: restaurante, cafetería, cabaret. No tenía más que estampar mi firma, o mejor dicho, la de Fernández Serruti. Trataba de ser cuidadoso y no consumir más de lo necesario; sabía que en Cuba había escasez y que a los cubanos les estaban vedados los productos a los que yo tenía acceso. Lo que me sorprendía era cómo los funcionarios del Partido que me atendían aprovechaban esa situación; también ellos tenían su tarjeta mágica, con el mismo nombre que aparecía en la mía, y no era raro verlos en el cabaret o en el restaurante

consumiendo de forma desmedida, cargando todos los gastos sobre el pobre Luis Fernández Serruti.

En cuanto a mí, prefería irme a casa de Conchita y Laura, antes que quedarme en el hotel. Conchita me trataba como a un sobrino al que se le quiere.

5
Punto Cero
Cuba, 1974-1976

El organismo encargado de atender a las organizaciones revolucionarias se llamaba Departamento de América del Comité Central del Partido Comunista Cubano (PCC), creado a partir de lo que antes fue una sección de la Inteligencia, dependiente del Ministerio del Interior,

Minint. Su jefe, Manuel Piñeiro, Barba Roja, el mismo que me comunicó la muerte de mi padre, llegó a ocupar el cargo de viceministro del Minint y terminó como encargado de la seguridad del Estado. Su nueva función en el Departamento de América le permitía dedicarse con exclusividad a las actividades relativas a los proyectos revolucionarios en América Latina.

El funcionario responsable de mi visita a Cuba era miembro de ese departamento, me lo habían presentado como Morejón, aunque con el tiempo le conocería otros seudónimos. En ese medio cambiar de nombre era habitual, quizá debido al condicionamiento de

cuando eran oficiales de inteligencia, o, tal vez, para evitar ser denunciados por los revolucionarios que atendían, en caso de que éstos fueran detenidos al regresar a sus países.

Delgado, de piel muy blanca y una enorme papada, Morejón podría haber representado la caricatura de un gallego en cualquier tira cómica; sólo le faltaba la boina. Su carácter, en cambio, no tenía nada que ver con su físico; muy serio, cosa extraña en los cubanos. Durante los muchos años que tuve relación con él, jamás le escuché bromear.

En uno de los primeros encuentros, y después de haberme atiborrado con

todos los discursos de Fidel Castro que tenía a mano, me pidió que estuviera localizable porque el jefe (Piñeiro) quería verme. Significaba esto que no debía moverme de la habitación del hotel. Pese a sospechar que el encuentro no se efectuaría de inmediato, jamás pensé que iba a permanecer casi setenta y dos horas encerrado esperando una llamada telefónica. Cansado y aburrido, cuando ya me disponía a marcharme a casa de mi hermana, sonó el teléfono. Era el chófer de Piñeiro avisando que pasaría a buscarme en quince minutos. Y después de esperar casi dos horas apareció un mulato, se disculpó diciendo que el jefe estaba muy

complicado pero que ya, por fin, podría recibirme. Con el tiempo me di cuenta de que la espera respondía a la voluntad de hacer sentir cierta superioridad; la voluntad de colocar al invitado en una posición de dependencia, puesto que, hasta para los detalles prácticos, insignificantes en otras partes del mundo, como proveerse de pasta dental, había que recurrir al aparato.

Tomamos por el malecón habanero, atravesamos luego el túnel de la Quinta Avenida y seguimos por la calle 18 hasta la casa de Piñeiro. El auto subió la rampa de entrada y el mulato lo estacionó en el garaje. Luego me hizo pasar al mismo despacho donde Piñeiro

me anunció la muerte de mi padre. Me ofreció café, dijo que esperara allí, que el comandante llegaría enseguida.

Serían alrededor de las tres de la tarde. Mientras esperaba, reconstruía en mi pensamiento la conversación de hacía siete años. Imaginaba el orgullo que sentiría mi padre si me viera hablando con Piñeiro, como seguramente había hecho él antes de partir para Argentina; trataba de imaginar cuántos secretos y conspiraciones se habrían tejido en esa oficina. Ensimismado en mis meditaciones, casi no percibí la entrada de Piñeiro, que con toda seguridad acababa de levantarse de la cama y de

ducharse. No había cambiado mucho, su barba roja comenzaba a blanquear algo y estaba bastante más delgado y pálido. Alguien me había comentado que había sufrido un infarto hacía poco, pese a ello se le veía bastante bien.

Me saludó con efusión y, tras intercambiar palabras de rigor sobre mi familia y otras formalidades, entramos en materia. El objeto de la invitación era proponerme que hiciera un curso militar, me aclaró que conmigo se estaba haciendo una excepción, ya que, desde que se habían reanudado las relaciones con el gobierno argentino, Cuba tenía que ser muy cuidadosa en ese sentido, pero teniendo en cuenta quién había sido

mi padre, y que yo era casi cubano, podían justificarlo sin problema para ellos. Si yo estaba de acuerdo, claro...

La última advertencia me pareció casi absurda.

Luego pasó a las consideraciones de tipo político; su preocupación por la incomprensión del ERP con respecto al peronismo, que el peronismo era un movimiento de masas y que en su seno había elementos revolucionarios y progresistas que no se podían desconocer, y también se mostró preocupado porque unos meses antes el ERP, junto con los Tupamaros[1] de Uruguay, el MIR[2] de Chile y el ELN[3] de Bolivia, habían creado la Junta de

Coordinación Revolucionaria,[4] organización que, respetando el carácter nacional de la lucha, se proponía coordinar los distintos esfuerzos revolucionarios del continente. Según los cubanos, la coordinación debía existir e incluso acrecentarse, pero de forma secreta, ya que de lo contrario darían argumentos al imperialismo para intervenir indiscriminadamente en cualquier país del área y acentuaría la colaboración entre los diferentes cuerpos de represión.

Pero yo no estaba allí para discutir esas cosas ni mi organización me había autorizado a hacerlo, y pese a no compartir sus puntos de vista, me limité

a escucharlo, guardando un respetuoso silencio. Si bien era cierto que la aparición pública de la junta podía traer algunas consecuencias operativas, nuestra política de continentalizar el enfrentamiento debía ser conocida por el pueblo, y no debíamos, en función de criterios operativos, disimular nuestra política porque, de lo contrario, la organización revolucionaria se transformaría en un aparato de inteligencia, que garantizaría su supervivencia pero sin crecer políticamente en las masas. Esto último era, precisamente, su cometido más sagrado y su única posibilidad de victoria, pero, como dije antes, no era

yo el más indicado para entablar ese tipo de discusión. Mi único objetivo era conseguir el curso de formación militar.

Después de dos meses de espera, Morejón me puso en contacto con el oficial que debía coordinar el entrenamiento. Me presentó a Román, un mulato de ojos verdes, con más aspecto de músico tropical de película americana de los años cincuenta que de oficial operativo de Tropas Especiales,[5] que me expuso las líneas fundamentales del curso.

Debía pasar tres meses en una unidad militar especial denominada Punto Cero.[6] Por las características de mi caso, durante el tiempo del

entrenamiento estaría solo, pese a que lo normal era que se formaran grupos de compañeros enviados por las distintas organizaciones del continente. Recibiría instrucción en operatividad urbana, tiro de infantería de defensa y atentado.

El mismo Román me llevó a la unidad militar y allí me presentó a la oficial de guardia, me entregaron botas, un uniforme verde oliva y ropa interior del mismo color. Me advirtieron que no podría salir en los tres meses que duraría el curso y que mis movimientos debían limitarse a cincuenta metros a la redonda del área que me sería asignada. Sólo podría tener contacto con los instructores, con el político que me iba a

atender y con el personal que me iba a llevar la comida. Si alguna persona, ajena a la unidad, se presentaba, debería detenerla y efectuar disparos al aire para avisar al oficial de guardia.

Después de esas recomendaciones me subieron a la parte posterior de un *jeep* cubierta con una lona, evitando así, por una parte, que me viera gente que merodeara por la zona, y por otra, que pudiera observar los lugares por donde transitábamos. Así llegamos finalmente a lo que se llamaba el área 36, la cima de una colina chapeada, rodeada de monte, donde se levantaban tres pequeñas construcciones; una servía de dormitorio, otra de salón de estudio y, a

unos treinta metros, estaban el comedor y el salón de reuniones. Las dos últimas tenían las paredes a media altura y el techo estaba sujeto por columnas, lo que permitía contemplar el magnífico paisaje con toda la variedad de verdes del Caribe. Desde la parte posterior de la colina incluso se divisaba el mar.

La primera tarde, sólo subió a verme el político, un viejo simpático al que llamaban Sanjurjo. Durante largo rato estuvo hablándome de la disciplina que se debía mantener allí y de la política de la Revolución cubana. Luego, con cierta nostalgia, me contó mil anécdotas sobre su vida de militante clandestino del PSP (Partido Socialista Popular Comunista),

antes del triunfo revolucionario.

—Para que no te aburras, te traje unos libros.

Se levantó para despedirse y me ofreció tres libros: *Obras militares*, de Lenin, el *Anti Dürhing*, de Engels, y *Sobre la guerra*, de Clausewitz. Como libros de distracción, no eran realmente los más apropiados; hubiera preferido alguna novela o, al menos, unas revistillas de historietas.

Cuando se fue, comenzaba a oscurecer y a oírse un intenso concierto de grillos y los silbidos de las jutías, un enorme ratón que vive en agujeros que hace en el tronco de los árboles, y que emite un sonido muy parecido al silbido

de los humanos. Poco después subieron la comida, que, para mis hábitos sureños, no resultaba nada apetitosa: arroz blanco, frijoles negros, unos trozos de carne hervida, durísimos, y yuca, un tubérculo que tiene gusto a cera y que a los cubanos les encanta.

Después de comer y de lavar platos y cubiertos, la soledad me deprimió; escuchando a los grillos pensaba en Mónica, que hacía unos días había llegado a La Habana. No tenía ganas de leer ninguno de los libros que me había traído Sanjurjo. En realidad, había pensado que estaría con otros compañeros o al menos acompañado por alguien, no tan solo como me

encontraba, pero aquello me lo había buscado yo y no me quedaba más remedio que acostumbrarme a la soledad. Pensando en esto me sorprendió el sueño y, después de una dura batalla para colocar el mosquitero, me acosté totalmente vestido.

El ruido de un vehículo me despertó. Eran las seis de la mañana, por la ventana vi que de un *jeep* bajaba un enorme negrón vestido con un mono de kárate. Por suerte me había acostado vestido, si no, hubiera pasado la vergüenza de que me encontrara recién levantado. Desde entonces mantuve la costumbre de acostarme vestido durante todo el tiempo que permanecí en ese

lugar. Quitándome algunas legañas, salí a saludar.

El negro se presentó como el instructor de defensa personal. Dijo que me quitara el uniforme y me pusiera el pantalón corto y una camiseta, así como dos pares de calcetines, porque las botas eran nuevas y me podían salir ampollas. Flaco como siempre he sido, en camiseta, con un pantalón corto que me quedaba enorme y botas militares, mi estampa era verdaderamente grotesca. Sentí que el instructor me miraba con cierta decepción, porque, en realidad, mi aspecto no se asemejaba al de un futuro atleta y supongo que el instructor pensaba que le sería difícil obtener algo

de mí.

Después de dar unos saltitos, comenzamos a correr. No sé cuántas vueltas debimos de dar alrededor del área que me estaba asignada. Sólo recuerdo que no me cansaba de putearme a mí mismo por todos los cigarrillos que había fumado en mi vida. Cada vez que pisaba una piedra sentía como un hierro incandescente en el talón. A pesar de los dos pares de medias, las botas hacían estragos. Cuando ya sentía que estaba a punto de vomitar, el negro me hizo aumentar el ritmo de la carrera y enseguida me dijo que caminara moviendo los brazos y respirando profundamente.

Después de realizar los ejercicios de calentamiento me puso a hacer planchas, abdominales, barras y no sé cuántas cosas más durante una hora. Finalmente me comunicó que por ese día habíamos terminado y que empezaríamos con las prácticas de defensa personal cuando alcanzara un mejor estado físico. En realidad, mi estado era deplorable.

Quitarme los calcetines fue un suplicio. Cuando terminé de vestirme, me trajeron el desayuno: un pedazo de pan con mantequilla y un enorme jarro de café y otro de leche.

A las nueve llegó Ernesto, el instructor de tiro. Después de

presentarse me pidió que lo ayudara a bajar de su camioneta el armamento que utilizaríamos en las clases. Cuando me acerqué y vi lo que había allí, casi me vuelvo loco de alegría. En mi vida había visto tantos hierros juntos: pistolas, revólveres, fusiles, subametralladoras, ametralladoras pesadas, granadas y hasta bazookas y lanzacohetes, más un montón de cajas de municiones.

Ernesto era muy simpático, joven, de sonrisa fácil, sin ninguna afectación. Antes de comenzar, estuvimos conversando y noté en él mucha pureza. Me comentaba con mucha pasión sus ganas de ir a pelear por la liberación de otros pueblos. Adoptó su seudónimo en

honor de Che Guevara. Me lo dijo con cierta vergüenza, precisando que, por supuesto nunca sería igual. Quizás haya logrado igualarlo en coraje en Angola, Etiopía, Nicaragua o en otro campo de batalla al que lo haya llevado su vida de soldado revolucionario. No lo sé, después del curso nunca más volví a verlo.

Comenzamos con las clases teóricas; uso táctico, funcionamiento, alcance efectivo, arme y desarme de campaña, balística y otras cuestiones relacionadas con el tema. Esto nos llevaría alrededor de una semana antes de poder ir al polígono de tiro. Mientras tanto, me dejaba como ejercicio el desarmar

varias armas al mismo tiempo y mezclar las piezas para rearmarlas como si fuera un rompecabezas. Tenía que cronometrar el tiempo para reducirlo lo más posible. Eso, al menos, hacía que mis momentos de soledad no fueran tan aburridos.

Así fueron pasando los días. Después de las tandas con el negrón, ya no me dolía el cuerpo como las primeras veces y pude empezar la defensa personal. Con Ernesto iba al polígono y disparaba con todo tipo de armamento de infantería. También practicábamos el tiro en movimiento, de defensa y de atentado, a pie y desde un auto, inclusive el tiro con fusil desde una avioneta.

Allí conocí a uno de los personajes

más locos y simpáticos que jamás haya conocido en mi vida.

Una noche, como a las tres de la madrugada, me desperté sobresaltado por unos gritos.

—Vístase, vístase, que salimos en maniobras —me gritaba un hombrecillo de baja estatura, pero muy enérgico.

Por suerte vi sobre su bolsillo izquierdo la insignia de las alas con el paracaídas, que identificaba a los soldados de Tropas Especiales. Si no, hubiera pensado que se trataba de alguien ajeno a la unidad que, para colmo, me había sorprendido dormido. Me dijo que saliera con mi equipo, que consistía en una mochila con manta,

mosquitero, nailon grande, una muda de ropa, cantimplora con agua, el fusil FAL y un cinturón con pistola y cuatro depósitos de municiones.

Me llevó caminando hacia una carretera donde nos esperaban otros hombres formados en fila india. Nos ordenó no hablar entre nosotros y conservar una distancia de cinco metros. Después de dos paradas más, donde se incorporaron primero tres y después cinco compañeros, nos numeró y nos explicó que se trataba de una caminata nocturna de rutina para que nos fuéramos familiarizando con el terreno. Nos separó en tres grupos: vanguardia, centro y retaguardia.

—¡Paso corto y vista larga! ¡No cambien el ritmo! —nos gritaba constantemente, mientras se desplazaba con agilidad admirable de la vanguardia a la retaguardia y viceversa.

Nosotros íbamos casi cayéndonos, tropezando con todo lo que encontrábamos a nuestro paso. Era una noche sin luna y no se veía nada.

El colmo fue cuando caminábamos por un puente por donde pasaba una vía férrea, de repente divisamos las luces del tren a lo lejos. Se nos conminó a saltar desde el puente, ya que no podíamos ser vistos. No sé cuántos metros habré rodado. Lo que no puedo olvidar son los golpes del FAL contra

mis costillas. Aún no entiendo cómo no me fracturó unas cuantas.

Sin ninguna consideración nos hizo levantar de inmediato, recoger los equipos dispersos durante la caída y correr a escondernos a un montecito.

Ya clareaba cuando emprendimos el regreso a la unidad. Eran casi las seis de la mañana, así que no me quedaba mucho tiempo para ponerme la ropa de gimnasia. Mientras me vestía, regresó el hombrecito que me había despertado tan violentamente.

—Yo soy Bolchevique, el instructor de táctica.

Después de bromear algo sobre las volteretas que habíamos hecho saltando

desde el puente y los sufrimientos de la caminata, me dijo que sabía quién era yo y que era muy amigo de Conchita, la compañera de mi padre. En eso llegó el negrón y Bolchevique se despidió, prometiendo que vendría a desayunar conmigo. Regresó en el *jeep* que me traía el desayuno y conversamos largo y tendido. El tema de la guerrilla lo apasionaba. Yo aprendía muchísimo con sus conversaciones. Desde ese día comenzó a aparecer a cualquier hora, para almorzar, cenar, o por la noche, y entonces se quedaba hasta muy tarde. Sin contar aquellas ocasiones, claro está, en que, como él decía, teníamos maniobras tácticas: desplazamiento,

emboscada o cualquier otro movimiento, terminando siempre en el puente con la llegada del tren y nuestro inevitable salto. Llegué a descubrir que el muy maldito sabía el horario y lo hacía a propósito. Así era Bolchevique, durísimo en el entrenamiento y muy amigo y compañero en la intimidad.

Sanjurjo también me visitaba casi todos los días; se preocupaba por mis avances en el entrenamiento, hacíamos comentarios sobre la situación política en Argentina y en América Latina en general, y con ese argumento pude conseguir una radio, lo que disipó un poco mi aburrimiento, sobre todo los fines de semana, que se volvían

interminables pues no venían los instructores.

El último día me hicieron una despedida en la que participaron todos los instructores. No faltó el asado y la cerveza. A Ernesto y Bolchevique se les veía verdaderamente emocionados, y yo no pude evitar mostrar que también estaba conmovido. En realidad, todos los compañeros que conocí allí estaban convencidos de la necesidad de su trabajo y lo realizaban con mucho amor. Su mayor anhelo era poder integrarse en alguna de las luchas que se desarrollaban en el continente. Para aquellos revolucionarios el internacionalismo estaba por encima de

todo y, más que un sacrificio, significaba un honor. Ya oscureciendo, Román me pasó a buscar para llevarme al hotel Habana Libre, adonde me habían trasladado porque el Capri estaba en obras. Me sentía realmente satisfecho y con muchas ganas de regresar a mi país, pero, tal y como estaba previsto, aún me faltaba pasar un curso de métodos conspirativos.

6
Métodos conspirativos La Habana, 1976

Encontré a Mónica mucho más panzona de lo que la había dejado. En pocos días nacería mi primer hijo. Retomar conciencia de ello me colmó de alegría y no me cansaba de hacer planes

para el futuro, pese a saber lo difícil que iba a ser la situación en mi país.

En Argentina el gobierno de Isabel Perón cedió el control de la represión a los militares, y éstos se mostraban cada vez más feroces. No sólo se golpeaba a la guerrilla sino a toda la izquierda y al movimiento obrero en general. La Triple «A» operaba con total impunidad, asesinando y haciendo desaparecer a centenares de militantes populares, como preludio sangriento al golpe militar del 24 de marzo de 1976.

A los pocos días recibí una llamada de Román para comunicarme que ya habían creado las condiciones para comenzar el nuevo curso. Me pasó a

buscar por la tarde y me llevó a un pequeño departamento del barrio del Vedado, muy cerca del hotel Riviera. El instructor nos esperaba. Se llamaba Fausto; alto, rubio, con cara no disimulada de agente secreto. Primeramente, nos pusimos de acuerdo en los horarios. Esta vez, por suerte, regresaría al hotel todos los días. Sólo tenía que estar presente de ocho de la mañana a cinco de la tarde, de lunes a viernes. Un horario de empleado medio, en suma. La instrucción duraría alrededor de cinco meses y se dividía en tres partes principales: métodos conspirativos, inteligencia y contrainsurgencia. Como de costumbre,

primero veríamos la parte teórica, antes de pasar a las prácticas en la calle.

El curso me permitió sistematizar algunos métodos que ya utilizábamos en Argentina. Por una parte, porque los compañeros que ya habían hecho el curso habían perpetuado la tradición y, por otra, por simple intuición para sobrevivir.

De cualquier modo, notaba que si lo que aprendía se aplicaba esquemáticamente, se corría el riesgo de convertir al militante revolucionario en una especie de James Bond, distanciado del quehacer y de las prácticas de los militantes populares. Por otro lado, la dinámica de la lucha en mi país y los

limitados recursos de los que disponíamos hacían imposible, en la práctica, aplicar los métodos que recomendaban en Cuba.

En los métodos conspirativos se ponía el acento sobre todo en las comunicaciones, chequeo y contrachequeo, y reclutamiento, este último asunto creó algunas fricciones entre el instructor y yo o, mejor dicho, entre los métodos preconizados por los cubanos y yo. Según ellos, existen tres criterios para el reclutamiento: uno político-ideológico, otro económico y un último de compromiso. No me parecía éticamente correcto que una organización revolucionaria comprara

información y, mucho menos, que utilizara información confidencial o personal para obligar a alguien a colaborar. Lo que más se recomendaba, después de realizar un estudio de personalidad del sujeto a reclutar, era generar situaciones comprometedoras y obtener pruebas, mediante la técnica operativa, de escucha o visual, para forzar al candidato a colaborar bajo chantaje. Esto, en verdad, no tenía nada que ver con los valores morales de mi organización.

Por otra parte, se exigía del militante un nivel de profesionalización tal, que le impedía llevar una vida normal, de trabajo o de estudio. Traté, sin embargo,

de dejar a un lado mis reparos ideológicos y me dediqué al aprendizaje de esas técnicas que, increíblemente, fui incorporando como una forma de vida durante muchos años y que me fue difícil cambiar.

Inteligencia se basaba fundamentalmente en la búsqueda y análisis de información. En contrainsurgencia se estudiaban los manuales de instrucción norteamericanos de la AID[1] destinados a los policías latinoamericanos con el objeto de familiarizarnos con las técnicas y procedimientos del enemigo.

Experiencia que hizo estragos en mi personalidad. Si antes buscaba pretextos

para autocompadecerme, esa formación puso al alcance de mi mano los medios para convertirme en paranoico, con las circunstancias atenuantes del profesional de la revolución o de la información.

Cuando terminé los cursos, pensé que los cubanos serían los primeros en organizar mi salida de la isla, pero al contrario, multiplicaron los obstáculos para retrasarla.

Lejos estaba yo de saber que mi destino se decidía atendiendo a la nueva política cubana con respecto a los partidos comunistas latinoamericanos. Después del fracaso de la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar en 1970, la situación económica de la isla

se tornó más difícil. En 1974 el acuerdo con los soviéticos permitió aflojar el cinturón, pero no se trataba únicamente de cambiar azúcar por petróleo; de allí en adelante, el modelo y los métodos soviéticos inspirarían la gestión de la economía y pesarían tanto en la vida política como en las relaciones internacionales de manera decisiva. Fidel se acercó a los partidos comunistas oficiales. En 1973 el continente fue sacudido por los golpes militares de Uruguay y Chile; el sector pro soviético del Partido Comunista Cubano le daba la espalda a la herencia guevarista y se distanciaba de los movimientos revolucionarios

comprometidos con la lucha armada, produciéndose numerosas fricciones entre Cuba y las organizaciones revolucionarias. Las relaciones conflictivas duraron hasta la victoria de la insurrección sandinista de 1979, cuando se abrió un nuevo capítulo.

No significaba que los cubanos abandonaran del todo el apoyo al movimiento revolucionario latinoamericano sino que, en el orden político, le daban prioridad a las relaciones con los partidos comunistas y con los gobiernos. Al mismo tiempo, el esfuerzo militar se desplazaba hacia África.

Los revolucionarios que nos

encontrábamos allí, en aquel momento, nos enfrentamos a una situación bastante difícil. Conocí a muchos compañeros Tupamaros que, después de haber seguido los cursos militares, se les impedía, bajo cualquier pretexto, la salida de Cuba. Incluso las relaciones entre latinoamericanos no eran bien vistas por los cubanos, que, bajo el pretexto de «las razones de seguridad» y de la compartimentación, trataban de impedirlas por todos los medios sin poder lograrlo, porque, por ironía del destino, utilizábamos los mismos métodos que ellos nos habían enseñado para poder encontrarnos en secreto.

Un día que entraba con Mónica en el

hotel Nacional, por casualidad y para gran enojo de los cubanos, nos dimos de narices con los padres de Mario Santucho,[2] dirigente máximo de nuestra organización. Gracias a ellos pudimos contactar con otros compañeros del ERP que se encontraban en la isla por una u otra razón, y de los cuales nos mantenían compartimentados. La situación de todos nosotros era más o menos la misma; estábamos en la lista de salida pero por uno u otro motivo no lográbamos obtenerla.

En Argentina los acontecimientos iban tomando un cariz dramático. La represión era cada vez mayor y el

movimiento popular sufría a diario nuevas bajas. Con un movimiento popular casi derrotado, los militares dieron el golpe del 24 de marzo de 1976, que contó con el apoyo de sectores importantes de la pequeña burguesía, que reclamaba orden y tranquilidad. Muchos, seguramente, no se percataban de que estaban contribuyendo a abrir uno de los momentos más tristes y terribles de la historia de nuestro país. Las desapariciones, las torturas y los asesinatos se contaban por miles. La barbarie fascista no sólo atacó al movimiento guerrillero, sino también a todo el movimiento popular o,

simplemente, a todo lo que les pareciera progresista o izquierdeante; situación que se prolongó hasta 1983.

El 19 de julio, a sólo cuatro meses del golpe, murió en combate Mario Roberto Santucho junto con otros miembros de la dirección de nuestra organización. Fue el tiro de gracia para el ERP. Para los revolucionarios argentinos que estábamos en Cuba significó un dolor terrible, no sólo por la muerte de nuestros dirigentes tan queridos, sino por encontrarnos tan distantes del escenario de la lucha. Aquello generó en mí un sentimiento de culpa que todavía hoy no he logrado superar.

En esos días llegó a La Habana «Enrique», delegado del buró político de nuestra organización, el PRT, en el exterior. El cual había sido responsable de Mónica y de mí en Argentina. Esto nos permitió hablarle de nuestras preocupaciones con la mayor confianza. A pesar de su análisis voluntarista y triunfalista, comprendimos que la situación real de la organización era terrible. Su propia mujer, compañera de estudios de Mónica, había desaparecido, y ésa era la situación de la mayoría de los compañeros por los que le preguntamos: presos, muertos o desaparecidos.

Cuando le planteamos el tema de

nuestro retorno, nos dijo que la organización nos apoyaría, pero que, de cualquier modo, deberíamos ir con cuidado en nuestras relaciones con los cubanos. Nos aconsejó que tratáramos de partir a Roma, donde podríamos restablecer los contactos.

Volví entonces a plantearles a los cubanos mi necesidad de salir y pusieron mil inconvenientes, y, con argumentos justos, rebatieron la información de Enrique. Pero el deseo de regresar a mi país era una cuestión personal que estaba por encima de cualquier análisis, y si de verdad estábamos tan cerca de la derrota, o ya derrotados, creía firmemente que los

compañeros que quedábamos deberíamos trabajar por la reconstrucción de la organización en el país.

Aquéllos fueron mis argumentos.

Como de costumbre, mi interlocutor no podía responder nada definitivo; debía consultar «arriba». Esperé cerca de una semana y, por supuesto, no obtuve respuesta. Decidí entonces dirigirme directamente a Piñeiro; insistí todo un día sin resultado. A las tres de la mañana me respondió él en persona, y me dijo que hablara con Morejón, que me tenía una respuesta. Como no le creí, le dije que si no salía de Cuba me consideraba prisionero. Me dijo que

fuera para su casa esa misma madrugada.

Sin pérdida de tiempo me dirigí caminando desde el Vedado; a esa hora era prácticamente imposible conseguir transporte público. Un taxi, ni soñar. Al cabo de una hora de caminata llegué a su casa. Uno de sus ayudantes me hizo pasar y me pidió que esperara porque el comandante estaba reunido.

Como siempre, Piñeiro apareció sonriente.

—¿Qué pasa, Masetón, que te veo tan desesperado? —me dijo a modo de saludo.

Le expliqué la situación y volví a manifestarle mis deseos de regresar a mi

país. Acariciándose la barba y con grandes gestos, como si quisiera atrapar un pájaro al vuelo, me hizo todo un análisis de la situación argentina y del ERP en particular. Terminó explicándome que era por mi seguridad por lo que no me había permitido salir; que esperaban información más precisa para organizar un buen plan de retorno, aunque, de todos modos, pensaba que la organización no estaba en condiciones de absorber a los militantes que regresaban.

Insistí en la necesidad de irme, asumiendo personalmente los riesgos que mi partida implicaría, y comentándole que ya tenía contacto con

mis compañeros en Roma. Para mi sorpresa, respondió que no habría problemas, que en una semana se podía preparar el viaje. Ultimamos detalles; yo saldría antes que Mónica y mi hijo Jorge para establecer los contactos necesarios, y debíamos preparar la documentación falsa, determinar el itinerario y prever el presupuesto. A modo de despedida, se levantó, me preguntó si estaba conforme y me dijo que nos veríamos antes de mi partida. Su chófer me llevó de vuelta al hotel.

Fausto, el instructor de métodos conspirativos, reapareció para preparar el viaje. En una casa equipada para servir de estudio me tomaron varias

fotos para el pasaporte y el documento de identidad argentinos. Aquello nos llevó varios días, y mientras tanto planeamos el itinerario; saldría de La Habana, vía Praga, con Cubana de Aviación, y desde allí tomaría un vuelo hasta Zurich, donde volvería a embarcar con destino a Roma. Previmos un presupuesto de cinco mil dólares, sin contar los pasajes. Con eso tendría que buscar la forma de continuar hasta Buenos Aires.

Mi despedida de Piñeiro fue bastante corta. Se interesó, con su minuciosidad habitual, por todos los detalles del viaje y, después de darme un abrazo, se despidió como

acostumbraba:

—Cuídate.

7
Soldado en tránsito
Italia, 1976-1977

Mónica, Fausto y Morejón me acompañaron al aeropuerto. De nuevo dejaba atrás La Habana, pero esta vez con un destino que me llenaba de entusiasmo.

Como estaba previsto, el viaje se desarrolló sin imprevistos. En Praga me esperaba un hombre de Piñeiro para facilitarme el viaje a Roma. El pasaporte era de muy buena factura, por lo que no llamé la atención lo más mínimo.

Apenas llegué a Roma llamé al número de mi contacto; me respondió un argentino con leve acento italiano. Me dijo que fuera a un pequeño café frente a la plaza Venecia, donde pasaría a recogerme un compañero. Allí llegué con mi valija, deslumbrado por la hermosura de la ciudad. Todo me parecía enorme y majestuoso. Las mujeres, bellísimas. Supongo que es el

encanto que le produce Roma a todo viajero cuando llega por primera vez. Me senté en una pequeña terraza y esperé cerca de hora y media, ya que no podía hacer otra cosa. Cuando ya empezaba a preocuparme, se acercó un tipo flaco, alto, de bigotes, que me preguntó con un terrible acento porteño si yo era Martín, que, efectivamente, era mi seudónimo. Se presentó como el Pelado Federico, y tenía más aspecto de empresario o de artista de la farándula que de compañero nuestro, pero yo apenas sabía cómo se movía el Partido en Europa y a qué contraseñas respondían. No había razón para desconfiar.

Con aires de ejecutivo muy ocupado, comentó que en ese momento no podía atenderme, que me llevaría a un hotel donde pasaría a buscarme al día siguiente para conversar, y sin más explicaciones tomamos un taxi. Tras dar vueltas por las estrechísimas calles de un barrio de Roma, me dejó en un pequeño hotel para que pasara la noche.

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, volvió y, siempre con mucha prisa, me dio cita para la noche. Me comunicó que un compañero quería verme e insistió en que fuera muy puntual. Lo que más me llamó la atención era que el encuentro tendría lugar en una esquina y no en un bar,

como era lo habitual, teniendo en cuenta que en el extranjero no era necesario tomar medidas de seguridad tan extremas.

A las nueve de la noche, después de haber recorrido durante todo el día aquella bella ciudad, me dirigí al punto de encuentro. Estudié con anterioridad el trayecto para calcular el momento exacto en que tendría que pasar por la esquina. Apenas iba llegando, me interceptó el compañero con quien tenía que verme. No hicieron falta presentaciones; era el Pelado Gomarán,[1] que en aquella época representaba para mí uno de los dirigentes más conocidos y de mayor prestigio en la organización,

diría que casi un mito. Había participado y dirigido las principales operaciones militares del ERP. En 1972 se fugó del penal de Rawson junto con Santucho y otros miembros del buró político. Era jefe del estado mayor del ERP, e inmediatamente comprendí por qué se tomaban tantas medidas de seguridad. Pensé que si él había quedado vivo, no todo estaba perdido; podríamos reconstruir la organización; el Pelado era, de veras, todo un símbolo dentro del partido y uno de los hombres más buscados por las fuerzas de seguridad argentinas.

Cenamos en una tranquila *trattoria* de barrio. El Pelado me preguntaba

interesado sobre la situación cubana, y se mostró sorprendido cuando le conté mis dificultades para salir de la isla. Su visión de la situación de la organización en el país era mucho más objetiva que la de Enrique, y aunque no reconocía la derrota, al menos hablaba de la debilidad en la que nos encontrábamos. Con el mismo voluntarismo que nos caracterizaba a todos, pensaba que con esfuerzo y tesón podríamos revertirla.

En cuanto a lo que a mí me interesaba, principalmente mi regreso al país, debería esperar a que la dirección recibiera informes del interior para poder planear el retorno de un grupo grande de compañeros que se

encontraba en Europa. Mientras tanto me integraría en las tareas de solidaridad con Argentina que se realizaban en Italia. Bajo la dirección de Gomarán, debía colaborar también en algunas tareas destinadas a fortalecer el aparato del partido, buscar medios económicos y apoyar algunas actividades logísticas vinculadas a operaciones militares en el interior del país.

Así, por el momento, debía quedarme en Italia. Cuando el Pelado tuviera necesidad de mí, me avisaría y entraría en contacto con él.

La Italia de 1977 aún estaba marcada por la onda de choque del «Mayo rampante». El año anterior, el

Partido Comunista, pisándole los talones a la Democracia Cristiana, había obtenido sus mejores resultados electorales. El movimiento obrero era combativo, la extrema izquierda contaba con miles de militantes y publicaba varios cotidianos. 1977 fue también el año del caso Aldo Moro, el país se encontraba en un momento crucial. Luego vendría el pacto social y los frutos amargos del compromiso histórico.

Sin embargo, para nosotros Italia constituía ante todo la retaguardia desde donde podría organizarse la solidaridad. Nuestra guerra estaba a diez mil kilómetros. Una verdadera guerra. En

1977, en Argentina, los desaparecidos se contaban por decenas de miles. Nosotros no nos considerábamos como refugiados sino como soldados en tránsito, con la idea fija del retorno. Tampoco queríamos inmiscuirnos demasiado en los asuntos italianos para no comprometer nuestro santuario provisorio.

Al día siguiente contacté con el Vasco Manuel, responsable del partido en Italia. Me indicó que tenía que instalarme en Milán, donde vivía un grupo de compañeros vinculados a nosotros, pero que no estaban organizados partidariamente. Era

importante trabajar en las tareas de solidaridad, ya que allí se encontraba la principal concentración obrera de Italia. Además, tendría que asumir la responsabilidad en otras ciudades; Génova, Turín, Bérgamo y Brescia, donde se encontraban también otros compañeros.

Durante largo rato discutimos sobre la línea del partido con respecto a la solidaridad, que debería ser de carácter amplio y con un contenido profundamente democrático para movilizar el mayor número de fuerzas políticas y sociales en apoyo a la lucha de nuestro pueblo: desde la Democracia Cristiana hasta Lotta Continua. En

cuanto al partido, mantendríamos las relaciones y el intercambio de información política con las organizaciones revolucionarias latinoamericanas que tuvieran representación en las ciudades donde nos encontrábamos, así como con las organizaciones de nuestro país. Las tareas operativas que pudieran presentarse serían totalmente independientes del trabajo de solidaridad. Se evitaría realizarlas en países donde teníamos bases de apoyo y manteníamos relaciones políticas, y éstas siempre estarían orientadas por el Pelado.

En Milán encontré un grupo de

compañeros muy bueno y entusiasta que, además de trabajar en lo que fuera para mantenerse, ponía mucho empeño y cariño en las tareas partidarias. Empezamos a trabajar y a militar, o, más exactamente, racionalizamos el trabajo, ya que ellos lo tenían bastante avanzado, sólo que se sentían un poco alejados del partido; pensaban que la dirección no tenía en cuenta su actividad.

Nuestro principal esfuerzo se orientó hacia las centrales sindicales. Al principio no fue fácil. Muchos no querían ni escucharnos. El Partido Comunista argentino daba un «apoyo crítico» a la dictadura y contaba con mejores relaciones internacionales que

nosotros. Tomamos la decisión de trabajar directamente con las comisiones internas de las fábricas, para llegar así a las centrales sindicales y a los partidos políticos.

Se trabajó mucho y tuvimos experiencias maravillosas. Los obreros de la Carlo Herba y de la Farmitalia donaban un día de salario por mes para ayudar a los presos políticos argentinos. Los portuarios de Génova, en cada barco que salía para nuestro país, transportaban, disimulados en la carga, millares de volantes de solidaridad con los obreros argentinos y contra la dictadura. Muchos jóvenes italianos sin partido dedicaron sus esfuerzos a la

solidaridad con nuestro pueblo, y más de uno puso en peligro su vida viajando a Argentina para entregar un mensaje clandestino. Eran las mismas comisiones internas las que exigían a sus centrales declaraciones contra la dictadura en nuestro país. Nosotros asistíamos a sus asambleas, compartíamos nuestra vida con la de ellos. Muchos compañeros obligados a huir de Argentina encontraron refugio y solidaridad en casa de trabajadores italianos. Conocimos realmente el espíritu solidario y antifascista de ese pueblo.

Entretanto, llegaron Mónica y mi hijo Jorge. Yo no tenía vivienda fija,

porque, como estaba solo, me quedaba donde me encontrara la noche y donde me pusieran un colchón. Con un hijo de dos años la cosa se complicaba. Así conocimos a Vito y a Lucía. Él, trabajador de la OMFIAT, y ella, estudiante. Vivían en un pequeño departamento en un barrio popular con su hijo Camu, de la misma edad que el mío. Sólo tenían un cuarto, una pequeña sala y una generosidad sin límites.

Allí fuimos a instalarnos.

Compartíamos la vida cotidiana y las actividades. Mi italiano mejoró notablemente y me familiaricé con sus costumbres. Desde entonces vivo enamorado de ese país y de su gente.

Un día recibí una llamada pidiéndome que viajara urgentemente a Roma. El Vasco Manuel me esperaba en la estación romana de Termini con otro compañero que no conocía. Me sorprendió su estatura y su cabello rojo. Cuando me lo presentaron, supe que era el Flaco Santiago, toda una leyenda en la organización. Había sido el jefe de la compañía de monte en Tucumán y de él se contaban mil anécdotas sobre sus hazañas de combate. Había participado en las acciones más importantes del ERP en Argentina.

El Flaco, a diferencia de otros jefes militares de la organización, despertaba una simpatía increíble. Para todo tenía

un chiste o una sonrisa. Su compañera estaba detenida en Argentina y tenía un hijo de cuatro años, al que sólo había podido ver dos veces, en su vida. Esto último le obsesionaba; y hablaba permanentemente de ello.

Entramos en un café. El Flaco fue directo al grano; un grupo de compañeros estaba preparándose para ir a combatir a Namibia, junto con las SWAPO, y habían pensado en mí. El jefe sería el propio Flaco. Mi alegría fue enorme porque iba a combatir, y, además, hacerlo junto al capitán Santiago era un verdadero honor. Primero tendríamos que viajar a Angola y, desde allí, tras recibir un curso de

comando, introducirnos en Namibia.

Si el exilio se eternizaba, se producirían inevitablemente problemas de inserción en los países que nos acogían, problemas que nosotros nos negábamos con obstinación a admitir. Vivíamos en la clandestinidad, con falsos documentos, con la idea de un retorno inminente a nuestro país, y en nuestra mente no queríamos reconocer el alcance de la derrota. Estábamos convencidos de que la montaña era el único terreno posible para el desarrollo de una lucha armada revolucionaria. En las ciudades, la presencia y el control permanente del enemigo hacía las cosas prácticamente imposibles. La mayoría

de los planes militares en nuestro país reposaban sobre ese razonamiento, y por esa razón la experiencia namibiana no era para nosotros una aventura exótica sino un aporte importante para el desarrollo de nuestros proyectos en Argentina. Al menos era lo que pensábamos en aquel entonces y lo que nos impulsaba.

Nos concentramos en un departamento que nos habían prestado en Roma, donde esperamos casi dos meses. Al final todo fracasó y no pudimos viajar. El grupo de Angola con el que teníamos contacto intentó dar un golpe de Estado y todos fueron fusilados.

Lo único positivo de esta experiencia fue la amistad que trabé con Santiago.

Cuando estaba preparándome para regresar a Milán —con bastante frustración—, me avisaron de que debía viajar a España para encontrarme con el Pelado Gorriarán, era una buena noticia. Pensé que seguramente se trataba de alguna actividad relacionada con Argentina, posiblemente con el retorno.

Nos encontramos en Barcelona. Como siempre, prestaba mucha atención a las medidas de seguridad en los encuentros. Recuerdo que lo encontré en una esquina y ni siquiera me saludó. Hizo que lo siguiera unas seis cuadras

por el barrio gótico, mientras otro compañero iba detrás de mí para cerciorarse de que no me seguían.

Entró en un viejo bar y lo seguí. También se nos juntó el otro compañero y se sentó con nosotros. Después de preguntarme por la situación del partido en Italia y de preocuparse por las tareas de solidaridad, pasó a explicarme que los planes del partido no podían realizarse por falta de recursos. Tampoco teníamos las condiciones de seguridad necesarias para realizar operaciones financieras, es decir, expropiaciones, en nuestro país. Debíamos, por tanto, operar en el exterior para procurarnos los recursos

necesarios.

Su planteamiento no me sorprendió, ya que conocía la situación que atravesábamos, y en varias reuniones con la dirección yo había propuesto la misma solución. Sólo me preocupaba la idea de que, en caso de detención, se comprometiera políticamente el trabajo de solidaridad y de los contactos realizados hasta el momento. A lo que respondió que no me preocupara ya que todos los compañeros que participásemos en esas actividades dejaríamos una carta firmada de renuncia al partido, y en caso de tener problemas, deberíamos mantener en nuestras declaraciones que éramos

delincuentes comunes.

Por otro lado, no operaríamos en países donde desarrolláramos tareas de solidaridad. Ya existía una pareja de compañeros ubicados en un país de América Latina dándole cobertura a una casa para realizar una operación de secuestro. El compañero que se había sentado con nosotros y yo mismo tendríamos que viajar allí de inmediato.

8
El veneno del exilio Italia-Francia, 1978

Hubo, pues, expropiaciones, secuestros y rescates.

¿Qué decir?

El secuestro constituye, sin duda alguna, un trauma insuperable para el rehén. En cierta forma, lo es también para sus secuestradores, si son revolucionarios. No me arrepiento de lo que hicimos en la lucha contra los verdugos y torturadores, pero el secuestro de un desconocido por razones estrictamente económicas, por muy urgentes que sean, es una forma de crueldad difícilmente compatible con los ideales que nos animaban.

Esto no excluye que las centenas de miles de dólares así recaudados nos permitieran hacer salir de Argentina a un gran número de compañeros clandestinos cuyas vidas corrían

peligro. En efecto, las condiciones de seguridad de los militantes en el interior se habían deteriorado más. En abril de 1977, en una reunión del ejecutivo del partido, se adoptó el plan Tanga, que consistía en sacar del país a los cuadros «quemados», en organizar escuelas políticas en el exilio y en preparar un plan de retorno masivo para implantar en la montaña un núcleo militar dotado de una emisora de radio.

En Italia organizamos cinco escuelas de formación teórica de treinta participantes, una para cada frente de actividad: político, sindical, militar. Funcionaban en diferentes regiones y los cursos duraban seis meses. La nuestra

tenía lugar en un pueblecito agrícola, cerca de Brescia, donde nos presentábamos abiertamente como militantes de la resistencia argentina. La población nos procuraba la comida y el alojamiento. Por nuestra parte, colaborábamos en algunas labores de la comunidad.

Extraño encuentro entre dos mundos.

Nuestra vida transcurría por un lado manteniendo relaciones fraternales con la población, y por otro, en los locales de las escuelas, proseguíamos nuestra guerra lejana perpetuando sus rituales. El día comenzaba con una formación militar en el centro del patio y el saludo a la bandera del ERP. Vivíamos

obsesionados por nuestros muertos y desaparecidos, animados por la voluntad de no rendirnos. Europa preparaba ya el mundial de fútbol de 1978.

Sin embargo, el recogimiento en los estudios se prestaba a la reflexión y a la discusión. Así empezaron a manifestarse las diferencias políticas, y éstas giraban, fundamentalmente, en torno a la cuestión de la lucha armada. Sin plantearlo de forma abierta, la corriente dirigida por el secretario general de la época, Luis Mattini, influida probablemente por el partido comunista, quería abandonarla. Otra corriente, de claro carácter militarista, identificada con el Pelado

Gomarán, tendía a apresurar el retorno al país. Su perspectiva consistía en el establecimiento de un núcleo guerrillero en la montaña y la infiltración, en las ciudades, de equipos operativos en vinculación con los frentes de masa sindicales y populares. El partido, por su parte, no se manifestaría como tal, a fin de no atraer sobre sí la violencia de los militares. El balance de los fracasos precedentes se reducía a consideraciones técnicas: se habían violado demasiadas reglas de la lucha guerrillera, pero esa derrota táctica no debía cuestionar la estrategia de conjunto.

Por otra parte, las polémicas eran

envenenadas por las querellas y las rivalidades personales, tanto en la dirección como en la base. Yo mismo tuve un problema que me afectó bastante. Participaba en la escuela del frente militar que, lógicamente, debía haber estado bajo la dirección del Pelado Gomarán, pero como éste se encontraba en Colombia con las FARC,[1] lo reemplazaba el Flaco Santiago. Tuvimos la visita de un miembro del buró político que nos acusó de desviación militarista y relevó a Santiago de sus funciones. Lo mandaron de inmediato a España y a mí a la base. Al mismo tiempo, para reforzar el marco de ese curso problemático, e inculcarnos

los rudimentos de la teoría marxista, enviaron a un grupo de camaradas de Suecia. Uno de ellos llegó acompañado de su mujer, que no era militante.

Entre ella y yo tuvo lugar un idilio del cual me sentí obligado a informar abiertamente a los responsables. En medio de las tensiones existentes, esto no vino a mejorar las cosas. Para dar idea de la presión debida a la rigidez moral que reinaba en nuestro grupo, diré que se llegó hasta el extremo de suspender a un compañero del Comité Central por haber tenido una relación amorosa estando su mujer desaparecida desde hacía tres años. Si el pueblo era capaz de esperar a sus desaparecidos,

los revolucionarios tenían que servir de ejemplo.

Mi falta resultó casi tan grave.

Cuando llegó un miembro de la dirección central, agregó a la orden del día de la escuela un punto sobre «los problemas morales» y me pidió que expusiera mi situación. Furioso, le respondí que no discutiría mis problemas personales en público.

Desde aquel día dejé de asistir a los cursos.

Por fin regresó el Pelado de Colombia, me expuso la evolución del proyecto de núcleo armado en la montaña y me informó que el buró político se oponía a mi participación

«por razones morales». El, personalmente, no le concedía mayor importancia al asunto, pero era indispensable que se solucionara ese litigio. Decidí pedirle a la compañera en cuestión que regresara a Suecia y le dije que yo iría poco después. Fue, en realidad, una mala mentira, y el fin de una bella historia de amor.

El problema moral quedaba formalmente resuelto.

Formal y amargamente resuelto.

Por entonces tenía un contacto directo con uno de los miembros del Comité Central, que residía en Cuba, quien me hizo llegar dos cartas donde exponía las posiciones de la mayoría del

CC y cuestionaba las maniobras del buró político; en particular, el hecho de haberle ocultado a los militantes las divergencias políticas en el seno de la organización, y el de haber propagado falsas informaciones sobre su situación en Argentina: allí ya no teníamos casi nada e, incluso, las comunicaciones regulares se habían interrumpido. La otra carta era para el Pelado, donde le informaba que debía ponerse al frente de la lucha para organizar excepcionalmente un Comité Central ampliado.

Con un pretexto cualquiera, pedí autorización para dejar la escuela y viajé a París a entregarle las dos cartas

al Pelado, que ya había regresado de Colombia. Me habló con mucha franqueza de todos los problemas internos. Teníamos que prepararnos para un enfrentamiento. Me pidió que contactara con un compañero de mi escuela y le explicara la situación. Este último, se suponía, debía estar de acuerdo con nosotros. Pero fue él mismo quien me denunció a la dirección.

Fue así como me vi expulsado de la escuela y del partido.

Desanimado regresé a Milán, donde estaban Mónica y mi hijo. Es decir, a la casa de Vito y de Lucía. Cuando contacté con el Pelado, me aconsejó que fuera paciente. Continué desarrollando,

mientras tanto, las actividades de solidaridad, hasta que un día recibí de París una llamada de su mujer aconsejándome que fuera de inmediato. Al llegar, el Pelado me informó de que el buró político consideraba a uno de sus miembros, Daniel Martín, un «agente del enemigo»; se trataba de uno de los compañeros que precisamente compartía nuestro punto de vista, y ahora le pedían al Pelado que lo «pusiera a prueba». Había decidido no hacer nada e informar del asunto a los militantes.

El buró político, en un boletín interno, conocido como el «boletín 113», replicó haciendo pública la acusación de agente del enemigo a

Daniel Martín y acusando de alta traición al Pelado por haberlo protegido. Uno de los dirigentes llegó a declarar que otros trece camaradas, entre los que me encontraba yo, estaban condenados a muerte por actividad fraccional. Por su parte, el buró político convocaba de forma unilateral el sexto congreso del partido, sin la participación de la mayoría del Comité Central. Por nuestra parte, algunos compañeros llegamos a considerar la posibilidad de tomar la delantera liquidando al secretario general y haciendo recaer la responsabilidad sobre los servicios argentinos. Por suerte la mayoría se opuso, incluyendo

al Pelado. Hasta esos extremos puede llevar la lógica aberrante del sectarismo de grupos cerrados que viven de sus fantasmas, carcomidos por el veneno de un exilio que impedía ver hasta qué punto era incongruente el argumento: «estábamos en guerra» y, en la guerra, la traición se castiga, con la excepción de que, en una guerra interna, se corre siempre el riesgo de que lo acusen a uno de ser el traidor de alguien. Tiempo después sabríamos que las acusaciones contra el Pelado fueron lanzadas por los servicios cubanos. Cuando lo discutimos posteriormente con ellos en 1979 en Nicaragua, se justificaron diciendo que los había intoxicado uno de sus agentes

miembro del Partido Comunista argentino que después resultó ser un agente doble; trabajaba para el batallón 601 de la Inteligencia del ejército argentino, y al mismo tiempo para los servicios cubanos.

En todo caso, la escisión se había logrado.

El buró político la había previsto y organizado, tomando precauciones para quedarse con el control de las finanzas y del aparato, incluyendo hasta el pequeño material para falsificar documentos.

La situación era grave, por no decir peligrosa.

A finales de 1978 organizamos una reunión en Nanterre (París), pero los

miembros del Comité Central no pudieron salir de Cuba, donde estaban prácticamente retenidos contra su voluntad porque Cuba apoyaba al sector de Luis Mattini, que era el secretario general. Decidimos avanzar, a pesar de todo, manteniendo el proyecto de retorno a Argentina y de foco armado en la montaña, mas no teníamos nada y necesitábamos no poco dinero. Era urgente organizar un equipo que pudiera operar en España, donde teníamos una base de apoyo y donde los mecanismos represivos eran menos sofisticados que en Francia en aquella época. De nuevo teníamos que partir de cero y era indispensable procurarse armas por dos

razones.

Primeramente, para proteger a los miembros de la dirección y a los compañeros acusados, ya que esa muerte anunciada equivalía a darle luz verde a los servicios secretos de la dictadura para eliminarnos y hacerlo pasar por un ajuste de cuentas entre nosotros; luego, para poder pasar a la acción de recuperación de fondos.

Logré procurarme dos 7,65 y una P38 que me llevé a España, donde se encontraban el Pelado y Martín. Varios ataques a cajas de ahorro fueron coronados por el éxito, desgraciadamente el ataque a un banco provocó tres arrestos. Dos de los

compañeros respetaron la versión de que se trataba de un delito común, como habíamos previsto para proteger la organización. Uno de ellos pretextó querer ayudar a su madre, que estaba en Argentina; y el otro comprarse un pequeño taller de mecánica en Uruguay. El tercero, en cambio, se defendió como militante de la resistencia argentina. Los tres fueron detenidos en Carabanchel.

Con esas detenciones, más los allanamientos de los departamentos de que disponíamos, nuevamente perdimos todo, armas y finanzas. Además, el ambiente en España empezó a hacerse en particular hostil a los argentinos. Me enviaron de regreso a Italia, ya que era

necesario sobrevivir. Allí estábamos reducidos a las armas blancas y a actuar con camaradas militarmente inexpertos, reclutados durante los trabajos de solidaridad. No tardamos en comprender que esa situación era imposible de sostener y que nos metería entre la espada y la pared. Fue en estas circunstancias cuando decidimos escribirle una carta al Pelado Gomarán anunciándole que nos separábamos del partido, informándole de nuestra intención de irnos a luchar a Nicaragua.

Estábamos a finales de 1978.

En septiembre, una primera insurrección sandinista fue ahogada en sangre, y el desenlace de la guerra

parecía bastante incierto. El regreso a Argentina se volvía difícil y nuestra estancia en Europa estaba transformándose en un callejón sin salida. Pronto tendríamos que considerar las diferentes alternativas mirando la realidad de frente: aceptar, por ejemplo, integrarnos y rehacer nuestras vidas en Europa. Yo no era muy consciente de lo que había que decidir, pero sentía que la ida a América Central, casi tan exótica para nosotros como la aventura abortada de Namibia, representaba una brecha en el muro, una salida hacia la luz. A lo mejor nuestras esperanzas frustradas estaban renaciendo en Nicaragua.

De nuevo aterricé en París para hacerle saber mi decisión al Pelado. Se rió y me confirmó que la razón estaba de nuestra parte. Más aún considerando que teníamos muy buenas relaciones con el Frente Sandinista, y que este último reclamaba, precisamente en esos momentos, a un grupo de camaradas con una formación equivalente a la de oficial. El envío de varios de los nuestros a Nicaragua fue una decisión ratificada en una reunión de nuestro grupo.

Los trámites para obtener los visados panameños ya estaban en curso. En cuanto a los billetes de avión, hubiera sido indecente pedírselos a los

sandinistas. Una comunidad cristiana de base nos los procuró.

Entretanto, en Italia había nacido mi segundo hijo, Martín; Mónica, junto con otros compañeros, decidieron radicarse en Francia donde era más fácil obtener el estatus de refugiado político.

Estaba excitado por los preparativos y me exasperaban los contratiempos. En uno de esos días, en el metro, alimentando mi mal humor y furioso contra el universo en general y contra Francia en particular, donde la gente prefiere los animales domésticos a los niños, subió una muchacha con un canasto para el transporte de animales y yo empecé a echar pestes en voz alta

contra el amor indecente por los perros, y, en un español impecable, la muchacha me respondió que lo que llevaba era un gato.

La invité a tomar un café.

Pronto me encontré instalado en su departamento.

Le decía que quería aprender francés para ir a la universidad. Sin embargo, una semana después recibí por correo desde Italia un pasaporte falso disimulado en un libro. Como se trataba de un libro feminista, ella lo abrió. Me vi obligado a darle todas las explicaciones. Empezó enseguida a mostrarse muy cooperativa con nosotros.

Y en medio de aquel flechazo tuve



que dejar París.

9
El camarada Fal Panamá-Costa Rica, 1979

Destino Panamá.

Allí teníamos el contacto con los nicas para que nos introdujeran en Nicaragua, también iba a encontrarme con otros compañeros argentinos.

Atrás quedarían Europa, el exilio, las peleas internas del partido, algunos esfuerzos vanos por reconstruir la organización y compañeros en la cárcel de Carabanchel.

Sería, sin embargo, injusto que sólo hiciera el recuento de lo desagradable. También quedaba Italia con su pueblo solidario y fraternal, un amor rubio y tierno en París, mis hijos y unos cuantos amigos que nunca me fallaron.

Fue un vuelo largo y pesado. En la escala de Madrid, Iberia tuvo un retraso de veinticuatro horas; en otro momento, esperar no hubiera sido tan desagradable, en las condiciones en las que me encontraba se me hizo

insoportable. Seguramente los compañeros ya estaban en Panamá. ¿Y si pensaban que yo no podía llegar? ¿Y si se iban sin esperarme? ¿Y si llegaba tarde para el contacto con el Frente Sandinista y todo fallaba por culpa mía?

Ésas fueron mis preocupaciones.

La última escala fue en La Habana. Me sentía extraño al encontrarme allí como un extranjero, con un pasaporte en el bolsillo a nombre de Ignacio Molina, groseramente adulterado por mí. Solo, en la sala de tránsito, con unas ganas enormes de salir, aunque fuera un instante, a caminar por la ciudad tan querida, mi ciudad. Y poder abrazar a mi hermana, ver a mis amigos, hacer

todo lo que uno hace cuando regresa después de años a su país. Pero no podía. Los compañeros esperaban.

Era la primera vez que estaba en Panamá. Me sorprendió que un país tan pobre y tan chico tuviera un aeropuerto tan grande y ostentoso. Estaba regresando a América Latina. ¿Cómo podía sorprenderme si en mi propio país, Argentina, detrás del lujoso hotel Sheraton hubo en una época miles de casas pobres hechas de tablas y chapas? Hoy siguen existiendo, sólo que en un barrio más alejado, y que son más numerosas.

A pesar de lo mal elaborado que

estaba el pasaporte, pasé el control migratorio sin ningún inconveniente. Como llevaba un bolsito de mano por todo equipaje, no tuve siquiera que esperar las maletas. Desde hacía algún tiempo viajaba siempre así, el clandestino debe permanecer el menor tiempo posible en los aeropuertos y, aunque parezca mentira, la espera de las maletas es más peligrosa que el control de pasaportes. Allí se concentran los sapos, que así disponen de más tiempo para mirar y husmear.

Después de salir de la autopista, el taxi tomó por la vía España, yo no salía de mi asombro. Me parecía estar en un gran centro comercial que no se

terminaba nunca, marcado por el sello de mal gusto de los gringos. Lo único agradable era el colorido de los buses, con la música a todo volumen, salsa y merengue. Daban ganas de bailar en plena calle. El taxi me dejó en el hotel Roma, en aquel entonces un hotelito barato, pero confortable, perfecto para uno o dos días.

El calor era agobiador.

Tras dejar el maletín salí a la calle, adoptando aires de turista despreocupado. Debía telefonear al contacto.

—¿Aló? ¿Hablo con Boris? Te habla tu sobrino de San José. ¿Nos podríamos ver? —dije con tono impersonal.

—Claro, hombre, si te estaba esperando. Ahí llego —me respondieron del otro lado de la línea con un fuerte acento nicaragüense.

El contacto estaba establecido, y yo me quedé tranquilo. Tomé un taxi, le pedí que me dejara en el McDonald’s de vía España, donde habíamos fijado el encuentro una hora después de la llamada. Todavía era temprano, así que caminé un rato por la zona. Sobre la mesa coloqué la revista *Cambio 16* con el paquete de Gitanes encima.

Boris llegó puntual, mirando las mesas y no los rostros, vio la revista y el paquete de cigarrillos casi de inmediato, se dirigió a mí y me saludó

como si realmente fuera mi tío. Era un hombre de unos cuarenta años largos, pero de aspecto juvenil. Vestía la típica guayabera centroamericana. Se comportaba sin ninguna afectación.

Le pregunté por los compañeros y me comunicó que habían salido para Nicaragua el día anterior, aprovechando un vuelo que llevaba armas. Me dijo que no debía preocuparme. Si al día siguiente no había vuelo, me enviaría por tierra, ya que conseguir el visado de Costa Rica sería muy complicado y ellos contaban con un buen paso clandestino por la frontera. Conversamos luego largamente sobre la guerra en su país. Su entusiasmo era

contagioso.

—Esta vez, seguro que ganamos, compa. Los compitas están peleando hasta vencer o morir y, si los gringos se meten, también nos los tisteamos —decía con convicción.

Nos volvimos a encontrar al día siguiente por la mañana. No había vuelo, así es que en la tarde tendría que tomar un bus hasta David, cerca de la frontera con Costa Rica. Su hijo me acompañaría hasta San José. Por suerte yo no llevaba casi equipaje, porque en el bus íbamos cargados de sacos y de gallinas. La mayoría de los pasajeros eran campesinos que venían a la ciudad de Panamá a comprar o vender algo y todos

regresaban cargados; otros eran pequeños contrabandistas, con todo tipo de pacotilla comprada en el puerto libre de Colón para revenderla al otro lado que también buscaban burlar la frontera.

Así, acomodándonos entre los bultos, partimos hacia David.

El hijo de Boris tendría unos trece o catorce años. A pesar de su juventud, realizaba las tareas que se le encomendaban con mucha seriedad. Lo único que me molestaba es que no era muy conversador y el viaje se hizo interminable.

Llegamos de noche, caminamos algunas cuadras y tocamos la puerta de una pequeña casa muy humilde. Aún a

medio dormir, abrió un hombre ya mayor, de aspecto obviamente campesino.

—¿Qué hubo, compás? Esperen, que les traigo algo para que coman.

Fue todo su saludo.

Al rato regresó con dos platos humeantes de sopa de carne y plátanos verdes hervidos. Después de comer, mientras tomábamos un café, el hijo de Boris le explicó que teníamos que pasar la frontera.

—Como los compás que traje la semana pasada —agregó.

El viejo, sin decir nada, encendió un cigarro y salió a la calle. Me acomodé como pude en un viejo sillón y, mirando

una enorme tela de araña, de las tantas que había en la casa, me quedé dormido.

No sé a qué hora regresó el hombre, pero, cuando me despertaron, aún no había amanecido. Subimos a un camión, que el viejo conducía protestando y retándolo como si fuera un caballo. Así pasamos la frontera por Paso Canoas. Sólo encontramos un puesto fronterizo donde, para mi sorpresa, los guardias saludaron al viejo desde lejos sin que éste les diera mucha importancia ni respondiera casi al saludo.

Ya amanecía cuando entramos en un pueblito.

—A partir de aquí no hay más puestos —dijo el viejo mientras frenaba.

Cuando bajé, me acerqué a él para despedirme. Me respondió con un fuerte apretón de manos.

—¡Patria libre!

Fueron sus dos únicas palabras. Por primera vez lo vi sonreír, mostrando sus dientes de pobre manchados de tabaco.

Nuevamente, otro bus con sus sacos y gallinas.

Así, a tumbos y con la espalda molida, llegamos a San José. El hijo de Boris hizo unas llamadas telefónicas y me dijo que nos encontraríamos con los compañeros en el Parque Central. Era cerca de la estación de buses. Nos fuimos hasta allá caminando y esperamos un rato a que pasaran a

buscarme. Después de las presentaciones —nada complicadas—, «éste es el compa», me despedí del muchacho con un abrazo.

En una camioneta japonesa me llevaron a una casa de las afueras de la ciudad. Había allí unos veinte compañeros, algunos esperando entrar en Nicaragua, otros heridos o enfermos, esperando restablecerse para regresar. Se percibía un formidable clima de camaradería. Como a las dos horas o más de estar allí, después de preguntar mil cosas sobre Nicaragua y escuchar mil historias fantásticas de la guerra, heroicas y hasta enternecedoras, contadas con la mayor sencillez, como si

se hablara de cosas cotidianas, llegó el responsable de la casa y me comunicó que saldríamos para el frente a la mañana siguiente, también me aconsejó que aprovechara para descansar.

Esa noche casi no pude dormir.

Cuando me llamaron para desayunar fue un alivio. No veía la hora de que arrancáramos para llegar y encontrarme con mis compañeros y con el camarada FAL.

Al rato, en un pequeño bus, avanzábamos por la carretera.

Éramos ocho o nueve combatientes.

La guardia tica nos saludaba al pasar.

—Suerte, compás.

—¡Patria libre!

Por fin llegamos a Liberia, muy cerca de la frontera. Por toda la zona se veía el ir y venir de combatientes sandinistas. Nos dirigimos a una casa donde debíamos entregar nuestros documentos y el dinero extranjero que llevábamos; yo entregué el mío, pero el pasaporte lo escondí. También teníamos que llenar unas fichas con nuestros nombres y apellidos legales, seudónimos, nacionalidad y —lo que me dio un pequeño escalofrío en la espalda — a quién avisar en caso de muerte.

Nos distribuyeron el armamento, un fusil FAL con cuatro depósitos llenos. Mi bolsito de cuero me sirvió para

meter un poco más de munición. Luego de formar, emprendimos el camino hacia la frontera.

Iba a entrar en Nicaragua.

10
Días de guerra Nicaragua, Frente Sur, 1979

Caminamos de noche bajo una inmensa luna. Por suerte el terreno no era difícil y se avanzaba rápido. Un murmullo me advirtió que ya estábamos en Nicaragua. Sentí una emoción intensa

y, a la vez, tomé conciencia de estar en un terreno totalmente desconocido. Si me perdía, no sabría ni cómo regresar al punto de partida, así es que concentré toda mi atención en el combatiente que marchaba delante de mí. La luna llena fue mi mejor compañera en aquel instante.

Hicimos un alto para descansar antes de continuar la marcha al amanecer. Se nos permitió estar de a dos, pero dispersos por el terreno. Así conocí a Jotana, el primer compañero nica con el que entablé amistad, era de origen campesino, de los alrededores de Rivas, un guerrillero ya fogueado. Tendría más o menos mi edad, unos veintitrés años.

Me contó que hacía ya unos cuantos meses la Guardia Nacional había llegado a su poblado a hacer un reclutamiento forzoso. Él, con dos amigos, decidieron escapar y partieron para Costa Rica.

En San José había hecho un poco de todo: limpiabotas, camarero, peón de albañil. Eran muchos los jóvenes nicaragüenses que conocieron ese tipo de situación.

—A veces ni nos pagaban. Sólo nos daban comida y un hueco donde dormir.

Fue así como tomó contacto con el Frente Sandinista; quería liberar a su patria, ver de nuevo a su madre y trabajar su chacra. Además, tenía un

caballo.

Le pregunté por los dos amigos de su pueblo. Por primera vez su mirada se ensombreció.

—Murieron en la toma de Peñas Blancas hace tres días —me contestó bajando la cabeza.

Nos quedamos en silencio, pensaba en mis compañeros, a los que todavía no había visto. Él, seguramente, en los suyos.

El amanecer nos sorprendió conversando. Me vi rodeado de pequeñas colinas muy verdes. Hacia la derecha se divisaba un inmenso lago que parecía no tener límites. Distraído con la belleza del paisaje, apenas oí la voz

de formación. Jotana se distanció los cinco metros establecidos y nuevamente emprendimos la marcha. Así tomé conciencia del largo de la columna, alrededor de cuarenta combatientes.

El calor centroamericano comenzaba a hacerse sentir.

El bolsito de cuero, con un abrigo y la munición, comenzaba a pesarme. La correa del fusil me molestaba en el cuello. Todo esto hacía estragos en mi humor.

No recuerdo si fue el primer estruendo o el ver salir escapando a Jotana lo que me hizo reaccionar, pero instintivamente me lancé a correr detrás de él. Llovían morterazos por todas

partes, y el silbido del mortero crea la sensación de que la carga le va a caer a uno en la cabeza, al menos eso me pareció a mí, que corría de un lado a otro pensando que ése sí me estaba destinado, o que al menos caería muy cerca. En un momento vi un pequeño arbusto y pensé protegerme en él. Si llegaba a caer un obús por allí, arbusto y yo quedaríamos hechos mierda. Por suerte, divisé en ese momento a Jotana que, a unos metros de distancia, me hacía señas para que me acercara.

—Metámonos en este hoyo, que si aquí ya cayó uno es casi imposible que caiga otro.

Me tire boca abajo en esa especie de

alvéolo que me señalaba Jotana; trataba de acordarme de todas las tácticas guerrilleras que me había enseñado Bolchevique durante los cursos en Cuba, pero lo único que lograba era encomendarme a todos los santos.

Si mi dignidad quedó a salvo, fue porque por allí no había ningún consulado sueco para pedir asilo, si no, lo habría hecho de inmediato. Una cosa era la operatividad urbana, lo duro del trabajo clandestino, y otra la guerra a que se enfrentaban los sandinistas. Por todas partes se escuchaban explosiones, gritos de compañeros, caían pedruscos sobre nuestros cuerpos y terrones cual copos de nieve.

Como decía Jotana: «¡Qué mortereada más hijaeputa!».

Las explosiones fueron espaciándose hasta finalizar del todo. Tuvimos un gran número de bajas. Reanudamos la marcha en grupos mucho más reducidos y a un ritmo más acelerado. A esa altura yo era incapaz de tomar iniciativa alguna, sólo atinaba a seguir a Jotana como a mi tabla de salvación.

Pese a que el ataque de artillería había cesado, notaba preocupación entre los compañeros. Apurando el paso me acerqué a Jotana y él me aclaró que, seguramente, dentro de poco vendría la aviación.

No pasaron ni veinte minutos,

cuando ya teníamos el ruido de los motores encima. Los aviones dejaban caer sus bombas de quinientas libras inmisericordes y sin cesar de disparar con las ametralladoras de 50 mm. Parecía una tormenta de muerte. Se dio la orden de concentrar el fuego sobre los aviones, pero como volaban alto nuestros FAL no eran efectivos en lo más mínimo. De cualquier modo, el hecho de disparar me hacía sentir mejor y, absurdamente, protegido.

Cuando se fueron, uno de los compañeros se me acercó para decirme:

—Tiene que acostumbrarse, compa. Estos hijoeputas vienen todititas las mañanas.

La verdad es que nunca me acostumbré, y cada vez que los oía venir sentía el escalofrío en la espalda.

No sé ni cómo llegamos casi al mismo punto donde habíamos comenzado la marcha. Habíamos tenido muchas bajas y pude ver gran cantidad de compañeros heridos. Me sentí feliz, a mí no me habían tocado. De todos modos, esa sensación iba acompañada de un gran sentimiento de culpabilidad. ¿Cómo podía sentirme afortunado en medio de tanta desgracia?

Así se sucedían los días. La guerra también tiene una absurda monotonía. Los aviones por la mañana, las caminatas interminables, las

emboscadas. Victorias y derrotas. Cavábamos trincheras donde pasaríamos días y noches.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando, por casualidad, me encontré con el Pelado Gomarán. Ya sabía que yo había llegado. El encuentro nos causó mucha alegría. Le informé sobre mi viaje y se sorprendió de que lo hubiera hecho solo. Le expliqué que otros compañeros debían haber viajado conmigo, pero que en el último momento decidieron no hacerlo, escudándose en problemas familiares. Por entonces nosotros considerábamos tales actitudes casi como una deserción. En realidad

eran compañeros que habían pasado años en la clandestinidad, incluso en la cárcel y, en el marco del exilio en Europa, se habían reencontrado con sus parejas, sus hijos y necesitaban, como cualquier ser humano, un espacio personal. Nosotros, en aquellas circunstancias, no estábamos en condiciones de comprenderlos. Nuestra ideología nos impedía entender cualquier actitud que se apartara de la lucha, aunque fuera momentáneamente.

Para mí la presencia allí del Pelado era muy importante; por el cariño que le tenía y por lo que él representaba como símbolo de la continuidad en el combate de nuestra dirección. Me resulta muy

difícil describir la emoción del encuentro. Recuerdo que era por la mañana y que, como de costumbre, llegaron los aviones. Estábamos tan contentos que no les hicimos el menor caso y seguimos conversando como si estuviéramos en un café en Roma.

Así era el Pelado entonces.

Con su coraje transmitía mucha serenidad a los compañeros.

Estaba muy contento; decía que todo lo que estábamos aprendiendo allí podríamos aplicarlo en nuestro país una vez terminada la guerra en Nicaragua. Por otra parte, sabia que nuestra presencia junto con los sandinistas elevaría la moral de los compañeros que

se habían quedado en Europa y que se sumarían con entusiasmo al proyecto que, desde Nicaragua, soñábamos para nuestro país.

No éramos nosotros los únicos extranjeros que se encontraban allí y que compartíamos esos sueños. Colombianos, chilenos, peruanos, mexicanos, salvadoreños. En fin, toda Latinoamérica. Mucho ha escrito la prensa conservadora acerca de los que allí fuimos a combatir; los más amables nos tacharon de mercenarios, pagados a saber por quién.

En Nicaragua se reivindicó una generación derrotada. Veníamos de países donde ser joven y pensar era un

pecado, donde había miles de muertos y de desaparecidos. Habíamos sufrido la frustración del exilio como otros habían sufrido la cárcel y, por supuesto, la tortura. Somoza representaba todo lo que odiábamos y, precisamente, los que le apoyaban eran los mismos que sustentaban las dictaduras en nuestros países. Nuestra presencia en Nicaragua significaba el uso de un derecho, entre tantos, que nos habían negado. Como única e inestimable recompensa teníamos la alegría del combate y las enseñanzas que nos proporcionaba un pueblo en armas.

No imaginé entonces que algún día conocería la frustración del exilio, la

cárcel y el asesinato de compañeros queridos, víctimas del poder cubano, donde ser joven y pensar es también un pecado.

Viví momentos simpáticos. En una ocasión me encontré con un compañero chileno, de los que habían pasado por escuelas militares regulares en Cuba, gritando desesperado por su *walkie-talkie*:

—¡No digas tonterías! ¡Dime cuántos son! Está bien, pero coño, dime cuántos son —repetía al borde de la desesperación.

Me acerqué a ver qué le pasaba, y me dijo que la guardia había tomado una colina cercana y que se había enviado

una escuadra de exploración para conocer el número de efectivos y preparar el contraataque. Para esto había entregado un equipo de radio al jefe de la escuadra. Ya tenían al enemigo bajo observación, pero, cuando preguntaba por el número de guardias, lo único que obtenía por respuesta a través del aparato era:

—¡Un montonero, compa! ¡Negreyea de lo que son! ¡Montonazo!

No lograba que el compañero le diera un número aproximado de los efectivos enemigos concentrados en la colina.

El contraste entre el chileno, de formación militar académica, y el

compañero nicaragüense, de formación guerrillera, y el diálogo absurdo que sostenían, me parecía de lo más cómico. Por supuesto que también comprendía la desesperación del chileno.

En otra ocasión, cuando ya la victoria sandinista era inminente, supimos que algunos helicópteros de efectivos norteamericanos habían tomado Liberia, en territorio costarricense. La intervención americana era casi segura. Durante tres días se mantuvieron allí, pero, hasta que no se fueron, pensamos que iban a intervenir. Durante los tres días no me abandonó el escalofrío en la espalda, síntoma inequívoco de que estaba

cagado de susto. Con los gringos por la retaguardia y las fieras tropas de la EBI (Escuela Básica de Infantería), bajo el mando del comandante Bravo, frente a nosotros, las consecuencias serían seguramente desastrosas. De cualquier modo, los sandinistas mostraban una voluntad de combate que nos contagiaba a todos.

—Ahora sí nos vamos a medir con esos gringos hijoeputas —se escuchaba decir a los combatientes.

Lo más duro era la aviación, que hacía estragos todas las mañanas con sus bombas de quinientas libras y sus tanques de fósforo vivo.

Una mañana entró el primer Push

and Pull con su carga mortífera. Lo esperábamos con ansiedad. Sabíamos que por fin los ticos habían dejado entrar los cuatro bocas antiaéreos que habían enviado los cubanos, y que fueron retenidos durante algunas semanas. Se escuchó la primera descarga. No le habían pegado, pero el avioncito se sacudió, tomó altura y se retiró. Fue el último avión que vi en la guerra.

La victoria estaba próxima.

A los pocos días, Somoza renunciaba y huía del país, como había huido Batista de Cuba veinte años antes. Tomó el Gobierno un tal Urcuyo, en una última tentativa por frustrar la victoria

sandinista. Como Cantillo en Cuba, no duró más de veinticuatro horas.

Las tropas sandinistas del frente norte avanzaron sobre Managua.

11
La victoria sandinista Managua, julio de 1979

19 de julio de 1979.
La revolución sandinista triunfaba. Todavía se escuchaban disparos. Las

armas aún estaban calientes, el momento era de júbilo y de alegría. Allí nos encontrábamos todos. El ERP de Argentina estaba presente. Allí estaban también nuestros muertos festejando con nosotros la victoria.

Eran momentos inolvidables.

Cuando partimos de Europa, éramos seis compañeros. Ni siquiera sabíamos exactamente dónde estaba Nicaragua, pero allí habíamos combatido. Era la guerra revolucionaria de la cual tanto habíamos hablado. En Nicaragua, toda América Latina se había batido.

Detrás dejamos el exilio, nuestra organización dividida.

Y el gusto amargo de la derrota.

A nuestra llegada, ni siquiera tuvimos tiempo de situarnos. Cada cual había partido al puesto que le estaba asignado. Era la verdadera guerra. El momento no era ni para reuniones ni adioses. Todos teníamos una tarea que cumplir.

No volvimos a vernos hasta el 20 de julio, al día siguiente de la caída de Somoza. Nos encontramos todos en Managua, indemnes. Ninguno había muerto o sufrido heridas. Sólo estábamos fatigados, pero risueños, con las caras de trasnochados y de locura que sólo la guerra puede esculpir. Todos teníamos alguna cosa extraordinaria que contar.

Nos abrazábamos. Nos amábamos.

Con nosotros estaba Santiago, con su barba y sus cabellos de fuego, largo y flaco como una percha de dos metros. El Pelado Gomarán, con su calvicie quemada por el sol, su barba rubia y sus ojos de sapo que parecen estar siempre sorprendidos por algo nuevo. El Vasco Manuel, con su cara soñolienta y uno de sus sempiternos dolores. También el Gato, con su apostura de porteño recién salido de la universidad y su inagotable vitalidad. El Gordo Sánchez, que había perdido unos cuantos kilos, pero a quien la guerra no había robado su buen humor.

Y yo.

Todos armados. Todos vestidos de verde.

Ahí estábamos los seis argentinos combatientes del ERP.

Fuimos a parar a la parte alta del búnker de Somoza. No sabíamos qué hacer. Fuimos a Nicaragua a participar en la guerra revolucionaria y ésta se acababa. Santiago y el Gato habían estado en la artillería. El Pelado, en el Estado Mayor. El Vasco, en la logística. El Gordo Sánchez, como en Argentina, había sido chófer del bus y lo ubicaron en el transporte de tropas. Yo había combatido sobre la línea de fuego y, al final, en una escuadra de asalto.

Los dos primeros regresaron a su unidad, en el marco de la nueva Armada Popular Sandinista. El Gordo quería trabajar en la organización de las milicias. Los otros tres habíamos decidido ponernos a disposición del Frente para lo que fuera necesario, pero, en el desorden eufórico de la victoria, no sabíamos a quién dirigirnos. Como esa noche no teníamos donde dormir, nos buscamos una habitación en el búnker. Después de comernos unas latas de conservas que habían aparecido como por encantamiento, nos pusimos a conversar. En eso se nos acercó un mulato que, por nuestro acento, se percató de que éramos argentinos. De

sus alforjas extrajo como una maravilla una botella de ron y nos la ofreció.

Aceptamos encantados.

Por su acento, comprendimos enseguida que era cubano, pero no nos dimos por aludidos. El Pelado ya lo había divisado durante la guerra en el Estado Mayor del Frente Sandinista, en compañía de otros compatriotas suyos. A la segunda ronda nos hizo la confidencia, casi la confesión, de su nacionalidad. Se llamaba Pino y era especialista en comunicaciones; sin duda, la discreción no es lo propio de los cubanos.

Nosotros aprovechamos para explicarle nuestra situación y

preguntarle si podía ayudarnos o, al menos, orientarnos. Nos prometió hablar con su superior y quedamos en encontrarnos al día siguiente en el comedor de los oficiales. Seguimos bebiendo ron y conversando de nuestras familias, de nuestros hijos, de la guerra, de nuestros países, de todo lo que se habla en tales circunstancias, y más aún bajo el efecto del ron.

Al día siguiente, a pesar de la resaca, nos levantamos al amanecer. Todos contentos porque ya teníamos un contacto y se vislumbraba una posibilidad. Convinimos en que el Pelado iría primero solo, ya que era nuestro jefe. El Vasco y yo lo

esperaríamos en el hotel Intercontinental, frente al lugar de la cita.

Del hotel entraban y salían hombres uniformados y armados. Parecía surrealista, en un ambiente de tanto lujo, ver a los compañeros tirados de cualquier manera, pero sin soltar su fusil, y a otros correr en todos los sentidos como si aún estuvieran de maniobras. La mañana se nos hizo interminable. Al mediodía, el Pelado aún no había regresado. Hacia las dos de la tarde lo vimos llegar. Nada más verle la cara sonriente comprendimos que las cosas habían ido bien.

Había terminado por encontrarse con los cubanos. La reunión había sido muy buena, estaba organizándose la seguridad del Estado y nuestra experiencia conspirativa podría resultar muy útil. Santiago y el Gato podrían quedarse en la artillería y el Gordo Sánchez en la milicia. En cuanto a mí, me pidió que lo acompañara. Tenía que regresar a encontrarse con ellos, dos de los cuales decían conocerme. Querían saludarme.

Inmediatamente reconocí a Alejandro y a Renán.[1] Al primero lo había conocido en La Habana, donde trabajaba con Piñeiro en el Departamento de América. El segundo

era responsable de las escuelas militares especiales en la época en que yo había seguido mis cursos en Cuba. A los otros dos, el Oso y Tony, no los había conocido en Cuba; me había cruzado con ellos durante la guerra, en el Frente Sur, poco tiempo después de mi llegada a Nicaragua, sin saber quiénes eran.

Un día me encontraba en la retaguardia buscando municiones para el RPG2; al no hallarlas en la armería y como nadie era capaz de informarme, terminé preguntando a un compañero, que me aconsejó que hablara con los españoles, respuesta que me sorprendió. Sabía que allí había combatientes de los

más diversos orígenes, pero nunca había imaginado que la presencia de los españoles fuera tan significativa. En aquella guerra de Nicaragua todo era posible.

Alguien terminó por indicarme el lugar donde se encontraban los famosos españoles; me crucé con dos, los abordé para plantearles mi problema y mi sorpresa fue escucharles responder con un inimitable acento cubano: la presencia de cubanos en esos lugares no tenía nada de sorprendente, pero yo esperaba encontrarme verdaderos españoles.

En los dos cubanos en cuestión reconocí al instante a los dos

«españoles» con quienes me había cruzado en el Frente Sur. Nos reímos evocando la anécdota, sobre todo ellos, al percatarse de mi sorpresa. Tony y Alejandro eran muy graciosos, siempre con la sonrisa en los labios.

Al día siguiente nos pusimos a trabajar. Hacíamos un poco de todo: buscar no se sabía dónde una máquina de escribir, proceder al arresto de algún ex guardia somozista, perseguir a los francotiradores que rondaban todavía los alrededores de Managua, incluso hacíamos interrogatorios. De vez en cuando nos tirábamos a dormir en cualquier parte, allí donde nos encontráramos.

Con el transcurso de los días aquello comenzó a organizarse algo mejor. Acumulábamos experiencia, pues ninguno tenía la menor idea de cómo hacer las cosas. En una ocasión entré en una de las oficinas donde se hacían los interrogatorios y me vi enfrentado a una escena de parar los pelos. Flor, una compañera guerrillera del Frente Sur, que también estaba destinada a ese servicio, permanecía allí llorando a mares frente al hombre al que estaba interrogando. Éste le contaba las razones que lo habían llevado a integrarse a la Guardia Nacional. Cuando le pregunté qué pasaba, respondió:

—¿No te das cuenta que ese

desgraciado no tenía con qué alimentar a sus chabalos? Por eso se hizo guardia.

Colaboré menos de un mes en esas tareas. Renán, el cubano que había conocido en la escuela de entrenamiento en Cuba, acababa de ser nombrado jefe del servicio de inteligencia. Se me destinó a su grupo, que para mí constituyó un alivio. Esas historias de interrogatorios me resultaban insoportables.

Mi experiencia en las nuevas funciones era nula, aunque los cursos en Cuba y mi participación en operaciones urbanas de expropiación de fondos, asaltos y secuestros me ayudaron a enfrentarme a mis nuevas tareas. Allá

también tuvimos que partir de cero, buscar y preparar casas, seleccionar personal. Todo estaba por hacer.

Un buen día fui a ver al Pelado Gomarán, que se había quedado en los servicios de seguridad, y me contó que, gracias a las informaciones de una mujer detenida, sería posible llegar hasta el comandante Bravo, jefe de las operaciones de la Guardia Nacional somozista, conocido por sus asesinatos y su encarnizamiento contra los combatientes que capturaba. Suprimirlo significaría asestarle un gran golpe a la contrarrevolución. En la medida en que se encontraba fuera del país, la operación era competencia de mi

servicio. Estaba de acuerdo y le dije que se lo comunicaría a Renán.

Las informaciones del Pelado eran realmente de primera calidad, pues provenían de la propia amante de Bravo, que había establecido a su vez una relación amorosa con el Pelado. Nos pusimos a organizar de inmediato el plan de ejecución. Gracias a la colaboración del informador, la tarea parecía bastante simple aunque arriesgada.

Consideramos que los participantes deberían ser extranjeros, porque en caso de fallar y de que hubiera pérdidas o capturas, no se comprometería a los sandinistas que ya formaban gobierno.

Con este fin los otros compañeros argentinos fueron incorporados al servicio. Nos ubicaron en una villa y nos fabricaron seis juegos de documentos falsos.

Mientras tanto, continuábamos perfeccionando nuestro plan. Parecía posible atraer a Bravo a una ratonera, pues, sin sospechar nada, había establecido contacto con su amante, invitándola a encontrarse con él en Honduras, en una casa que ella alquilaría en Tegucigalpa, donde él ya se encontraba refugiado. Ella no actuaba por simpatía con los sandinistas, sino que había exigido, a cambio de sus servicios, que le regalaran una mansión

en León, para ella y su madre. En el último momento decidimos que sólo los compañeros operarían: el Pelado y otro. Se decidió excluir mi participación porque el otro era más experimentado y porque, en caso de detención, mi nombre sería suficiente para comprometer a Cuba. Me sentí bastante frustrado. No me quedaba más que dedicarme a cumplir mi parte en la logística y las comunicaciones. Cuando la operación estuviera terminada, debería dirigirme a Panamá para entregarle nuevos documentos de identidad al compañero que operaría con el Pelado. No podía regresar a Managua con el documento con el que debía trabajar.

Una tarde, poco tiempo después de la partida de los compañeros, encontrándome en el despacho de Renán, Julia, su secretaria, nos llamó para que escucháramos las noticias de la radio hondureña. Al comandante Bravo, de la ex Guardia Nacional de Nicaragua, lo habían encontrado muerto de un disparo en la cabeza en una casa de las afueras de Tegucigalpa. Nadie había sido detenido y todo parecía indicar que se trataba de un ajuste de cuentas entre ex militares somozistas, decía el locutor. Bravo, totalmente confiado, había llegado sin escolta a la casa donde lo esperaba su amante, pero también lo esperaba el Pelado apuntándole con su

pistola.

La operación había resultado un éxito total.

No sólo se alcanzó el objetivo, sino que ningún indicio dejaba suponer que los autores de la ejecución fueran revolucionarios argentinos, vinculados a los sandinistas.

Sin embargo, no todo marchaba sobre ruedas.

Desde antes de la salida del Pelado a Honduras, otros compañeros argentinos empezaron a llegar a Nicaragua, y de nuevo hubo disparidad de opiniones sobre los proyectos de reconstrucción del partido en Argentina.

La discusión política amenazaba con llegar al enfrentamiento. Aquel clima, unido a los métodos de dirección y de reconstrucción, incorrectos a mi entender, terminó con que el Vasco Manuel y yo, junto con un pequeño grupo de compañeros, decidiéramos distanciarnos del proyecto.

Dejábamos el partido sin la menor intención de constituir una facción ni de comprometernos en un proyecto de construcción alternativo. Cada cual buscaría y elegiría su vía personal.

Era una decisión muy dolorosa. El partido era mi familia. Se habían establecido profundos y sólidos lazos de amistad entre muchos compañeros.

Desde que nos encontramos me había sentido próximo al Pelado, afectivamente y en todos los planos, pero no podía seguir creyendo más en sus elucubraciones. Sentía que nos agotábamos corriendo detrás de las quimeras de un proyecto frustrado. Esa obstinación no podría aportarnos más que decepciones. El Pelado había instaurado un verdadero culto a su personalidad, había centralizado el mando, mientras que nosotros abogábamos por una dirección colectiva; porque, aunque el mando debe ser único en los operativos militares, la decisión de una operación es política, no es militar, y debe tomarse

colectivamente.

Bien entendido, la victoria sandinista había reanimado nuestro espíritu. Pero era evidente que nos esforzábamos por querer intervenir en un país y sobre una realidad que, después de tantos años de exilio, no conocíamos. El colmo era que pretendíamos volver con las mismas ideas y con las mismas propuestas que ya habían fracasado. Así es que sin el menor esfuerzo de análisis teórico, práctico o histórico, pretendíamos trasplantar a Argentina la experiencia nicaragüense.

12
Guardafrontera Nicaragua, San Carlos, 1979

El éxito de la operación de Bravo estimuló proyectos más ambiciosos. Al grupo inicial se sumaron otros compañeros argentinos que llegaron después del triunfo. Se nos concentró en

una casa y comenzó un periodo de instrucción de métodos conspirativos. Como yo ya había hecho esos cursos en La Habana, me enviaron a seguir un curso de piloto de avioneta, pero seguía viviendo con los otros compañeros en la casa, sólo se nos permitía salir los fines de semana.

La discusión política provocó que la convivencia se hiciera cada vez más insoportable. Esto me llevó a pedir la baja de la inteligencia, baja que fue aceptada de inmediato por Renán. Sin duda, los problemas personales que pudieran surgir de nuestros enfrentamientos afectarían nuestra actividad, sobre todo cuando ya se

estaba preparando el atentado a Somoza, operación mucho más compleja que la de Bravo, y sobre la cual teníamos mucha menos información. Había sido decidida por la inteligencia nica, es decir, por Renán.

Una vez más me encontraba sin trabajo y sin tareas precisas. Me presenté en las oficinas de Personal y Cuadros del EPS (Ejército Popular Sandinista) a pedir que me asignasen un puesto. Se me designó a la quinta región militar, en la zona sudoriental de Nicaragua, cuya jefatura estaba en Chontales. A mi llegada, descubrí con gran alegría que el jefe de la región no era otro que el «comandante Emilio»,

Javier Pichardo, jefe de operaciones del Frente Sur durante la guerra.

Emilio me propuso que asumiera la jefatura de operaciones de Tropas Guardafrontera en la región, pero cuando le manifesté con preocupación mi desconocimiento total en la materia, se rió y me dijo que todos estábamos aprendiendo, que no me preocupara porque periódicamente se darían seminarios de perfeccionamiento para cada fuerza.

Así llegué a San Carlos, cabecera departamental de Río San Juan, en la frontera con Costa Rica, donde se encontraba la jefatura de guardafronteras de la región.

Mi trabajo consistía fundamentalmente en la ubicación de los puestos que se encontraban a todo lo largo de la frontera, en el entrenamiento y en el control del pelotón de maniobras que permanecía en San Carlos —en tenerlos preparados para el combate en caso de penetración enemiga—, así como en la realización de otras actividades operativas de control y prevención.

Los combatientes vivían en el viejo cuartel de la Guardia Nacional. En cambio los oficiales teníamos una casa cerca de allí, y esto marcaba grandes diferencias con la tropa, que no contaba ni con las mínimas condiciones

sanitarias.

Un día, conversando con el jefe del sector, supe que en las proximidades había una quinta desocupada que el poeta coronel Hurtecho había donado al Frente Sandinista. Fuimos al lugar y comprobamos que realmente era ideal para ubicar allí a nuestra gente, incluyendo las oficinas y los oficiales. Además, las condiciones geográficas eran excelentes para organizar la defensa y la protección general del poblado.

Comenzamos las averiguaciones y supimos que estaba asignada al INRA (Instituto Nicaragüense de Reforma Agraria). De inmediato pedimos una

entrevista con el encargado de ese organismo en el sector. Después de pasar por cuatro secretarias y siete guardaespaldas, logramos llegar a la oficina de ese personaje, del que ni siquiera retuve el nombre; solo recuerdo que le decían Raspacoco. En cuanto lo vi, comprendí por qué lo apodaban así: sus dientes eran tan enormes, que le daban un aspecto insólito y ridículo a su rostro. Nos recibió muy perfumado y vistiendo una guayabera blanquísima.

No habíamos terminado de plantearle nuestra solicitud, cuando ya el tipejo se ponía histérico. Lo primero que hizo fue acusarnos de prepotencia y de querer acapararlo todo. Sin disimular su

mal humor, pese al aire acondicionado que funcionaba a tope, se acaloró de tal manera que gritó como un desaforado:

—¡Y si allí vivían los guardias, por qué no han de poder vivir sus soldaditos!

Me deshice en explicaciones para hacerle comprender que los compañeros no eran lo mismo que la guardia y que, además, objetivamente, el cuartel estaba en un grado de deterioro avanzado. Ya sin argumentos, pero con el mismo mal humor, nos dijo casi en secreto:

—La finca no se la puedo entregar porque es la casa de protocolo de la Dirección Nacional.

Como siempre he sido algo porfiado

e incluso desconfiado, seguí investigando por mi cuenta el porqué de la negativa tan vehemente de ese funcionario. Después de entrevistarme con los vigilantes de la casa y vecinos del lugar, supe que «Raspacoco» la utilizaba para sus fiestas personales. Planteando nuestras necesidades y la infrautilización de la finca, le envié un informe al comandante Pichardo, que contestó de inmediato dándonos todo su apoyo y la orden de intervenirla. Lamentablemente no pudimos hacerlo. Justo en esos días viajó a San Carlos el comandante Jaime Wheelock, miembro de la Dirección Nacional y responsable del INRA, que impidió la operación.

La finca continuó siendo infrautilizada. Nuestros compañeros siguieron viviendo en condiciones lamentables, pero la Dirección Nacional tenía casa de protocolo en San Carlos.

Pese a gustarme el trabajo, no me sentía del todo bien. Por un lado, la formalidad de la actividad militar regular —saludo, formación, porte y aspecto, entre otras cosas— me aburría muchísimo. Por otro, sentía que me alejaba de lo que me interesaba realmente, la actividad guerrillera en América Latina. Además, lejos de Managua, era muy difícil mantener vínculos con otras organizaciones del continente e, incluso, con otros

compañeros argentinos que se encontraban allí o que estaban de paso y traían información del país.

Para la celebración del primer aniversario de la Revolución sandinista, Fidel viajó a Nicaragua, y no sé si con su delegación, o por otros motivos, también llegó Conchita, la compañera de mi padre. Pedí permiso para trasladarme a Managua por unos días y poder verla. Llegué el mismo 19 de julio.

Managua era una fiesta. La presencia de Fidel Castro significaba todo un símbolo. Nosotros estábamos convencidos de que una nueva etapa se abriría en América Latina. Desde la Revolución cubana, el movimiento

revolucionario sólo había sufrido derrotas. Cuando menos lo esperábamos y cuando menos probable parecía, se había encendido una llama de esperanza.

Cuba no era una excepción.

La revolución era posible.

Un año después de la caída de la dictadura somozista teníamos la prueba de que el poder sandinista se consolidaba.

Para ese primer aniversario habían acudido a Managua delegaciones de las organizaciones revolucionarias de todo el continente. El tema común de conversación era el desarrollo de la guerra en El Salvador y Guatemala. Es posible que haya en mí un aspecto

anarquizante, mas lo cierto es que prefiero la revolución rebelde a la revolución instalada en sus jerarquías y medallas. Y no sé si fue el clima de euforia, o el aburrimiento de la frontera, o simplemente el no saber vivir de otra manera, lo que me llevó a tomar la decisión de irme a alguno de aquellos países. Como ya no dependía de la dirección de mi organización, pensé que lo mejor sería pedirles a los cubanos que me consiguiesen el contacto con alguno de ellos, con quienes seguía manteniendo excelentes relaciones. Allí, en Managua, estaba Morejón, el funcionario que me había atendido en Cuba.

Hablé con él para plantearle mis intenciones y me dijo que lo mejor era que viajara a La Habana para hablar con Piñeiro. Partí a los dos días. Como a la semana, Piñeiro me recibió. Conversamos durante mucho rato, en particular sobre la situación en Argentina y en Centroamérica. Cuando le expuse mis proyectos, los aprobó totalmente. No puedo recordar cuáles fueron sus argumentos para enviarme a Guatemala con el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres),[1] que estaba por lanzar una ofensiva general inspirándose en el triunfo sandinista. El contacto se establecería en Managua a través de Morejón.

No hubo mayores inconvenientes, ya que el EGP tenía representación permanente en Nicaragua. En la primera reunión nos pusimos de acuerdo. Me plantearon que lo mejor sería que viajara a México desde donde era menos complicada la entrada por la frontera; allí sus compañeros podrían organizarla rápidamente. Sólo les pedí un mes de plazo para entregar el mando en Managua y solucionar otros asuntos pendientes con los sandinistas. A mi regreso a Nicaragua hablé con un compañero argentino que tenía contactos en México para resolver mis problemas de estancia allí. Tenía una amiga que me podía recibir. Sólo me quedaba

conseguir un pasaporte porque el argentino estaba caducado.

Mi familia, Mónica y mis tres hijos irían a vivir a La Habana.

Todo quedaba resuelto. Con un pasaporte de la peor calidad dejé Nicaragua.

13
La bazooka de Santiago
México, 1980

—Yo soy Martín. Llegaste diez minutos tarde —le dije a la compañera que, nerviosa y mirando el reloj, se detuvo frente a las oficinas de Bancomer, en el aeropuerto de México.

Supongo que no podía haber elegido saludo más antipático. Sobre todo teniendo en cuenta que ni la conocía ni ella tenía obligación alguna de recibirme.

Tal vez porque nuestro estilo le fuera familiar, o porque le parecí un estúpido, no se molestó siquiera en contestarme. Me dijo que la siguiera, que fuera nos esperaban unos amigos que habían tenido la amabilidad —subrayó la última palabra— de traerla hasta el aeropuerto. En ese momento crucé su mirada y descubrí unos ojos castaños que me cortaron la respiración y me dejaron sin habla por un instante.

Cuando llegamos a su departamento,

después de despedirnos de sus amigos, que tan amablemente me habían recibido, intenté entablar conversación. La primera impresión fue desastrosa. Por toda respuesta sólo recibía monosílabos. Dijo luego que llamaría a unos amigos que me alojarían mientras estuviera en México. Sin ningún escrúpulo interpuse problemas de seguridad. Le dije que los compañeros sólo me habían dado sus referencias y que de ningún modo me trasladaría a una casa que no conociera. Además, ya había dado su teléfono para que se comunicaran conmigo. Ésta era una mentira más. Jamás daba el teléfono de las casas donde permanecía por algún

tiempo. En esos momentos cualquier argumento me parecía válido con tal de no alejarme de aquellos ojos.

Mi obstinación debió de resultarle simpática, pues noté que se relajaba. Me invitó a tomar un vino, lo que siempre es una buena señal en esos casos. Así pude saber más de Silvia. Había pertenecido al frente estudiantil del PRT en Argentina, su compañero fue secuestrado por los militares y ella había tenido que exiliarse en México, donde estudiaba lingüística. En lo político, continuaba trabajando en las tareas de solidaridad con nuestro país.

Me encantaba hablar con ella. No hacía ni dos horas que nos conocíamos y

ya nos comunicábamos con entera confianza. Sobre todo me gustaba poder hablar de los temas más diversos, quitarme el antifaz de militante, actuar como cualquier persona. No sé si eran sus ojos o los vasos de vino que empezaban a hacer su efecto, pero lo cierto es que me sentía muy relajado, como hacía años que no me sentía, quizá desde la época de Lucía...

Con mi paupérrimo presupuesto, y tratando de ser lo más amable posible, la invité a cenar y luego a tomar una copa. La magia del amor me tocó nuevamente y desde ese día Silvia se convirtió en mi compañera. Pensábamos que sería por poco tiempo, pues yo

debía partir para Guatemala.

Por fin llegó el día del contacto con los guatemaltecos. El lugar de la cita no era nada original: el Sanborns de San Ángel, donde se reunían todos los latinoamericanos refugiados en México y toda la izquierda mexicana. (Esto lo supe por Silvia.) Saqué la conclusión de que los guatemaltecos, al menos los del EGP, se movían bastante mal en la clandestinidad fuera de su país.

Mi primer contacto fue un viejito con aspecto de intelectual, que me entregó el periódico de la organización y un libro que contaba sus orígenes: *Los días de la selva*, de Mario Payeras.

Luego me preguntó si tenía problemas de alojamiento en México, a lo que le respondí que no. Me dijo que por el momento no podía decirme más. Yo tendría que hablar con otro compañero que no se encontraba en México en ese momento. Quedamos en vernos la semana siguiente. Le propuse cambiar de lugar.

Con Silvia los días eran maravillosos. Me hacía conocer los misterios de esa ciudad mágica que, a pesar de sus rascacielos, de sus horribles autopistas, de la contaminación y otras desgracias, conserva su colorido y su fuerza. Me daba la sensación de que algún día un

terremoto haría desaparecer la ciudad y de que de sus entrañas emergería, intacta, la civilización azteca.

Todas las tardes pasaba a buscar a Silvia a la universidad y nos íbamos a pasear por Coyoacán. Tomábamos un cafecito en la librería Gandhi y compartíamos algunos vinos con los amigos. Mi actitud era la de un colegial maravillado con sus primeros descubrimientos. Me dejaba guiar, aprendía a comer picante, supe que el mejor vino mexicano es el que recién sale al mercado y que después pierde su calidad. En fin, placeres cotidianos y fascinantes.

Una mañana de aquellos días, al

levantarme, leí en la prensa que habían ajusticiado a Somoza en Paraguay. No se daba más información, salvo una descripción del atentado e indicios de que la operación había sido ejecutada por un grupo de argentinos. No cabía duda de que se trataba de mis compañeros.

Al día siguiente aparecía la foto del Flaco Santiago en los diarios, el único que había sido identificado. Pensé que le habría dado tiempo a salir del país, pero no. A los dos o tres días salió publicada la noticia de su muerte y una foto de su cadáver. Sentí un gran dolor. Fue sin duda uno de los mejores compañeros que había conocido. Sentí

al mismo tiempo mucha vergüenza y un gran sentimiento de culpabilidad por no haber estado junto a él.

Santiago no volvería a ver a su hijo nunca más.

Él, el capitán Santiago, jefe de la compañía de monte, desarmado, encontró la muerte en una casa de Asunción, en Paraguay. Más tarde supe que había sido el encargado de hacer el disparo con la bazooka al auto blindado del dictador exiliado: se arrodilló en medio de la calle, frente al auto, que se aproximaba, y apuntó. El tiro acertó en el blanco, pero el proyectil no llegó a explotar. Y entonces, en medio de los disparos que se cruzaban, siempre

arrodillado en medio de la calle, él solo frente al auto cargó de nuevo su arma, con la sangre fría que lo caracterizaba, y asestó el segundo impacto, aquel que mató a Somoza. Luego el grupo de compañeros se retiró rápidamente según el orden de retirada decidido de antemano, y desembarazándose de sus armas se dispersó. Mientras tanto, Santiago, inexplicablemente, se vio obligado a esconderse, esperando poder abandonar el país. Lo que más extraño me resultaba era que se publicara su foto al día siguiente del atentado. Hay que decir que, por su porte y su cabellos pelirrojos, no pasaba fácilmente inadvertido en una ciudad como

Asunción. Además, en la fuga, los compañeros se vieron obligados a requisar el auto de un turista argentino, que inmediatamente informó a la policía que se trataba de compatriotas suyos. Lo cierto es que cuando Santiago salió a comprar comida, el vendedor lo reconoció y lo denunció. Al verse cercado, el Flaco intentó escapar por el patio. La primera bala la recibió cuando trataba de saltar el muro. Lo más probable es que en ese momento sólo lo hubiesen herido.

Tres días después, los periódicos publicaban la foto de su cadáver desnudo con varios impactos de bala en el pecho.

Como el Che en Higuera.

Los días pasaban.

Por fin tuve el esperado contacto con el EGP, y esta vez el viejito venia acompañado de otra persona, era Rolando Morán,[1] comandante máximo de la organización. Al principio me alegré, pues pensé que su presencia en la reunión significaba que mi salida para Guatemala era inminente.

Conversamos un buen rato. De nuevo tuve que contar mi experiencia, cursos realizados y operaciones. Él, por su parte, me contó la historia de la organización, los sacrificios realizados, los mismos que tendría que hacer yo.

También sentí, de manera algo difusa, cierta hostilidad por parte de Rolando, pero no le di mucha importancia, achacándosela a mi marcada tendencia paranoica.

Finalmente, me planteó que tendría que ir a Cuba a recibir un curso. Al principio me negué. Sabía perfectamente que, en esos casos, se sabe cuándo se entra en Cuba pero no cuándo se sale. Además, yo ya había hecho todos esos cursos y me parecía una pérdida de tiempo absurda. Intentó argumentar entonces que la mayoría de los compañeros eran indígenas y que yo no conocía ni su cultura ni sus costumbres. Comentó que en ese momento había un

grupo grande en La Habana y que sería muy positivo que, antes de entrar en Guatemala, conviviera con ellos. Mi negativa entonces fue categórica y no llegamos a ningún acuerdo. Quedamos en que hablaríamos de nuevo.

Salí preocupado de la reunión. No pensaba pasar por esos cursos bajo ningún concepto. Además, si en Managua habíamos acordado que viajaría a México, para desde allí entrar en Guatemala, por qué me salía ahora con el rollo de los indígenas y la necesidad de ir a Cuba. Acaso quisieron ponerme a prueba, y la hostilidad de Rolando, en aquel momento, se me hizo evidente. Meses después pude

comprobar que todo se debía a que Morán era muy amigo del Pelado Gomarán y, sobre todo, de Renán, el cubano que dirigía la inteligencia nica, con quienes se reunió antes de nuestro encuentro y de los que recibió pésimos informes sobre mí.

Por un lado, mis relaciones con ellos fueron deteriorándose desde que renuncié a continuar trabajando con la Inteligencia nica. Por otro, Renán, que pertenecía a Tropas Especiales, estaba en guerra abierta con el Departamento de América, el organismo que me había facilitado el vínculo con el EGP. Golpeándome a mí, golpeaba también a los que, según él, irresponsablemente

me habían puesto en contacto con ellos. Sin saberlo, era víctima de las guerritas en el interior de la corte, es decir, del poder.

Los guatemaltecos no volvieron a aparecer, no sólo por lo mal que nos habíamos caído con Morán, sino también porque el EGP había realizado un secuestro en Guatemala y, al intentar cobrar el rescate en México, algunos de sus miembros habían sido detenidos; lo que planteaba serios problemas de seguridad, obligando a los militantes a salir de México. De esto último no me enteré sino tiempo después, ya que la prensa no publicó nada.

Por primera vez en muchos años me

encontré en la situación de tener que enfrentarme a responsabilidades cotidianas como las de cualquier persona, debía trabajar para mantenerme, pagar la luz, el teléfono, el alquiler. Por increíble que parezca, algo tan común me resultaba más complicado que montar cualquier operación clandestina. A pesar de ello conseguí un trabajo como vendedor de ropa.

Con Silvia era muy feliz.

Decidimos tener un hijo.

Por otra parte, había tomado contacto con los del Frente Popular de Liberación (FPL) de El Salvador, a los que impartía cursos de funcionamiento conspirativo. También tenía contactos

esporádicos con el representante del Departamento de América en la embajada cubana en México.

14
De vuelta al redil México, 1981-1983

Los contactos con el hombre de Piñeiro en México no eran del todo amistosos. Ignoro por qué extraña razón ambos nos caíamos tan mal. Quizá se debía a que él representaba para mí todo

lo que yo despreciaba de la burocracia: un funcionario mediocre, incapaz de tomar decisiones, preocupado solamente por mantener su puesto en la embajada, sin crearse mayores problemas. Yo, por mi parte, delante de él, le rendía culto a la insolencia y me burlaba de sus formalidades y temores.

En una ocasión lo encontré en casa de una amiga común, que también trabajaba en la embajada. Estaba asustado porque desde La Habana le habían orientado a que interviniera en favor de un colombiano que estaba detenido en México por uso de documentación falsa. No se trataba de un colombiano cualquiera, sino de Jaime

Guillot Lara, conocido narcotraficante, al que se le debían algunos favores por tráfico de armas para Nicaragua. Como se supo después, era muy amigo de Fernando Ravelo, embajador de Cuba en Colombia, con quien llevó negocios de droga. Me quedé muy sorprendido, pues siempre había pensado que los rumores sobre los vínculos de los cubanos con los narcos no eran más que calumnias con el fin de aislar a Cuba. Ingenuamente le pregunté más información sobre el asunto. Tenía tanto miedo, que había hablado sin percatarse casi de mi presencia y mi intervención lo sorprendió. Más asustado que nunca, respondió:

—Yo no dije nada, no sé de qué me estás hablando.

Al final, el asunto se zanjó cuando el propio Ravelo viajó a hacer las gestiones frente a las autoridades mexicanas. El narco salió para España y de allí para Cuba, donde murió de un infarto a mediados de los años noventa. Aunque parezca mentira, el que salió jodido de esa historia fui yo. A Jorge Luis Joa —así se llamaba el funcionario asustado—, para impedir que yo comentara con Piñeiro lo que había escuchado y lo acusaran de descompartimentación, no se le ocurrió nada mejor que enviar a Cuba un informe acusándome de estar en México

asaltando bancos por cuenta propia y recomendando romper todo vínculo conmigo.

Como ignoraba la existencia de aquel informe, no comprendí por qué los cubanos dejaron de recibirme, e incluso traté de buscar un contacto directo con Piñeiro, pero no obtuve respuesta. El colmo fue cuando pedí visado para visitar a mis hijos y me lo negaron sin explicaciones. Siempre pensé que se debía a los problemas con el Pelado y Renán, o con el propio Rolando, pero no podía imaginar semejante calumnia.

Pasarían dos o tres meses desde el nefasto informe, cuando cambiaron al

funcionario y en su lugar nombraron a Fernando Comas, cuyo seudónimo era Alejandro en Cuba y en Nicaragua. Éramos amigos desde La Habana. En cuanto llegó, se puso en contacto conmigo. Tuvimos una larga conversación donde aclaramos lo del informe. Yo, por supuesto, no le nombré a Guillot Lara ni le hice comentarios sobre lo dicho por Joa aquella noche para evitar complicar más las cosas.

De cualquier modo, estaba bastante enojado. Si tuvieron dudas, lo correcto hubiera sido que Piñeiro me llamara y hablara conmigo, como lo hizo Alejandro en aquel momento. Pero, en fin, sus argumentos me convencieron y

quedó saldado el asunto. Fuimos a cenar juntos y quedamos en vernos a la semana siguiente.

Cuando volvimos a encontrarnos, lo acompañaba Manolo Orgalles, al que también había conocido en Managua y de quien era muy amigo. Orgalles era una suerte de chófer, ayudante y hombre de confianza de Alejandro y Piñeiro; era de una valentía ejemplar, no sólo en el cumplimiento de sus misiones, sino también en su comportamiento político. En más de una oportunidad se creó problemas enfrentándose a algunos funcionarios mediocres que le dieron injusta fama de conflictivo. Por suerte, Alejandro contaba con muchas virtudes;

por su valentía, Manolo lo respetaba sin reservas y formaban un buen equipo de trabajo.

Entre tragos y sin ninguna formalidad, hablamos de mi situación; expliqué lo sucedido con Rolando, y así me enteré de por qué los guatemaltecos tuvieron que salir de México precipitadamente. Por otro lado, les planteé que me encontraba sin proyecto y que sólo había colaborado de vez en cuando con las FPL de El Salvador, pero sin mayores compromisos.

Alejandro me propuso que fuera a trabajar con ellos. La proposición era normal. En nuestra visión del mundo, eso no significaba ponerse al servicio

de un Estado como agente internacional. Cuba no era un país extranjero sino uno de los componentes del movimiento revolucionario. Además, yo me había criado en Cuba, y en cierta manera se trataba de un retorno al redil. Con ellos podría ayudar de forma más organizada al movimiento revolucionario, tendría que apoyarlos en los contactos con los movimientos de liberación y en otras actividades operativas: entrega de recursos, transporte de armas, búsqueda de casas de seguridad para algunos dirigentes y la organización de encuentros clandestinos.

La idea me entusiasmaba sobremanera. Por fin volvería a trabajar

en cosas concretas. La experiencia de Nicaragua me había dejado un sentimiento de frustración que no llegaba a desaparecer y, a pesar de sentirme bien con Silvia y tener un trabajo para mantenerme económicamente, sentía que me alejaba del camino elegido hacía muchos años. El trabajo con los cubanos significaba, por lo tanto, algo muy importante para mí. Además, en esta historia tan intrincada, mis caminos volvían a confundirse con los de mi padre. Él también había trabajado con Piñeiro cuando tuvo que dejar Prensa latina.

Sabía que el camino de la

revolución no era un camino de rosas. La historia de mi propio padre lo demostraba. Me preguntaba cómo se habría sentido cuando lo obligaron a renunciar a la agencia que él mismo había fundado con tanto cariño; aquélla había sido, sin duda, su mejor obra.

Había llegado a Cuba a comienzos de 1958. Era sólo un periodista en busca de noticias, y la noticia se encontraba en la Sierra Maestra. Hasta allí subió a entrevistar a Fidel Castro y al Che Guevara, con quien estableció una sólida amistad. Vio con sus propios ojos los bombardeos y los crímenes que cometía el ejército de Batista en las zonas rurales y la miseria en que vivía

el campesinado cubano. En la sierra compartió con un ejército de jóvenes rebeldes urbanos y campesinos que, enfrentándose a un ejército de profesionales, numéricamente superior, pretendía cambiar esa realidad.

La causa lo ganó totalmente.

Después de estar unos meses en la Sierra Maestra, regresó a Argentina a escribir un libro reportaje sobre lo vivido. Al mismo tiempo se entregó con fervor al trabajo de solidaridad con los barbudos cubanos, y así lo sorprendió el triunfo revolucionario, el 1 de enero de 1959. Inmediatamente viajó a Cuba, invitado por el flamante gobierno revolucionario, acompañado de mi

madre, mi hermana y yo. Llegamos el 8 de enero de 1959, el mismo día que Fidel entraba en La Habana, al término de una marcha triunfal a través del país recién liberado de la dictadura.

Primeramente, mi padre participó y ayudó a organizar lo que los cubanos llamaron la «operación verdad». Se trataba de dar a conocer al mundo lo que sucedía en Cuba, sin pasar por el tamiz mal intencionado de las grandes agencias de prensa. Luego, a petición del Che se consagró con gran entusiasmo a la creación y dirección de la agencia de noticias Prensa latina. La revolución necesitaba su propia agencia y le había encomendado el proyecto a mi padre. En

pocos meses contaba con corresponsalías en las principales capitales de Latinoamérica y del mundo. En Buenos Aires, México D.F., Río, entre otras, sus colaboradores desarrollaban una actividad febril. Periodistas y escritores de la talla de Gabriel García Márquez, Rodolfo Walsh, Carlos María Gutiérrez, Plinio Apuleyo Mendoza, acudieron a La Habana a prestar sus servicios a la flamante agencia.

La agencia tenía también como objetivo contar con corresponsales permanentes en los frentes guerrilleros que habían surgido, o que irían surgiendo en el futuro, en América

Latina.

Pero las ilusiones y el esfuerzo de los primeros días no duraron mucho. Los ojos ambiciosos de los viejos militantes del PSP (Partido Socialista Popular-comunista) se posaron sobre Prensa latina. Así comenzó una guerra de calumnias y movidas de piso para las que mi padre ni estaba preparado ni le interesaban. Presentó su dimisión en 1961 para cortar por lo sano, esperando el respaldo de Fidel. El respaldo no llegó y su dimisión fue aceptada.

Durante algunos meses se marchó a trabajar en la agricultura, para después pasar a una escuela militar. En este periodo comenzó a colaborar con

Piñeiro y fue enviado en misión a Argelia para apoyar al FLN en su última fase de la guerra de liberación. De regreso a Cuba en 1962, se quedó sólo el tiempo necesario para preparar su partida a Argentina, a instancias del Che, al frente de una columna guerrillera, donde encontró la muerte.

Fue el primer proyecto guerrillero en el que Che se involucraba en persona, pues tenía planeado tomar la dirección de la columna, una vez superada la fase de asentamiento. La calidad y el rango del personal cubano designado en esta tarea demuestra la importancia que el Che le daba a ese proyecto. Hermes Peña, jefe de su escolta, que murió en un

enfrentamiento con la gendarmería; y Alberto Castellanos, miembro de su escolta, que pasó cuatro años preso en Argentina, también murió; y el hoy general Abelardo Colomé Ibarra «Furry», actual ministro del Interior.

Las propuestas de Alejandro despertaron en mí todo el pasado. Era como si mis pasos me condujeran sobre las trazas de mi padre. Dejando de lado los problemas personales, me puse a trabajar.

Al principio no contactábamos dentro de la embajada, pero era tal el volumen de trabajo, que se hizo imposible mantener esa norma

conspirativa elemental. De cualquier modo, justificar mi relación con los cubanos resultaba bastante fácil; mi crianza en Cuba y la historia de mi padre justificaban a los ojos de las autoridades mexicanas y de cualquiera mi presencia en el recinto de la embajada. La dificultad consistía en que yo no tenía pasaporte a mi nombre y una mínima investigación podía crear serios problemas. Se decidió entonces que viajara a La Habana para que me hicieran un pasaporte falso argentino con mi nombre verdadero. Además me consiguieron una carta de una revista peruana amiga de los cubanos para que pidiera el visado como corresponsal

extranjero en México.

Nunca hubiera imaginado que el clima dentro de una embajada pudiera ser tan hostil, sobre todo entre los servicios que se dedicaban a la información. Además de nosotros, estaba la gente del «centro», que dependían de la DGI (Dirección General de Inteligencia), y un oficial de la unidad operativa de Tropas Especiales encargado de la relación de ese organismo con los movimientos revolucionarios. Teóricamente, todos trabajábamos para el mismo país y la misma revolución, pero, en la realidad, los celos y la competencia por obtener primero que los otros la información

provocaban guerritas y zancadillas permanentes. A veces ocurría que se visitaba un contacto y éste aparecía luego en los expedientes de los tres servicios.

Lo de los expedientes merece una explicación aparte.

Cualquier persona que tuviera contacto con alguno de aquellos organismos, incluso sin saberlo, tenía un expediente abierto donde se señalaban sus hábitos, entretenimientos, debilidades, virtudes, posibilidades operativas, relaciones. Si se les podía descubrir algún vicio oculto, tanto mejor, pues así se podría comprometerlos. Cualquier amigo, sin

su conocimiento, podía convertirse en un «agente de influencia» al cual se le daba una atención de acuerdo con lo que se pensaba obtener, o lo que potencialmente podría entregar. Las esferas de influencia eran múltiples: periodistas, empresarios, políticos. Bastaba con que mostraran simpatía por la Revolución cubana para que, según sus posibilidades, se les diera lo que en la jerga de los cubanos se llama «tratamiento», que consiste en visitas a su residencia, regalitos tales como tabaco y ron cubano y, dependiendo del caso, una invitación a Cuba con todos los gastos pagados. Muchos se sentirían sorprendidos si algún día tuvieran

acceso a esos expedientes y se enteraran de que fueron o son agentes cubanos, y nunca lo supieron.

Pero aquélla no fue mi área ni me interesó. Lo que me interesaba era la ayuda al movimiento revolucionario, y en eso se centraba lo esencial de mis tareas. Organizaba la protección de encuentros entre funcionarios del departamento y dirigentes de distintos países, actividad que no era complicada y que consistía en recoger en un punto al compañero que se encontraría con el funcionario de la embajada y verificar que no lo seguían. Igualmente, tomar medidas que permitieran romper algún seguimiento que no hubiera sido

detectado en la verificación visual.

Cierta vez, los de las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes), una de las organizaciones guerrilleras que operaban en Guatemala, nos comunicaron que tenían una importante cantidad de explosivos plásticos que no habían podido enviar a su país y que no contaban con las condiciones de seguridad necesarias para seguir almacenándolos. Enseguida se pensó que podrían ser útiles para los salvadoreños y se les dijo que nos los entregaran, que nosotros les daríamos buen uso.

Para el transporte yo debía dejarles mi automóvil, pues era el único que no

tenía matrícula diplomática. Lo dejaría estacionado en un punto fijado de antemano y les entregaría previamente un juego de llaves. Luego tendría que recogerlo con la carga y llevarlo a la embajada. Todo marchó como estaba previsto. Llegué al lugar y allí estaba el auto con los explosivos dentro. Como era plástico, es decir, que no estalla si no es detonado por un explosivo más potente, casi no tomé medidas de seguridad. Después de recorrer media Ciudad de México, llegué a la embajada y esperé a que me abrieran la enorme reja, estacioné el auto en el sótano, en el lugar que teníamos asignado, y subí a la oficina a comunicarle a Alejandro que

los explosivos ya estaban allí y que todo había salido bien. Cuando me preguntó si se notaba algo desde fuera, le dije que sí porque algunas cajas estaban en el asiento de atrás. Nos pidió a Manolo y a mí que las subiéramos para que no las viera el resto del personal de la embajada.

Las subimos, pero como al cargarlas las habíamos sentido algo mojadas, las abrimos para ver qué pasaba, y cuál no sería mi sorpresa, o mejor dicho, mi susto, cuando descubrí que no era plástico sino nitroglicerina lo que contenían las cajas. No sólo estaba sudada, sino que hasta había comenzado a producir algunos cristalitos, lo que

hubiera podido provocar, con un mínimo roce, la explosión de toda la carga, suficiente para pulverizar la embajada y media manzana. Eran unas doce cajas de cartón, con más o menos sesenta panes de explosivo casero cada una.

Mi susto no tardó en convertirse en indignación. Pensaba en cómo habría quedado si mi «equipaje» hubiera estallado, aunque lo más seguro es que no habría tenido tiempo ni de darme cuenta. Alejandro y Manolo también estaban furiosos, aún más teniendo en cuenta que aquella peligrosa carga ya estaba dentro de la embajada. Por suerte, en los momentos difíciles siempre aparece el humor para relajar

tensiones y, mientras pensábamos qué hacer con las putas cajas, Alejandro se empezó a reír y a preguntarse cómo sería el discurso de Fidel si aquello explotara en la embajada. Tendría un buen argumento contra la CIA.

Por fin, y esa misma noche, encontramos a un buen amigo chileno, José Carrasco, «el Pepone», quien estoicamente aceptó almacenar los explosivos en su casa e irse deshaciendo de ellos poco a poco. (Pepone, años después, sería asesinado en Chile por la dictadura de Pinochet en un acto de más arrojo que aquella absurda anécdota de explosivos. Tuvo la valentía de regresar legalmente a Chile, siendo un dirigente

conocido, y, desde la revista *Análisis* y los frentes de masas, presentó batalla política al dictador.)

Mis tareas fueron diversificándose cada vez más. Por suerte no hubo más explosivos. Se me encargó la tarea de conseguir contactos que nos prestaran su nombre para abrir cuentas bancarias, que, en un primer momento, utilizamos para depositar el dinero que obteníamos con lo que nosotros llamábamos la «centrífuga», operación que consistía en facilitarles a todos los que viajaban a Cuba, a través de nuestra oficina, el dinero mexicano para que compraran los quinientos dólares autorizados por el

gobierno en el aeropuerto, antes de abandonar México. Manolo los acompañaba hasta la sala de tránsito donde le entregaban el dinero, y luego yo lo cambiaba en el mercado negro y lo depositaba en cuentas de intereses, con lo que nuevamente comprábamos dólares. Si se tiene en cuenta que la diferencia entre el precio oficial del dólar y el negro era casi del cien por cien, y que a veces circulaban veinte o treinta personas por semana, se entiende que la suma fuera considerable.

Más tarde empezamos también a utilizar las cuentas para depositar el dinero que las organizaciones revolucionarias ponían al cuidado de

Cuba. Los intereses del capital pasaban al departamento del cual dependíamos. Era una forma de autofinanciarse por encima del estrecho presupuesto oficial. Desde Cuba, las presiones eran cada vez mayores para que consiguiéramos, del modo que fuera, divisas.

15
«Actividades anexas» México, 1982-1983

A partir de entonces comenzamos a desarrollar un tipo de actividades cada vez más comprometedoras. De La

Habana nos ordenaron prestarle apoyo técnico a grupos latinoamericanos que operaban en México. Desde asaltos a bancos hasta a joyerías. El responsable en Cuba era Armando Campos, primer vicejefe del Departamento de América.

El éxito de algunas operaciones montadas por estos grupos en otras latitudes estimuló a Cuba a lanzarse, indiscriminadamente, a este tipo de actividades dando apoyo financiero y logístico en cualquier país. México, por sus facilidades para emigrar, la ineficacia policial, la densidad de su población y la presencia de un exilio numeroso, presentaba ventajas excepcionales. Su posición geográfica

era igualmente propicia para apoyar operaciones en países fronterizos.

Cierto es que la mayoría de las organizaciones revolucionarias sudamericanas atravesaba momentos difíciles y sus necesidades financieras eran cada vez más urgentes. Aquello que comenzó siendo una actitud coyuntural se convirtió en tarea permanente y, por qué no admitirlo, en un fin en sí mismo. Hubo compañeros que se especializaron en este tipo de misiones, generando el desarrollo de un bandidaje revolucionario. Además, por tratarse de tareas especiales y rigurosamente compartimentadas, incluso dentro de las organizaciones mismas que las

realizaban, estas acciones otorgaban un poder, una capacidad de manipulación y una autonomía de recursos muy por encima de los que disponía el resto de los militantes, incluso aquellos que confrontaban una verdadera situación de clandestinidad en sus países de origen.

A Cuba estas operaciones no sólo le permitían reducir la ayuda que debía desembolsar sino que, como administradora de estos fondos, se arrogaba el derecho de disponer de presupuestos mayores para apoyar al movimiento revolucionario que quisiera e, incluso, financiar el desplazamiento de funcionarios del departamento.

Al principio, la colaboración no era

de gran envergadura. Se utilizaba la valija diplomática para introducir el armamento necesario que, por el tipo de operaciones, no era importante. Luego, se empezó a colaborar en materia de información e, incluso, se ponía en contacto a grupos de distinto origen para desarrollar operaciones de mayor alcance. Asimismo, se estimulaba a aquellas organizaciones que aún no estaban implicadas en este tipo de actividad a preparar grupos especiales. Nosotros, desde la oficina, en más de una oportunidad les prestamos apoyo y facilitamos contactos. Recuerdo que una vez, uno de los funcionarios que trabajaba con Armando viajó a México

y trató de reclutarme para que me incorporara directamente en uno de estos grupos. Lo comenté con Alejandro, que era mi jefe. Éste, con más sentido práctico que yo y más experimentado en la lógica del poder, me aconsejó que no me dejara seducir. Me insinuó que, mientras todo marchara bien, contaríamos con el apoyo necesario, pero que al primer fallo, nadie nos reconocería más. Luego, él mismo habló con el funcionario que me había hecho la proposición y, argumentando mis vínculos públicos con la embajada y mi nombre, le dijo que no le parecía conveniente que yo participara directamente en las operaciones, ya que,

si había algún «escache», Cuba se vería comprometida y sería muy difícil solventar la situación. Alejandro se mostró convincente y, no sería la única vez, me salvó.

Nosotros sólo teníamos que brindarles apoyo y entregarles a los grupos operacionales lo que llegara de La Habana: armas, dinero para montar las operaciones, pasajes por si alguien debía viajar a Cuba a entrevistarse directamente con Armando. No nos informaban, o al menos yo lo ignoraba, de las operaciones previstas. Cierto es que una vez realizadas era difícil ocultarlas pues aparecían en la prensa. Recuerdo que una vez entregamos armas

y a la semana fueron asaltados dos bancos que estaban en la misma esquina, uno frente al otro, en Concepción Beistegui y avenida Coyoacán. La prensa comentaba que, por el nivel de especialización y la sangre fría de los atacantes, sólo podía tratarse de policías desmovilizados. Nosotros enseguida comprendimos de quiénes se trataba y, a los pocos días, lo pudimos confirmar cuando la persona a la cual le habíamos entregado las armas nos pasó una suma, no recuerdo cuánto, de *traveller's checks* en blanco para que se los negociáramos. Claro que previniéndonos que no eran limpios.

Los asaltos continuaron y, en la

misma medida, la introducción de armas y los viajes de los funcionarios que trabajaban con Armando.

En una ocasión, también le dimos apoyo a un grupo de los Macheteros, independentistas puertorriqueños. La atención del militante que viajó a México me la encargaron a mí. La descripción del contacto había sido muy poco elaborada. Yo debía esperarlo a la entrada de un cine de la calle Reforma y él, como única contraseña, llevaría un periódico enroscado en la mano derecha. Dio la casualidad que la hora de la cita coincidió con la salida del cine y que el público era numeroso. Muchos salían del cine con periódicos

en la mano derecha. Decidí esperar a que el lugar se descongestionara un poco. Al fin divisé al hombre recostado contra una columna. Sin estar muy seguro de que fuera el que esperaba, me acerqué a hacerle una pregunta cualquiera. Sólo quería que hablara para verificar su entonación. Era un inconfundible portorro.

Junior, que así lo llamaban, debía contactar con nosotros por dos razones. Primero, para que lo pusiéramos en contacto con un chileno que iba a impartirle un curso de interferencias televisivas para transmitir propaganda a nivel local. Segundo, le teníamos que entregar cincuenta mil dólares, a modo

de préstamo, hasta que ellos realizaran una operación que estaban preparando en Estados Unidos.

Yo andaba con mi puertorriqueño de arriba para abajo, hasta que por fin llegó el día en que se lo tenía que entregar al chileno. Me sorprendió que, a pesar de que la presentación parecía fácil ya que tenía la dirección del departamento donde paraba el chileno, éste exigiera unas medidas de seguridad tan extremas y absurdas que, de ser detectadas por la policía, pareceríamos tan sospechosos que lo más seguro es que termináramos todos presos. Primero, tenía que tocar el claxon del auto abajo del inmueble. Segundo, paramos frente a la casa para

que él pudiera observarnos desde la ventana. Finalmente, subir en el ascensor un piso más arriba, luego bajar por la escalera, dar tres golpes en la puerta e identificarme con una frase estúpida. Entonces nos abriría. Recuerdo que cuando Alejandro me transmitió las condiciones impuestas por el chileno y yo me eché a reír pensando que era una broma, me dijo seriamente: «Hazlo, porque si no, no te abre. Es uno de los tipos más pendejos que he conocido».

Cuál no sería mi sorpresa cuando, después de seguir escrupulosamente las ridículas instrucciones, al abrirse la puerta descubro frente a mí a un tipo

que, años atrás, había dado muestras de cobardía abandonando a su jefe en medio de un enfrentamiento dándose a la fuga, sin hacer el más mínimo intento de proteger a uno de los dirigentes revolucionarios más íntegros y capaces de nuestra generación. No sólo se escapó cobardemente sino que, incapaz de reconocer su debilidad, una vez expulsado de su organización, se dedicó a destilar odio contra sus compañeros. En verdad, no podía entender cómo los cubanos utilizaban a semejante elemento en tareas tan delicadas.

Sus primeras palabras cuando abrió, fueron: «¿Se fijaron bien que nadie los siguiera?». Todavía le duraba el susto

de su última «batalla». No me quedó más remedio que disimular mi desprecio, pues lo conocía desde La Habana, y lo saludé. No era yo quien podía juzgar por qué estaba él colaborando con nosotros. De cualquier modo, en cuanto lo dejé con el puertorriqueño, fui a la embajada a quejarme ante Alejandro. Yo no quería seguir en contacto con él. Si a su jefe lo había abandonado, a mí me entregaba. Después de escuchar mis protestas, Alejandro me dijo que a él también le era difícil tratarlo pero que Piñeiro decía que había que darle la oportunidad de rehabilitarse.

El curso sobre las interferencias

televisivas duró una semana, durante la cual, por suerte, yo no tenía que ir por allí. Cuando se terminó, pasé a buscar a Junior y lo llevé a vivir a mi casa, pues tenía que esperar a que el dinero llegara de La Habana. Además debía aprovechar ese tiempo para preparar el embutido para transportar el transmisor que había construido como modelo. A los dos o tres días llegaron José Antonio Arbesú, jefe de la sección de Estados Unidos, y otro funcionario que trabajaba con él, al cual llamaban Arana. Traían el dinero.

Tuve que preparar también el embutido para el dinero. Utilicé para ello un maletín Samsonite, que permite

ocultar papeles, en este caso, billetes, quitando los remaches de la tapa y colocando lo que se pretende disimular entre ésta y el forro de tela y cartón. Como no sabíamos si los rayos X de los aeropuertos detectan el papel, compramos un segundo maletín idéntico para que lo llevara vacío al pasar el control de migración. Manolo se encargaría de pasar, gracias a su pasaporte diplomático, con el maletín lleno. Junior no tendría más que sentarse a su lado, juntar los maletines y, al levantarse, llevarse el otro. Así se fue el puertorriqueño con un maletín cargado de dólares y un televisor portátil con el transmisor dentro.

Meses después, en septiembre de 1983, los Macheteros atacaron un camión blindado de la Wells Fargo, y se llevaron un botín de más de siete millones de dólares: exactamente siete millones doscientos mil dólares. Por entonces, yo estaba en Argentina, pero inmediatamente recordé la insistencia de Junior al preguntarnos si conocíamos algún somnífero potente para poner en el café y su preocupación por el interior de los blindados. Yo no sé si utilizaron somníferos para dormir al chófer o al guardián. Lo que sí sé es que tenían un cómplice en el camión, pues, a los tres meses del asalto, Alejandro me llamó a Buenos Aires pidiéndome que viajara a

México para ayudarlo a preparar un operativo. Como yo estaba gestionando mi documentación legal, no pude viajar de inmediato, pero al mes estaba allí. Además, iba a buscar a Silvia —y al hijo que tuve con ella—, que se había quedado en México esperando el resultado de mis trámites en Argentina.

Cuando llegué, se me explicó que me habían necesitado, pues cuatro millones de dólares del asalto de los Macheteros los habían tenido que recoger en la frontera para enviarlos, vía México, por valija diplomática a La Habana. Igualmente, me pidieron que los ayudara a procurar documentación argentina al cómplice del asalto, que se encontraba

en ese momento en México bajo protección de la embajada, para enviarlo a Cuba.

El cambio de foto y el sello seco resultaron relativamente fáciles, pero como el documento no tenía entrada en México, era imposible utilizarlo. Al final, el problema se resolvió enviando un modelo a La Habana para que los técnicos hicieran un sello igual. A los dos días teníamos a Arbesú de nuevo en México, sello en mano, para terminar el documento.

16
Los chivatos de la embajada México, 1982-1983

Por suerte, estas operaciones correspondían a mis expectativas; si no, hubiera mandado todo al diablo. A

veces nos llegaban unos personajes insoportables de La Habana. El más molesto de todos era Ramiro Abreu, responsable del Departamento de América para Centroamérica. Tenía fama de geniecillo —lo peor es que se lo creía—, porque había atendido a los nicaragüenses durante la guerra contra Somoza, claro que sin disparar un solo tiro. Era capaz de inventar cualquier excusa para hacer un viaje de compras a México, inventándose cualquier pretexto; participar en una reunión de los revolucionarios salvadoreños, entrevistarse con algún dirigente político... Lo que fuera, con tal de viajar.

Una vez vino a comprar un botiquín para su cuarto de baño, pero no un botiquín cualquiera, sino el que le había pedido su esposa, quien incluso le había dibujado el modelo, que debía tener luces interiores. Me tocó a mí moverlo por todo México para tratar de encontrar el dichoso botiquín. Como a las cinco horas de esta expedición absurda, y única en mi vida, encontramos algo parecido a lo que él buscaba. Ya en la embajada, lo envolvimos de forma que Abreu pudiera transportarlo fácilmente en el avión. Al día siguiente partió nuestro personaje de vuelta a La Habana, aferrado a su botiquín.

Cuál no sería nuestra sorpresa

cuando, a los pocos días, recibimos una carta de Abreu desde La Habana, dándonos las dimensiones de uno de los espejos del botiquín y pidiéndonos que le buscáramos uno igual porque el original se había roto en el viaje. Buscamos un vidriero y mandamos hacer uno. A la semana teníamos el espejo de regreso porque no ajustaba bien y una nota especificando más detalles de las medidas. Por supuesto no le buscamos nada; no estábamos allí para andar buscando espejos, pero como a los diez días regresó Abreu, con botiquín y todo. Había llegado al extremo de sacarle al botiquín un pasaje de ida y vuelta para que viajara a su lado y no se le rompiera

de nuevo el espejo durante el viaje. Por supuesto que los pasajes no los pagaba él, ya que eran parte de la cuota que Cubana de Aviación le daba al departamento para la ayuda a los movimientos de liberación.

En todo caso, Abreu no era de los más despreciables. Los peores eran los que dentro de la propia embajada se dedicaban a espiar al resto del personal para enviar informes a Cuba. Para ellos todo era importante: un gesto, un comentario, las relaciones... En fin, todo. Por suerte no tenía nada que ver con ellos. Yo era un extranjero bajo las órdenes de Alejandro y, en última instancia, de Piñeiro. No vivía en Cuba

ni militaba en el partido comunista.

A los pocos meses de haber comenzado a trabajar llegó de La Habana el segundo de Alejandro, el Chino Igor. Al principio nos alegramos, pues teníamos mucho trabajo y realmente era necesario otro compañero, pero, cuando lo conocimos, nos dimos cuenta de nuestro error: era insoportable. En una ocasión tuve que llevarlo a un encuentro con un jefe guerrillero guatemalteco, el hombre acababa de salir de su país y venía del monte, yo conducía el auto mientras ellos conversaban. El Chino empezó por preguntarle sobre la situación interna en su país y el compañero le explicó con la

mayor claridad que la situación no era nada fácil, pero que, a pesar de ello, intentaban llevar la guerra adelante. El Chino lo interrumpió y, con una absoluta falta de pudor, comenzó a hacerle críticas absurdas, planteando una serie de recetas que hubieran hecho reír hasta a un niño. Con aires de comandante le daba orientaciones de las que aparecen en cualquier manual obsoleto de guerra irregular, claro que desde México, y en un cómodo vehículo con aire acondicionado protegido por patentes diplomáticas. Yo no podía creer lo que escuchaba y miraba al compañero con vergüenza ajena. En una de ésas, me pareció notar en su mirada cierta

complicidad, como si quisiera decirme, déjalo hablar que es un estúpido.

Piñeiro viajó a México a entrevistarse con el presidente Miguel de la Madrid. Nada trascendió a la prensa acerca de esa visita; Piñeiro no suele viajar al extranjero ni desarrollar actividad diplomática alguna; ese hecho traduce el grado de proximidad existente entre los servicios de inteligencia de ambos países. A pesar de que las autoridades del país le habían puesto una escolta protocolaria, a nosotros también nos tocaba encargarnos de su seguridad. En realidad confiábamos poco en la policía mexicana.

Antes de su llegada, distribuimos las responsabilidades. Manolo iría en el coche de delante con otro miembro de la escolta que venía de La Habana. Alejandro, en el mismo vehículo de Piñeiro, con el chófer del embajador. El Chino seguiría inmediatamente después para impedir que fueran los policías mexicanos los que siguieran a Piñeiro. Al final sólo escoltarían los policías. Detrás de ellos, y con mucha discreción, yo y otro compañero argentino que nos ayudaba seguiríamos la escolta con dos pistolas y una subametralladora por si había enfrentamiento y debíamos intervenir para facilitarle la huida al vehículo de Piñeiro en caso de ser

necesario.

Todo estaba perfectamente planificado. Apenas salió el coche de Piñeiro del aeropuerto, cada cual ocupó su lugar y tomamos el viaducto camino de Polanco. No llevábamos ni diez minutos de camino, con un tráfico intenso, pero sin perder de vista el vehículo de la policía mexicana, cuando pasamos junto al Chino que, era obvio, había abandonado su posición. Pensé que había tenido problemas mecánicos, o algo por el estilo, y rápidamente le indiqué al compañero que adelantara y que, a como diera lugar, se interpusiera entre el carro de la policía y el de Piñeiro. Hubo un momento de confusión

donde por poco se arma un tiroteo entre nosotros mismos. Felizmente la cosa no tuvo consecuencias y pudimos llegar sin problemas a la casa del embajador, donde iba a alojarse Piñeiro. Le comenté a Alejandro lo que había sucedido y me dijo que había actuado bien. A todas éstas, el Chino no llegaba y nos preocupaba su tardanza. Al rato apareció de lo más fresco. No le había sucedido nada. Por toda explicación nos dijo que se había perdido, pues no conocía bien el camino, pero era imposible, ya que esa ruta la hacíamos casi todos los días, cada vez que había vuelo de Cuba. Simplemente, estaba nervioso. Para aconsejar a los

guatemaltecos no le faltaban bríos, pero, para una simple misión de escolta, le temblaba el pulso.

Los tres días que estuvo Piñeiro fueron agotadores. No sólo le debíamos dar protección en movimiento, sino que también teníamos que vigilar la casa. Sólo pude hablar con él el último día. Fue más una gentileza de su parte que una necesidad de trabajo. Me preguntó muy interesado por el apoyo que le estábamos dando a los grupos que operaban buscando dinero en México, y me pidió que me dedicara más a esa actividad. Por mi nacionalidad y el hecho de no formar parte del personal fijo de la embajada, tenía mayores

posibilidades y menos compromisos. También me aconsejó que buscara objetivos más grandes, ya que los ataques a bancos eran demasiado expuestos y dejaban poca rentabilidad.

Nuestra actividad se intensificaba más y, curiosamente, no teníamos problemas de seguridad. Los problemas empezaron cuando la policía mexicana detuvo a un grupo de inteligencia cubana que debía contactar con un agente de la CIA que, supuestamente, iba a darles información. No se les ocurrió nada mejor que fijar la cita en un céntrico hotel, cercano a un lugar donde debía pronunciar un discurso el presidente de

México en aquel entonces, Miguel de la Madrid. Para colmo, llevaban consigo un maletín dotado de un mecanismo de autodestrucción, que consistía en poner en el interior una pequeña cantidad de explosivo para destruir o quemar la documentación que contenía en caso de que se abriera sin respetar la clave. El maletín sirvió para que se dijera que se había sorprendido a unos cubanos de la embajada que pretendían hacer un sabotaje con explosivos para malograr el acto del presidente. Al llegar al hotel los detuvo la policía mexicana que ya estaba alerta. Una provocación de la CIA bien montada, gracias a la imbecilidad, a la falta de

profesionalidad de la gente del centro.

Para nosotros esto no habría tenido mayores consecuencias de no haber sido porque, en los interrogatorios, los detenidos dijeron que su responsable era Fernando Comas, nombre legal de Alejandro. Con esto no sólo intentaban encubrir a su propio organismo, sino que, de paso, se cobraban viejas deudas de las guerritas internas entre aparatos. Esto trajo como consecuencia que las autoridades mexicanas pusieran bajo observación a Alejandro y, por ende, a todo nuestro equipo, inclusive a algunos colaboradores. Como sentíamos los controles, disminuimos el número de operaciones y sólo realizábamos las

tareas indispensables. De todos modos, para la policía mexicana nos habíamos convertido en personas no gratas.

El eslabón más débil de la cadena era yo, el único que no contaba con inmunidad diplomática. Me convertí en el blanco privilegiado de las provocaciones. Una noche, al llegar a casa Silvia y yo, cuando me bajé a abrir el portón del garaje, pasó un auto que hizo dos disparos al aire. Yo también andaba armado, pero distinguí la presencia de otro auto al frente, con tres tipos dentro que tenían todo el aspecto de policías. A mí ni se me ocurrió sacar el arma, ya que seguramente era lo que esperaban para poder detenerme o,

simplemente, dispararme.

Al día siguiente fui temprano a la embajada a contarle a Alejandro lo sucedido, pero le restó importancia. Pensó que se trataba de una exageración para que me autorizaran a irme. Pocos días antes le había planteado mi deseo de regresar a Argentina con un grupo de ex compañeros del PRT que preparaban un retorno clandestino al país, pero él me había pedido que esperara un poco.

Esa misma tarde, no recuerdo por qué razón, Manolo me acompañó a mi casa. Apenas nos bajamos del auto se repitió la operación de la noche anterior. Regresamos de inmediato a la embajada y esta vez fue Manolo quien se lo contó


a Alejandro. Al día siguiente salí para La Habana.

17
No rendirse La Habana-Lima, Santa Cruz, septiembre de 1983

Como siempre, tuve que partir de manera precipitada y dejando mis asuntos personales sin ningún orden. Silvia y mi pequeño hijo, Santiago, se quedaron en México. A ella le faltaban sólo cinco meses para terminar la carrera y no tenía sentido que viajara conmigo, y menos aún acompañada de nuestro hijo en las condiciones de clandestinidad en que iba a darse mi regreso a Argentina.

No sabría cómo explicar por qué razón al enterarme de que habría elecciones sentí la necesidad urgente de regresar al país antes que éstas se produjeran. Tenía la impresión de que si

esperaba la llegada de la democracia y volvía legalmente, los militares me habrían infligido una derrota personal. Quizá no era más que una manifestación de machismo ridículo, o simplemente el hecho de no rendirme y de no aceptar el fracaso.

Desde meses atrás, comencé a plantearme el retorno y tomé contacto con compañeros argentinos, con los que antes había militado, para regresar así de forma organizada. De todos modos, primero tenía que pasar por La Habana para despedirme de mis otros tres hijos y porque Piñeiro quería hablar conmigo. Además, debido a las condiciones en que tuve que salir de México, lo mejor

era que pasara primero por Cuba para evitar un eventual control policial.

Esta vez la conversación con Piñeiro duró largo rato. Le conté cómo andaban las cosas en México y, a grandes rasgos, le expuse cómo pensaba insertarme nuevamente en mi país. En realidad, el proyecto político no era nada ambicioso, pues se trataba de integrarnos lo mejor posible para, desde el terreno, evaluar la situación. Los pocos compañeros que habían entrado en el país también se encontraban clandestinos y bastante aislados, por no decir totalmente, del movimiento de masas y de los partidos políticos en general. Sólo se esforzaban por

sobrevivir en condiciones adversas.

Piñeiro subestimaba las posibilidades de una democracia estable en Argentina y le pronosticaba corta vida. Pensaba que los militares entrarían otra vez en escena. Por eso sus consejos se centraron en que hiciéramos hincapié en la cuestión militar e intentáramos crear una fuerza que estuviera en condiciones de actuar en cuanto la situación lo exigiera. Estuve de acuerdo con él, y no por capricho, ni por una supuesta desviación militarista, sino simplemente por el mero hecho histórico de que en mi país, en los últimos treinta años, sólo dos gobiernos civiles pudieron terminar su mandato, ya que

los otros habían sido derribados por golpes militares. El tiempo que llevaba fuera del país y la distancia con la realidad de Argentina me impedían ver el grado de descomposición política en que se encontraban las fuerzas armadas.

Piñeiro me pidió que siguiéramos en contacto por si necesitaba su apoyo en algún momento o por si ellos me llegaban a necesitar a mí. Me puso en contacto con un funcionario que yo no conocía, Antonio López, que también trabajaba con Armando en las cuestiones operativas, para que estableciéramos un plan de comunicaciones y me pasara algunas informaciones que tenían sobre los militares argentinos.

Finalmente, tuve una reunión de despedida con Piñeiro. Una vez más trazamos mi itinerario; saldría de La Habana a Lima, de Lima a Rio de Janeiro y de allí a la frontera con Argentina para entrar por Fos de Iguazú. Allí destruiría el pasaporte y utilizaría un documento de identidad que me había hecho yo mismo un mes atrás. Su calidad no era óptima, pero serviría para el paso. Estuvo de acuerdo y me facilitó los pasajes hasta Lima. Además, me dio seis mil dólares para el resto del viaje y para los gastos al llegar a Argentina. Antes de despedirnos, me pidió que en cuanto tuviera un lugar donde ubicarme se lo hiciera saber, ya que, seguramente,

desde Argentina podría ayudar a los chilenos del MIR. Como siempre, se despidió con afecto y su «Cuídate» de siempre.

Llegué a Lima a las cinco de la tarde.

No sé por qué pensé, y aún lo pienso, que ésa es la hora más triste en esa ciudad; ¿por la garúa constante o por el gris plomizo? No lo sé, pero, desde que entré, me deprimí profundamente, tanto es así que, aunque tengo por costumbre caminar por sus mercados, tomarme alguna cerveza en el más sórdido de los bares, aquella vez fui directo a un hotelito barato y allí me

quedé leyendo hasta que me dormí. El avión para Río no salía hasta la mañana siguiente.

Al amanecer, me fui al aeropuerto. No puedo explicarme por qué en el último momento decidí no viajar por Brasil y pedí un pasaje para Bolivia, vía Santa Cruz con cambio en La Paz. Realmente, la decisión fue acertada. Muchos compañeros habían usado el paso de Fos de Iguazú y era posible que estuviera quemado. Además, había cometido la imprudencia de comentar con dos de ellos que usaría el mismo camino. En ese momento no hice ninguno de estos razonamientos. Fue simple intuición, y, en general, me dejo llevar

por ella.

Después de una larga espera en La Paz, tomé el avión hacia Santa Cruz. Allí me encontré con mi inseparable bolso de mano, sin tener la menor idea de cómo llegar a la frontera ni cuál sería el mejor paso. Caminé por la ciudad y me metí en un bar, allí obtuve información de algunos parroquianos acerca de un tren que pasaría dentro de tres días, también me dijeron que sólo tenían avión hasta Salta, en Argentina, y que salía esa misma tarde. La vía aérea la deseché porque desconfiaba de la calidad de mi pasaporte como para arriesgarme a pasar por un control de aeropuerto. Ante mi insistencia por

obtener más información, uno de ellos, no muy convencido, me explicó que si quería salir esa misma tarde, debía tomar «la movilidad» en el cruce de la carretera tal y tal hasta Camiri, y que allí podría conseguir algo que me llevara hasta la frontera.

Llegué al cruce de las carreteras, donde ya esperaban algunas personas, y pregunté si por allí pasaba «la movilidad», me contestaron que sí. En su mayoría eran indios que transportaban mercancía. Con mi traje celeste a rayas y mi nada discreta corbata roja, atuendo muy apropiado para viajar en avión, pero no para estar esperando en una carretera polvorienta,

me sentía bastante ridículo. Más aún cuando vi aparecer «la movilidad». Al principio no me había preocupado el nombre. Si en México a los autobuses los llaman camiones, en Nicaragua simplemente bus y en Cuba, guagua, por qué en Santa Cruz no se les podría llamar «movilidad». Lo dramático fue que no se trataba de un autobús, sino de un camión de carga que venía repleto de indios con mercancías, e incluso gallinas. Ni mi vestimenta ni mi aspecto eran apropiados para tal circunstancia, pero no me quedó otra opción que recurrir al sentido del humor y, muy divertido por lo ridículo de la situación, me quité el saco y la corbata antes de

trepar al camión. Mis indagaciones sobre la duración del viaje no fueron nada estimulantes; once horas hasta Camiri por camino de tierra y un solo alto para comer. Cuando paramos pensé que no podría levantarme. Seis horas sentado en la misma posición —ya que la cantidad de gente y de bultos me impedían moverme—, habían sido un castigo. La idea de comer algo me estimuló. Mi alegría no duró mucho. Lo único que había era milanesa de mondongo (llena de grasa), y algunas verduras hervidas. Sólo comí las verduras, pero el olor repugnante de la milanesa me persiguió durante todo el viaje, unas cinco horas más hasta

Camiri.

Cuando llegué, tuve la sensación de haber entrado en un pueblo fantasma; la tierra era seca, con un polvo terrible que obligaba a ver todo como a través de un filtro amarillo. Al principio no vi ninguna persona, sólo perros muy flacos que me impresionaron mucho por sus ojos particularmente tristes. Así empecé a descubrir algunos rostros, y todos tenían la misma mirada; todos, los niños, las mujeres, los viejos. Después de caminar largo rato encontré, por llamarlo de algún modo, un hotelito muy pobre, con las paredes de adobe, como la mayoría de las casas. Me lavé y me saqué los kilos de tierra que había

recogido en mi sufrido trayecto. También aproveché para cambiarme. Me puse un *blue jean* y una camiseta, al menos así podría pasar por excursionista, la única forma de justificar mi presencia en la zona y llegar hasta la frontera.

Preferí no pasar la noche allí, pues no veía la hora de llegar a Argentina, y tampoco en Camiri habría transporte público que me llevara hasta la frontera, al menos ese día. Después de conversar con varias personas, pude hablar con un hombre que salía esa tarde en su *jeep* particular para Yacuiba, pegado al Positos boliviano (del otro lado estaba

el Positos argentino), y por unos pocos pesos nos pusimos de acuerdo. No había originalidad en los nombres, pero aquél no era mi problema.

Salimos cuando comenzaba a anochecer. Como el viaje era más cómodo, pude apreciar la belleza del paisaje. A mi derecha y a lo lejos se divisaban unas inmensas montañas, supuse que serían las mismas por donde había andado el Che y sentí una fuerte emoción. También, y al entrar en Argentina, pasaría muy cerca de la zona donde había muerto mi padre. De nuevo nuestros caminos se cruzaban. Le pregunté al hombre si sabía algo del Che.

—Sí, por allá andaban los guerrilleros cuando la guerra.

No agregó nada más. Yo tampoco. Continuamos el viaje en silencio.

Cuando llegamos, el hombre se ofreció para llevarme hasta Positos por unos pocos pesos más, lo que acepté de inmediato. A esa hora, a pesar de lo cerca que estábamos, seguramente no encontraría ningún transporte.

La frontera ya estaba cerrada y no encontré ningún lugar donde alojarme. Decidí esperar sentado a unos doscientos metros del paso fronterizo, desde donde podía observar el movimiento del lugar. La calidad de mi pasaporte me preocupaba; decidí

destruirlo y me dediqué a esperar. Todo estaba jugado; no podía dar marcha atrás. Sin pasaporte no podría regresar, ya que el documento de identidad sólo sirve para cruzar los países fronterizos.

Hacia las cuatro de la mañana vi que un grupo, de unos diez collas, pasaba hacia Argentina, pero no por donde estaba el puesto, sino por un camino a unos cincuenta metros. El gendarme que estaba de guardia ni siquiera los miró. Lamenté no haber estado más cerca para pasar mezclado entre ellos, que seguramente eran trabajadores o contrabandistas hormiga que cruzaban a diario. Como a los diez minutos, vi que otro grupo se acercaba por el mismo

rumbo, me aproximé a ellos y, sin decir nada y tratando de ocultar el bolso de la vista del gendarme, que seguro que ni nos miró, entré en Argentina.

18
La democracia sin adjetivos Buenos Aires, 1983-1984

Estaba, pues, en Argentina.

No llegaba a creerlo. ¡Había sido tan fácil! Ni siquiera había tenido que

mostrar el pasaporte. En aquel momento sólo me quedaba ganar la capital, y pensaba que, en adelante, no tendría más problemas, pues bastaba con que tomara un bus de Positos hasta la capital salteña y de allí un avión hasta Buenos Aires. (En los vuelos interiores no hay control de pasaporte.)

Tomé el bus de las seis y media de la mañana y, apenas arrancó, me quedé dormido. Sólo Dios sabe en qué estaría soñando cuando me despertó una palmada en el hombro, era un gendarme que, muy cortésmente, me pedía mis documentos. Se los pasé, no sin cierta aprehensión, pero el tipo casi no los examinó, contentándose con verificar

que el de la foto era yo. Respiré tranquilo. Mas, cuando los policías terminaron de controlar los documentos de todos los pasajeros, nos pidieron que bajáramos del bus con nuestros equipajes.

Revisaron uno por uno y, cuando iba a tocarme a mí, me dijeron que me pusiera aparte. Tuve que seguirlos hasta una oficina donde, sin maltratos, pero sin ninguna gentileza, registraron mi bolso minuciosamente. Al final me pidieron que me desnudara del todo. Examinaron la ropa, costura por costura, y golpearon los tacones de los zapatos para verificar que no había en ellos nada oculto. Uno, que parecía ser el jefe, me

preguntó de dónde venía y qué hacía por allí. Respondí que estaba de vacaciones y quería conocer el norte del país.

A modo de disculpa, dijo:

—No estamos acostumbrados a ver gente como usted por aquí. Muchos vienen a buscar coca de Bolivia. Puede continuar.

Cuando salí, el bus estaba esperándome. Miré a los otros pasajeros y me di cuenta de que, en realidad, era sapo de otro pozo.

El susto me impidió dormir el resto del viaje. Llegué a Salta y me fui directamente a las oficinas de Aerolíneas Argentinas, pero no había vuelo hasta el día siguiente. Decidí ir a

comer unas exquisitas empanadas salteñas y alojarme en un buen hotel. Después de aburrirme un rato con la televisión local, dormí a pierna suelta.

Tal como había pensado, en el aeropuerto de vuelos nacionales no tuve ningún control, salí del aeroparque —así llaman los argentinos al aeropuerto de la capital— y, con el río de la Plata como paisaje, Buenos Aires me daba la bienvenida.

Muy cerca de allí están los carritos de la costanera, donde se come un excelente asado. (Se les llama carritos porque en un inicio eran camiones que, a la orilla del río, vendían pan con

chorizo asado. Luego crecieron y empezaron a hacer parrilladas completas.) En ese momento se habían convertido ya en restaurantes elegantes. Tomé un taxi y me dirigí a uno de los carritos que se llama Los años locos, que era el que más me gustaba cuando vivía en Buenos Aires y me traía a la memoria recuerdos gratos.

Pensé que era una buena forma de festejar mi regreso en solitario.

Después de comer una gran parrillada y beber un buen tinto del país, bolsito al hombro me fui caminando por la costanera. Sin apuros, recordaba, pensaba. De repente me sorprendí silbando un tango, a pesar de que nunca

he sido muy aficionado. El color del río, y hasta su movimiento, tienen su misma densidad. El tango sólo puede haber nacido en Buenos Aires. Su ritmo es porteño. Estoy seguro de que el primer tango fue compuesto en una húmeda tarde de verano.

Llegué a la casa de unos parientes de Silvia que me esperaban. Antes de salir de México les habíamos consultado si podrían alojarme, así es que no hubo sorpresas. Desde el punto de vista de las condiciones de seguridad resultaban ideales, pues no tenían ningún vínculo de tipo político. En lo personal me sentía muy bien, pues me trataban como a un hijo y con mucho afecto.

Con los compañeros de la organización —o, mejor dicho, de ruta, pues políticamente ya no éramos nada— establecí un contacto permanente para encontrarnos en Buenos Aires todos los sábados al mediodía en la pizzería Torino, elección que no era casual. En el momento de fijar la cita no recordábamos ningún café que no fuera muy céntrico, y de pronto recordé aquella pizzería, que quedaba en la esquina de la casa de mi abuela. Sin precisarles por qué, lo propuse como el lugar de encuentro.

El primer sábado fui a la cita sin muchas esperanzas de encontrar a alguien, ya que las personas a quienes

tenía que ver también venían del exterior y era posible que aún no hubieran llegado. Cuando estaba pidiendo la cuenta para irme, vi pasar a mi madre por la vereda de enfrente. Iba donde mi abuela. Por poco salgo corriendo a llamarla, pero me contuve. Sabía que no era correcto que violara una medida de seguridad elemental. Muchos compañeros habían caído cuando contactaban con la familia.

Estábamos en 1983 y a mi madre no la veía desde 1974, a pesar de haber estado dos veces en Argentina. Claro que fue una época mucho más dura, pero en aquel momento no había casi ningún control; los militares estaban en retirada

y, en dos meses, habría elecciones. Además, yo aún no había contactado con nadie y no podían saber que estaba en Argentina... Mi familia no debía de estar controlada... Los militares tenían otras ocupaciones por el momento...

Salí de la pizzería y me alejé en sentido contrario a la casa de mi abuela. ¡Tenía tantas ganas de ver a mi familia!

De golpe, di media vuelta y, sin detenerme, corrí hasta la casa de mi abuela, ella misma salió a abrir la puerta. Estaba mucho más vieja. Habían pasado nueve años y a esa edad se nota más el paso del tiempo. Yo no había cambiado gran cosa, pero tenía el pelo muy corto y, para disimular un poco el

rostro, usaba anteojos neutros.

—Busco a la señora María Jury —le dije muy serio pensando que me reconocería de inmediato.

No sé si porque pensaba que no estaba en el país o porque estaba muy viejita, ¡el hecho es que no me reconoció.

—¿De parte de quién? —preguntó.

—De tu nieto.

Casi se desmaya. Enseguida me abrazó y empezó a besarme como sólo besan las abuelas.

Entré en el comedor donde estaban sentadas mi madre y mi tía Yolanda. Mi madre, de la emoción, no podía levantarse. Mi tía me abrazaba y me

miraba sorprendida. Mi abuela se fue a la cocina y regresó con una botella de vino y cuatro vasos.

—Para mi «Turco» —dijo mientras servía.

Era la única que me llamaba «Turco». Así le decían también a mi abuelo por su origen libanés.

Brindamos. Al principio no recuerdo de qué hablamos. Sólo sé que mi madre me tomaba la mano y me miraba con mucha ternura. Enseguida quisieron llamar por teléfono a toda la familia, a lo que me negué. Al ratito, sin embargo, acepté pero con la condición de que sólo llamaran a mi hermana y a mi tío Adolfo, sin decirles que estaba allí.

Mi hermana, cuando me vio, rompió a llorar.

—Ya creía que no te vería más.

Mi tío Adolfo, en cambio, a pesar de que tampoco le habían prevenido, entró preguntando:

—¿Dónde está Jorge?

Se había dado cuenta al sentir la emoción de mi madre cuando le habló.

Estábamos como antes, todos reunidos alrededor de la mesa. Hablábamos y reíamos. Yo me sentía realmente feliz. No habían pasado ni dos horas cuando salieron a relucir las rencillas familiares, las mismas de hacía nueve años, sin cambiar un ápice. Esto también me divirtió, pues extrañaba

hasta esos altercados familiares. Alrededor de las diez de la noche nos despedimos. Para un solo día ya había violado muchas medidas de seguridad y eran demasiadas emociones juntas. Prometí volver a verlos y visitarlos individualmente en sus casas.

Seguí visitándolos, tal y como les había prometido, ya que el riesgo era mínimo, pues, en vísperas de las elecciones, se había instaurado un clima de libertad bastante amplio y, a menos que te involucrases en situaciones comprometedoras o anduvieses por la calle durante la noche, no sucedía nada.

El país estaba en plena campaña

electoral. Sin tomar muchas precauciones, empecé a visitar viejos contactos y amigos. Y algo había cambiado. Los años de terror habían dejado su huella, e incluso el vocabulario era distinto; no se hablaba de la dictadura militar sino del «proceso». No se hablaba de la guerrilla sino de la «subversión». Las madres de la plaza de Mayo eran las «locas».

Eran pocos los que llamaban a las cosas por su nombre.

El país quería, o pretendía, olvidar.

Nosotros, los que retornábamos, éramos parte de un pasado molesto y —¿por qué no?— para algunos éramos parte del mal. La teoría de los «dos

demonios», que pretendía mostrar a los militares y a la guerrilla como las dos caras de la misma moneda, prendía en algunos sectores. Para otros, si la guerrilla no los hubiera provocado, los militares no habrían salido de sus cuarteles. La derrota era más profunda de lo que hubiera podido imaginar; porque, más allá de los errores cometidos por la guerrilla, nosotros luchábamos por la justicia social, mientras que los militares defendían los privilegios de una oligarquía obtusa, pero en aquel momento esa diferencia parecía carecer de importancia.

Esperamos que no hayan regresado

para hacer lo mismo que antes, decían algunos. El discurso político era chato, pretendidamente realista y, sobre todo, sin espacio para la utopía. La democracia sin adjetivos se convirtió en un mito, en una suerte de fin en si. Se hablaba de ella sin tener muy claro en qué consistía, y agregarle epítetos, tales como «popular» o «participativa», era casi subversivo.

El movimiento obrero se encontraba desarticulado porque el peronismo ya no lo representaba. El peronismo que, a pesar de sus contradicciones, le había dado identidad política, no contaba con dirigentes que gozaran de popularidad y, menos aún, que fueran representativos

de los obreros. Esa fuerza social que significó el movimiento obrero en los últimos cuarenta años se presentó a las elecciones dispersa, fragmentada y sin un mínimo de unidad.

Era la gran fiesta de la pequeña burguesía.

El candidato radical Alfonsín, hombre honesto pero limitado, era el modelo. Joven, cauto, moderado, desapasionado. Eran las virtudes del momento. El candidato peronista Italo Luder, rodeado de una mafia terrible e incluso de quienes habían colaborado con la dictadura, no podía ser menos representativo. La izquierda estaba totalmente desarticulada. Se intentaron

alianzas de numerosos grupos, pero de poca gente. Las organizaciones guerrilleras estaban aniquiladas.

¡Qué diferencia con las elecciones de 1973!

Entonces existió una efervescencia de sueños, de utopías y pasiones. La calle era de los jóvenes, de los obreros, de los estudiantes. El Che Guevara nos sonreía desde miles de carteles, como si resucitara en su propio país.

La revolución fue posible...

Pero todo había cambiado. Me costaba adaptarme a la nueva situación. Mi discurso, las más de las veces, era inoportuno. Los pocos que me escuchaban lo hacían por nostalgia. Los

compañeros que habían regresado clandestinamente conmigo tenían el mismo sentimiento.

Éramos marginales.

Las elecciones llegaron.

Como se suponía, ganó Alfonsín. Me enteré de los resultados electorales en la casa de unos amigos de los parientes de Silvia. Me producía una sensación muy contradictoria; una mezcla de nostalgia y de alegría. Era el fin de una larga noche de terror. Salimos y nos volcamos hacia las calles del centro. La gente manifestaba su alegría.

Pero no era la misma alegría ni tampoco era mi gente.

Me quedó grabada la imagen de un hombre que, en medio del tumulto, apareció envuelto en una bandera argentina arrugada y sucia, totalmente borracho y que, desafiante, gritó:

—¡Viva Perón, carajo!

Los que lo rodeaban lo empujaron y se echaron a reír. Lo miré con mucha tristeza.

Era la imagen misma de nuestro pueblo.

Por intermedio de una amiga abogada inicié los trámites para legalizarme. Por suerte no tenía causa abierta, pese a que figuraba en las listas del DIGICON (centro informatizado de

la policía) y existía una orden de captura de la policía federal. Lo más simple era, en vez de iniciar una acción legal en la que habría tenido que explicar dónde había estado y cómo había entrado al país, sobornar a un policía conocido de la familia, que tenía acceso a los ficheros, para que me sacara de la lista y me ayudara a obtener los documentos legales.

Después alquilé un departamento para recibir a Silvia y a mi hijo, y al mismo tiempo activaba un plan de comunicaciones con los cubanos, más fáciles de establecer pues ya había adquirido el estatuto legal. Fue así como un día recibí un recado de Alejandro

pidiéndome que regresara a México. Saqué pasaporte legal, con alguna demora, pero sin mayores inconvenientes. Estaba feliz con la idea de ver a Silvia y a mi hijo, que regresarían conmigo una vez terminado el trabajo para el cual me habían llamado.

El reencuentro con ellos fue maravilloso.

Hacía sólo cuatro meses que no nos veíamos, pero me parecieron un siglo; los había extrañado muchísimo y había sufrido una enormidad por esa separación. Comprobé que el amor y la distancia pueden ser físicamente dolorosos.

Con los cubanos el trabajo fue rápido, pues lo más grueso ya estaba hecho cuando llegué. Los ayudé en una cuestión de documentación que no me llevó más de una semana.

Regresé a Argentina, feliz y legalmente, y esta vez con Silvia y mi hijo.

19
De nuevo conspirar Buenos Aires, 1984-1985

Pasar fronteras y controles de aeropuerto en compañía de mi mujer y de mi hijo con un pasaporte legal a mi

nombre y sin la menor preocupación me parecía mentira. Todo era tan normal, que me sentía extraño.

Al principio me costó conseguir trabajo, pero logré obtener un puesto como asistente de producción en un largometraje. El director había sido muy amigo de mi padre y, a pesar de no tener ninguna experiencia en cine, me aceptó entre sus colaboradores. Como asistente de producción hice también algo de publicidad. Finalmente conseguí un trabajo en el periódico *La Voz*, donde tenía una columna política semanal y escribía a diario para la sección internacional.

Seguía viéndome con los

compañeros que entraron conmigo de forma clandestina, pero ya como amigos. Charlábamos de política y de la vida en general. Algunos se incorporaron a distintos partidos de izquierda y otros se vincularon al trabajo social, sobre todo en los barrios. Yo no me sentía inclinado a participar en ninguna de las dos actividades, pero me mantenía activo en el periodismo.

Silvia también trabajaba; en lo económico nos iba bien, todo lo bien que permitía Argentina en esos años de inestabilidad y de inflación galopante. No podíamos quejarnos.

Mis otros tres hijos que estaban en Cuba regresaron también a Argentina

con Mónica, su madre. Al fin podía verlos a todos reunidos los fines de semana. Silvia quedó nuevamente encinta y esperaba a mi quinto hijo. Lo único que perturbaba mi felicidad era la enfermedad de mi madre, que nunca llegó a mejorar; las recaídas eran constantes y pasaba largas temporadas internada. Cuando mi hermana mayor se fue a Cuba a estudiar, tuve que hacerme cargo de ella, y, por las características de su enfermedad, esto se me hacía muy duro.

El cambio de vida fue tan brutal, que me costaba mucho acostumbrarme, tenía la impresión de que nada de lo que hacía tenía importancia. Pasaba largos

periodos de depresión y bebía desaforadamente. Casi de manera consciente, me empecinaba en destruir todo lo que tenía y más quería, todo lo que me ataba a la vida que sentía monótona e insignificante. El nacimiento de mi último hijo me produjo una felicidad inmensa, pero pronto volví a la depresión y al aburrimiento.

Hoy, todavía me avergüenzo de lo que hice sufrir a Silvia en aquel periodo: borracheras, llegaba tarde sin explicación alguna. Así vivía. Mi egoísmo no tenía límites. Mucha gente trataba de ayudarme, sobre todo Silvia, pero era insensible a todo.

No había luchado tantos años para

terminar llevando esa vida.

Así pasó un año y medio, hasta que Pablo contactó conmigo. Era un dirigente del MIR chileno que había conocido en México y nos habíamos hecho muy amigos. El MIR, en aquel entonces, enfrentaba la dictadura de Pinochet. Me pidió ayuda para instalar a dos compañeros que tenían que pasar un tiempo en Buenos Aires y estaban clandestinos. Inmediatamente recordé la recomendación que me había dado Piñeiro en nuestra última conversación —que les diera apoyo—, y le dije que estaba de acuerdo. Además, le pedí que pensara en otras tareas en las que pudiera colaborar, incluso dentro de

Chile.

Cuál no sería mi alegría cuando nos volvimos a ver tres meses después. Me planteó la necesidad de comprar armas y me pidió que empezara a buscar contactos en ese sentido. Por fin iba de nuevo a conspirar, a hacer algo por la Revolución. A los pocos días ya tenía el contacto. No era difícil, pues se trataba de una pequeña cantidad de armas cortas y de subametralladoras. Justo unos días antes de concretar la operación de compra nos volvimos a encontrar. Me confió que el MIR atravesaba por una profunda crisis interna y que el sector de la dirección que manejaba los recursos los tenía bloqueados. Muchos

compañeros que se encontraban en el interior en condiciones de clandestinidad vivían una situación muy difícil y arriesgada, sobre todo Nelson Gutiérrez, dirigente histórico del MIR. Le parecía conveniente que yo viajara a La Habana para explicarle esta situación a Piñeiro y ver si éste podía facilitarle los recursos necesarios. Cuando regresara, podría viajar a Chile con él.

Renuncié al periodismo y partí de nuevo para La Habana. Un funcionario de Piñeiro me esperaba en el aeropuerto. Me llevó al hotel y me dijo que me mantuviera localizable, el comandante me vería esa misma noche. Hacia las nueve sonó el teléfono. Era

Joel, su chófer. Pasaría a buscarme.

Las oficinas estaban en los locales del Comité Central. No hubo preámbulos de seguridad. Entramos directamente al despacho de Piñeiro, que me esperaba sentado en su escritorio abarrotado de papeles, y después de saludarme con mucho afecto, la conversación se orientó sobre la situación en Argentina. Ambos habíamos cambiado de punto de vista desde nuestro último encuentro. La democracia en Argentina era mucho más estable de lo que habíamos imaginado. Alfonsín, sin ser un revolucionario ni pretenderlo, había organizado un proceso contra la alta jerarquía militar, responsable de las

torturas y de los desaparecidos durante la dictadura, y los había condenado, precedente que no se repetiría en ninguna de las nuevas democracias del sur del continente. Ni en Brasil, ni en Uruguay, ni mucho menos en Chile, donde Pinochet conservó la jefatura de las fuerzas armadas y se arrogó el cargo de senador vitalicio, que le garantizaba gozar de una impunidad absoluta. Por primera vez en la historia de Argentina, los militares se habían visto sentados en el banquillo de los acusados. A pesar de sus límites, este proceso constituía un hecho histórico innegable.

Ambos coincidíamos en que el momento era de lucha política.

Personalmente, le confié mis limitaciones en ese sentido y mi falta de interés por las actividades legales. Le pareció normal y me aconsejó que siguiera ayudando al MIR pero teniendo mucho cuidado, ya que a mí podrían estar controlándome los servicios argentinos.

A continuación pasé a explicarle con detalles la situación interna del MIR, tal como me la había descrito Pablo. Me dijo que estaba más o menos al tanto y que le preocupaba la posibilidad de una división, pero seguía optimista, ya que las diferencias no eran fundamentales y la lucha interna no se había declarado aún, al menos de forma abierta. Yo no

compartí su optimismo porque mi experiencia en el PRT me enseñó que, cuando se entra en ese tipo de conflicto, es muy difícil mantener la unidad.

En cuanto al problema de la ayuda financiera, se mostró un tanto sorprendido, pues no sabía que las dificultades hubieran llegado a ese punto. Además, eso le planteaba un problema delicado, pues, como me explicó, el último acuerdo tomado con el MIR determinaba que toda la entrega de recursos de Cuba debía canalizarse a través de Pascal Allende,[1] secretario general de la organización, que pertenecía a la otra facción (a la que se enfrentaba a la de Nelson Gutiérrez, que

estaba clandestino en el interior). Me dijo que se lo dejara pensar y que lo consultaría con Armando, el vicejefe del departamento, para buscar una solución.

Al día siguiente por la mañana, Armando me llamó y me convocó urgente en el Comité Central. Después de repetir lo que había dicho Piñeiro, me dijo sonriendo:

—Para todo problema hay una solución. Si no le podemos entregar el dinero a Pablo, te lo podemos entregar a ti para un supuesto proyecto en Argentina. Si tú se lo entregas a él, es un problema tuyo. Nosotros no tenemos nada que ver. Sólo te podemos dar 30.000 dólares.

Era más o menos la suma que habíamos calculado, así es que todo había salido perfecto. El dinero no lo llevaría yo, ya que, en caso de que me registraran, no podría explicar por qué llevaba conmigo semejante suma; me lo entregaría un funcionario de la embajada en Buenos Aires.

Al día siguiente regresé vía México.

Misión cumplida.

La operación de compra de armas había fracasado. Según el compañero encargado de realizarla, en el momento en que iba a efectuarse la entrega advirtió la presencia de la policía. Tiempo después, con el mismo

compañero, se produciría el mismo escenario. Incluso en una ocasión en que las armas ya se habían comprado y sólo se le pidió guardarlas, puso objeciones y no lo hizo. (Ahora pienso que no se trataba más que de sus temores personales.) Al final resultó que tuve que encargarme personalmente del asunto. Como el contacto con los primeros traficantes ya estaba quemado, tuve que recurrir a otras fuentes y comprar las armas poco a poco, incluso una por una. Por suerte no eran muchas y el dinero tampoco era demasiado, así es que pude hacerlo en poco tiempo.

Entretanto, Pablo había partido para Chile, prometiéndome que, en la primera

misión que surgiera, me llamaría. No pasó mucho tiempo cuando me llamó la compañera que Pablo estableció como contacto. Yo ya la conocía de México y no la soportaba, pero, en fin, era mi contacto y teníamos que vernos si quería viajar a Chile.

Me dijo que debería llevar el documento de las resoluciones sobre la política militar de la dirección, además de efectuar un chequeo para una operación en el barrio Las Condes, en Santiago. Quería que lo hiciera con una cédula de identidad chilena y que saliera directamente de Argentina para gastar menos dinero; me opuse categóricamente. Salir de Buenos Aires

con documento chileno me parecía una locura, porque si los servicios argentinos me tenían controlado —lo que había que suponer—, caería preso en el mismo aeropuerto. Le propuse viajar con mi documento legal hasta Uruguay. Como es un país fronterizo, se puede entrar con el documento de identidad y a cambio de un certificado de entrada. Allí utilizaría el documento falso con el que ya había entrado en Argentina en una ocasión. Luego denunciaría la pérdida del certificado para que me extendieran otro con nombre falso, y con esos documentos viajaría a Chile. Igualmente, llevaría la cédula de identidad chilena por si se

presentaba algún problema durante el chequeo.

Me costó mucho convencerla, pero finalmente accedió.

No me faltaba más que buscar un embutido donde esconder el documento con las resoluciones militares. No fue nada original: una simple agenda con tapas de cuero muy gruesas disimulaban los negativos del documento.

Salí para Uruguay con Chile como destino final.

20
Import/export Santiago de Chile, 1986

En cuanto llegué a Uruguay, tomé contacto con unos amigos que tenían una empresa comercial. Les pedí que me dieran papel membretado de su firma y encargué unas tarjetas de representante

comercial de la empresa. Al mismo tiempo, la secretaria de la oficina consiguió una cita con el encargado comercial de la embajada de Chile. Fui a entrevistarme con él, con las tarjetas a mi nuevo nombre, y le manifesté mi interés por viajar a Chile para importar zumos de fruta en conserva. Él podría, posiblemente, facilitarme una lista de empresas exportadoras de esos productos, y para ofrecerle confianza, le di los teléfonos de la oficina, para que me comunicara la información cuando la recibiera. Al día siguiente llamó a «mi empresa» y me dio cita para el mediodía. Tenía una lista bastante extensa y una carta personal de

recomendación. Mis amigos, por otra parte, estuvieron de acuerdo en confirmar mi cargo de gerente de compras si llamaban de Chile pidiendo referencias.

Bajo la identidad de un joven empresario entré en Chile por el aeropuerto de Pudahuel. Tomé un bus hasta el centro de Santiago y, como ya era bastante tarde, entré en el primer hotelito barato que encontré, aunque suficientemente confortable como para mantener mi leyenda. Al día siguiente me dediqué a buscar otro, en una zona mejor, cerca de la estación de metro Salvador, y fui a visitar algunas de las empresas que figuraban en la lista.

En las calles se notaba la presencia de los pacos, armados con armas largas, en todas las bocas de metro y en las esquinas. Algunos vestidos de civil, pero con inconfundible facha de policías. Sin embargo, me sorprendió que no hubiera controles de identidad importantes, teniendo en cuenta que era un país sometido a una dictadura. Uno podía moverse libremente y esto, más que alegrarme, me preocupó, ya que era una señal inequívoca de que tenían infiltración en las organizaciones revolucionarias y no necesitaban efectuar controles indiscriminados. Su presencia era sólo intimidatoria y de prevención.

La primera noche sentí el efecto psicológico del toque de queda, que comenzaba a la una de la mañana. Sólo para los automóviles, pues a pie sí se podía circular. De cualquier modo, el silencio era terrible, interrumpido a veces por el ruido de un automóvil que sólo podía ser de la policía. En esos momentos, lo único que cabía esperar era que el vehículo no se detuviera frente a la puerta.

El día siguiente también lo dediqué a recorrer Santiago, una ciudad preciosa, por cierto, y a visitar a mis proveedores en zumos en conserva. A las cinco de la tarde fui a la cita con el contacto para entregarle el documento. No sabía con

quién me encontraría; mi antipático contacto de Buenos Aires me había dicho que no era seguro que pudiera ver a Pablo y que, en todo caso, no sería en el primer encuentro.

—En el interior, las cosas son diferentes. Él, como dirigente, se tiene que cuidar mucho —había sentenciado solemnemente.

Llegué, pues, al lugar del encuentro, aplicándome en mostrar bien la contraseña visual. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi llegar a Pablo, de lo más fresco, sonriendo como siempre. De todos modos conversamos poco y quedamos en vernos al día siguiente en Viña del Mar, a poco más de una hora de

Santiago. Allí nos encontramos y tomamos un bus hasta Valparaíso, una de las ciudades más bellas que conozco. En un viejo bar pedimos una botella de pisco y conversamos durante cinco horas. Más que planificar, fantaseábamos sobre el futuro y celebrábamos nuestro encuentro en Chile. ¡Cómo se habrían puesto los servicios de seguridad de la dictadura, e incluso el contacto de Buenos Aires, si hubieran descubierto que violábamos las medidas de seguridad sólo porque éramos amigos y queríamos celebrar!

En adelante nos encontramos en diferentes lugares, y me fue poniendo al

tanto de la situación interna del MIR para que informara a Piñeiro en un futuro viaje a La Habana. Luego trabajamos en un chequeo de La Moneda, el palacio presidencial, con vistas a preparar una acción de propaganda armada; se trataba de dispararle un tiro de cohete.

La operación nunca se realizó, pero de esto me quedó una anécdota simpática.

En una oportunidad en que estaba cubriendo el chequeo, me pareció mejor, no recuerdo por qué razón, utilizar el documento chileno que me habían entregado en Buenos Aires. Así me esforzaba en hablar con acento del país.

En un momento sentí hambre y estuve tentado por un cartelito que ofrecía empanadas. Entré y, con mi mejor acento chileno, pedí tres empanadas de carne. La mujer que me atendió me preguntó si eran para llevar. Le respondí que no, que para comer allí. Con cara de asombro, repitió:

—Tres empanadas de pino, entonces...

Casi ofendido, le contesté:

—No. Tres de carne.

Ya enojada, la mujer dijo:

—Si las de pino son de carne, pos cabro. Si no, ¿de qué van a ser?

Confundido, le dije que las trajera, pero mi turbación no tuvo límites cuando

vi las empanadas. Eran tan enormes, que hubiera sido imposible que se las comiera una sola persona. Decididamente, como chileno no pasaba.

Regresé a Buenos Aires con el proyecto de viajar a La Habana. Durante un tiempo, hice varios viajes de ese tipo, ya que Pablo prefería que siguiera apoyándolos desde Argentina y que mantuviera el vínculo con Cuba. Sólo debería viajar para vernos por cuestiones coyunturales. Por mi parte, yo estaba conforme ya que lo respetaba mucho por su valor personal y me gustaba su estilo de trabajar.

Uno de mis viajes a La Habana

coincidió con la boda de mi medio hermana menor. García Márquez fue su padrino y, cuando se terminó el casamiento, me invitó a tomar un trago a su casa junto con Conchita, la compañera de mi padre, de la cual es muy amigo. Después de pasar un buen momento con él y con otras personas que se encontraban presentes, nos levantamos para irnos. Estábamos despidiéndonos, cuando llegaron unos hombres uniformados que muy gentilmente nos dijeron:

—Compañeros, disculpen, pero por ahora no pueden salir pues está entrando el comandante. Son medidas de seguridad.

Enseguida hizo su entrada Fidel.

Me puse muy contento, pues era una figura que admiraba mucho, o, mejor dicho, la que más admiraba. Yo prácticamente no lo conocía. La única vez que lo había visto estaba con mi padre y aún era muy niño, por lo que sólo tenía un vago recuerdo.

En cuanto entró, todos se pusieron de pie. Nos saludó uno por uno, con las respectivas presentaciones. Como al parecer él no tenía ganas de sentarse, todo el encuentro se hizo de pie. Hablaba todo el tiempo, desplazándose lentamente de un lado al otro, con las manos entrecruzadas apoyadas sobre el vientre. Durante un buen cuarto de hora,

habló de mozzarellas. El tema lo apasionaba y decía que pronto en Cuba se podría fabricar, ya que había mandado buscar búfalos a Nápoles. Fue así como supe que la mozzarella se fabrica con leche de búfala. No era un dato muy importante pero, en fin, aprendí algo.

Seguidamente, empezó a dirigirse a cada uno de los que estábamos allí. Cuando me llegó el turno, casi me hizo un interrogatorio público.

—¿A qué te dedicas?

—Al periodismo.

—¿Para qué medio?

—Diario *La Voz*.

—¿En qué sección?

—Internacional.

—Espero que seas tan bueno como tu padre —me dijo para terminar.

Cuando la verificación terminó y se comprobó que todos éramos gente de confianza, nos autorizaron a partir. Seguramente Fidel quería conversar a solas con García Márquez. Se despidió dando la mano a cada uno y, cuando llegó a mí, me tomó por el brazo y me apartó del grupo.

—¿Ya estuviste con el Gallego? —Era el sobrenombre amistoso que le daban a Piñeiro—. Porque nos llegó una queja de Alfonsín por la ayuda que, desde Argentina, le estamos dando a los chilenos. De todos modos, sigue

trabajando. Pero hazlo bien, no vayas a tener escaches —me dijo sonriendo.

Así pues, sabía lo que yo hacía y quería demostrármelo. El interrogatorio lo había hecho para ponerme a prueba y verificar que no presumía como un charlatán, yéndome de la lengua delante de todo el mundo.

Al regreso de uno de mis viajes encontré a mi madre internada. Los médicos me anunciaron que su estado era irreversible. Aun así, decidí llevarla a La Habana, con la esperanza de que allí encontraran un remedio a su mal. Murió tres días después de nuestra llegada.

Sentí que acababa de perder algo que jamás había tenido.

La última vez que fui a Chile nadie se presentó al contacto, pero por suerte tenía una cita adicional con un compañero que había entrado durante esos días, aunque él tampoco había encontrado su contacto. Como nuestra situación económica era muy precaria —no teníamos ni pasaje de vuelta—, decidimos seguir cubriendo el contacto semanalmente hasta que alguien apareciera. También, obligados por problemas de dinero, decidimos abandonar Santiago, donde el hotel costaba muy caro. Como era invierno, optamos por irnos al Quisco, un

bellísimo pueblito de la costa, donde, por no ser temporada, conseguimos una humildísima pensión a bajo precio.

Allí permanecimos alrededor de dos meses, viajando alternativamente a Santiago una vez por semana. Al mismo tiempo, llamábamos todas las noches a Buenos Aires a cobro revertido para ver si desde allá nos podían dar alguna orientación. Teníamos que llamar desde el cuartel de carabineros, pues la compañía telefónica cerraba a las cinco de la tarde. La leyenda que teníamos era bastante frágil: éramos dos funcionarios de una empresa de publicidad argentina en viaje de descanso. Por suerte, nos hicimos muy amigos de las viejitas

dueñas de la pensión y las ayudábamos en los quehaceres domésticos. Los últimos días nos permitieron la estancia gratis; si sospecharon algo, cosa de la que estoy seguro, nunca nos lo hicieron saber, ni mucho menos a los carabineros.

Finalmente, una amiga de Buenos Aires nos giró los pasajes y pudimos volver.

En Argentina nos encontramos con la siempre antipática contacto, que nos informó que la crisis interna del MIR ya era abierta y que teníamos que prepararnos para una lucha de tendencias. Como yo no tenía nada que ver con esa historia y no era militante

del MIR, le dije que le comunicara a Pablo que podía contar conmigo para lo que fuera, pero de ningún modo para problemas de luchas internas.

Ya había tenido bastante con las del PRT. Si querían contactar conmigo, estaría en Cuba o en Nicaragua.

Como ya había hecho bastante para destruir la relación con Silvia, estábamos separados. Otra vez este ridículo «soldado de la revolución» estaba sin casa, sin trabajo, sin tareas y sin lo que más quería: su mujer y sus hijos.

Decidí viajar a La Habana a exponerle a Piñeiro mi nueva situación, y a ponerme a su disposición.

21
«Sin dinero no hay revolución» Managua-Panamá-Cartagena de Indias 1986

Piñeiro no se sorprendió cuando le conté lo de Chile. Estaba al tanto de la situación del MIR. Le pareció razonable que me abstuviera de participar en la lucha interna. Me contrarió, en cambio, que cuando quise contarle mis problemas personales y la separación de mi compañera, se contentara con responderme:

—Bueno, bueno... Si te buscas otra mujer, no tengas más hijos. Así no te creas más compromisos.

Evidentemente, no era el mejor interlocutor para exponerle mis problemas íntimos.

Una vez más tuve que escuchar mil

elucubraciones políticas para terminar informándome de que tendría que dedicarme a «buscar divisas». Debo confesar que a esas alturas yo ya no me lo creía mucho. En el cono Sur, por lo menos, el movimiento revolucionario había sido derrotado del todo. La lucha armada daba paso a la lucha política y lo poco que quedaba de las organizaciones revolucionarias se consagraba fundamentalmente a ella. Pero yo no tenía ni conocía otro modo de vida. Era el candidato ideal: sin familia, sin compromisos, sin país, sin banderas ni religión.

Dicho políticamente, un revolucionario profesional.

Según Piñeiro, tenía que dedicarme a coordinar «tareas para la búsqueda de finanzas» porque «sin plata no se hace la revolución». Para esto tendría que instalarme en Nicaragua, desde allí era más fácil moverse hacia el resto del mundo e iniciar relaciones operativas con distintas organizaciones del continente, y reclutar a compañeros latinoamericanos sin partido para apoyar estas operaciones. Por cierto, había que evitar implicar a Cuba en estas actividades.

Al salir de la reunión fui a casa de Alejandro, el que había sido mi jefe en México, para comentarle mi nueva tarea. Él ya estaba de vuelta en Cuba, pues al

poco tiempo de haberme ido, cuando salió de vacaciones, las autoridades mexicanas aprovecharon para comunicarle a Cuba, de forma discreta, que preferían que no regresara. Es decir, muy mexicanamente, lo expulsaron.

Alejandro, a pesar de verme contento, «me pinchó el globo», como dicen en Cuba. Ya antes había impedido que yo participara directamente en este tipo de trabajo y ahora lo argumentaba con conocimiento de causa. A su regreso de México, no le informaron sobre su expulsión, pero por no haber pagado las cuotas del partido durante un año, lo habían sancionado y enviado a trabajar al taller mecánico del Comité Central

durante tres meses. Aún lo tenían en espera de que le dieran un puesto dentro del departamento. Era una manera de sacarlo de circulación.

Me aseguraba que, mientras todo saliera bien, no me faltarían padrinos, pero que, cuando algo fallara o se comprometiera a Cuba en alguna operación, nadie me reconocería ni se haría responsable de mi actuación.

A pesar de sus recomendaciones, a los pocos días salí para Nicaragua, no sin haber recibido de Piñeiro el presupuesto inicial y los contactos en las embajadas de Nicaragua, México y Panamá, en caso de necesitar ayuda en

esos países. Es decir, dinero o pasajes para mí y los compañeros que trabajarían conmigo.

Conseguir casa no fue nada fácil al comienzo, así que tuve que alquilar un cuarto en una casa donde vivían varios extranjeros. Entre ellos había una venezolana muy bonita y poseedora de tres cualidades que, por separado, no molestan, pero que juntas pueden llegar a ser terribles: vegetariana, feminista y tonta. Además se llamaba Margarita. A otro le llamaban Georgi, un tamul que decía ser independentista. En realidad, un buscavida muy simpático que, después de haber andado por varios países del mundo, no se sabe cómo

había terminado en Nicaragua bailando salsa y bebiendo ron como un loco. Por último, había una italiana llamada Pascualina que creo recordar trabajaba en el cine. Era, en fin, una fauna bastante heterogénea.

Al principio sólo me ocupé de establecer relaciones. Por suerte, muchos de los compañeros que tuve que contactar los había conocido en mi anterior estancia en Nicaragua y, sobre todo, durante el periodo en que había trabajado con la embajada cubana en México. Por el momento, yo no tenía que participar en las operaciones, sino poner en contacto a las distintas organizaciones que ya contaban con

grupos especializados en este tipo de tareas, para que montaran operaciones en conjunto. Nosotros les dábamos apoyo en la información y el armamento, así como en la financiación inicial si no contaban aún con fondos propios.

Fue en estas andanzas como conocí al representante en Managua del M 19[1] colombiano, el Negro Domingo, un excelente compañero que tenía la simpatía de todo costeño. Además de establecer relaciones políticas, nos hicimos grandes amigos. Noté que el M 19 adoptaba un estilo nuevo de hacer política en la izquierda, desprovisto de todo discurso dogmático, y de una flexibilidad admirable. En Colombia, el

movimiento era una fuerza política y militar importante. Una vez visitaron Nicaragua tres de sus comandantes: el dirigente máximo Carlos Pizarro, el jefe de la logística al que le decían Pedro Pacho, pero cuyo verdadero nombre era Gerardo Cobo, y Navarro Wolf. Los dos primeros eran muy simpáticos y espontáneos, pero el último, terriblemente soberbio, con la cara ridícula de aquellos que piensan que todo lo que dicen es importante.

El mismo día de la llegada coincidimos en una fiesta. De política no se habló. Bailamos toda la noche y quedamos en vernos al día siguiente.

Por suerte en la reunión no estaba

Navarro. Sin detenernos mucho en política, entramos rápidamente en materia. Les hice partícipes de mi experiencia, pero no fue necesario entrar en detalles, pues ya habían recibido referencias mías del Negro Domingo y de otros compañeros latinoamericanos. Además, antes de venir a Nicaragua pasaron por Cuba y Piñeiro les había aconsejado que conversaran conmigo, lo que constituía un importante aval. Como Pedro Pacho era el jefe de logística, también se ocupaba de la búsqueda de finanzas; luego tendría que coordinar con él.

En aquel momento no tenían ningún objetivo preciso, pero quedaron en

estudiar la situación con vistas a hacer algo en Colombia que, además de lo económico, dejara también un beneficio político. Convinimos en encontrarnos en Panamá, donde tendrían más información. Elaboramos el plan de comunicaciones y la forma de contacto. Todo estaba arreglado. Durante los días que se quedaron en Managua seguimos viéndonos. Las fiestas continuaron. Pedro Pacho, Pizarro y yo hicimos una gran amistad. A Navarro, por razones puramente subjetivas, continué detestándolo.

Al cabo de una semana, viajé a La Habana a ver a Piñeiro. La idea de

operar en Colombia no le gustó mucho, pues tenía algunas reservas en cuanto a la capacidad urbana del M 19, aunque respetaba la competencia de Pizarro en la conducción de la guerrilla rural. Pensaba que en la actividad urbana habían cometido muchos errores y se movían irresponsablemente, pero el hecho de que la acción se coordinara con Pedro Pacho le daba cierta tranquilidad. No obstante, recomendó que buscara gente de otro país para que trabajara en la parte que me correspondiera en las operaciones. Con sus consejos y apoyo financiero, partí para Panamá a encontrarme con Pedro Pacho.

Otra vez las grandes autopistas, los centros comerciales y la miseria. Además, un calor agobiante. Esta vez hice nuevos descubrimientos sobre los buses panameños: no sólo tienen música buenísima, que ponen a todo volumen —cosa que ya sabía—, sino que todos llevan inscritos nombres de mujeres e iluminan el interior con luces de colores. Cada bus parece un salón de baile popular.

De nuevo, el hotelito barato, las caminatas durante horas para verificar que no me seguían, visitar con anterioridad el lugar de contacto, memorizar la contraseña y tratar de pasar inadvertido. Así llegó el día de la

cita, esta vez en el Don Lee de la calle 50, un restaurante chino americanizado. Debía esperar en la puerta con una revista cuyo título he olvidado y, cuando me preguntaran si yo era el amigo de Esteban, debía responder: «No, su primo». El otro traería una revista *Life*.

Teníamos cita a las 20:30. Pasaron quince minutos y no llegaba nadie. Cuando estaba a punto de irme, ya que era imprudente esperar más, llegó un taxi de donde bajó de manera apresurada un joven con típico aspecto de colombiano, pero que no llevaba nada en la mano. Pensé que no era mi contacto. Se acercó a mí y me preguntó:

—¿Tú eres Martín? —Al ver mi

sorpresa, agregó riéndose—: Perdona, pero se me olvidó la contraseña. Yo soy Gerónimo y trabajo con Pedro Pacho.

Profesionalmente, yo habría tenido que responder que no sabía de qué me estaba hablando, pero su rostro me inspiró confianza. Además, ya estaba advertido del estilo del M 19. Le sonreí y entramos a tomarnos una cerveza.

Al poco rato de estar conversando dijo que nos teníamos que ir, pues Pedro Pacho nos esperaba en la oficina. Me sorprendió que el M 19 estuviera tan organizado, con oficina y todo, y más aún teniendo en cuenta que Pedro Pacho se dedicaba a tareas clandestinas, pero en fin, lo seguí, y cuál no sería mi

sorpresa cuando el taxi nos dejó delante de uno de los bares más sórdidos que he visto en mi vida. No recuerdo su nombre pero sí que le llamaban el «Viene viene», porque, riéndose, me dijo Gerónimo:

—Ésta es la oficina donde nos encontramos siempre; el «Viene viene».

El ambiente era terrible. Entre chulos y prostitutas colombianas me esperaba Pedro Pacho sonriente. Estaba con su mujer a quien llamaban la Negra, y con otro compañero al que apodaban El Sardino. Nos saludamos, muertos de risa, pues estaban al tanto de la broma de la oficina. Como el lugar más apropiado para discutir de las tareas que

pensábamos afrontar, nos dimos cita para el día siguiente.

En esa ocasión Pedro Pacho vino directamente. Tenían previsto el secuestro de un norteamericano, de la empresa petrolera Texaco, que vivía en Barranquilla. Para ellos esta operación cumplía un doble objetivo: político y financiero. La tarea no parecía difícil, ya que en la costa la represión era menos intensa. Ellos se encargarían del trabajo de información y del secuestro, yo y otros compañeros latinoamericanos, de la detención y del cobro del rescate; y otro grupo de colombianos se encargaría de las negociaciones. Por mi parte, había

entablado conversaciones con el MIR chileno, que tenía alguna gente en Cuba, por si necesitaba personal para operar en Colombia. Este aspecto casi estaba resuelto, sólo debía viajar a La Habana para organizarles la salida. Después iría a Panamá a encontrarme de nuevo con Pedro Pacho, que entretanto habría completado la información y establecido la forma de contacto con su grupo en Colombia.

De vuelta a La Habana, hablé otra vez con Piñeiro. Encontraba que el objetivo era bueno, pero se molestó porque no pude darle más precisiones sobre el mismo: nombre, cargo, etcétera. Yo, intencionadamente, había preferido

no saber más hasta que no estuviera seguro de nuestra participación. En la primera etapa, un solo compañero viajaría conmigo a Barranquilla y, una vez instalados y establecido el contacto con el M 19, se sumarían otros dos compañeros. Los pasajes y los gastos de instalación corrían por cuenta de Piñeiro. Los recursos para mantenernos en Colombia mientras durara el trabajo los cubriría el M 19.

Cuando volví a Panamá, Pedro Pacho ya estaba de regreso de su viaje a Colombia. La información no se había ampliado, pero se había organizado la forma del encuentro. Los compañeros estimaban que era preferible que nos

encontráramos en Cartagena de Indias, pues es un lugar muy turístico y permite la presencia de extranjeros sin llamar la atención. Debíamos encontrarnos en la cafetería del hotel Don Blas y, como contraseña, llevar una revista *El Condorito* y una frase absurda y banal. Como Pedro no sabía que yo regresaría tan rápido de La Habana, había fijado el encuentro para veinte días después. Preferimos quedarnos en Panamá esperando a que se aproximara un poco la fecha. Yo ya estaba con Luis, el compañero que iba a prisión conmigo. Casi cada día nos encontrábamos con El Sardino y con Pedro Pacho, frecuencia que dio lugar a una gran amistad.

Pedro rompía el esquema de los dirigentes revolucionarios que había conocido hasta el momento. Su actividad política había comenzado en el ELN,[2] de donde fue expulsado muy joven, según me contó él mismo entre risas, cigarrillos y aguardiente, porque, estando en un campamento guerrillero, lo sorprendieron masturbándose. Antes había sido periodista. La Negra, su compañera, también, en la televisión colombiana, pero decidió acompañarlo y apoyarlo en las tareas de comandante logístico del M 19. Pedro había sufrido en carne propia los rigores del esquematismo de la izquierda tradicional, y no sólo se mostraba muy

flexible en lo político, sino también en el tratamiento de los problemas personales de sus subordinados. Gran conocedor de la cultura popular de su país, mostraba una extrema sensibilidad artística. Durante esos días no podía imaginar que a los pocos meses sería detenido con la Negra y que poco después sus cadáveres serían encontrados en un pueblecito del interior; el de la Negra presentaba numerosas fracturas, él, acribillado a balazos, ambos con signos evidentes de haber sido brutalmente torturados. Prueba de su heroísmo es que ninguno de los militantes que ellos conocían cayó en manos del ejército colombiano.

No sé qué habrán podido pensar aquellos que, años antes, lo humillaron y expulsaron de la revolución por haber tenido la «debilidad» de masturbarse después de haber pasado meses sin hacer el amor. Su verdadero nombre era Gerardo Cobo. El de la Negra —la Negrita, como la llamaba él—, María del Pilar Zuloaga.

Por fin llegó el día de salir para Colombia.

Luis y yo decidimos viajar «juntos pero no revueltos». Esto quería decir que tomaríamos el mismo vuelo, pero sin demostrar que nos conocíamos, como medida de precaución elemental para evitar que si alguno de nosotros

tenía problemas en la aduana con los documentos falsos, comprometiera al otro.

Al llegar a Cartagena nos juntamos en las afueras del aeropuerto como dos turistas que acordaran tomar el mismo taxi hacia el centro y compartir el gasto. Ésta es la versión que mantendríamos si éramos detenidos o interrogados en un control rutinario de la policía. Éramos dos turistas que nos habíamos conocido en el aeropuerto y, por estar solos, nos habíamos hecho amigos y compartíamos nuestras vacaciones y diversiones.

Durante tres días esperamos el contacto del M 19. *El Condorito* ya me lo conocía de memoria. No me inquieté

mucho, pues, con la presentación de Gerónimo en Panamá, me había quedado curado de espanto. Al cuarto día llegó el contacto. Debo confesar que éste mantuvo escrupulosamente las contraseñas convenidas. Era bastante joven y lleno de entusiasmo. Traía más buena voluntad que información, lo que me preocupó un poco. Los colombianos parecían subestimar este aspecto preparatorio del trabajo.

Poseían la información personal y profesional del objetivo, pero desconocían sus actividades rutinarias y, más aún, sus movimientos. Sabían que se desplazaba con guardaespaldas pero desconocían tanto el número como el

tipo de armamento que utilizaban. Es decir, todavía quedaba mucho por hacer. Aunque esa responsabilidad no nos correspondía, con Luis decidí ayudarlos en ese sentido.

Al cabo de dos meses ya contábamos con la información necesaria. No nos quedaba más que recibir la parte del grupo operativo que faltaba y darle los últimos toques a la operación. Con tan mala suerte que, cuando sólo nos faltaba este último detalle, la dirección de Texaco pidió el regreso del objetivo a Estados Unidos y mandó un nuevo ejecutivo en su lugar. Esto significaba que había que empezar casi todo de nuevo. Decidimos salir de

Colombia y no regresar hasta que los colombianos nos avisaran cuando ya estuviera todo preparado.

Un mes más tarde, en Nicaragua, nos enteramos de la caída de Pedro Pacho y de la Negra. Esto complicaba las cosas, ya que él estaba al corriente de la operación y había estado vivo algún tiempo en manos de los órganos de seguridad, antes de haber sido acribillado a balazos. Cuando se verificó que Pedro Pacho no había entregado la información, se continuó trabajando. Nosotros seguíamos a la espera.

Pero la racha de mala suerte no había terminado. Uno de los compañeros

del grupo encargado de la información también fue detenido. Entonces decidimos suspender la operación. Ya se habían cometido demasiados errores y los problemas de seguridad no eran pocos.

Estando en Managua me encontré con uno de los viejos compañeros del PRT al que quería y respetaba mucho. Me pareció muy acabado físicamente y notablemente triste. Nos fuimos a tomar unas cervezas. Al principio estaba un poco tenso, pero al rato, entre anécdota y anécdota, creo que se dio cuenta de que en mí no tenía un enemigo, y menos aún, intereses políticos particulares que

defender. Se relajó y empezó a contarme lo que le sucedía, cómo se había quedado en Managua con el grupo del Pelado Gomarán, con el cual había participado en algunas operaciones para la inteligencia nica y que tuvo diferencias políticas y renunció a la organización, renuncia que fue aceptada, aunque, por las operaciones en que había participado, se le prohibió salir de Managua. El Pelado retuvo sus documentos y pidió expresamente a los nicaragüenses que no lo dejaran partir. Así pues, se encontraba en condición de prisionero. Su mujer y sus hijos estaban en Buenos Aires, no tenía contacto con ellos ni derecho a escribirles.

La situación parecía aún más absurda tratándose de un compañero de absoluta confianza. El que fuera a encontrarse con su familia a Buenos Aires no significaba que violara ningún secreto. En el pasado había participado en muchas operaciones importantes y jamás hubo problemas. Estuvo preso en Argentina y ni siquiera bajo tortura había hablado. Aunque me quedé preocupado, de momento preferí callar. Al día siguiente me dediqué a averiguar sobre el caso. Los nicas no podían responderme nada y comprendí que se trataba de un problema interno de la organización del Pelado Gomarán. Entonces fui a ver a uno de los pocos

compañeros que seguían militando con el Pelado y que continuaban siendo amigos míos. Como quien no quiere la cosa, le pregunté por el compañero en cuestión. Después de algunas evasivas, me contestó:

—Está loco, últimamente bebe mucho. Además, está quebrado.

Haciéndome el ingenuo, le pregunté por qué no lo mandaban para Argentina. Total, tenía más de cincuenta años y estaba mal de salud. Había sufrido mucho y era mejor que estuviera con su familia. Su respuesta me dio la explicación de todo.

—Yo pienso lo mismo, pero el Pelado está convencido de que, una vez

en Argentina, se va a poner a hacer política y en estos momentos nosotros estamos montando un proyecto allí. Si él llega y la gente se entera de que ya no está con nosotros, algunos compañeros, teniendo en cuenta su historia y su prestigio, se pueden desmoralizar y seguirlo.

Me bastaba. Ése era el problema. El compañero no estaba quebrado, tampoco iba a darle información al enemigo. Lo que pasaba es que sus intereses no se correspondían con los del Pelado. Constatar todo esto fue para mí muy doloroso. A pesar de las diferencias políticas que tenía con el Pelado, me quedaba una dosis de afecto por él, pero

descubrí que ya no era el mismo que había conocido y con el cual me había sentido orgulloso de militar. Era otro. Cuando regresó a Managua después del atentado a Somoza, el Frente Sandinista lo condecoró con el grado de comandante. Poco a poco dejó de ser el Pelado y pasó a ser el comandante Ricardo, tanto para los nuevos como para los viejos compañeros. Vivía en una lujosa casa de Managua y se desplazaba en Mercedes Benz. Además, se fue convirtiendo en la única voz de la organización. Se rumoreaba incluso que había llegado a matar a algunos compañeros por diferencias políticas. Esto último nunca lo pude verificar,

pero el tratamiento que le estaba dando a ese compañero mostraba que se sentía dueño de la vida y de la muerte de cualquier hombre en función de su iluminación política.

Lo que acababa de saber me colocaba en una situación delicada. Y, o hacía algo por ese compañero, metiéndome en problemas que no me concernían de forma directa pero que la amistad imponía, o me olvidaba de la amistad y reaccionaba «políticamente» haciendo como si no me hubiera enterado. Opté por lo primero. El compañero era mi amigo, con él estaba cometiéndose una injusticia y necesitaba mi ayuda. Sabía que si se lo planteaba a

los nicas o a los cubanos estarían de acuerdo con el Pelado, así que lo mejor era actuar solo. Hablé con el compañero y le propuse que organizáramos su fuga de Managua. Por supuesto que aceptó de inmediato.

No fue complicado. Empecé por pedirle a los compañeros salvadoreños que falsificaran un pasaporte hondureño que no recuerdo quién me había pasado. Por cierto, no les mentí, dije simplemente que era para un compañero que trabajaba conmigo. Una vez con el pasaporte en la mano sólo tenía que esperar a que Martín, el funcionario cubano que se ocupaba de mi estancia en Managua, tuviera que viajar a La

Habana y dejara en su lugar a alguien que me conociera menos y, sobre todo, que no conociera a los compañeros que trabajaban conmigo, para que me diera luz verde en el aeropuerto de Managua. Ellos se ocupaban siempre de nuestras entradas y salidas para que no nos sellaran los pasaportes. Por suerte no tuvimos que esperar mucho. Al día siguiente de la partida de Martín para La Habana, mi amigo y yo salimos para México. Este viaje no sorprendió a nadie, pues estaba programado que yo me encontrara allí con Pablo, el amigo chileno. No hubo, pues, ningún contratiempo. Desde México se pudo legalizar la situación del compañero en

Argentina y, con la ayuda de Pablo y mía, compró su boleto y regresó a su país a encontrarse con su familia. Para mí, el problema estaba zanjado y olvidado, pero no para los nicas ni para el Pelado, que lo utilizaron más tarde contra mí.

Entretanto, yo continuaba mis peregrinaciones por América Central, desarrollando una actividad intensa de contactos y preparando operaciones. Me acuerdo de un día que partí de Nicaragua para Panamá en el vuelo de la mañana. Cuando llegué al aeropuerto alquilé un vehículo y me fui a la casa donde debía quedarme y me esperaban otros compañeros. Como estaba muy

cansado, me acosté a dormir. Cuando me desperté y miré el reloj, me indigné, pues pensaba que todavía estaba en Managua y que había perdido el vuelo para Panamá. Cuando uno de los compañeros entró en el cuarto, le pregunté qué hacía allí, pues estaba seguro de que me encontraba en Managua. Hasta hoy no puedo recordar cómo salí de Managua, alquilé un auto y llegué a esa casa. Se produjo un blanco en mi memoria que, debo confesar, me inquietó mucho.

Decididamente, la máquina no estaba respondiendo bien a tal exceso de trabajo.

22
Billetes verdes
Colombia, 1987

En Panamá me encontré con un compañero que había sido representante del M 19 en La Habana. Después de conversar un rato, me dijo que su movimiento iba a tener una conferencia militar en el monte colombiano y que Pizarro, su comandante, al que yo había

conocido en Managua, me invitaba a participar. Por un lado, para que conociera su experiencia y, por otro, para reiniciar la relación operativa que se había interrumpido después de la muerte de Pedro Pacho y el arresto de un compañero encargado del chequeo del empresario norteamericano que se iba a secuestrar.

Yo no tenía nada urgente que hacer en Panamá y, además, me interesaba mucho compartir una experiencia con ellos en el monte. Sobre todo, aunque no sea muy político decirlo, desde un inicio había sentido gran simpatía por Pizarro y quería verlo de nuevo. Le pedí que me diera veinticuatro horas para

responderle. En realidad mi decisión estaba tomada pero debía consultarla con los cubanos. Por suerte el contacto era fácil y rápido. Desde una cabina pública debía llamar a la embajada de Cuba en Panamá y, bajo el ridículo nombre de Aramís, conversar sobre cualquier trivialidad con algún funcionario del Departamento de América. Eso significaba que al día siguiente a la misma hora nos encontraríamos en un punto previamente establecido.

Al día siguiente llegó Cabrerita, pues su jefe, Félix Luna, estaba ausente. No recuerdo qué razones le di para convencerlo de la urgencia de mi viaje a

Colombia y le pedí que se lo comunicara de inmediato a Piñeiro. No hubo objeciones. Esa misma tarde fui a ver al compañero del M 19 para decirle que todo estaba arreglado y que podía partir cuando ellos quisieran. Me respondió que saldríamos al día siguiente con el primer grupo, en una embarcación que teníian en Panamá.

Cerca de las dos de la tarde me pasaron a buscar y me llevaron a una casa en ciudad de Panamá. Allí esperaríamos hasta las diez de la noche antes de salir para Isla Grande, cerca de Porto Belo, al norte del país. Cuando descendimos, nos metimos en un hotelito para descansar lo que quedaba de noche,

y al día siguiente, temprano, embarcamos para Colombia. Cuál no sería mi decepción cuando vi que la embarcación de la cual me había hablado no era más que un botecito de apenas tres metros de largo y con el motor fuera borda. El mar estaba bastante picado, pero aun así emprendimos el viaje cinco compañeros. Debo confesar que hice el viaje con la garganta seca y apretando las asentaderas, pero no podía dar marcha atrás si ya estaba literalmente embarcado en esa aventura, en la cual, como de costumbre, me había metido yo solito.

Por suerte el lanchero era muy

experto y mostraba gran seguridad. Esto me tranquilizó un poco, a pesar de que en más de un momento pensé que el mar sería mi sepultura. El suplicio duró un día y medio. Cuando oscureció hicimos noche en un islote, para continuar cuando aparecieran los primeros rayos de sol. Por fin, al medio día, desembarcamos en Colombia, en un lugar de la costa atlántica que se llama Capurganá.

Habíamos llegado hasta allí sin pasar ningún control fronterizo, pues, cuando estábamos por pasar la frontera, nos alejábamos de la costa.

El lugar era bellísimo, con una frondosa vegetación tropical y una

pequeña playa. El poco turismo que había era colombiano. Nos hospedamos en un pequeño hotelito de madera bastante confortable. Allí había otros compañeros esperándonos. Algunos seguirían por mar y otros, entre los cuales me encontraba yo, por vía aérea.

Al día siguiente, con un compañero al que llamábamos Nicolás, partimos para Medellín. Allí contactamos con una colaboradora del M 19 que nos llevó hasta Calí en automóvil. Llegamos el 24 de diciembre, día de fiesta. Aquella noche, junto con los compañeros que encontramos, nos fuimos a un barrio muy popular a pasar la Navidad. Todos los vecinos del barrio estaban al corriente

de la presencia de militantes del M 19, incluso saludaban con afecto a algunos que no veían desde hacía tiempo. Además, ellos mismos nos prevenían de cualquier movimiento inhabitual. Es decir, los mismos vecinos garantizaban nuestra seguridad.

Por cierto, bailamos hasta el agotamiento y el aguardiente corrió en abundancia.

El veintisiete nos fuimos en auto y, después de pasar varios cañaverales, nos quedamos en una casa campesina con otros compañeros. Allí nos distribuyeron botas de hule, mochilas, mantas, un nailon y utensilios. Con ese perfecto equipo de guerrillero

empezamos a caminar rumbo a la cordillera central.

A pesar del «guayabo», como le dicen los colombianos a la resaca del alcohol, caminé sin dificultad. Éramos siete compañeros, entre los que se encontraban dos mujeres, una de ellas, la más rápida del grupo.

El 31 de diciembre, como para festejar el nuevo año, llegamos al campamento. Desde que nos fuimos acercando vimos aparecer compañeros armados, con el aire ingenuo y orgulloso de los guerrilleros rurales.

Nos saludaban afectuosamente y nos señalaban el camino.

En el campamento había alrededor de sesenta combatientes. Pizarro entre ellos, al que no pude ver enseguida, ya que se hallaba ausente preparando la reunión. En cambio tuve la alegría de encontrarme con Andrés, un compañero muy joven que también había peleado en Nicaragua. Nos quedamos mirando, como para reconocernos, antes de darnos un fuerte abrazo. Que él estuviera allí era normal, pues era militante del M 19, en cambio mi presencia debió de sorprenderlo totalmente.

Nos retiramos a conversar aparte. Después de la guerra en Nicaragua fue a Cuba a recibir cursos militares. Luego viajó a Panamá para, desde allí,

embarcarse con un grupo de compañeros hacia Colombia. Sin explicarme las circunstancias, me contó que, al llegar, habían caído en manos de los militares colombianos. Los soltaron al cabo de un año de prisión, luego se había unido al M 19 en Medellín, donde era uno de los responsables, y se encontraba allí para participar en la conferencia con Pizarro.

Hacia las seis de la tarde comenzaron a llegar los campesinos e indígenas de los pueblos vecinos. También llegaron algunos compañeros de uno de los campamentos de las FARC (organización de guerrilla vinculada al partido comunista). Tras una breve intervención de Pizarro comenzó la

fiesta. Era muy divertido ver a los compañeros, fusil al hombro, bailar con las indígenas vestidas con sus ropas tradicionales. Estaba maravillado, y no faltó el sancocho ni la chicha ni el aguardiente. Todo sucedía, claro, bajo la vigilancia y la protección de compañeros ubicados en las cercanías, para cuidar esa fiesta guerrillero popular.

Al día siguiente, con un guayabo que venía arrastrando desde más o menos el 24 de diciembre, me reuní con Pizarro. Hablamos con entera libertad y de manera informal de todo, de la falta de solidaridad de los nicaragüenses con las organizaciones colombianas, de las

relaciones con los cubanos y, sobre todo, de Pedro Pacho. Él pensaba que Pedro había cometido demasiadas imprudencias, y no por negligencia, sino porque se había exigido demasiado a sí mismo. Su caída significó un golpe terrible para la organización. Por otra parte, me explicó que la conferencia tenía como objetivo definir una orientación política para todo el Movimiento. En efecto, el hecho de tener frentes rurales, urbanos e internacionales sin gran coordinación —en aquellos momentos ninguna— hacía que el M 19 no tuviera una política unificada. A los camaradas de los diferentes frentes se les convocó a la

conferencia para discutir democráticamente y decidir la política que iban a seguir. Pizarro sabía que no sería fácil, pero confiaba en el espíritu unitario de sus militantes.

Por la tarde formamos para salir hacia el campamento donde tendría lugar la reunión. Yo caí o, mejor dicho, me las arreglé para caer en la escuadra de Andrés. Cada grupo estaba compuesto de siete hombres y mujeres. Como por la afluencia de compañeros de la ciudad no había armas para todo el mundo, nos dieron dos por grupo. Así me confiaron un fusil G-3, que pesaba como un asno muerto y al cual le faltaba el tornillo del guardamano delantero, que había sido

atado con un alambre. Peor era nada.

La primera noche la caminata fue suave. El terreno era plano e incluso hicimos una parte del trayecto en camión. El apoyo de la población era impresionante. Lo duro vendría al día siguiente, cuando empezamos a subir páramo. Entre un problema que tenía en los meniscos, la vida cómoda de la ciudad, el descuido personal y la falta de costumbre a las alturas, me sentía una piltrafa. Durante los cinco días que duró la marcha me estuvieron inyectando silocaína para el dolor en las rodillas. Esto no solucionaba más que una parte de mi problema ya que, entre el cansancio y la falta de aire, en más de

una ocasión pensé que me iba a desmayar. Por otra parte, en el páramo, a 4200 metros de altura, se pasa constantemente y sin transición del frío al calor. Si me abrigaba, la caminata me hacía sudar, y no hay nada peor que el sudor que se enfría en el cuerpo. Si me quitaba la chaqueta, me moría de frío. La mochila y el mismo G-3, por el que tanto había jodido para que me lo dieran, se convirtieron en una carga tan odiosa que no veía la hora de poder deshacerme de ellos.

Por las noches, para resistir mejor el frío, dormíamos de dos en dos, lo más abrazados posible. Por suerte la naturaleza es sabia y el guerrillero

experimentado sabe sacarle partido. Me dijeron que a esas alturas crece una planta que los colombianos llaman «Frailejón», o algo por el estilo, y si se recoge bastante para hacer un colchón, conserva y transmite el calor del mismo cuerpo. ¡Cuánto amé al «Frailejón»!

Por fin, el 6 de enero, llegamos al campamento definitivo.

Allí nos encontramos con otros colombianos que habían preparado nuestra llegada. Eran alrededor de sesenta y nos esperaban con una verdadera fiesta: lentejas y changarinas (fritura de harina con agua y sal). El discurso de Pizarro fue todavía más breve que el del 31:

—Por hoy reina el caos y la anarquía. ¡Que comience la fiesta!

Era todo lo que tenía que decir y sus palabras se correspondían con nuestros propios sentimientos.

Por lo tanto, empezamos la fiesta.

Al día siguiente, después de la formación matutina, comenzó la reunión. Los temas eran muchísimos, pero se centraban sobre todo en la política de alianzas y en el carácter de la lucha armada. Por la variedad de posiciones representadas, cualquier otra organización de la izquierda latinoamericana habría llegado a la ruptura. Debo confesar que, en un primer

momento, ésta me pareció inevitable. Pero, con el paso de los días y por el carácter de las intervenciones, descubrí en el M 19 un estilo nuevo de discusión, mucho más democrático que en cualquiera de los otros grupos que había frecuentado.

Mi participación fue de las más modestas, pues trataban problemas internos y yo estaba como observador. Por otra parte, no me sentía autorizado a pronunciarme sobre una situación en la cual yo no intervenía. De todos modos, fue una gran experiencia para mí.

Después de una semana de discusión colectiva se constituyeron comisiones de trabajo encargadas de elaborar

propuestas para ser sometidas a la asamblea plenaria. Le pedí a Pizarro que me integrara en la comisión de operatividad urbana que se correspondiera mejor con mi experiencia. Yo no sabía gran cosa de la situación operacional general en Colombia, así que mis aportes no fueron importantes, sobre todo teniendo en cuenta que participaban camaradas muy experimentados. Sólo tenía un conocimiento mínimo de la costa. Sin embargo, me quedé algo preocupado por la subestimación que mostraban en cuanto a la aplicación de los métodos conspirativos y al voluntarismo para sacar las operaciones sin tener mucho en

cuenta las bajas.

La vida me daría la razón.

(De los cinco compañeros que formaban esa comisión, por lo menos tres están muertos. De los otros no tengo noticias.)

Finalmente, Pizarro se reunió con algunos camaradas individualmente para organizar algunas cuestiones operativas. A mí me pidió dos servicios concretos. Por una parte, en Nicaragua habían acumulado algunos fusiles y algunas bazookas RPG-7. No era gran cosa, pero, como había podido ver, tenían gran necesidad de armas. Vistas las malas relaciones con los nicas, les parecía difícil, en esas circunstancias,

pedirles que les enviaran ese material. Los nicas sostenían que la revolución nicaragüense era un hecho que había que preservar, mientras que los proyectos revolucionarios en otros países eran ilusorios. Yo tendría que hacer lo posible para llevar a cabo el envío sin que los nicas se dieran cuenta. Por otra parte, me pidió que retomara las tareas de financiación que habíamos intentado realizar con Pedro Pacho —que suspendimos tras la muerte de éste—, porque las dificultades económicas se hacían cada vez más agudas.

La primera misión era fácil, en la medida en que el material no era mucho; se podía introducir en una camioneta

tipo «camper», comprada y preparada en México, pasar por Nicaragua en tránsito para cargarla, y de allí seguir para Colombia. Las armas y el dinero para la compra de la camioneta me los entregaría Navarro, otro comandante del M 19 que se encontraba en Nicaragua y que no asistió a la conferencia.

La segunda misión, secuestros y expropiaciones, me parecía más compleja, ya que, por la experiencia anterior en Cartagena, se me hacía bastante difícil poder cooperar con el M 19 en ese sentido, a no ser que contara con absoluta independencia y sólo necesitara apoyarme en ellos para las armas y también en caso de tener

dificultades de seguridad. Nos pusimos de acuerdo y Pizarro me presentó a un compañero de Medellín que me apoyaría en esa eventualidad.

Nos fuimos retirando de la zona en pequeños grupos, que a su vez se subdividían hasta entrar de dos en dos en Calí. Yo llegué con Pedro, el compañero que Pizarro me había presentado. Me propuso que continuáramos juntos el viaje hasta Medellín, pero yo no podía. Antes tenía que pasar por Bogotá, donde tenía cita con unos colombianos que había conocido en Panamá y que se dedicaban a la falsificación de dinero, lo que abría

otra perspectiva en la recuperación de fondos destinados a las organizaciones revolucionarias, por ser menos arriesgado que los ataques a bancos. Nos encontraríamos más tarde.

En Bogotá no tenía fecha fija para los contactos. Habíamos establecido un punto de encuentro permanente, un día a la semana, hasta que regresara. Casualmente el día de mi llegada coincidía con el del encuentro. El contacto fue fácil, pues ya conocía a la persona y no tuvimos necesidad de contraseñas. Me dijo que habían logrado hacer dólares de excelente calidad, pero que tenían dificultad con el papel. La textura no era la misma que la del papel

moneda. Sin embargo, gracias a un procedimiento químico, habían lavado un billete de un dólar para reimprimirlo con una suma superior de veinte, cincuenta o cien dólares. Así, necesitaban una cantidad importante de billetes de un dólar.

Como el dólar americano es la única moneda que circula en Panamá, lo más simple parecía procurárselos allí y hacerlos entrar en Colombia de forma ilegal, ya que un turista con diez mil dólares en billetes de a uno llamaría mucho la atención de las aduanas. Una vez metamorfoseados, los billetes verdes volverían a pasar la frontera para ponerlos a circular en el mercado. Me

propuso el cincuenta por ciento del negocio si nosotros poníamos los primeros diez mil dólares para transformar. Le dije que antes de tomar una decisión quería ver una muestra. Nos dimos cita esa misma noche. Cuando los vi, no podía creerlo. Los billetes eran idénticos. Yo no era un experto en la materia. Bien al contrario. Pero, para el común de los mortales, era imposible ver la diferencia. Doblando y desdoblando billetes, me dio un montón de explicaciones sobre la textura. Yo no entendía nada, pero, en fin, había que creer que tenía razón. Tomé las muestras y le dije que tenía que consultarlo. Nos dimos cita en Panamá sesenta días

después. Si la respuesta era positiva, yo ya tendría las propuestas prácticas para realizar la operación.

En Medellín sólo permanecí un día para organizar el sistema de comunicaciones con Pedro. Luego fui a Panamá donde tomé el primer vuelo para Nicaragua, donde me encontraría con Navarro. Le expuse los pormenores de la conferencia en Colombia y la operación de las armas que me había pedido Pizarro. Navarro se opuso categóricamente, invocó la falta de dinero. Le dije que yo me las arreglaría para encontrarlo. Entonces me confesó que ése no era el único obstáculo, pues también podían comprometerse las

relaciones con el Frente Sandinista. En fin, nada logró convencerlo. Ninguno de mis argumentos sobre la necesidad urgente de los compañeros en la montaña.

Salí de la reunión bastante malhumorado y, como si la mala suerte me persiguiera, se me ocurrió pedirle a uno de los compañeros de la casa donde vivía que me prestara su moto, ya que no tenía automóvil para desplazarme y el transporte público era un calvario. Aún no había hecho quinientos metros cuando, en una curva, resbalé con la arenilla. Por la velocidad que llevaba no pude controlar la moto. El accidente no era grave, pero el motor me cayó

sobre el pie y me provocó fracturas múltiples.

Así pues, me vi con una bota de yeso y un par de muletas.

Con ese mismo talante partí para La Habana.

Me urgía hablar con Piñeiro para contarle la historia de los falsos dólares. En cuanto me vio, me preguntó qué había pasado. Le conté lo sucedido y sólo respondió:

—Estás bobeando.

Enseguida pasamos al asunto de los dólares. Le pasé las muestras. Dijo que estudiaría el asunto y que me llamaría pronto.

Dos días después estaba nuevamente en su oficina. Al principio pensé que no aceptaría la operación. Comenzó a decirme que eran tareas muy difíciles... Que cuando esos dólares aparecieran en el mercado, los americanos buscarían el origen... Si Cuba se veía involucrada, de una u otra manera, podía imaginar el escándalo... Luego la conversación tomó un curso inesperado.

—Por supuesto, si la operación está bien montada, no tenemos por qué aparecer nosotros. Además, si lanzamos una gran tirada y esperamos un poco antes de lanzar otra, no será fácil descubrir la fuente...

Concluyó diciendo que me apoyaría

siempre y cuando yo me hiciera responsable si se presentaba algún problema. Él, por su parte, se encargaría de contactar con alguna organización latinoamericana para que sirviera de fachada en caso de que surgiera alguna complicación. Inmediatamente me pasó un sobre con los primeros diez mil dólares y me precisó que no debía inquietarme. En Panamá tenían amigos y sería fácil colocar los dólares. Yo sólo debía encargarme de pasar los billetes de un dólar a Colombia y luego sacar los falsos para Panamá.

Al día siguiente salí para Panamá a organizar la entrada y salida de los billetes. Primero pensé que podría

utilizar la vía por la que el M 19 me había hecho entrar en Colombia, es decir, Isla Grande-Capurgana, pero tuve que renunciar porque no era fácil encontrar lancheros en Isla Grande. Había que contratarlos en Colombia para que vinieran a buscarme y era lento, complicado y discutible desde el punto de vista de la seguridad. Preferí tomar el avión de Paitilla, aeropuerto de la ciudad de Panamá, a Puerto Obaldía, en la frontera colombiana. Desde ahí todo sería más fácil. La población colombiana local pasa a hacer sus compras y es muy fácil encontrar lancheros. Para verificarlo, hice un pequeño viaje. En menos de una hora

una embarcación me condujo hasta Colombia y nadie se fijó en mí. Era la ruta perfecta, al menos para entrar.

Al día siguiente di media vuelta por la misma vía. Esta vez la barca hizo agua y se me mojó el yeso. Al llegar a Puerto Obaldía tuve que quitármelo. Compré una venda y una media elástica para mantener el pie ajustado. Luego tomé el vuelo de regreso a Paitilla. Para aumentar mi mal humor, comprobé que el control de equipajes era riguroso para los pasajeros que venían de la frontera con Colombia. Eso significaba que, para entrar los billetes, la vía era buena pero no para sacarlos. De todos modos, lo que podía hacer para regresar era

contratar un lanchero hasta Isla Grande, aunque, como acababa de comprobar, el viaje fuera incómodo y agotador.

Me quedé un mes en Panamá buscando otras soluciones. Todas tenían algún inconveniente, así es que opté por la primera. A través de un contacto que nos prestó el nombre, abrí una cuenta bancaria para depositar los diez mil dólares que me habían entregado. Para conseguir los billetes de un dólar tendríamos que montar una fachada que nos permitiera pedir cambio de baja nominación. Para esto una cuenta siempre es necesaria.

Salí para La Habana a informar a Piñeiro.

Mi pie estaba completamente hinchado y no podía ni apoyarlo. Seguí trabajando con mis muletas. Cuando llegué a la oficina de Barba Roja, él no estaba. El chófer me hizo pasar a esperarlo y no tardó en llegar. Mis disposiciones le parecieron bien. Sólo me pidió que averiguara con los falsificadores si eran capaces de hacer yenes japoneses y marcos alemanes, pues eran más fáciles de colocar. Cuando nos despedimos se fijó en mis muletas. Se sorprendió de que todavía estuviera en ese estado. Le conté lo sucedido en la barca. Me dijo que no podía irme de Cuba sin haber consultado

con un ortopeda que le remitiera el diagnóstico y la autorización de continuar trabajando.

Traté de discutir pero se mostró intratable.

Sólo me dijo que me reuniera con Armando para informarle de la situación en Colombia, en caso de que algún compañero tuviera que reemplazarme de forma provisional.

No me quedó más remedio que aceptar.

23
Patente de corso
La Habana, 1988

Fui a ver al médico. La cuestión era mucho más grave de lo que había pensado. No sólo el hueso se había soldado mal, sino que tenía una osteoporosis en estado avanzado. Era una enfermedad rara en una persona de mi edad. El médico me dijo que también

podía producirse en situaciones de mucho estrés. Si no se podía detener con fisioterapia, habría que amputarme la pierna antes de que la osteoporosis tomara la rodilla.

De más está decir el susto que me pegué. Creo que por primera vez en la vida fui disciplinado. Asistía de forma religiosa a todas las sesiones de fisioterapia aunque, íntimamente, estaba convencido de que la pierna la tenía perdida. Se notaba, sin embargo, cierta mejoría. Pero mi autocompasión y dramatismo habían llegado al punto máximo.

Felizmente, la perspectiva de la amputación no me sumió en la

depresión. Bien al contrario, como un condenado cuyos días estaban contados, trataba de gozar de todo lo que la vida podía ofrecerme. Estaba convencido de que faltándome una pierna, ninguna mujer se dignaría mirarme, así es que seducía a cuanta mujer me pasaba por delante, sin que me importara la edad, ni el color ni la belleza. Como dice la canción: «Viuditas o solteronas, para mí son todas buenas». A veces mis esfuerzos eran coronados por el éxito. Otras, por el fracaso. Pero mi perseverancia era tal, que siempre contaba con buena compañía y hasta encontraba cierto placer en la promiscuidad. No es que antes hubiera

sido un santurrón, pero nunca me había dedicado a esas actividades de manera tan obsesiva.

La recuperación duró casi cinco meses y la pierna se salvó.

Sin haberlo previsto, me encontré de pronto fuera de juego. Ciertos indicios mostraban que se me había sacado de la circulación, o, por lo menos, puesto en el congelador por algún tiempo. Algunos elementos mostraban que mi persona no era grata.

Varias de mis actividades irregulares durante mi estancia en Nicaragua llegaron a oídos de los nicas. Éstos se quejaron a los cubanos de que yo estuviera organizando operaciones a

través de su territorio en momentos en que su situación era tan delicada. Por otra parte, Navarro Wolf, miembro de la comandancia del M 19, había venido a visitarme durante mi convalecencia en uno de sus viajes a Cuba. Yo todavía estaba dolido por su negativa a apoyar el envío de los lanzacohetes RPG2 que le había solicitado Pizarro y por la forma despectiva que empleaba cuando se refería a los compañeros del M 19, a otras organizaciones colombianas y a los cubanos mismos. Empezamos a discutir y casi llegamos a las manos. Yo nunca hablé de esto, pero él fue de inmediato con el chisme a Piñeiro, tergiversándolo todo. Piñeiro, por

supuesto, no iba a comprometer sus relaciones con una organización a causa de un solo hombre. También me pasaron factura por el compañero al que había ayudado a salir de forma clandestina de Nicaragua, donde Gorriarán lo mantenía prácticamente prisionero. Al final, y eso era con toda probabilidad lo más grave, o al menos eso fue lo que pensé, yo había expresado algunas críticas casi públicas sobre el régimen cubano y algunos de sus dirigentes.

Así, una vez más me encontraba en Cuba sin trabajo y sin proyectos. Por supuesto que no tenía problemas económicos, ya que recibía una mensualidad del Departamento de

América. Era, pues, una especie de jubilado a los treinta y tres años. Me pasaba el tiempo visitando camaradas latinoamericanos que había conocido durante mis actividades. Inevitablemente, nuestras conversaciones abordaban el problema del porqué habían sido derrotados nuestros proyectos revolucionarios y guerrilleros.

La nostalgia era una enfermedad común.

Referir viejas anécdotas significaba descubrir que casi todos nuestros amigos estaban muertos. Que nosotros éramos sobrevivientes de una historia que aún no entendíamos, pero que seguía

haciéndome daño. Reconocer la derrota significaba abandonar a nuestros muertos.

¿Qué hacer?

Tal era nuestra pregunta diaria y sin respuesta.

Era evidente el callejón sin salida en el que se encontraba la lucha armada; sin apoyo del pueblo, convertida en una actividad mafiosa, porque sus acciones ya no respondían a las razones que las originaron.

Un día que me encontraba en casa de Conchita, me pidió que la acompañara a la oficina de Tony de la Guardia. Lo hice con agrado, ya que lo había

conocido durante la guerra en Nicaragua y me lo había encontrado también algunas veces en La Habana. No éramos lo que se dice amigos, pero me resultaba muy simpático. Era un hombre bromista y de sonrisa fácil, con un sentido del humor muy agudo. Llegamos a su oficina, en el barrio residencial de Siboney, y nos recibió con amabilidad. Llevaba su uniforme verde oliva, con sus galones de coronel. Detrás de su escritorio tenía el fusil M-16 que había usado en Nicaragua y muchas fotos de su paso por allí. También había otras armas que posiblemente utilizara en otras misiones.

—¿Así que ahora te haces escoltar

por un terrorista, Conchita? —bromeó Tony.

Después de conversar con ella, me preguntó cómo estaba y a qué me dedicaba. Traté de explicarle mi situación, por cierto bastante confusa. Le dije que quería volver a Argentina pero que no sabía con qué proyecto. Tenía también la posibilidad de irme a El Salvador. O tal vez de marcharme a combatir a Colombia si podía entrar en contacto con Pizarro sin tener que pasar por Navarro. Mi confusión era total y lo comprendió enseguida. Al despedirse me dijo que regresara al día siguiente, que posiblemente tendría algo para proponerme.

Al día siguiente tempranito estaba otra vez en su oficina. La posibilidad de que me hiciera una proposición me tenía muy contento. Trabajar con él sería fascinante. Se contaban tantas cosas sobre él, que era difícil distinguir dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la leyenda. Sabía que había sido enviado al Líbano en plena guerra, a Chile bajo el gobierno de la Unidad Popular y durante el golpe de Estado, a Nicaragua para la ofensiva final. Había organizado el entrenamiento militar de numerosos grupos guerrilleros en diferentes países de América Latina. Sabía que en ese momento dirigía un grupo que dependía de la DGI

(Dirección General de Inteligencia), que cumplía misiones de suma importancia para la Revolución cubana y, directamente, para Fidel Castro. No sabía en qué consistían, pero suponía que por el solo hecho de ser él el responsable, debía de tratarse de tareas complejas y conspirativas.

Se sorprendió de verme tan temprano. Él llegaba todas las mañanas puntualmente a las ocho y yo ya estaba esperándolo. Me ofreció un café y conversamos sentados en el sofá, sin ninguna formalidad. A grandes rasgos me explicó que el organismo que él dirigía se encargaba de romper el bloqueo americano, consiguiendo

tecnología para distintas ramas de la industria y la medicina. Esos productos sólo los poseían los americanos y, a causa del embargo, Cuba no podía comprarlos legalmente y estaba obligada a crear mecanismos ilegales para su obtención.

Asimismo, debía ocuparse de la búsqueda de divisas de la manera que fuera, legal o ilegalmente, pues Cuba no contaba con el presupuesto necesario para la compra del abastecimiento requerido por los diferentes ministerios. El nombre de la sección especial que dirigía Tony en el seno de la DGI era MC, que no quería decir más que «moneda convertible».

Siguió contándome que por esta razón Fidel le había otorgado una suerte de «patente de corso» para buscar dinero, tal como el propio Fidel lo confirmó después en una entrevista con el periodista italiano Gianni Mina, aunque tratando de minimizar la eficacia práctica: «MC surge como una actividad contra el bloqueo, legítima a nuestro juicio. Ya te dije que todo lo que hagamos contra el bloqueo es legítimo, porque consideramos inmoral e injusto que un país poderoso, la más grande potencia económica del mundo, trate de bloquear a un país como Cuba, que lucha por su bienestar y por su desarrollo. Y, por lo tanto, te digo que

todo lo que hagamos contra el bloqueo lo consideramos legítimo, lo consideramos moral. Esta gente tenía la misión de romper el bloqueo, aunque no fuera más que simbólicamente en algunos casos, aunque no resolvieran problemas importantes: Estados Unidos no quería exportaciones de artículos cubanos y nosotros podíamos exportar artículos cubanos a los Estados Unidos. No querían que exportáramos tabaco y nosotros exportábamos tabaco en pequeñas cantidades, era casi una cosa simbólica. No querían que exportáramos ron y exportábamos ron. Pero, sobre todo, si no querían que tuviéramos un equipo de computación, íbamos y

buscábamos el equipo de computación. No querían que tuviéramos piezas de repuesto para nuestra industria o para una máquina determinada de procedencia norteamericana, y nosotros utilizábamos fórmulas clandestinas para comprar en los Estados Unidos piezas de repuesto y traerlas. Ése era el tipo de servicio que prestaba MC fundamentalmente, y prestaba servicios a distintos organismos del Estado porque todos los organismos necesitaban algo (...) ¿Qué hacían para eso? Organizaban ciertas empresas: empresa tal, empresa más cual, o empresa en algún lugar o empresa en otro. Es decir, tenían una especie de

patente de corso, digamos».[1]

Las necesidades eran cada vez mayores, y tanto más en aquellos momentos en que la colaboración soviética había entrado en plena crisis. El MC, para hacer frente a esos objetivos, había montado varias empresas comerciales legales, pero inscritas bajo nacionalidad panameña o de otros países, para poder jugar en el mercado capitalista y al mismo tiempo darle cobertura a otras actividades ilegales, a fin de poder burlar el embargo. Una de esas empresas era Merbar, que se dedicaba a las importaciones y exportaciones desde Panamá. Compraba mercancías en el

puerto libre de Colón para luego venderlas en algunas tiendas para extranjeros en Cuba —sobre todo material electrónico— y en Africa —ropa o equipos informáticos—. Era precisamente esta empresa la que Tony me proponía representar en Angola. Ya estaba al corriente de la próxima retirada de las tropas cubanas y le parecía importante que se quedara gente sin vínculos aparentes con Cuba. Para esto, mi nacionalidad argentina venía muy bien. Vista mi ignorancia absoluta en cuestiones comerciales, me propuso que trabajara algún tiempo en las oficinas de La Habana, para que comenzara a familiarizarme con el

vocabulario.

La verdad es que la perspectiva de metamorfosearme en empresario, de la noche a la mañana, no me entusiasmaba lo más mínimo, pero, como por el momento no tenía nada que hacer y sabía que muchas de las actividades de Tony eran ilegales, acepté con la esperanza de que, en algún momento, me pasaran a esos quehaceres, que eran los que me gustaban y con los cuales me sentía más seguro.

De cualquier modo, se trataba de un trabajo importante para la Revolución cubana...

24
Ileana
La Habana, 1988

Tony y yo nos fuimos haciendo cada vez más amigos.

Mi admiración por él iba creciendo. No tanto a causa de su fama de héroe de leyenda, sino por su relación con los compañeros y subordinados; se preocupaba de cada uno de ellos. Creo

que fue esto lo que contribuyó a que siguiera trabajando con él, pues el trabajo en si no me gustaba. Sobre todo al principio, cuando tuve que integrarme en una empresa del MC para iniciarme en los conceptos del comercio. Era para morirse de aburrimiento y no tenía nada que ver con lo que había hecho hasta ahora.

Sin embargo, tenía la ventaja, por una parte, de contar con un trabajo estable y, por otra, de darle cierta organización a mi vida personal que, en los últimos tiempos, había sido un desastre. Dicen que las cosas buenas nunca vienen solas. En ese periodo tuve nuevas razones para estar contento.

Un día —un sábado, me parece— me encontraba en casa de mi media hermana Laura y llegó una amiga a visitarme. La acompañaba una muchacha de piel muy fina y modales muy dulces; apenas la vi, me encantó. Ya la había divisado en la playa unos meses antes, pero no podía saber que era amiga de una amiga, ni mucho menos que volvería a encontrármela en casa de mi hermana. ¡Que encanto, por Dios!

Abandoné al instante todos los proyectos que tenía para los próximos cinco minutos, para los años venideros y para la eternidad. Me propuse acompañarlas sin saber siquiera adónde

pensaban ir; podría haber sido hasta el fin del mundo. Felizmente, no iban tan lejos, sino a la casa de los abuelos de aquella que, en adelante, me robaría el sueño. Sentí que no le era indiferente y eso estimuló mi espíritu conquistador. Durante el trayecto no dejé de hablar.

—¿Cómo te llamas?

—Ileana.

—¿Dónde trabajas?

—Soy psicóloga.

—¿Dónde vives?

—En Miramar.

Por mi parte, ni me acuerdo cuántas mentiras dije.

Su profesión me defraudó; mis relaciones con mujeres que tienen ese

tipo de actividad son desastrosas. Tienen la manía de interpretar el más mínimo comportamiento, lo que las hace exasperantes. Noté que nuestra amiga común estaba algo turbada por mis intenciones transparentes. Me extrañó mucho, ya que sólo éramos amigos y no había razón alguna que me impidiera tratar de seducir a una de sus amigas.

Llegamos a la casa de los abuelos de Ileana. Como fue la primera en bajarse del auto, mi amiga aprovechó para decirme:

—Tú estás loco. ¿No sabes quién es?

Le respondí que no pero que me encantaba.

—¿Cómo? ¿No sabes que es la hija de tu jefe?

En realidad no era tan grave. Sólo me sorprendió no haberla visto nunca en la oficina y que fuera tan sencilla. En general, en Cuba, los hijos de dirigentes se comportan como una casta aparte. Son de una raza de la cual siempre huí. Por suerte ella era distinta. No tenía por qué sorprenderme, pues también su padre se distinguía por su sencillez. Después descubriría que toda su familia era así.

Permanecimos un momento en casa de sus abuelos, tiempo suficiente para que le pidiera su número de teléfono. No era el mismo de Tony, ya que ella vivía

en casa de su madre. Hacía mucho que sus padres se habían separado. Esa misma noche la llamé con la intención de verla. Para mi gran alegría, me dijo que pasara por su casa. Apenas tomé el tiempo de bañarme y cambiarme de ropa. Así conocí también a Lucila, la madre de Ileana, una mujer muy simpática pero poco apropiada para mis planes de seducción. Casi no había comenzado a conversar con Ileana, cuando vino a sentarse con nosotros y a proponerme un té de jengibre. Al descubrir que era argentino, me preguntó si no conocía, por casualidad, a Daniel Hopen, un compañero del ERP que estaba desaparecido.

¡Por supuesto que lo conocía!

Daniel —«Ariel»— fue uno de los primeros compañeros que conocí cuando comencé a militar en la época en que Germán me iniciaba en las artes de la conspiración. Durante su larga estancia en Cuba, Daniel fue el compañero de Lucila, hasta que la relación se interrumpió cuando tuvo que partir a Argentina.

Es increíble cómo los fantasmas reaparecen en la vida.

Pobre Lucila, la de cosas que debe de haber revivido en aquella conversación. El recuerdo de Daniel y el que yo le dijera que tenía los ojos más lindos de La Habana, lo que no

estaba lejos de la verdad, hizo que me la ganara. Desde entonces tenemos una buena relación.

Después de varias horas de discusión nostálgica, al fin nos dejó solos. Ileana y yo seguimos conversando hasta las cuatro de la mañana. A esa hora, o nos despedíamos o nos íbamos a dormir juntos. Optamos por lo segundo.

Desde entonces no nos hemos separado más.

Una semana después, Tony me citó en su oficina. No sabía que vivía con su hija, no porque lo ocultáramos, sino porque Ileana no había visto a su padre y aun no habíamos hecho planes

concretos. Por mi parte, preferí no decir nada por el momento, por temor a que eso impidiera mi trabajo en Angola. Pero él ya había llamado a Conchita para preguntarle si yo tenía alguna compañera, ya que por el tipo de trabajo y el tiempo que debería permanecer en Angola, quizás hasta cinco años, preferían que los compañeros partieran con su mujer. Conchita, que nunca se ha caracterizado por matizar las situaciones, le respondió:

—Pero ¿tú eres bobo? ¿No sabes que se va con tu hija?

Era cierto. Poco después de habernos conocido, un día de locura, le propuse a Ileana que se viniera conmigo.

Como ella es más loca que yo, me contestó que sí.

Tony me comunicó que al día siguiente saldría con él para Luanda. Tenía un trabajo pendiente allí, y le parecía conveniente que lo acompañara, para que me fuera familiarizando con el lugar y con los compañeros, para cuando fuera a instalarme por más tiempo. Sería un viaje de sólo una semana.

Tomándome por sorpresa, agregó:

—La próxima vez irás con Ileana.

Había hablado con su hija antes de verme.

No supe qué decir.

Fue uno de los vuelos más

agotadores que he hecho en mi vida. Casi dieciséis horas, con una escala de una hora en Cabo Verde. Fue un vuelo militar, con el avión abarrotado de soldados, donde no se podían ni estirar las piernas. No sería el último.

Llegamos a Luanda al amanecer. En el aeropuerto nos esperaba el hermano gemelo de Tony, el general de brigada Patricio de la Guardia; era el jefe de la misión del Ministerio del Interior cubano en Angola. El parecido era impresionante, si Patricio no hubiera vestido su uniforme de campaña y Tony vestido de civil, los habría confundido. En una camioneta nos dirigimos hacia la misión del Ministerio, ubicada al lado

de la embajada. Patricio, entre risas, nos contó que una de las últimas veces que había ido al sur del país, el avión se había caído a poco de despegar y por poco se mata.

Tony se instaló en el departamento de Patricio, a mí me dieron una habitación en el piso inferior, donde se alojaban los compañeros del departamento MC. Lo único que tenía que hacer era acompañar a Tony a sus reuniones de trabajo y conocer Luanda. La miseria era impresionante. No había agua corriente; la gente sacaba el agua de los charcos sucios. Los niños parecían al borde del raquitismo.

Un día vi una escena que, además de

sorprenderme, me confundió.

Paseaba en auto con un amigo de tropas especiales cubanas que había conocido en La Habana. En un caserío muy humilde —en Angola les dicen «quimbo»— los soldados de las FAPLA (Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola) subían a culatazos a los hombres a un camión. Le pregunté a mi amigo si se trataba de una operación contra la UNITA. Bajando la cabeza, me respondió:

—No. Es un reclutamiento forzado de las FAPLA. No sé qué carajo estamos haciendo nosotros aquí.

Desde entonces comencé a hacerme la misma pregunta.

La noche antes de regresar a La Habana cenamos con otros compañeros del MC en casa de Patricio. El general Arnaldo Ochoa, jefe de la misión militar cubana en Angola, estaba presente. Campechano, dicharachero, era el cubano típico. Yo estaba algo impresionado, pero me sorprendieron su sencillez y su sentido del humor. Había comenzado a combatir muy joven en la Sierra Maestra, bajo las órdenes de Camilo Cienfuegos, uno de los héroes indiscutibles de la Revolución cubana. Junto a él, participó en la invasión de oriente a occidente y en la batalla que coronó el triunfo de Fidel Castro en

enero de 1959. Más tarde se sumó a la guerrilla venezolana. Reapareció luego como jefe victorioso de las tropas cubanas en Etiopía. También había asesorado a los sandinistas en la guerra contra la contra. Por último, había obligado a los sudafricanos a sentarse a la mesa de negociaciones después de haberles infligido duras derrotas como jefe de las tropas cubanas en Angola.

Ahí estaba con nosotros, como un camarada más, haciendo chistes o evocando recuerdos de sus conquistas amorosas. Esa primera imagen me causó una fuerte impresión.

Tony siguió su viaje para Europa y

yo regresé a La Habana. Ileana me esperaba. Nos quedamos dos días en casa de su madre, antes de instalarnos en mi departamento. No era muy cómodo, pero necesitábamos un poco de intimidad. Nuestro mobiliario consistía en un colchón, un refrigerador y una estera vietnamita sobre la que comíamos. Sobre todo, teníamos mucho amor.

Sin embargo, una vez más mi felicidad fue perturbada por un hecho que ocurría bajo otras latitudes.

El 23 de enero de 1989, un grupo de guerrilleros había atacado el cuartel de La Tablada, en la provincia de Buenos Aires. La operación se había saldado

con la muerte de una veintena de guerrilleros. A primera vista, la información me pareció ilógica; algo imposible. En ese momento en Argentina la situación era inestable, había rumores permanentes de golpe de Estado militar, pero, en fin, con democracia. Llegué a pensar que podía tratarse de una provocación de los militares golpistas. Esa misma noche recibí la llamada del funcionario del Departamento de América encargado de Argentina. Piñeiro quería hablar conmigo. Cuando llegué, lo encontré tenso y nervioso como nunca lo había visto. Me dijo:

—Al Pelado hay que hacerle un monumento de mierda.

Comprendí que se trataba del Pelado Gomarán. Así pues, había sido él y su grupo quienes habían atacado el cuartel. Enseguida me vino a la mente la célebre frase: «Los éxitos siempre tienen padrino, los fracasos son huérfanos». No hacía mucho que había estado hablando, justamente con Piñeiro, sobre el proyecto político de Gomarán en Argentina; no había cesado de elogiarlo mientras yo le señalaba la notable tendencia al militarismo del Pelado. Piñeiro consideraba que mi juicio estaba influido subjetivamente por nuestras viejas querellas.

Ahora quería hacerle un monumento de mierda.

Yo estaba muy inquieto por su vida y la de los otros compañeros. Con el funcionario encargado de Argentina revisamos los cables y vídeos que se habían podido captar por televisión. El combate había durado más de dieciséis horas. El ensañamiento y crueldad de los militares era evidente; incluso podía verse en los vídeos cómo fusilaban a compañeros que soltaban el arma y se rendían con las manos en la nuca. Los militares no querían prisioneros.

Fue una masacre.

Más me impresioné todavía cuando vi la lista de muertos. La mayoría eran amigos míos. Con ellos había compartido las mismas ilusiones, los

mismos peligros, las mismas alegrías y las mismas penas. Allí estaban el Gordo Sánchez, con el que combatí en Nicaragua. El Galleguito Caldú, siempre sonriente, detrás de alguna pollera por las calles de México, de Managua, o de donde se encontrara. El Caña, hablando siempre de hierros y de combates. Cecilia, con su entrega casi pastoral. Y tantos otros muertos estúpidamente en una operación insensata, ni siquiera comprendidos por el pueblo que tanto amaban.

El Pelado se había salvado. Unos dicen que participó en el combate, otros que lo dirigió desde fuera. Eso es lo que menos importa. Lo que sí es seguro es

que cargará en la conciencia, si es que aún tiene, la inmensa responsabilidad de haber llevado a la muerte tanta vida joven y revolucionaria, sin ningún sentido, condenándolos incluso al olvido, tan sólo por alimentar su ego, y su afán de poder.

Lo sorprendente de la información fue que entre los muertos y detenidos no sólo se encontraban ya fogueados militantes del ERP, sino muchachos muy jóvenes provenientes de barrios marginales. Los primeros fueron a combatir quizá por nostalgia, por no aceptar la derrota y el fin de sus proyectos, por no poder enfrentar el duro bregar político que plantea la

democracia. Pero los más jóvenes, ¿por qué pelearon y murieron? Pelearon por hambre, por desesperación, por frustración. A ellos la democracia no les ofrece nada. Mientras sea así y continúe la miseria y la desigualdad grosera en América Latina, gente como el Pelado encontrará carne de cañón para sus aventuras y ambiciones.

Esta tragedia me afectó profundamente.

Era un guiño cruel de la historia. El fin del círculo y de una época. Nadie rendirá homenaje a mis compañeros muertos. Fueron condenados, por toda la izquierda, por todos los sectores y

movimientos políticos. Aunque es cierto que la acción fue y es condenable, muy pocos denunciaron la ferocidad de los militares. Después de haber ejercido de golpistas durante más de cuarenta años, ahora aparecían como defensores de la democracia.

Las únicas en denunciar la arbitrariedad y el crimen de los militares fueron las madres de la plaza de Mayo. Con ellas las deudas no están saldadas ni se saldarán nunca. Nadie les devolverá a sus hijos desaparecidos, secuestrados por los «defensores de la democracia» que aún no han pagado sus culpas. Deben estarle muy agradecidos al Pelado que, por su irresponsabilidad

y ambición, les permitió lavar su imagen y masacrar impunemente a revolucionarios, como lo hicieron en los momentos más duros de la dictadura militar, con la diferencia de que aquella vez lo hacían escudándose en la defensa de la democracia.

25
Negocio de marfiles Angola, 1989

A las pocas semanas llegó Patricio a La Habana de vacaciones. El día de su llegada cenamos con él. En ese momento comenzó a llamarme «Terrorista». Conversamos de todo, de amigos

comunes que, como de costumbre, estaban muertos o presos. Noté que cuando intentaba hablarle de Angola, eludía el tema. Sólo decía que estaba encantado de que Ileana y yo fuéramos para allá. Desde ese día fuimos inseparables. A veces preferíamos evitar pasar por su casa para no impedir que se encontrase con otros compañeros que no había visto desde hacía tiempo. Era imposible. O bien venía él mismo a buscarnos o mandaba a su cuñado a localizarnos.

Los últimos días que pasó en La Habana lo noté algo tenso. Una vez llegamos a su casa y no estaba. La Cucusa, su mujer, muy nerviosa, nos dijo

que estaba reunido con Fidel y que ella estaba preocupada.

—Seguramente Patricio va a decirle cosas que él no quiere oír sobre la guerra de Angola.

Cuando regresó Patricio, le preguntamos cómo le había ido. Solamente nos dijo:

—No respondió nada pero estaba de muy mal humor.

Nadie insistió en el tema.

Durante una conversación con Patricio decidimos que era mejor que Ileana y yo nos casáramos para regularizar nuestra situación antes de partir para Angola. Según las leyes cubanas, si no estábamos casados, era

difícil que Ileana pudiera acompañarme. Claro que siendo hija de Tony, hubiéramos podido obviar ese trámite, pero era mejor acatar las reglas.

A los pocos días nos casamos. Era el 12 de febrero de 1989. Lo festejamos en una reunión muy sencilla en casa de sus abuelos, a la que sólo asistió la familia más cercana, mi hermana Laura y Conchita, además del Chacho, un amigo argentino muy querido que hacía poco había salido de El Salvador después de haber guerreado cuatro años. Se prestó para ser mi padrino. Con él nos fuimos después a casa de Patricio. Allí, entre brindis y brindis, y aunque no era un tema muy apropiado para un día de

casamiento, terminamos hablando de la guerra en El Salvador. Todos reunidos, nos hicimos tomar una foto de grupo bajo un enorme retrato del Che que Patricio tenía colgado en el salón de su casa.

No tardamos mucho en salir para Angola, a pesar de los constantes inconvenientes que ponía Tony para que Ileana no me acompañara.

—Anda tú primero a preparar las condiciones —me decía.

Ante mi insistencia, argumentaba la fragilidad de la salud de Ileana y las enfermedades de África. Para darle fin a esta situación, le dije que quería hablar

con él a solas. Lo sorprendí cuando estaba pintando. La pintura era su pasión. A pesar de sus múltiples ocupaciones, siempre se las arreglaba, cuando estaba en La Habana, para pintar una hora al día, entre seis y siete.

Durante su juventud, él y Patricio habían hecho estudios de artes plásticas en Estados Unidos. Todos los amigos de Tony tenían cuadros suyos. Su pintura gozaba incluso de cierta notoriedad. Algunas de sus serigrafías se habían vendido en Japón. Al principio se inspiró en el primitivismo centroamericano, sobre todo guatemalteco. Después de su paso por Nicaragua, su estilo evolucionó hacia el

arte *naïf*. Durante los años ochenta, en el periodo de los mercados libres campesinos en Cuba, se produjo también un mercado libre de arte y artesanía en la plaza de la Catedral. Allí podía encontrarse a Tony todos los sábados, instalado con su atril en medio de los bohemios, en pantalón corto y camiseta, vendiendo sus obras. ¡Un coronel del Ministerio del Interior! La gente se sorprendía. Sus superiores se inquietaban; los artistas no tenían buena reputación en los círculos de la nomenclatura y aún menos en el Ministerio del Interior. De nada valió que lo llamaran al orden.

Ése era Tony. Los sábados, con sus

cuadros en la plaza de la Catedral. Los domingos, limpiando y lustrando meticulosamente su colección de armas.

Lo saqué de sus pinceles y lo llevé hasta el jardín. Era allí donde se trataban los problemas importantes. Le traté de usted para darle más seriedad al asunto y le dije:

—Mire, jefe, Ileana será su hija pero también es mi mujer. Si todos sus oficiales viajan con su mujer, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Ella se viene conmigo.

Forzando una sonrisa que escondía mal su contrariedad, dijo:

—Tienes razón. Partirán juntos pasado mañana. Cuídala.

El vuelo para Luanda salía a las seis de la mañana. Cuando llegamos al aeropuerto, ya Tony nos esperaba para despedirse de nosotros o, mejor dicho, despedirse de Ileana. A pesar de sus esfuerzos por disimularlo, su irritación conmigo no se había disipado del todo. Estaba algo nervioso. Cuando ya nos disponíamos a subir la escalerilla del avión, lo vimos correr muy agitado hacia nosotros. Sacó del bolsillo de su uniforme un frasco de vitaminas y se lo pasó a Ileana.

En Luanda nadie nos esperaba pues habíamos llegado con un día de retraso. Patricio había ido a buscarnos el día

anterior. De todos modos estaba Ortiz, su chófer, que había acudido al aeropuerto por si llegaba en ese vuelo alguien del Ministerio del Interior. Nos llevó directo al edificio donde vivía Patricio, que al vernos se puso contentísimo. Nos puso al corriente de la disciplina que deberíamos mantener allí y nos alojó en el mismo lugar donde yo estuve durante el viaje anterior.

Mi tarea principal consistía en consolidar las relaciones con el director del puerto de Luanda. Queríamos montar con él una empresa de transportes marítimos en la costa africana. Además, tenía que ocuparme de las tareas corrientes de un representante comercial

de Merbar, empresa de importación y exportación de artículos tales como ropa, alcoholes, productos electrónicos y otros, entre Panamá y Angola.

Durante una cena con Patricio, haciendo como si bromeara, le dije que nuestra presencia en Angola se parecía mucho a la de un ejército de ocupación. Le conté la escena que había presenciado del reclutamiento forzado de las FAPLA en un caserío. Me dijo que le parecía justo haber sostenido la lucha anticolonialista y la lucha de los angoleños contra los sudafricanos, pero le parecía desastroso, en cambio, haberse metido en la represión contra la UNITA. Al tratarse de un problema entre

angoleños, la presencia cubana, en este caso, estaba a punto de convertirse en un obstáculo para la paz. Muchos angoleños querían que Cuba se retirara. A pesar de ciertas analogías superficiales, había sido un error confundir Angola con Nicaragua u otro país de América Latina. No tenían la misma historia, ni las mismas sociedades, ni los mismos objetivos.

Estimulado por la sinceridad de Patricio en esta discusión, le expresé abiertamente mis críticas sobre los problemas internos de Cuba. Él reconocía que, en efecto, había mucha rigidez tanto en la centralización económica como en la dirección

política; le parecía que era indispensable una apertura como la que estaba produciéndose en el campo socialista en aquellos momentos. También le manifesté mi inquietud por la falta de motivación que mostraba la juventud.

Respondió textualmente:

—Los culpables somos nosotros; hemos sido incapaces de proponerle algo que la prepare para tomar el relevo.

Con Patricio se podía discutir con toda franqueza.

Por mi trabajo de representante comercial tuve que partir para el Congo,

donde proyectábamos extender las actividades de Merbar. Viajaba en una nave militar AN 26 y, a petición del coronel Laín, aproveché la ocasión para recuperar una carga de marfil que éste, responsable de la misión del Ministerio del Interior cubano, y Pedro, el jefe de Centro de la DGI, habían comprado con anterioridad. Patricio me entregó también una suma de francos CFA para cambiarlos en dólares por cuenta del teniente coronel Cuba, ayudante de campo del general Leopoldo Cintra Fría, entonces jefe de las fuerzas militares en Angola.

El viaje sólo duró dos días. Una vez establecidos los contactos para la

implantación de Merbar, regresé con los dólares y el marfil. En cuanto aterricé en Luanda, envié el marfil por valija diplomática a la sede de la DGI, con la instrucción de entregárselo a Tony, que se encargaría de comercializarlo en México. Desde ese momento me convertí en el encargado de la compra y el transporte de marfil. No sólo de los colmillos de elefante, sino de estatuillas compradas en el «mercado blanco», llamado así a causa del color del marfil; ninguna pieza tiene precio fijo y hay que negociar cada una de ellas.

Cuando entré con mis primeras mercancías compradas en la sede del Minint en Brazzaville, me puse a hacer

la lista detallada, objeto por objeto, con el precio de costo en CFA. Cuando el coronel Laín la vio, me recomendó que aumentara un poco el precio. Le dije que me habían pedido que indicara el precio real. Me respondió que dejara vivir a los otros. Era él, efectivamente, el que se había encargado de las negociaciones hasta el momento. Como todo se compraba en efectivo y directamente al vendedor, no había ningún control posible. Me escandalicé.

—¡Eso no es dejar vivir, es dejar robar!

Cuando regresé a Luanda, le conté el incidente a Patricio; al ver la lista de precios, se dio cuenta de que eran el

cincuenta por ciento más bajos de lo que se había estado pagando por mercancías equivalentes. Ésta fue la razón por la cual se decidió que, en adelante, sería yo el encargado de ese negocio. Hice varios viajes al Congo, uno de ellos con Ileana. Allí descubrí un asociado capitalista para Merbar, un depósito para las mercancías, y una tienda para la venta directa de material electrónico importado de Panamá. En Luanda, continuaba la tarea de cabotaje. Para esto era necesario negociar cada día, paso a paso, con el responsable del puerto, que era un corrupto de primera.

Las idas y venidas al Congo para obtener marfiles continuaron. En mayo, a

la vuelta de uno de esos viajes, Patricio me informó que acababa de recibir un telegrama ordenándole su regreso definitivo a La Habana. Nos pareció muy raro. Durante su última estancia en Cuba le habían informado que se quedaría en Angola hasta 1993. Pero era una decisión del comando superior.

Patricio tenía un billete de avión para Zimbabwe que le había enviado, a modo de invitación, el embajador cubano local. Como no tendría tiempo de realizar el viaje, me propuso que fuera yo con Ileana y, al mismo tiempo, aprovecháramos para traer muestras de joyas de marfil, con incrustaciones en oro y plata, que le habían pedido de La

Habana. Nos fuimos a Harare. El jefe del centro de la DGI y el embajador nos esperaban en el aeropuerto. Nos alojaron en la residencia del embajador, donde se alojaba también Alcibíades Hidalgo, actual viceministro de Relaciones Exteriores, y en aquel entonces miembro de la Comisión de Negociaciones por la paz en Angola.

Al día siguiente pedí hablar con el embajador. Precisamente estaba conversando con Hidalgo. Cuando le planteé el problema de las joyas, se mostró muy sorprendido. Creía que había ido a Zimbabwe como turista. Luego me dijo que podría obtener toda la información que quisiera pero que no

podría partir con las joyas. Era ilegal. Hidalgo intervino en la discusión para confirmarle que mis misiones estaban bajo la autoridad del Minint, que lo que estaba pidiendo formaba parte de mis funciones y que era mejor no impedírmelo.

Permanecimos alrededor de una semana en Zimbabwe. Realizamos las compras y las transportamos en nuestras maletas. Entre otras cosas, llevábamos unas pieles de cebra, adquiridas por encargo del general Colomé Ibarra, actual ministro del Interior, para decorar su departamento en La Habana.

A nuestro regreso a Luanda, los camaradas del MC nos informaron que

Tony acababa de ser reemplazado de sus funciones al frente de los asuntos comerciales. También había llegado un telegrama de La Habana pidiéndonos regresar lo más rápido posible. Esto último me convenía mucho. Patricio había partido y yo ya había expresado mi deseo de que me relevaran de mis funciones comerciales para retornar a las actividades operativas.

Sólo tenía que resolver las modalidades del viaje y el asunto de los billetes con Rodiles, general de las fuerzas armadas. No hubo ningún contratiempo. Sólo me pidió, de parte del general «Polo» Cintra Fría, hacer un último viaje al Congo antes de partir.

Tenía dos colmillos de elefante que quería ofrecer a Raúl Castro. El problema es que estaban sin esculpir y las esculturas del Congo tenían mayor reputación que las de Angola. Quería que fuera a hacerlas esculpir allá y aprovechara al mismo tiempo para cambiar otra vez francos CFA por dólares. Respondí que eso no estaba dentro de mis atribuciones y que me habían llamado urgentemente desde La Habana.

Partimos para Cuba.

A nuestra llegada, a través de una de las empresas de Merbar, le envié las joyas al general Santiago, quien había pasado a ocupar el cargo de Tony en el

departamento de MC.

Eran los primeros días de junio de 1989...

26 «Traficantes de droga internacionales» La Habana, junio de 1989

Funesto martes 13...

Permanecimos en casa de Patricio hasta el final del allanamiento. Luego fuimos a casa de Tony; allí tenía lugar el mismo escenario, pero nos impidieron entrar. Acompañé a Ileana y al hijo de Patricio a Villa Marista, donde nos recibió el mayor Blanco. Éste nos precisó que Patricio y Tony no estaban presos sino «retenidos». Insistimos en saber si los gemelos estaban efectivamente allí, pero nos dijo que no podía responder a esa pregunta. Ileana quiso saber si debía contactar con algún abogado y cuándo autorizarían las visitas; pero tampoco pudo responder, argumentando que desconocía los motivos del arresto.

Simplemente nos repetía que no nos preocupáramos, que tuviéramos confianza en la revolución.

Para mí esa confianza pasaba a través de seres concretos: Tony, Patricio, nuestros compañeros. ¡Ahora pedían que tuviera confianza en una abstracción! Más tarde me lo explicaron mejor. Lo que me pedían era que tuviera confianza en Fidel. Fidel era la revolución. Su Juez y su Razón: si el comandante hace eso, él sabe por qué lo hace. Era la respuesta invariable a mis preguntas. ¿Acaso yo mismo no había repetido en más de una ocasión esa frase tan estúpida como cruel? Era tan fácil, tan cómodo, tan egoísta.

Decidimos regresar a casa de Tony, donde el allanamiento debía de haber terminado. Me percaté de que ya éramos objeto de una vigilancia ostensible. Supongo que para impedir que alertáramos a los abogados y a la prensa extranjera.

Al día siguiente, 14 de junio, *Granma* publicaba una nota de información del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar) anunciando el arresto del general Arnaldo Ochoa[1] «por actos graves de corrupción y uso indebido de recursos financieros», sin mencionar ni a Tony ni a Patricio. El comunicado

anunciaba igualmente su comparecencia ante un tribunal de honor.

En el *Granma* del 16 de junio aparecía un largo editorial bajo el título: «Una verdadera revolución no admitirá jamás la impunidad». Anunciaba que «varias personas» habían sido detenidas relacionadas con los hechos reprochados a Diocles Torralbas, entonces ministro de Transportes, y a Arnaldo Ochoa. Por primera vez se nombraba a Patricio y a Tony. Por primera vez se mencionaba también el narcotráfico: «Ochoa y algunos funcionarios del Ministerio del Interior en conexión con él hicieron contactos con traficantes internacionales de

drogas, concertaron acuerdos, intentaron y es posible que hayan, incluso, cooperado con algunas operaciones de tráfico de drogas en las proximidades de nuestro territorio».

Una semana después, el 22 de junio, *Granma* publicaba un nuevo editorial con aires de acusación bajo el título: «Sabremos lavar de forma ejemplar ultrajes como éste», seguramente redactado por el propio Fidel. Se informaba que cuando se arrestó a Ochoa, a su ayudante Martínez y a los hermanos de la Guardia, el lunes 12 de junio: «No existía información alguna sobre las actividades relacionadas con el narcotráfico. Las investigaciones se

dirigían hacia hechos y negocios ilícitos, corrupción, inmoralidades y otras faltas e irregularidades de Ochoa, en las que aparecían estrechamente vinculados Patricio y Tony de la Guardia». Sin embargo, el redactor anónimo precisaba que desde hacía tiempo existían «rumores» entre los amigos de Cuba y acusaciones cada vez más amenazantes provenientes de Estados Unidos. Una investigación «estaba en curso» desde hacía un tiempo.

A riesgo de escandalizar a algunos, debo reconocer que lo que me sorprendía del asunto no residía en las «revelaciones» relacionadas con el narcotráfico, sino en su súbita

utilización contra los acusados. En efecto, esas relaciones no eran nuevas. Bien al contrario, eran bastante conocidas y comentadas, si no dentro de la población, por lo menos dentro de los diferentes sectores del aparato de Estado, y se hablaba de ellas sin que a nadie le escandalizara.

El rumor del tráfico de drogas relacionado con Cuba se remonta a fines de los años setenta; entre los revolucionarios aquello no chocaba porque «era una forma más de hacerle la guerra al imperialismo». La DEA lo denunció también en varias ocasiones. Pero hasta 1982 sólo hubo una comisión senatorial norteamericana que declarase

que «por primera vez se tenía una información detallada y fiable relacionando a Cuba con el tráfico de drogas y de armas». A raíz de esa investigación, el vicealmirante, y miembro del Comité Central del Partido Comunista, Aldo Santamaría, hermano de Haydée Santamaría,[2] jefe de la Marina, fue citado a comparecer por un tribunal norteamericano bajo la acusación de tráfico de drogas, al mismo tiempo que lo eran también: Fernando Ravelo y Gonzalo Bassols, respectivamente embajador y primer consejero de la embajada de Cuba en Colombia, y René Rodríguez, también miembro del Comité Central y

presidente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). Para nadie era un secreto la presencia de Robert Vesco en La Habana, estafador y traficante de drogas, ni su amistad con Fidel. Perseguido por fraude fiscal en Estados Unidos, se le había concedido en Cuba el «asilo humanitario» y se le había autorizado a construir una residencia de lujo, con embarcadero propio para su yate, en Cayo Largo del Sur. Allí, desde 1983, se estudiaban las operaciones destinadas al blanqueo del dinero de la droga. ¡Qué coincidencia! Se le concedió la protección a Jaime Guillot Lara, otro traficante notorio, arrestado en México y que, a pesar de

tener pedido de captura en Colombia y Estados Unidos, fue finalmente liberado por presión de la cancillería mexicana, presionada a su vez por el gobierno cubano. Jaime Guillot Lara aparece luego en La Habana, donde se instala en el mismo barrio que Vesco. Y tiempo atrás, las actividades relacionadas con la droga del embajador cubano en Colombia —que luego lo fue en Nicaragua—, Fernando Ravelo, eran un hecho tan público, que fue expulsado de ese país a raíz de la publicación de una fotografía donde se le veía, en lugar destacado, entre los invitados al bautizo del hijo de Guillot Lara en Bogotá. De igual modo se autorizaron al más alto

nivel los contactos con uno de los mayores traficantes colombianos, Carlos Lehder, para obtener de él que financiara, «a cambio de servicios», la adquisición de dos aviones acondicionados especialmente para los viajes presidenciales. Él mismo, en persona, había entregado uno de los aviones que permaneció estacionado, por más de un año y a la vista de todo el mundo, en el aeropuerto José Martí.

No hay que olvidar que, desde hace más de treinta años, Cuba es un país sometido a un embargo y amenazado, que vive en estado de guerra. Si bien eso no justifica todo, sí explica, sin duda, esos hechos. El servicio MC había

recibido la orden de desobedecer el embargo y procurarse divisas. ¿Quién, en su sano juicio, no hubiera imaginado que esas actividades llevarían, fatalmente, a colaborar con los lancheros y con toda clase de contrabandistas y delincuentes de las dos Américas que pululan desde hace siglos en las aguas del Caribe? En esa jungla, a la fuerza, los corsarios se encontrarían un día con los piratas. Esto era tan evidente que el MC, paralelamente a sus servicios «económicos», tenía un departamento «operativo». Cuando, durante el proceso, el acusado Ruiz Poo evocó en su interrogatorio las actividades de los

que se llamaban los *killers*, el presidente del Tribunal Militar lo hizo callar de inmediato y suspendió la audiencia. En el Caribe, esos tráficos ilegales entre Panamá, Colombia y Estados Unidos, inevitablemente tenían que interferir con el de la droga. Habría que ser muy ingenuo o particularmente estúpido para ignorarlo. Los cubanos que se vieron implicados en ello no lo hicieron por interés personal, sino siguiendo la lógica de las misiones que se les había confiado al más alto nivel.

A principios de 1989 los rumores lanzados desde Estados Unidos implicando a Cuba en el narcotráfico se hicieron más persistentes: la revista

norteamericana *Newsweek* publicó un reportaje en el que dejaba demostrados los hechos. A la administración Bush se le brindaba un argumento de peso que le permitiría tomar la revancha que había quedado pendiente desde 1961, tras el fracaso de la invasión de Playa Girón.

Las acusaciones de *Granma* eran, sin embargo, incoherentes. Ochoa, Tony, Patricio y los otros fueron arrestados el 12 de junio. En aquel momento no se mencionó el tráfico de droga sino la corrupción. El problema de la droga no fue «descubierto» hasta después de los primeros interrogatorios. Entonces, ¿cuál fue el motivo de los arrestos simultáneos ocurridos el 12 de junio, y

de la extraña amalgama de condición de los acusados y de los cargos emitidos contra ellos? Por desgracia, el editorial del 22 de junio anunciaba claramente lo peor: los acusados no sólo habían puesto en peligro el prestigio, sino también «la seguridad de nuestro país». Ese delito merecía la pena capital. Para darle todo su peso a ese acto oficioso de la acusación, al final del artículo se precisaba que *Granma* no expresaba sólo su opinión, sino también la del Comité Central del Partido, la del comandante en jefe, la de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la del Ministerio del Interior. Era la manera de ir preparando a la opinión pública para

un desenlace fatal.

El veredicto estaba pronunciado de antemano.

Yo hablaba con mis amigos, con funcionarios del Minint, con los colaboradores de Tony; la mayoría no creía una palabra de la versión oficial. Otros se escabullían y huían como se huye de la peste. Ostensiblemente, el Bolchevique, el instructor de mi primer curso militar, viejo revolucionario irreprochable, nos visitó en signo de solidaridad; gestos que reconfortan de manera inmensa.

Yo no me sentía en condiciones de reflexionar. Experimentaba la misma sensación de desdoblamiento que sentía

cuando realizaba una operación armada en que me miraba actuar como en un filme. Al mismo tiempo, me esforzaba en calcular y en planificar fríamente la defensa. Solicité hablar con el ministro del Interior, Pepe Abrantes, con el general Colomé Ibarra, «Furry», entonces jefe de la contrainteligencia militar y con quien mantenía una relación estrecha porque él participó en la operación de Salta con mi padre. Ambos se negaron. Sólo Piñeiro aceptó recibirme a las tres de la mañana. La discusión con él fue violenta; lo traté de cínico. Repetía el discurso oficial.

—¡Te das cuenta! ¡Operaciones de narcotráfico que implican a países con

los cuales tenemos relaciones oficiales!

Tanto cinismo me indignaba. ¿No se había pasado él mismo la vida montando operaciones ilegales en países con los cuales teníamos buenas relaciones?

—Bueno. Tú no te preocupes. He verificado que no tienes nada que ver en esta historia.

A los quince días aproximadamente, Tony y Patricio fueron autorizados por separado a recibir la visita de sus esposas e hijos. Los dos le pidieron a sus familias que no tomaran abogados.

Se trataba de un asunto entre compañeros y entre compañeros debía resolverse.

No tuve derecho a participar en la visita, Ileana me contó que los había encontrado muy tensos y, a la vez, en una especie de estado de inconsciencia. Ileana le preguntó a Tony si estaba informado de algún juicio próximo. Le respondió que no sabía nada.

Sin embargo, esa misma noche Ileana recibió una llamada telefónica del Ministerio del Interior pidiéndole que se presentara a las nueve de la mañana en la sala central del Minfar, donde tendría lugar el juicio público. Sólo los familiares directos estaban autorizados a asistir. Poco después volvieron a llamar para indicar que el proceso no comenzaría hasta las dos de la tarde. No

estaba autorizado a entrar en la sala de audiencias, pero acompañé a los parientes. Un auto nos siguió sin perdernos un instante de vista. Llamé a contraespionaje y pregunté qué significaba esa vigilancia.

Me respondieron que era para asegurar la protección de las familias.

27
La condena a muerte La Habana, junio-julio de 1989

¿Qué decir del proceso?

¿De ese mes de demencia y de pesadilla?

La televisión difundía cada día la sesión del día anterior. Ileana y yo nos instalamos en casa de sus abuelos y les impedíamos mirar el asesinato con visos de legalidad que se estaba fraguando. La grosería burocrática llegó al colmo de suministrar a los gemelos, Patricio y Tony, la misma ropa de civil, las mismas camisas a cuadros, con la clara intención de negarles su identidad propia. Reducido a escrutar sus semblantes en la pantalla, trataba de ver más allá de las imágenes, de escuchar entre palabra y palabra la improbable irrupción de un jirón de verdad.

Los interrogatorios daban náuseas. Para ganarse la opinión pública, el proceso se presentaba como el proceso de los privilegios, pequeños o grandes. Con la diferencia de que los jueces gozaban de los mismos privilegios, o más incluso, que los acusados. Si para unos, las facilidades materiales se habían ido creando como la contrapartida legítima de una vida errante colmada de riesgos, para otros significaban la renta derivada de una posición jerárquica. Era como si el sistema se juzgara a sí mismo, buscando enmendarse en un acto de exorcismo hipócrita por personas interpuestas. Para hacer el juicio de los privilegios en

Cuba habría que comenzar por la cúpula del poder.

En cuanto a la forma, aquello no era más que una parodia de justicia. Como tantos procesos de siniestra memoria, guarda sus enigmas en un juego mortal de doble lenguaje y de sobrentendidos.

Para salirle al paso a cualquier presunción, el editorialista de *Granma* escribía el 16 de junio: «Nunca nuestra revolución ha usado métodos violentos y no los usará jamás para obtener información. Ésta es una regla inviolable...». Sin embargo fue violada. Efectivamente, los acusados fueron sometidos a una tortura blanca sistemática. No para obtener la verdad,

es cierto, sino para garantizar la mentira.

En una carta que Patricio logró sacar clandestinamente de la prisión, fechada el 5 de octubre de 1991, cuenta:

«Durante los treinta y tres días que duró todo el proceso judicial de interrogatorios, juicio y los días posteriores hasta que firmamos los documentos conclusivos de las condenas, o sea desde el 12 de junio hasta el 15 de julio, no se me permitió dormir pues cada 20 o 30 minutos me despertaban con la apertura y un fuerte portazo al cerrar la puerta de la celda. El tiempo exacto en que se me despertaba cuando, por extenuación

mental caía agotado, no lo puedo precisar, pero era más o menos ése, pues se me había quitado el reloj. Lo que sí estoy seguro era de que permanecía despierto toda la noche debido a la acción de abrir y cerrar la puerta constantemente (...). No fueron ideas mías ya que yo sabía que ese método de presión psicológica se utiliza en Villa Marista, pues el año anterior, cuando la visita de Kundi Pahama

[1] *a Cuba y su visita de trabajo a Villa Marista, se nos explicó todo cuanto yo estaba pasando, pues yo, por ser su asesor en Angola, lo acompañé en dicha visita y el coronel Blanco Oropesa nos dio un recorrido y la correspondiente explicación de los métodos empleados. No se me permitió consultar con ningún abogado en los cinco días que da la ley después que uno es arrestado. En fin, durante los veinte y tantos días que duraron los interrogatorios, se me mantuvo en estado de choque. En ningún momento se me hizo un peritaje médico. Me convertí en un idiota que se creía todo lo que se le decía y acusaba. Reconocí*

delitos que no cometí, como el de haber regalado no sé cuántos autos que después de confiscados se tuvieron que devolver. Me autoacusé de delitos que no cometí y de los que nunca existieron pruebas para condenarme a no ser solamente mis propias palabras. (...) Durante todo ese periodo de tiempo que permanecí encerrado sin ningún asesoramiento por parte de un abogado defensor, me sentía idiotizado, con la mente embotada, como un zombi. Tenía que leer los documentos tres y cuatro veces para comprender lo que decían. Caí en un estado depresivo muy profundo. Un día se me sacó en la mañana y se me planteó que

convenciera a mi familia que no buscara abogado y que no recurriera a la comisión de derechos humanos, que eso nos perjudicaría y que la revolución nos defendería como revolucionarios que éramos, que la revolución no aplicaba la ley de Saturno, etcétera, etcétera. Se me llevó a una casa en Siboney y allí hablé por primera vez con mis familiares y los convencí de que no se preocuparan y no recurrieran a ningún abogado ni a la comisión de derechos humanos. ¡Qué imbécil fui! ¡Cómo me dejé engañar! Seguía siendo un romántico y un iluso».

Los organismos internacionales de derechos humanos saben perfectamente que el desarreglo del sueño es una de las torturas más crueles. Cuando el ciclo regulado por la alternancia normal de la luz y la oscuridad es alterado durante un periodo de más de veinticuatro horas, por ejemplo, dejando a una persona en una habitación, donde la luz permanece encendida sin interrupción, se produce una incapacidad para pensar y actuar de forma racional. Las glándulas secretan melatonina anormalmente y son necesarios más de cinco días para volver a encontrar su funcionamiento habitual. Si de veinticuatro a setenta y dos horas bastan para producir tal

resultado, cabe imaginar lo que produce el mismo tratamiento aplicado durante veintitrés días antes de un juicio.

Según el artículo 26 de la ley de justicia militar, todo acusado «puede designar para que lo represente y defienda a un abogado, a un militar, a un representante de la organización social a que pertenezca o asumir su propia defensa». Sin embargo, el acta de acusación dice: «A pesar de que ninguno de los acusados designó abogado civil para su defensa, les fueron asignados abogados militares como defensores». Bien entendido, los acusados prácticamente no tuvieron derecho a una defensa digna de ese nombre. Después

de haberlos disuadido de tomar abogados civiles, se les atribuyó de oficio abogados militares cuya defensa expeditiva se volvió contra ellos.

El acta de la audiencia comporta, efectivamente, testimonios ponderando la regularidad del proceso. Entre esos testimonios está el de Patricio, quien, presionado por el presidente para que se exprese sobre ese punto, hace una de sus intervenciones más largas y menos deshilvanadas. Sus palabras resuenan como una lección aprendida de memoria: «En estos días yo he leído unos cables de la prensa extranjera, en que unos señores de una comisión de derechos humanos han mencionado el

nombre mío y el de mi hermano, y el de algunos compañeros con una gran preocupación por la situación nuestra. Según el cable que yo he leído, plantean que nosotros hemos sido torturados física y mentalmente, plantean que hemos estado incomunicados, que hemos estado expuestos a grandes presiones, que nuestra familia ha estado expuesta a presión policiaca y no sé cuántas mentiras y barbaridades más. Yo quiero decirles aquí a los compañeros que están presentes, que desde el primer momento en que a mí me detuvieron, me trataron como no debían haberme tratado: me trataron con el mayor respeto, la mayor consideración y la

mayor atención. En ningún momento hemos estado incomunicados, cada vez que he querido algo, lo he solicitado y me lo han traído. La defensa la solicité yo. Conozco al compañero mayor desde hace muchos años. Y en ningún momento nadie me ha presionado a nada, ni a decir lo que he dicho ni a reconocer nada de lo que he hecho, lo he reconocido porque he querido».

Su carta del 5 de octubre de 1991 pidiendo justicia suena de muy distinta manera: «Al fin un día, después de veintitrés días, se me sacó de la celda al mediodía y se me llevó a uno de los cuartos de interrogatorios que tiene aplicada la técnica microfónica donde

estaba esperándome un mayor del Ministerio del Interior. Yo pensé que era otro interrogador pero resultó ser el abogado asignado por el Ministerio para defenderme. Su cara me era conocida pero, en realidad, nunca había hablado con él antes. Se me presentó diciéndome quién era, cuál era su tarea y que para él era una vergüenza tener que defenderme pero que trataría de hacerlo lo mejor posible. Con esta feliz introducción que él me hace, yo le pregunté que cuándo era el juicio y él me responde que esa misma tarde, dentro de unas dos o tres horas y que no tenía mucho tiempo para prepararse conmigo. Allí mismo le respondí que si eso era así, perdía su

tiempo conmigo, pues así yo no tenía defensa alguna, que yo era indefendible. Me di cuenta que ya todo estaba preparado de antemano (...). El abogado me preguntó cuáles habían sido mis méritos y condecoraciones y qué misiones internacionalistas o especiales había cumplido, dándome cuenta que ni siquiera había tenido acceso o tiempo para estudiar mi expediente de trabajo de treinta años de lucha y menos tiempo para leer la instrucción fiscal (...). El tiempo que estuvimos reunidos no pasó de los veinte o treinta minutos. Así, como se verá, ni siquiera se me permitió la defensa a la cual todo acusado está en su derecho, como proclama nuestra

constitución socialista. Engañaron a mis ancianos padres, hijos y esposa, diciendo que tendríamos una buena defensa. Nos engañaron a nosotros y engañaron al pueblo».

En las minutas del proceso, la defensa del mayor Julio González Guethon está contenida en un solo párrafo: «Como defensor de Patricio de la Guardia Font, manifestó que su representado no participó en las actividades de narcotráfico, si bien tuvo conocimiento de las de su hermano. “Nosotros estimamos que la sanción solicitada es en extremo severa", dijo, y agregó que el acusado había cometido una falta ética como comunista y oficial

del Ministerio del Interior; la Ley lo exime al ser su hermano el infractor. Se refirió a la trayectoria, a la cooperación brindada por su representante y a su sincero arrepentimiento».

La inculpación del procurador general no fue más que una siniestra farsa, una obra maestra de docilidad burocrática. El delito incriminado no era tanto el haber puesto a la patria en peligro como el haber traicionado la confianza de Fidel. Pecado mortal, sin duda. Ochoa era, en particular, imperdonable: «Como hombre de confianza, cercano a Fidel y a Raúl, es un testigo excepcional de todos sus pensamientos y conocía perfectamente la

absoluta correspondencia entre esos pensamientos y las posiciones oficiales y públicas de la revolución. A quien primero traiciona Ochoa es, precisamente, a Fidel, de quien no basta decir en sólida argumentación técnica que es su comandante en Jefe (...). Fidel es nuestra voz, es nuestra representación, a quien acudimos en los momentos difíciles». Era la jerga de una época que creíamos ya caduca.

Por una extraña dialéctica, las circunstancias atenuantes se transformaban rápidamente en su contrario en boca del procurador: «Señor Presidente, es nuestro deber profesional reconocer que en todos los

acusados concurren circunstancias atenuantes, en especial la buena conducta anterior a los hechos... Pero, al mismo tiempo, y con aplastante evidencia, concurren también circunstancias agravantes desde el punto de vista moral y político: son los propios méritos y su elevada posición los que en el caso de Ochoa y los hermanos de la Guardia hacen aún más grave su situación».

Todo había sido dicho desde el editorial de *Granma* del 16 de junio. Desde entonces, éste había ido marcando el tono. De un mismo plumazo, los acusados eran a la vez blanqueados e inculpados de la

acusación de traición política: «Debemos señalar que en ningún instante se ha recibido el menor indicio de que Arnaldo Ochoa y el pequeño grupo de personas del Minfar y del Minint que han sido sus cómplices, hayan estado implicados en actividades políticas o actos de traición contra la revolución. Su traición ha sido de otro tipo y muy grave: contra la moral, los principios, las leyes y el prestigio de nuestra revolución, de nuestras gloriosas y heroicas Fuerzas Armadas Revolucionarias y los combatientes del Ministerio del Interior. Este tipo de traición conduce siempre, tarde o temprano, a la traición política».

Era infame. A falta de pruebas, esa lógica de la culpabilidad se hacía irrefutable: si los detenidos aún no habían traicionado, estaban destinados a hacerlo. Su traición estaba en marcha dentro de sus mentes de forma inexorable.

Sin quererlo, ya eran «objetivamente» culpables.

¿Cuál era en sustancia la acusación?

Figura central del proceso, Ochoa: acusado de haberse dedicado a hacer negocios en vez de ocuparse de su misión militar en Angola, de tener doscientos mil dólares en una cuenta en Panamá y de haber preparado

importantes operaciones de tráfico de drogas a su regreso. En cuanto a Tony, se le acusaba de haber organizado, desde 1987, en el marco de MC, diecisiete operaciones de tráfico de droga colombiana con destino a Estados Unidos; unas operaciones que habían dejado un beneficio de seis millones de dólares en divisas, de los cuales nunca se mencionó a quién o a qué organismo fueron destinados. ¿Dónde están esos millones? Nunca se mencionó que Tony hubiese ingresado esa suma en una cuenta personal. Eso significa entonces que a sus superiores no les parecía chocante el origen de ese dinero.

El acta de acusación y la requisitoria

se encarnizaban en desacreditar a Ochoa y en minimizar la importancia de sus funciones anteriores. A continuación, Fidel hacía una descripción donde Ochoa aparecía como un pelele sin ideas políticas, motivado por la importancia del botín. De la misma manera trataba de menguar el trabajo de los hermanos de la Guardia, llegando incluso a negar la participación de Tony en la guerra de Nicaragua y a declarar —en su entrevista con Gianni Minna— que si algunos cubanos habían entrado en el búnker de Somoza, lo habían hecho en calidad de turistas.

¡Qué cinismo! Yo vi a Tony con mis propios ojos en el Frente Sur. No les

bastaba quitarle la vida, también le arrancaban su pasado; sus días en la guerrilla nicaragüense, que para él, según sus propias palabras, contaban como los más felices de su existencia..

Fidel le explicó también a Gianni Minna que José Abrantes había sido nombrado ministro del Interior en contra de su opinión. Simplemente por «antigüedad», ya que no tenía la competencia suficiente. Fidel se guardó de decir que Abrantes, antes de ser ministro, fue desde el principio jefe de su seguridad personal, llegando al colmo, en su deseo de eficiencia, de dormir en un colchón frente a la puerta de la habitación donde dormía el

comandante en jefe. Durante esos años, Fidel tuvo tiempo suficiente de conocerlo íntimamente. ¿Quién, que no sea completamente ingenuo o falto de un mínimo de inteligencia, puede creer que en Cuba se nombre a un ministro del Interior contra la voluntad de Fidel Castro? Es más, sólo él posee la potestad de hacerlo.

La dinámica de la expedición en Angola fue clara. Cuba se lanzó a hacer aquella guerra en la época de Bréznev. En la división de papeles que se acordó, Cuba debía poner las tropas y los soviéticos la logística; la guerra se prolongó y Bréznev desapareció. Más

tarde, también desapareció Andrópov, y en Angola quedó un ejército de cincuenta mil hombres en condiciones sumamente precarias. Un general como Ochoa se encontró en la situación de procónsul, obligado a alimentar a sus tropas y a resolver sus problemas de infraestructura, sabiendo perfectamente que no podía contar en el aspecto financiero con nadie. Había que arreglárselas, una vez más, arreglárselas. Se le reprochó, de igual manera, que hiciera mercado negro, pero cómo no hacerlo si, fuera de las tiendas especiales, no había otras en Luanda. Los productos alimenticios llegaban de Cuba en latas de conserva; había que

trocar esas raciones por legumbres o carne fresca en las candongas. Todo el mundo lo hacía y todos los oficiales y responsables estaban al corriente. Los colmillos de marfil comprados en el Congo eran repatriados en vuelos militares para luego ser reexpedidos a México, donde eran vendidos por los servicios de MC. El Minint y el Minfar se dividían los beneficios abiertamente, a la vista de todos. A mí mismo me tocó salir de Angola en un avión militar con grandes sacos de colmillos a cada lado, sin ninguna necesidad de discreción.

En cuanto a los doscientos mil dólares que tenía de Ochoa en una cuenta en Panamá, la mitad pertenecía a

los sandinistas por una compra de armas. Ellos mismos lo confirmaron por carta durante el juicio, sin omitir expresar su franca hostilidad hacia las ejecuciones. Ochoa habría tenido así algunas decenas de miles de dólares en una cuenta, de la misma manera que Tony tenía algunas decenas de miles en efectivo. Esas sumas, que pueden parecer importantes, son irrisorias en relación con la amplitud de las operaciones. En un sistema donde cada cual tiene que arreglárselas, donde las transacciones se hacen con dinero en efectivo, de las cuales nunca queda nada escrito, cada servicio tiende a constituir una caja chica para hacer frente a lo más

urgente, para poder actuar con discreción sin verse obligado a trámites complejos en función de créditos hipotecarios para emprender una acción. Esa posibilidad de disponer de fondos sin pasar por los controles previos no tiene nada de excepcional, son los fondos reservados, posibilidad de la que gozan todos los estados. El sistema cubano, tan cercano del feudal, posibilita que cada señor disponga en su feudo de fondos reservados para sus operaciones corrientes.

El tesoro de los corsarios va a las cajas del Estado.

La última vez que vi a Ochoa fue en

casa de Patricio. En aquel entonces ya se intuía que algo pasaba, aunque no se sabía con certeza lo que sucedía, se sentía un ambiente desfavorable hacia ellos. Esa noche, recuerdo que Ochoa estuvo largo rato hablando sobre la *perestroika*; sobre la necesidad de discutir los problemas; incluso recuerdo que empleó un término que me sorprendió: «Estos generales burócratas que nunca se han movido de su despacho». Recuerdo que Patricio mencionaba también con admiración la *perestroika*, más de una vez lo sorprendí leyendo con detenimiento un libro de Gorbachov. El conflicto entre los generales que han participado en

enfrentamientos armados en el exterior y los que se quedaron en Cuba en puestos burocráticos es una de las claves de las crisis que han golpeado al poder cubano en los últimos tiempos.

Queda la cuestión de la droga.

A Tony lo acusaron de haber organizado diecisiete operaciones relacionadas con la droga desde 1987 en territorio cubano, y a Ochoa, de haber tomado contacto con Pablo Escobar. Esos medios utilizados para romper el círculo del embargo son, sin duda alguna, discutibles. Pero el hecho es que mucha gente estaba al corriente de la presencia de lancheros en Cuba. Muchos

sospechaban que esas idas y venidas no eran la expresión de un import-export muy legal o, por lo menos, que esos negocios implicaban ciertas relaciones con medios no muy ortodoxos. Tácitamente se admitía sin que nadie adujera problemas de carácter moral o político.

Los pretendidos proyectos de Ochoa no llegaron nunca a concretarse. Un documento presentado durante el proceso enumera diecisiete operaciones y da con toda precisión las fechas, el volumen, los participantes y las sumas en juego. Un lujo de detalles que contrasta con las confesiones generales y evasivas de Tony. Con tanto querer

probar, se llegan a despertar dudas.

—Abril de 1987, 400 kilos de coca por un valor de 320.000 dólares. Aterrizaje del avión en Varadero, intercambio en una casa de Villa Tortuga y entrega de la embarcación.

—Fines de 1987, 500 kilos de coca por un valor de 250.000 dólares, arrojados desde un avión a 14 millas del faro Cruz del Padre. A continuación, aterrizaje en Varadero para tomar combustible y cargar muebles. Dos embarcaciones rápidas esperando la operación en Punta Hicaos.

—Marzo de 1989, 400 kilos de coca por un valor de 500.000 dólares, tirados desde un avión a veinte millas de la

bahía de Cádiz.

—Abril de 1989, coca por un valor de 250.000 dólares. Cobertura en aguas territoriales próximas a Cuba. La embarcación se rompió en la costa norte. Reparación en Barlovento y de ahí a Varadero. Transbordo en un islote y regreso a Varadero...

No soy el único en conocer la vigilancia general de la cual es objeto un país sitiado. La zona de Villa Tortuga, en Varadero, cerca de una de las residencias personales de Fidel, está ultra controlada. Barlovento (Marina Hemingway), reservado a los extranjeros, es objeto de una vigilancia especial. ¿Cómo imaginar que ese trajín

de aviones y de embarcaciones haya podido durar tres años sin que el Ministerio de las Fuerzas Armadas y las más altas autoridades del Estado hayan sido informadas? Por lo menos existía de su parte un acuerdo tácito.

La cooperación con los narcotraficantes por parte de los servicios de un Estado que se dice revolucionario no sólo es inaceptable políticamente (no podía más que comprometer los principios y el respeto de nuestros ideales), sino que es también moralmente inadmisible. Con el paso del tiempo y con las ideas más claras, tengo un profundo convencimiento de ello. Sin embargo, el discurso

moralizante de los dirigentes occidentales sobre los perjuicios de la droga y del narcotráfico no es menos hipócrita. La complicidad de la gran banca y de los servicios secretos de muchos países en el narcotráfico no es un misterio para nadie. Basta como prueba el caso Oliver North, ese funcionario norteamericano implicado en la operación Irán Contra, destinada a procurarse armas, para lo que recurrió al tráfico de drogas. La diferencia es que aún está vivo, y pretender que el presidente Reagan ignoraba sus trajines es del todo iluso.

El consumo de cocaína, en cambio,

es un fenómeno patológico de la sociedad. Estados Unidos pretende imponer la sustitución del cultivo de coca por otros productos. Pero la coca no es la cocaína. Desde hace siglos los campesinos de los Andes utilizan la hoja de coca para sus ritos, aparte de que mascar la hoja alivia el hambre y ayuda a soportar los efectos de la altura. Quemar las plantaciones de coca no resuelve el malestar de sociedades víctimas de la cesantía, de la marginalidad y de la miseria urbana. Eso equivaldría a privar a los indígenas latinoamericanos de costumbres milenarias, anteriores a la conquista española. ¿Y con qué contrapartida?

Para garantizar a los campesinos un ingreso equivalente habría que subvencionar de forma masiva los cultivos que sustituyesen a la coca. Ahora bien, los actos en este caso no se corresponden con las promesas.

Con la venta de las hojas o de la pasta de coca, los campesinos peruanos o bolivianos obtienen de los magnates del cartel lo suficiente para vivir miserablemente. Ellos son el último eslabón de la cadena. No son más culpables, mucho menos si lo miramos bien, que el asalariado americano o europeo que trabaja en las fábricas de armamento. Para esos campesinos o indígenas, el cultivo de la hoja de coca

es sólo un medio para no morirse de hambre. Al final están los consumidores que, muchas veces, son también víctimas de otro tipo de miseria. Entre la miseria de unos y la miseria de otros se intercala toda una cadena de beneficiarios, los traficantes propiamente dichos.

La droga es una verdadera plaga. La violencia también.

Mientras dure la miseria, pretender exterminar la droga arrancando los sembrados de coca es tan ilusorio como pretender exterminar la violencia con sermones dominicales. En esta historia la utilización de medios contrarios a los fines revolucionarios se vio justificada por los fines de la razón de Estado.

Puede sorprender que militantes a toda prueba, entre ellos cuadros de alto nivel, hayan participado durante varios años en estas operaciones sin plantearse preguntas. Es necesario, no para justificarlo pero sí para comprenderlo, estar familiarizado con la lógica de la eficacia inmediata y con el reino del doble lenguaje, que se convierte en el reino de la doble conciencia. En Cuba, el discurso oficial no cesa de reprobar las desigualdades. Sin embargo, todo el mundo sabe que eso no impide que existan privilegios. El discurso oficial no encuentra palabras lo bastante duras para juzgar el narcotráfico, pero, si es por la causa, los Robert Vesco, Guillot

Lara, Carlos Lehder se convierten no sólo en gente frecuentable sino en amigos.

Este doble lenguaje forma parte del sistema. Todo lo que se puede hacer —o creer hacer— en favor de la revolución es legítimo y moral. Cuando Fidel abraza a Fraga Iribarne, ministro del gobierno que fusiló a Julián Grimau, no hay problema. Cuando condecora a los militares bolivianos que ejecutaron al Che y los hace visitar, a titulo de curiosidad, el lugar donde se había entrenado antes de partir para Bolivia, no hay problema. La legitimidad del poder se establece de una vez por todas sobre la base de la victoria inicial. La

herencia de los orígenes dispensa cualquier interrogación y cubre una dinámica de irresponsabilidad contagiosa.

El proceso fue una gran puesta en escena.

Los acusados jugaron el papel de chivos expiatorios.

Habían participado en un modo de funcionamiento donde la iniciativa individual y el voluntarismo eran valorizados, donde cada cual se las arreglaba solo y recibía felicitaciones y medallas mientras todo marchara bien, pero donde tenían que atenerse a lo peor al menor problema. Hay un matiz tristemente irónico en la deposición de

Ochoa cuando declara que el informe del procurador es mucho más completo del que él mismo podría hacer. Ochoa asume su responsabilidad sin dejar de sugerir una explicación plausible al engranaje que ya no domina más: «Lo primero que hay que decir es que, a mi juicio, llegó un momento en que yo torcí el camino verdadero de los objetivos de la revolución, creo que fue así. Yo he analizado esto bastante, aunque le pudiera decir que no he llegado a una conclusión de todo; pero me he puesto a pensar que hay tantos actos de irresponsabilidad, y si se quiere, de corrupción. Porque, ¿qué derecho tenía yo a manejar ningún tipo de dinero?

Cosa que yo nunca hice en mi vida; yo nunca he sido un hombre ambicioso, ni he andado con dinero, ni en lo absoluto me hace falta, ni mucho menos. Y le pudiera decir también que llegó un momento en mi vida militar que también me sentí cansado. Es decir, yo ya no soy, objetivamente, el mismo hombre que decía el fiscal que combatí aquí, que dirigí allá, incluso me he sentido apagado. Muchas veces en el mismo Angola me vi en situaciones muy difíciles, muy difíciles, para mí muy complejas. Creo que unido esto a tantos años, como diríamos, de actuar solo, tomé el camino equivocado, perdí un poco los estribos de las realidades.

Porque también se ha tratado de decir en muchas ocasiones que no trabajaba. Eso no es una realidad. Yo hice un esfuerzo grandísimo para cumplir con las cosas, no cumplí con todas, muchos piensan que sólo me dediqué al negocio. No fue verdad tampoco...».

El tono es diferente al de su deposición precedente delante del tribunal de honor. En éste aparecen las confesiones, el arrepentimiento, el sacrificio. En el tribunal militar es ya un condenado que medita en voz alta tratando de comprender. Hay, sin embargo, cierta continuidad entre las dos intervenciones. Ochoa decía en la primera: «Uno empieza por algo y

empieza por detalles en la vida, y yo diría que empieza desde gruñir cuando le dan una orden hasta terminar pensando que todo lo que viene del mando superior está mal ordenado. Y por ese camino uno se hace de un pensar independiente y llega a creer que uno es el que tiene la razón...».

Nunca como en Angola tuvo Ochoa que resolver prácticamente solo el problema lacerante de alimentar a sus tropas, de asegurar su desplazamiento, sabiendo perfectamente que a Cuba le era imposible asumir esos gastos. Según el testimonio de Patricio, la delegación del Minint en Luanda recibió en un año un presupuesto de siete millones de

kwanzas. Dicho de otra manera, había que arreglárselas con los medios que se encontraran al alcance y, mientras no surgieran problemas, la jerarquía cerraba los ojos, bajo el sello del acuerdo tácito.

Dentro de un contexto militar crítico, tras el triunfo de Cuito Cuanavale,[2] Arnaldo Ochoa se encontró en la situación típica de un procónsul. Por Angola habían pasado más de trescientos mil cubanos, de los cuales muchos permanecieron durante varios años. Poco a poco fueron descubriendo que la guerra de liberación no era la que ellos habían imaginado. Angola no era Cuba. Aquella guerra no conducía al

socialismo. Por otra parte, no siempre los combatientes eran voluntarios sino reclutados a la fuerza. Para los angoleños, la presencia cubana significaba la continuación de la guerra y ellos aspiraban a la paz. Nosotros sentíamos que nos convertíamos en personas molestas, que nuestra presencia se hacía indeseable. En aquellas condiciones, a pesar de las victorias militares, el retorno al país no tenía nada de victoria, ni los combatientes nada de héroes. Regresaban de batallas cuyo sentido ya no entendían, para ser enviados a nuevos «frentes»: en la construcción o a la zafra. Durante ese tiempo, el enemigo de

ayer, Jonas Savimbi, se instalaba en Luanda en la residencia que acababa de dejar Arnaldo Ochoa. En cuanto a Ochoa, él regresaba de Angola con su prestigio acrecentado y una inmensa popularidad entre la tropa. Prestigio peligroso. Si no, ¿cómo explicarse el empecinamiento de los jueces y del mismo Fidel en disminuir la importancia de su obra pasada y presente?

El fiscal Escalona en su requisitoria:

«Algunos letrados, jueces, y yo mismo, nos preguntamos qué se había hecho del otro Ochoa, es decir, del héroe, del jefe militar competente, del

joven campesino que vino en la invasión con Camilo Cienfuegos en enero de 1959, y dimos vuelta en un círculo sin sentido hasta que todo este proceso reveló que aquel Ochoa no existe, que aquel Ochoa se autodestruyó hasta disolverse en la grotesca caricatura que todos estos días hemos tenido delante».

Fidel Castro en su entrevista con Gianni Mina:

«No. Ochoa no participa absolutamente en nada durante la lucha insurreccional de los sandinistas... Él es enviado bastante

tiempo después a Nicaragua para asesorar en la organización del ejército sandinista».

En cuanto a la dirección de las operaciones en Angola:

«Las decisiones fundamentales fueron tomadas desde Cuba... Nosotros teníamos compañeros que tenían que cumplir allí las órdenes, las instrucciones y los planes del Estado mayor... La dirección de las operaciones militares estaba aquí en Cuba... Ochoa en ese momento era muy ineficiente... Nosotros le dimos la misión administrativa general pero no

la dirección de las tropas...».

Estamos ante más de una contradicción. Si la misión de Ochoa era más administrativa que operativa, ¿por qué se le reprocha precisamente el haber descuidado sus tareas operativas para consagrarse a la administración? No parece menos paradójico oír al mismo Fidel ponderar los méritos de la dirección colegial y poner en guardia contra los peligros de la personalización de éstos: «Todas las misiones en Angola, en Etiopía y en cualquier parte, fueron responsabilidad, en primer término, de la dirección del partido y del alto mando de nuestras Fuerzas

Armadas Revolucionarias. Si algo salía mal, la responsabilidad era nuestra, absolutamente nuestra, y no íbamos a echarle la culpa a ningún jefe, a ningún dirigente militar; eso era así y no podía ser de otra forma. Hay la tendencia en el mundo a individualizar los éxitos; los propios éxitos de la revolución muchas veces me los achacan a mí: los éxitos de Castro, cuando son los éxitos de todo el pueblo y son los éxitos de toda la dirección».

Ochoa tenía a la vez que resistir a las presiones y órdenes de un Estado mayor inclinado sobre sus mapas, a miles de kilómetros, y hacer frente a enormes dificultades materiales. Él

justifica la necesidad de divisas para construir urgentemente dos aeropuertos militares. Por cierto, estaba habituado al funcionamiento por acuerdo tácito, sin dejar trazas escritas.

Se le acusa de caer en la corrupción.

Nada de eso se refleja en su modo de vida y las acusaciones del tribunal son sumamente vagas. Es cierto que en este tipo de actividades se ve circular mucho dinero en efectivo y se manejan muchas divisas extranjeras. Así, de modo imperceptible, las fronteras pueden volverse difusas. La corrupción no comienza con una decisión de malversar fondos, va ganando terreno y se impone de manera insidiosa, se

conceden pequeñas facilidades y favores. Se comienza por acompañar a un contrabandista extranjero que ofrece algún servicio en una tienda especial. La vez siguiente se vuelve a la tienda solo, con su familia. Se habitúa uno a los viajes, a los restaurantes, a condiciones de vida que no son las del cubano medio y, para justificarlo, se buscan todas las justificaciones del mundo: el cansancio, los riesgos, las tensiones, el sentimiento del deber cumplido. Fidel no lo explica de otra manera en su entrevista con Gianni Mina: «¿Cómo se inicia el proceso de corrupción en esta gente? Viajan, van, vienen, compran, traen, llevan, y no es que hayan hecho un

desfalco, no es que hayan guardado grandes cantidades, no es que hayan robado, sino que empiezan a ser liberales en la compra de cosas, de regalos, reparten, en el modo de vida, en el gasto, en todas esas cosas».

De esas debilidades posibles a una verdadera malversación de fondos, ¿cabe suponer que se franqueó el paso? Las sumas en efectivo encontradas en casa de los amigos de Tony o en la cuenta de Ochoa en Panamá no lo demuestran. Durante el proceso nadie negó que el dinero de las diecisiete operaciones, más de seis millones de dólares, haya sido realmente entregado a sus superiores jerárquicos. Sin embargo,

a nadie le pareció útil escuchar el testimonio de los destinatarios.

¿Privilegios? ¡Claro que existen!

Primeramente, privilegios de función. En un país pobre, sometido al racionamiento, los cuadros superiores del régimen tienen acceso a casas, a vehículos, a equipos domésticos, sin ninguna transacción monetaria. Bienes que nadie soñaría poder adquirir ni siquiera mediante el trabajo más encarnizado. Era un secreto de polichinela, hoy hecho oficialmente público, que Carlos Aldana,[3] que votó por la muerte de los acusados, recibía desde hacía más de ocho años comisiones de la firma japonesa Sony.

Fidel denuncia, en su entrevista con Gianni Mina, el caso de la clínica especial del Ministerio del Interior en Pinar del Río; que yo sepa, esa clínica fue inaugurada por el propio Fidel y hasta ahora no ha sido integrada en el servicio público. Esas clínicas especiales son práctica corriente. La más encopetada es la clínica 43 destinada a los miembros del buró político donde hasta los tubos de aspirina son importados y donde se beneficia de un menú especial.

El acceso a divisas extranjeras puede ser considerado como otra forma de privilegio. Durante las misiones, los altos funcionarios manejan sumas

fuertes, viajan por distintas latitudes, transitan por los aeropuertos internacionales. Casi siempre se constituye un margen difuso entre los fondos públicos y los gastos privados. A escala más modesta, las fronteras y las reglas no son menos oscuras. Si esos privilegios se consideran como una forma insidiosa de corrupción, existe, sin embargo, una importante diferencia entre el habituarse a ese confort y la malversación de fondos o la falsificación deliberada de cuentas, como fui testigo en el Congo.

Los cargos retenidos contra los inculpados, empezando por Ochoa, eran de más largo alcance. Se les acusaba de

haber entrado en un proceso de degradación mafiosa. Después de todo, la crisis abierta del campo socialista, la difícil situación en el interior mismo de Cuba, un porvenir sin grandes perspectivas y una profunda lasitud, hubieran podido explicar, sin justificarlo, un desencanto, una desorientación, incluso una escapatoria de soldados cansados. Eso puede suceder cuando, después de treinta años de combates ininterrumpidos, oficiales de alto rango pierden la brújula política. Ya se ha visto a otras mafias, nacer y prosperar bajo otras latitudes.

Sin embargo, en los interrogatorios, en las confesiones de los acusados,

ninguna prueba material permite fundamentar tal acusación. El proceso de intención sólo demuestra que el peligro de degradación mafiosa, suponiendo que fuera real, fue combatido con métodos mafiosos y burocráticos.

Sería inútil buscar una causa única en esta tragedia. Son muchos los elementos que debieron conjugarse para decidir así un destino. Empecinándose en presentar los hechos como relacionados estrictamente con la gran delincuencia, el proceso puso de manifiesto, con torpeza, el aspecto político que quería esconder. No porque hubiera habido, como la prensa se afanó

en querer demostrar, una conspiración o un *putsch* militar en preparación. Las cosas son probablemente más simples. En esa época se discutían las convulsiones de la *perestroika* y del campo socialista. De rectificación en rectificación Cuba se debatía desde hacía años en el zigzag de su política económica. De Angola las tropas cubanas habían retornado golpeadas cuando les habían ofrecido una gran epopeya internacionalista. Ya nadie creía en los milagros prometidos por el Líder máximo y se empezaban a lanzar bromas en voz baja sobre el caudillo envejecido.

No se trataba de un complot. Tantos

años de lucha, de semiclandestinidad, de peligros compartidos, habían logrado establecer lazos de solidaridad y de confianza fuera de las vías jerárquicas. Me tocó asistir un día a una comida en casa del ministro de Transportes, Diocles Torralbas, donde se encontraban reunidos Ochoa, Tony y Patricio, y oír hablar de Fidel como de un viejo loco. Sin ninguna duda, la casa estaba llena de micrófonos.

En realidad, Fidel había comprendido antes que el propio Ochoa el peso que podría adquirir el desarrollo de su liderazgo, dada su popularidad y autoridad, de militar victorioso, en el seno del ejército, si se producía el

estallido de una crisis política abierta. Destinado al comando militar de la región Occidental, Ochoa había reclamado el comando unificado de las tres armas que por méritos militares le tocaba. Esto significó un conflicto violento con Raúl Castro, que vio en esa exigencia una amenaza para su propia autoridad. Situación que debió de preocupar profundamente a Fidel, quien, anticipando un supuesto peligro, tomó, como siempre lo ha hecho, la delantera. Cualquier otra situación se hubiera resuelto de forma interna. Se comprende así por qué el editorial de *Granma*, revelando sus segundas intenciones, desde el mismo 16 de junio pone de

relieve «la traición política» inminente que necesariamente resultaría de una falta a la moral y a los principios revolucionarios. Se comprende también la desorientación de los acusados, su comportamiento durante el proceso y la aparente incoherencia de su actitud en una historia que marchaba más rápido que sus propias conciencias; no tuvieron conciencia de la fuerza potencial que representaban.

Después de todo, en su carta del 5 de octubre de 1991, el general de brigada Patricio de la Guardia escribe: «Durante más de veinticinco años, entre Tropas Especiales y MC, el coronel Antonio de la Guardia cumplió más de

treinta operaciones encubiertas y, desde el punto de vista del derecho internacional, sumamente delicadas e ilegales, para yo ser adivino y saber que ésta no era una de ellas. Ahora más que nunca, después de estar más de dos años y medio encerrado en una celda preso y de tener el tiempo suficiente para meditar, hacer coincidir datos, es que estoy más que seguro que mi hermano, el coronel Antonio de la Guardia y Font, estaba más que autorizado para hacer las operaciones encubiertas por las que se le sancionó y fusiló».

Los tiempos habían cambiado y también las reglas del juego.

Los corsarios no lo comprendieron.

Ahora están muertos.

28
Cae el telón
La Habana, julio de 1989

Los arrestos, el proceso, el desenlace, ponían en evidencia la traición de Fidel y la degradación de la revolución, cuyos signos, ahora me doy cuenta, habían comenzado a aparecer

desde el comienzo, desde la propia Sierra Maestra. Para cubrirse, Fidel calificó a Ochoa, a Tony, a Patricio y al resto de los acusados de vulgares aventureros, pese a los treinta años que éstos le habían dedicado a la causa ejecutando misiones especiales ilegales ordenadas por Fidel. La actitud de los acusados ante el tribunal se explica por el grado de embotamiento a que los condujo el tratamiento que se les aplicó durante la detención. Estoy convencido de que, aunque ya sin ilusiones, aquella actitud respondía, a juicio de cada uno de ellos, a una manera de rendirle un último servicio a la revolución. Sus confesiones y sus autocríticas públicas

traducen la existencia aún de ese sentido del deber asimilado e interiorizado profundamente durante tanto tiempo.

El respeto a las reglas del juego llevado hasta el absurdo.

No era posible hacer un proceso de exorcismo sin una gran purga, sin la colaboración y las confesiones de los acusados.

Arnaldo Ochoa, ante el tribunal militar de honor: «Quiero decirles a los compañeros que creo que traicioné a la patria y se lo digo con toda honradez, la traición se paga con la vida... Ahora, hoy el que habla aquí, con todo lo que ha sucedido, no tengan la menor duda de que es un revolucionario mucho más

limpio que el de hace veinte días, no tengan la menor duda. Modestamente, cualquiera que sea la decisión que se tome conmigo, pueden vivir convencidos de que seguiré siendo revolucionario... Creo que hoy el tribunal de mi propia conciencia es más duro que cualquiera».

Tony de la Guardia, interrogado por el fiscal del tribunal de justicia:

—¿Cuántos oficiales conocían este negocio en Cuba?

—Los oficiales que están detenidos aquí.

—¿Ésos, y ninguno más?

—Ninguno más, que yo sepa. Que yo sepa, ni uno más.

(...)

—¿Hasta dónde iban a llegar ustedes con la droga?

—En realidad yo no iba a llegar muy lejos. Mi interés no era hacer grandes operaciones de droga, ni hacer laboratorios, ni nada. Era poder entregar un margen de divisas (...). No quiero justificar el daño que he hecho, sino... Incluso este año pensaba no hacer ninguna operación más de drogas, dado que las empresas que estaban ya creadas tenían su propia vida, tenían una base de capital que podía entregar divisas y no quería seguir en las drogas. A mí no me gustaba el negocio.

(...)

—De la Guardia. Usted tiene hijos, ¿verdad?

—Cuatro hijos.

—Cuatro. ¿Pensó usted en alguna de esas operaciones, cuando recibía dólares del narcotráfico y cuando reforzaba sus empresas con narcotráficos, pensó usted en las consecuencias del narcotráfico para la juventud del mundo?

—En realidad no pensé en eso.

—Pero usted ha viajado mucho por el mundo.

—Sí, señor.

—Usted ha visto la miseria.

—Sí, señor.

—Usted ha visto las consecuencias

del narcotráfico.

—Sí, señor.

—Usted ha visto lo que significa para la juventud.

—Correcto.

—Usted conoce que es el flagelo de la humanidad en este momento.

—Sí, señor.

—Y usted es parte de esa fábrica que desgracia el mundo.

—Sí, señor.

—¿Y SU conciencia, De la Guardia?

—No, mal.

—Me basta, señor presidente.

La patente de corso incluye la ley del silencio. Tony había recibido en su celda durante tres horas a Fidel en

persona, quien le había pedido que no nombrara a ningún superior en la audiencia. Todo debía quedar en familia... Una de las cosas más extrañas y notorias del proceso contra Ochoa y Tony de la Guardia es que no se pronunciase una sola vez el nombre del ministro del Interior, Pepe Abrantes. ¡Ni una sola vez en toda la audiencia! Sin embargo, todas las actividades del MC y de Tony dependían directamente de él. Se comentó que Fidel, Raúl y Abrantes habían seguido las secuencias del proceso a través de un espejo sin luna. A un comentario hecho por Fidel, el jefe del Minint le recordó que él lo había mantenido siempre informado de todo,

lo que provocó la furia de Fidel y de Raúl y precipitó su caída. Es curioso que nadie durante el proceso propusiera la cosa más natural del mundo: que el ministro fuera llamado a declarar, aunque no fuera más que como testigo.

En aquel momento se necesitaba a un Pepe Abrantes por encima de toda sospecha; todo parecía hecho para cubrirlo, porque así se cubría a Fidel. Sin embargo, su turno no tardaría en llegar.

En aquel momento se necesitaba a un Pepe Abrantes por encima de toda sospecha; todo parecía hecho para cubrirlo, porque así se cubría a Fidel. Sin embargo, su turno no tardaría en

llegar.

Teníamos la impresión de estar viviendo una pesadilla. Los días se sucedían. La justicia se mostraba expeditiva. El desenlace de la tragedia se aceleraba. El proceso delante del Tribunal de Honor había comenzado el 30 de junio; desde el 3 de julio, *Granma* publicaba cada día un informe. Luego vino el proceso propiamente dicho delante del Tribunal Militar Especial.

El 5 de julio: requisitoria del fiscal. El 7 de julio: veredicto del Tribunal Especial. El 8 de julio: confirmación del Tribunal Supremo de las cuatro penas de muerte contra Arnaldo Ochoa, Antonio de la Guardia, Amado Padrón, Martínez

Valdés. El 9 de julio: confirmación del Consejo de Estado. El 13...

En su requisitoria, el fiscal general Juan Escalona reclamaba siete penas de muerte contra Ochoa, Tony de la Guardia, Jorge Martínez, Amado Padrón, Antonio Sánchez Lima, Alexis Lago y Eduardo Díaz. Patricio escapaba a la pena máxima: «Porque en realidad éste no comete ni tiene relaciones con uno solo de los delitos y de los hechos más graves que aquí se imputan, que es el de narcotráfico, configurante del acto de traición a la patria». Sin embargo, Escalona reclama para él treinta años de privación de libertad: «Tal vez a Patricio podríamos alegar, como causa

agravante de su responsabilidad, el hecho de haber conocido la conducta de su hermano, los hechos que cometía Tony de la Guardia, el narcotráfico en nuestro país, y le faltó el valor moral y la entereza de un general revolucionario para denunciarlo oportunamente».

¡Treinta años por no haber denunciado a su hermano!

Dieciocho meses más tarde, al exigir la revisión del proceso, Patricio aún intenta comprender la mecánica de las confesiones. Desde su prisión escribe:

«Muchos se preguntan por qué mentí y no dije la verdad en el juicio. En primer lugar, porque al llegar el día del

juicio ya me tenían hecho un idiota que creía ser el criminal más grande de la tierra. En segundo lugar, por querer salvar a mi hermano Tony —ya que había sido advertido de que de nuestra cooperación en el juicio y de la aceptación de los cargos imputados dependerían las sanciones— y, siendo yo el último en declarar, tomé en cuenta la forma en que ellos lo habían hecho; no quise contradecirlos para no poner las cosas peor pues serían ellos los más afectados. En tercer lugar, porque al no ser abogado y, por desgracia, no conocer nada de leyes y procesos judiciales y no haber tenido ni el más mínimo asesoramiento por parte de un

abogado defensor, caí en la trampa en que caímos todos. Puede haber muchas otras razones como la de no querer en ese momento llevar a la tribuna pública a otros altos dirigentes y cuadros políticos del país, pensé en esos momentos que se pararían a esclarecer las acusaciones que se nos hacían, ya que tenían conocimiento de causa de todo por lo que se nos acusaba, como era el caso de Abrantes y Pascual Martínez Gil, que en esos momentos eran ministro y viceministro del Interior, por no mencionar una docena más de otros dirigentes que no eran del Ministerio del Interior. Puede también que me haya apendejado después de

viejo por la suerte que pudiera correr mi hermano gemelo. Quién sabe. Espero que algún día algún psiquiatra o psicólogo me pueda explicar mi estúpido comportamiento al reconocer cuanta acusación y cargo se me imputó. Ya es tarde para lamentarse pero no para reclamar mis derechos ciudadanos de revisión de causa, después de dos años y medio de prisión».

Los fusilados, sin embargo, ya no están presentes para explicar sus confesiones.

Ni para pedir la revisión del proceso.

La sentencia de muerte parecía

ineludible. Tuve tiempo para prepararme, pero no podía impedir que me embargara la incredulidad. Que hubieran matado a Tony en el Líbano, en Chile, en Miami, en cualquiera de los lugares donde cumplió misiones secretas; que Ochoa hubiera muerto en Angola, Venezuela, Nicaragua o en Eritrea, se concebía y se inscribía en el curso natural de la historia, pero que encontraran una muerte violenta en Cuba, estaba por encima de todo cuanto podía imaginar. Estaba al corriente de las visitas y de las gestiones, alguna esperanza se vislumbraba por momentos. Creíamos, erróneamente, que desde el triunfo de la revolución, por

muy graves que fueran los hechos incriminados, jamás se había ejecutado a revolucionarios. Algunos habían sido condenados a la pena máxima pero siempre habían sido indultados. Con el paso del tiempo pude darme cuenta de que ésta había sido una de las muchas mentiras que Fidel nos había hecho creer. Desde los tiempos de la Sierra Maestra, Fidel se deshacía de los opositores en potencia ejecutándolos. Todavía creyente, trataba de imaginar algún compromiso o alguna solución de último minuto que los salvara. Pero no, los editoriales de *Granma*, el desarrollo del proceso, los informes de la audiencia, anunciaban inexorablemente

lo peor. Ya no sabía qué pensar.

Después del veredicto del tribunal, todavía creía que el Consejo de Estado ejercería su derecho de gracia. El 9 de julio, reunido en sesión extraordinaria, ratificó el veredicto. Unánimemente. Sus miembros desfilaron uno a uno, pronunciándose a favor de la muerte. Parecía un desfile fúnebre celebrado por veteranos de la revolución, dignatarios del régimen y compañeros de armas de los condenados; para sellar con ese ceremonial macabro el juramento de corresponsabilidad sin una sola nota falsa.

Al concluir la sesión, Fidel puso el pulgar hacia abajo.

Todo había terminado.

Habría querido matar a Fidel. Durante el proceso se había mantenido entre bambalinas. Había asistido a las audiencias emboscado detrás de su espejo sin luna, como en una mala película. Había reconocido haberse entrevistado cotidianamente con el fiscal, «¡sin tratar de influirlo!». Él había escrito el escenario y había manejado el tinglado.

Ochoa y Tony habían arriesgado sus vidas mil veces y de mil maneras.

De todas sus muertes anunciadas, ésta era la menos imaginable.

A Tony le autorizaron recibir una última visita de su familia en los locales

del contraespionaje militar, cerca del aeropuerto. Ya no se hacía ninguna ilusión sobre su suerte; le recomendó a Ileana que aconsejara a sus hermanos no hacerse militares para que nunca tuvieran que exponerse a sufrir una traición comparable a la suya.

Esa misma noche, como último recurso, Ileana y yo fuimos a ver a Gabriel García Márquez, a la lujosa residencia de Siboney que Fidel le había regalado, para pedirle que intentara una última intervención. Era quizá la única persona susceptible de tener alguna influencia sobre Fidel, y además conocía y estimaba a los condenados. En casa de Tony habíamos encontrado su

libro *El general en su laberinto* —amarga coincidencia—, con una dedicatoria halagadora: «A Tony, el que siembra el bien...». Nos dijo que lo tenía conmovido el proceso y que estaba en desacuerdo con las ejecuciones.

Llegamos a la una de la mañana. Sin saberlo, casi nos cruzamos con Fidel, que acababa de partir. Sólo ellos saben lo que se dijeron, en la intimidad de una complicidad que los ata desde hace varios años.

Gabo nos hizo entrar y nos ofreció café. Aún colgaba de la pared del salón el cuadro que Tony le había regalado. A Ileana y a mí nos invadió una mezcla de furia y de desesperación. Le pedimos

que hiciera algo. Sólo nos respondió que acababa de hablar largamente con Fidel, que ni los amigos ni los enemigos deseaban esas ejecuciones y que teníamos que confiar en la eficacia de las gestiones discretas.

Al día siguiente se marchó a París.

Nunca más lo vimos.

Más tarde supimos que había desempeñado en Europa la función de embajador oficioso de Fidel, para explicar y justificar las ejecuciones: que se trataba de un problema entre militares y que Fidel se había encontrado en una situación que no le había permitido actuar de otra manera.

En la casa de García Márquez debía de haber micrófonos o él informó, porque al día siguiente de nuestra visita me convocó el Minint y me repitieron en detalle la conversación que mantuvimos. Colomé Ibarra, el general de las pieles de cebra, acababa de ser nombrado ministro del Interior, en el cargo de Abrantes. Me explicó que el estado de opinión no permitía suspender las ejecuciones. Agregó también que, en lo que me concernía, no tenía nada que temer, podía seguir trabajando para Inteligencia. Me pidió, además, que tratara de hacerle comprender a la familia la rectitud y la necesidad de las ejecuciones. Como toda respuesta le

dije que no podía explicar lo que yo mismo no comprendía.

—Con esa actitud no haces más que cerrarte las puertas.

Una siniestra ironía hace que Fidel acusara a Ochoa de populismo y de clientelismo. Que le reprochara comportarse como «un rey mago», distribuyendo a su alrededor regalos y recompensas. De lo que se trata en realidad es que el sistema no deja lugar a otro rey mago que el propio Fidel.

Cuando la magia no opera más, queda el terror. Fidel siempre ha confesado su fascinación por Robespierre: «Cuba tiene necesidad de

muchos Robespierre». Siempre ha vivido encantado por el mito jacobino de la revolución sitiada. Se trata entonces de salvarla con el estado de sitio, de garantizar la igualdad con el monopolio del poder y, contradictoriamente, de buscar un equilibrio mortal bajo la hoja de la guillotina o, como en este caso, por el juicio de las armas.

El proceso Ochoa fue presentado como una necesidad virtuosa en la lucha contra la burocracia y los privilegios. Sin embargo, nada ha cambiado. El mensaje, lo que anuncia realmente, es que aquel que se atreve a pensar transgrede las reglas y pierde sus

privilegios. Los otros pueden continuar, a condición de ser dóciles, hasta que les llegue su turno.

Un mes después fue el turno de Abrantes. Un nuevo proceso, a puerta cerrada esta vez. Contra toda evidencia, el proceso se presentaba como ajeno al precedente. Oficialmente, el ex poderoso ministro del Interior fue juzgado y condenado por haber disimulado informaciones vitales para el Estado y por la utilización abusiva de fondos. Fue condenado y, poco tiempo después, según la versión oficial, moría de un infarto; aún no tenía cincuenta años.

Después, llegó el turno de Carlos

Aldana, nuevo delfín efímero del régimen, acusado de corrupción. Nadie está al abrigo del mal si no es, por cierto, el jefe supremo.

Así avanza la lógica de los procesos.

Uno llama al otro. Y el vacío engendra el vacío.

Hasta que no quede en su soledad más que el timonel en persona: único depositario de toda legitimidad y de toda integridad, último intérprete de la Revolución con mayúscula.

El 13 de julio, a las cinco de la mañana, me enteré por la radio de que se había ejecutado la sentencia. El

mismo día la esposa de Tony recibió una simple tarjeta informándole que el cuerpo de su marido estaba enterrado en el cementerio Colón, en una tumba sin nombre, bajo la matrícula 46.427, junto a otras tres tumbas anónimas.

Son las sepulturas de cuatro revolucionarios.

29
Salida
La Habana, noviembre de 1990

Después de las ejecuciones tenía una idea fija: irme de Cuba con Ileana. La vida allí se nos hacía insoportable. El

recuerdo de Ochoa se borraba poco a poco de la historia oficial. Sus fotos y los relatos de sus acciones en Angola desaparecían. En cuanto a Tony: sus mejores cuadros, que depositó, antes de ser detenido, en el Fondo de Bienes Culturales para que los serigrafiaran y los enviaran para ser vendidos en Japón, la seguridad del Estado los retiró, y cuando nosotros los reclamamos, nos respondieron que se habían perdido. Después de robarle su vida y su historia de revolucionario lo despojaban de su pasión más íntima.

Imagino que en la mayoría de los países el deseo de Ileana de abandonar el país se habría entendido sin

dificultad, le habían matado a su padre y ella no tenía nada que ver con los hechos por los cuales éste había sido juzgado; si puede llamársele juicio a tamaña comedia. Sin embargo, cuando solicité el permiso para salir del país, el ministro del Interior me respondió que estaba loco:

—¿No te das cuenta del peligro que representa ella para Cuba fuera del país?

Es cierto que representaba un peligro. No para Cuba, sino para aquellos que estaban en el poder y que temían ver desenmascaradas sus maniobras.

No podíamos partir. La persecución

y el hostigamiento eran incesantes por el miedo a que habláramos con periodistas extranjeros o que tomáramos contacto con organismos de defensa de los derechos humanos. Teníamos que controlarnos, no separarnos ni un instante y vivir encerrados en nuestros pensamientos. Un grupo especial del servicio de espionaje se encargaba de nosotros. Se sometió a la familia a un régimen de control permanente. Tuvimos que aprender a vivir sabiéndonos espiados y seguidos, conscientes de que nuestras conversaciones más íntimas eran grabadas y analizadas.

Felizmente hubo también manifestaciones de amistad. El

Bolchevique seguía visitándonos sin temor a enfrentar la dura prueba de los transportes públicos ni a recorrer diez kilómetros a pie a pesar de su pierna inválida. Hubo otras muchas pruebas de amistad. Mis amigos salvadoreños me demostraron su solidaridad. Me enteré también de que Nelson Gutiérrez, dirigente del MIR chileno, visitó Cuba después de las ejecuciones y de que, cuando el Departamento de América trató de justificar los fusilamientos, les manifestó que no se tomaran la molestia, porque ante sus ojos aquello había sido un asesinato político.

Más de un año estuvimos bajo vigilancia sin poder hacer nada. Yo,

oficialmente, seguía siendo un asalariado del Minint, pero no aceptaba cobrar el sueldo. El servicio especial para el seguimiento del caso de las familias de los condenados lo instalaron, con el mayor de los cinismos, en la oficina que había en los locales del antiguo MC, donde había trabajado Amado Padrón, uno de los fusilados. Allí nos convocó el contraespionaje un día de septiembre de 1990. Nos recibió el oficial encargado de nosotros, un tal Agustín, quien, sin el menor reparo, delante de Ileana, dijo que yo estaba loco de seguir viviendo con ella, que hasta ahora eso no me había traído más que complicaciones y que él, en mi

lugar, hacía tiempo que se hubiera ido de Cuba.

Fuera de mí, le respondí que él me recordaba las palabras de un corrido mexicano donde el prisionero le dice al oficial que lo retiene: «Yo soy hombre de verdad y a usted lo hicieron teniente».

Ya nos íbamos a ir de las manos cuando su superior, el coronel Salgado, irrumpió en la oficina. Trató de calmarnos y nos prometió una respuesta definitiva a nuestra demanda de solicitud de salida. En efecto, respetó su palabra. Al día siguiente nos dio una respuesta negativa:

—Ileana no dejará Cuba. Es

definitivo. En cuanto a ti, puedes hacer lo que quieras.

Sin saber qué otros argumentos esgrimir, le respondí que se le olvidaba un detalle —nunca hubiera imaginado que un día me vería obligado a recurrir a tal argumento—: como yo tenía la nacionalidad argentina y, según las leyes cubanas, Ileana, al estar casada con un ciudadano argentino, podía abandonar el país legalmente a menos que pesara sobre ella alguna acusación, lo que no era el caso, si no le permitían marchar, me vería obligado a pedirle protección a mi embajada y a buscar un abogado. El coronel me amenazó entonces con ponerme inmediatamente en un avión y

expulsarme de Cuba. Le dije que para eso tendría antes que golpearme y llevarme al aeropuerto con las manos esposadas, y que tuviera la certeza de que en el extranjero haría un escándalo de todos los diablos.

Después de aquella discusión comencé a frecuentar, con cualquier pretexto, la embajada argentina. Mis ángeles guardianes no podían saber lo que yo tramaba dentro ni lo que hablaba con el personal. Sabiéndome espiado, comencé a denunciar públicamente al gobierno cubano, en las fiestas, ante los periodistas extranjeros. Al cabo de seis semanas de ese tejemaneje, el ministro del Interior en persona, Colomé Ibarra,

convocó a Ileana. Le dijo que prefería verla a solas ya que un diálogo conmigo le parecía imposible, puesto que le había faltado al respeto. Ante el temor de que decidieran expulsarme del país, Ileana le dijo, a manera de explicación, que yo estaba sin trabajo desde hacía dos años y eso me tenía muy tenso.

Para su gran sorpresa, el ministro le dijo que estaba al corriente de su deseo de partir y que todo estaba arreglado para la salida, que podía pasar por Inmigración a recoger los pasaportes. Después de más de un año de lucha incesante, logramos arrancarles nuestros permisos de salida. Es cierto que «Furry» había comprendido que yo

estaba dispuesto a ir más lejos en la denuncia, pues a sabiendas de que había micrófonos en mi casa, y precisamente por esa razón, invité al periodista francés Francis Pisani —el cual, por cierto, no salía de su asombro— para contarle algunos hechos relacionados con los acontecimientos.

Además, las autoridades cubanas se enfrentaban a un conflicto: no podían arrestarme, pero tampoco podían expulsarme sin consecuencias. No pesaba ninguna acusación sobre mí y un trato de ese tipo al hijo de Masetti traería reacciones en ciertos medios, en particular en América Latina. Cierto, podían provocar un accidente y hacer

que un camión me pasara por encima, pero yo no dejaba de gritar a diestro y siniestro que gozaba de perfecta salud y que si algo me sucedía, aunque muriera de cáncer, los responsables serían las autoridades. Debían resignarse a dejarnos partir, aunque bajo el peso de un doble chantaje.

Al día siguiente nos convocaron de nuevo los servicios de contraespionaje. Esta vez nos trataron con cierto miramiento. Nos recomendaron que mostráramos nuestro agradecimiento por la confianza que había manifestado el comandante en jefe autorizándonos a partir. Él contaba con nosotros para que no hiciéramos ninguna declaración y

evitáramos a los periodistas. También debíamos saber que la CIA trataría de acercársenos y, ante esa eventualidad, tendríamos la posibilidad de entrar en comunicación con ellos para ponernos de acuerdo, de hecho nos invitaban a colaborar con la seguridad cubana en el exterior.

Para concluir, nos recordó que Patricio seguía prisionero.

—No se trata de una amenaza, pero toda declaración inoportuna podría complicar su situación.

Eufóricos con la idea de irnos al fin, dijimos que sí a cuanto nos pidieron, agradecimos la confianza del comandante en jefe y nos fuimos.

El día anterior a nuestra partida, nos convocaron de nuevo en los locales de contraespionaje. En realidad se trataba de una recepción inverosímil. Habían preparado un pequeño *buffet* para despedirnos.

Estábamos en noviembre de 1990.

Después del proceso y de las ejecuciones de julio de 1989, el muro de Berlín había caído, a Ceaucescu lo habían derribado en Rumania, Checoslovaquia conocía la primavera en invierno; los sandinistas perdían las elecciones en Nicaragua.

A Pizarro lo habían matado en

Colombia.

Ese año de residencia forzada no fue una pérdida de tiempo. Me permitió reflexionar, poner en orden mis ideas, descubrir lo que por comodidad, sin duda, por egoísmo, tal vez, me había negado a analizar. A través de mi vida, no faltaron hechos que me alertaran, hechos que me indujeran a cuestionarme, a dudar y hasta a indignarme, pero siempre terminaba pasándolos por alto.

Al hacerme revolucionario profesional, hice como tantos otros, una gran elección. En adelante sólo hubo dos campos: el mío y el del otro. Embarcado en la lógica de la acción, uno evita

interrogarse sobre principios y fundamentos. A veces surge la confusión, pero siempre está allí para sacarnos de cualquier duda la urgencia de la acción y el imperativo de la eficacia. Cautivado por los fines, se olvidan los medios. Comprendo que esto sorprenda y, sin embargo, es lógico y casi inevitable. La urgencia de la acción no permite las grandes cuestiones sobre el bien, el mal y el destino de este mundo.

Se debe avanzar, por convicción primero, por inercia después, empecinados en nuestra elección de unas verdades que creemos intangibles, sin darnos tiempo de caer en la cuenta de

que se ha abierto una fisura o de que se han vuelto vacilantes.

Hasta el día en que esas preguntas amordazadas terminan por estallar provocando borbotones desordenados de ideas; las imágenes nuevas se superponen a las viejas sin concordar. Me dejo llevar por un deseo de visualización de mi vida, buscando comprender lo sucedido, tratando de encontrar las claves.

Eso fue lo que me sucedió en el curso de ese año. Trataré de expresarlo con la mayor claridad, pero me temo no poder lograrlo; son tantas las ideas que me vienen a la mente, que se agolpan como un torbellino iracundo, como

aquel que se apoderó de mí cuando se me hizo patente que la Revolución cubana había sido traicionada. No en julio de 1989, sino mucho antes. Traté de fijar fechas, recordé que el primer indicio que me golpeó fue después de la muerte del Che, cuando Fidel Castro sostuvo y justificó la intervención de los tanques soviéticos en Checoslovaquia. Para él, la seguridad del poder era prioritaria, aun al precio de la represión del pueblo. Muchos pensaron entonces que se trataba de una concesión, por cierto inadmisible, que le hacía a sus aliados soviéticos. Pero no, en la crisis de Checoslovaquia lo que privó fue su propia lógica; lo que defendía era su

propia concepción del poder aplicada a su propio país: lo que él mismo haría en caso de que su mandato absoluto fuera cuestionado.

Pronto me di cuenta de que esta primera aproximación estaba equivocada. Había estado tratando de salvar la pretendida pureza de la revolución y de los hombres que habían luchado por ella. Me percaté entonces de que, desde el origen, desde 1959, y quizá desde la Sierra Maestra, más que una traición a la revolución, la revolución había sido una gran estafa. Fidel Castro empezó decapitando su propio movimiento para apoderarse del

poder, hasta convertirlo en un poder absoluto. Por supuesto que no ignorábamos estos hechos, pero los justificábamos con el clásico cliché leninista de la lucha de clases. Por eso, nadie se ha preocupado por indagar cuántas personas, de las que participaron en la lucha contra Batista, fueron fusiladas, cuyo crimen consistió en exigir el régimen democrático que les habían prometido durante la lucha contra la dictadura, como fue el caso de Sori Marín. Esos crímenes fueron silenciados por las salvas de los fusiles que ejecutaban, al mismo tiempo, a los esbirros de Batista. Ya desde 1961 el mayor porcentaje de la población

carcelaria de la isla lo constituían prisioneros que habían combatido contra Batista. Todos ellos fueron juzgados como lo fue Ochoa, con los mismos métodos que se han estado aplicando desde 1959: puestas en escena de complots inventados, la manipulación de la opinión pública, la participación de un tribunal fantoche; no hubo nada inédito en el juicio a Ochoa, es una maquinaria que ya tiene cuarenta años de rodaje.

Admitir este hecho me lleva a cuestionar las luchas guerrilleras inspiradas en la Revolución cubana. En América Latina había una gran frustración por la intervención de los

militares en el destino político de nuestros países. En Argentina fueron los militares, quienes impusieron la violencia en la vida política, por lo tanto no cuestiono el recurso a la violencia para luchar contra ese estado de cosas, pero sí cuestiono el modelo político que pretendíamos instaurar; el modelo del partido único, el modelo de los comandantes, el modelo del autoritarismo; la imitación del modelo cubano.

Me integré en la guerrilla más por soledad que por conciencia, por la búsqueda constante de una familia, de pertenecer a un grupo, por cumplir con

el destino que me habían impuesto por el hecho de ser hijo de mi padre.

La historia de mi padre y de la guerrilla de Salta forman parte de un largo camino de construcción de mitos instaurado por Fidel en América Latina. Fidel, con su infalible intuición política, tenía que saber que el proyecto de Salta era una operación destinada al fracaso. No existía la más remota posibilidad, ni las mínimas condiciones políticas, para que se asentara un foco guerrillero en Argentina en aquella época. Mi padre fue utilizado para consolidar el mito guerrillero castrista en el continente. También hay que ver en la decisión de esa guerrilla la consecuencia de la

decisión argentina de romper las relaciones diplomáticas con Cuba. Para Fidel, la guerrilla en América Latina siempre fue una extensión de su política exterior (vale recalcar que Fidel nunca ha organizado guerrillas en México, porque México nunca aceptó romper las relaciones con Cuba). Mientras que la posición del Che se sustentaba en una creencia, la revolución era una cuestión de voluntad y de la capacidad militar de una elite. El Che también fue manipulado; y no es que trate de sumarme a la idea de que por el hecho de haber muerto es una víctima inocente, él también tiene su parte de culpa de lo que ha sucedido en Cuba, y bastante

importante. Digo que fue manipulado porque, aun antes de morir, Fidel ya lo había convertido en «Guerrillero Heroico». Sabía que ése era el punto sensible del Che: se sentía predestinado a realizar una misión salvadora. Creo que, de todas maneras, el Che se hubiera ido a cumplir esa misión, pero es evidente que Fidel le fue abriendo la senda psicológicamente para alejarlo en aquel momento. Cuando el Che se marchó a Bolivia ya no tenía ningún poder en Cuba, era una especie de embajador itinerante, pero Fidel tenía muy presente el hecho de que el Che, aunque se equivocara, pensaba con cabeza propia, y previo que tarde o

temprano vendría el enfrentamiento, por lo que era mejor alejarlo. Como hizo con Ochoa y con tantos otros.

Tengo una relación compleja, dual, con la figura de mi padre, mi destino estuvo marcado por su herencia. El proceso de adolescencia suele ser un proceso de ruptura con el padre, por lo tanto, de formación de la personalidad, pero en mi caso, en lugar de eso, me encaramaron, desde los nueve años, a un héroe sobre las espaldas y mi destino era igualarlo. Por eso, cada vez que me nacía un hijo, repetía como un oráculo fatal: espero que éste también sea guerrillero. Me costó muchos años admitir que para hacer las paces con mi

padre debía escindir la imagen del padre y del héroe.

Esa relación dual tiene una faz íntima, que acepto y guardo, sobre la que no tengo nada que explicar. La otra es la relación con el héroe, pero honestamente admito que no logro encontrar al héroe que han creado con su imagen. Es más, mi visión de la guerrilla de Salta es muy polémica, porque creo que hay materia para ello. Primeramente, porque es una guerrilla que instauró el fusilamiento como un medio de afirmar la autoridad del jefe, y se llegó a ese extremo porque se trataba de un hombre que, sin ninguna experiencia militar, se ve de repente

dirigiendo una tropa y la única manera que tiene a mano para hacerse reconocer es imponerse por medio del temor, por el bautismo de fuego; es el recurso aconsejado por la cultura guevarista, fusilar a los débiles, a los que emiten dudas. El otro método consiste en destruir a los hombres con la palabra, y ése lo practiqué yo; todo aquel que nosotros considerábamos que no estaba a la altura, que demostraba duda, temor o se expresaba en contra de una decisión, lo catalogábamos de pequeño burgués despreciable, de «quebrado», y así llevamos a muchos a vivir condenados a una culpabilidad perpetua.

El balance que hoy hago de ese

padre combatiente es el de un hombre desesperado que se va huyendo de los conflictos que le plantea su vida política en Cuba, muy lejos de la idealización que seguramente se había hecho. Y de su vida privada: la crianza de sus hijos; decidir entre sus dos mujeres —mi madre y la otra mujer—, conflicto que nunca llegó a resolver; su última hija, a la que abandona a los veinte días de nacida al igual que me abandona a mí y a mi hermana. Hoy percibo que el abandono de mis hijos no me costó ningún sacrificio, ejercí sobre ellos una venganza inconsciente para cobrarme mi propio abandono en seres que no habían pedido nacer.

Repetía el esquema impuesto por mi padre, esperaba encontrar la muerte a los treinta años, él tenía treinta y cuatro cuando lo mataron. Hacía todo por encontrar la muerte, sin embargo, a mí no me mataban. En el transcurso de las operaciones sentía la proximidad de la muerte como un hecho natural. Pero con el juicio a Ochoa me di cuenta de que aquello no era un juego, que allí se estaban preparando para matar. Era como pincharle el globo a un niño en pleno juego. Morir en Argentina, o en Nicaragua, o en cualquier parte, formaba parte de mi juego individual, pero que la muerte sobreviniera en Cuba, y de las manos de los propios compañeros, ver

ese aparato monstruoso al cual pertenecí actuando en contra de los nuestros fue, sencillamente, un derrumbe.

Por otro lado, y de manera individual, debo admitir que en mi caso la cercanía con el poder ejerció una influencia seductora. Es más seductor verse en sueños de futuro comandante, que de arquitecto, médico o padre de familia. Esa posibilidad de trascender en la historia, que Fidel Castro nos daba como un regalo, fascinaba a los jóvenes, sólo que luego me percaté de que no era más que un espejismo, porque en realidad su interés verdadero era trascender él solo.

La seducción por el poder, la

seducción por la trascendencia, la seducción por el militarismo, nos condujo a la ceguera, y justificarse con el argumento de que nosotros lo haremos mejor.

Hoy no reivindico ni a Tony ni a Patricio, ni sus hazañas ni sus actos de coraje. Reivindico su sensibilidad, sus dones artísticos; me niego a reivindicar, pese a que me cuesta decirlo, el papel de mercenarios que en cierto modo, igual que yo, jugaron para Fidel Castro, hoy me niego a convertir en héroes a quienes también, en cierta forma, fueron verdugos. Simplemente trato de expresar cómo esos hombres, en otras circunstancias y con otras posibilidades,

hubieran podido ser otra cosa si no les hubieran manipulado y si la estrecha relación con el poder no les hubiese fascinado. Por eso terminaron asesinados, después de haber sufrido el despojo de sus vidas.

Mucho se ha elucubrado sobre las razones del juicio y la voluntad de Fidel de ejecutar a Ochoa y a Tony. Mirando atrás, rememorando detalles, hoy percibo con nitidez que, verdaderamente, a Tony lo conduce al pelotón de fusilamiento su amistad con Arnaldo Ochoa. El objetivo de Fidel Castro era Ochoa, pero necesitaba un argumento y éste se lo dio el narcotráfico, actividad que desarrollaba

Tony. Patricio no estaba relacionado con la droga, pero les sirvió para demostrar cierta ecuanimidad en las decisiones; por eso deciden dejarlo vivo: a Fidel no se le escapa ningún detalle. Ochoa era el objetivo primordial por tratarse de un general descontento y el de mayor prestigio en el ejército, pero Fidel sabía con certeza que la amistad estrecha que los unía a los tres —a Ochoa, Tony y Patricio—, tarde o temprano, si ya no era así, se convertiría en un núcleo de oposición peligroso por el nivel de formación técnica que poseían, por la experiencia y el ascendiente que tenían sobre la tropa. Fidel sabía que se avecinaban momentos de crisis graves

en Cuba, que hasta podrían degenerar en brotes de desacato a la autoridad máxima. Fidel le demostraba así al ejército que si él se atrevía a fusilar al general más popular, héroe de la revolución, y a los oficiales encargados de misiones especiales, ya podrían ir imaginando lo que le sucedería al resto de los oficiales en caso de que se atrevieran a expresar la menor opinión crítica.

En el pensamiento de Ochoa había una influencia real de la *perestroika*, pero también sentía un cansancio por no saber, según solía decir refiriéndose a la situación de Cuba «ni hacia dónde iba aquello ni para qué se hacía». En aquel

momento se percibía la crisis que se avecinaba y las consecuencias que se están viviendo hoy. Sin embargo, no creo que Ochoa tuviera tiempo de elaborar una reflexión profunda. Fidel se dio cuenta antes que él, de la semilla que estaba a punto de germinar y la arrancó antes de que brotase. Fidel se dio perfecta cuenta de que Ochoa era un hombre que pensaba con su propia cabeza, que era capaz de emitir ideas y críticas propias. En Angola, más de una vez, manifestó que aquellos que querían dirigir la guerra se presentaran en el campo de batalla, como respuesta a la tendencia de Fidel de pretender dirigirla desde La Habana.

Algún día saldrán a la luz las razones que tuvo Fidel para tramar el complot que liquidó a Ochoa, sin embargo, lo que sí se percibía era que dentro del Minint había una influencia de la *perestroika*, mayor de lo que podría imaginarse. La prueba es que la consecuencia mayor del proceso a Ochoa fue el desmantelamiento total del Minint y su ocupación por las Fuerzas Armadas. Y es lógico que una necesidad de cambio se vislumbrara en el seno del Minint, porque era la gente con mayor contacto con el extranjero y con extranjeros dentro de Cuba. Ellos seguían entrenando con guerrilleros, pero no ignoraban que la guerrilla ya no

tenía perspectivas y que el proceso de democratización en América Latina era irreversible.

Cuando observo la que fue mi vida, la de Tony, la de Patricio y la de tantos otros, caigo en la cuenta de que la revolución ha sido un pretexto para cometer las peores atrocidades quitándoles todo vestigio de culpabilidad. Nos escudábamos en la meta de la búsqueda de hacer el bien a la humanidad, meta que era una falacia, porque lo que contaba era la belleza estética de la acción. Éramos jóvenes irresponsables, aventureros; éramos una casta aparte, incluso aparte de los

revolucionarios que operaban localmente en sus países, militantes que se vieron obligados a adoptar la lucha armada no como un hecho estético, sino obligados por las circunstancias políticas. Nosotros, en cambio, éramos una mezcla de James Bond, aderezados con unas gotas de un marxismo muy superficial, a quienes todo les estaba permitido —sobre todo vivir de manera diferente de como lo hacían los militantes que realizaban el oscuro y anónimo trabajo de masas— para construir una organización política. Éramos la avanzada de la Revolución cubana, los niños mimados de Fidel Castro y de Manuel Piñeiro, que no

fuimos elegidos ni por nuestra inserción en las masas ni por nuestro espíritu de sacrificio cotidiano. Éramos elegidos por no pertenecer a nada, sin religión ni bandera, con una capacidad de aventura muy desarrollado, y con un grado de cinismo no menos importante. Hoy puedo afirmar que por suerte no obtuvimos la victoria, porque de haber sido así, teniendo en cuenta nuestra formación y el grado de dependencia con Cuba, hubiéramos ahogado el continente en una barbarie generalizada. Una de nuestras consignas era hacer de la cordillera de los Andes la Sierra Maestra de América Latina, donde, primero, hubiéramos fusilado a los

militares, después a los opositores, y luego a los compañeros que se opusieran a nuestro autoritarismo; y soy consciente de que yo hubiera actuado de esa forma.

Si no hubiera sucedido la catástrofe del proceso y su desenlace trágico, era tal mi confusión mental, que, a pesar de las dudas que me embargaban, es posible que hubiera permanecido en Cuba. Quizás hubiera llegado al suicidio, porque si en 1989 me costó admitir la verdad, reconocer, diez años más tarde, la gran barbarie que ha significado el comunismo cubano, me hubiera desmoronado. Por lo menos gané diez años que me permitieron

reconstruir mi vida.

Hace poco visité Miami, allí me entrevisté con antiguos prisioneros políticos cubanos de los primeros años de la revolución. Me quedé sorprendido al constatar que se trataba de hombres que habían luchado contra Batista, guiados por el mismo idealismo que había guiado a los jóvenes de América Latina cuando luchaban contra las dictaduras en el continente. Pero lo que más me sorprendió fue la acogida que me brindaron pese a haber sido yo un niño malcriado por los mismos que fueron sus verdugos. Eso me demostró que no era suficiente condenar a Fidel Castro, sino que era necesario ir más

allá, indagar dentro de nosotros mismos con mayor profundidad. Es muy cómodo contentarse con la excusa de haber actuado siempre con honestidad hasta darnos cuenta de la verdad; es muy cómodo invocar el argumento de haber sido manipulados, como es muy cómodo, también, escudarse detrás de la lucha contra las dictaduras militares para justificar los abusos. Es necesario revelar la parte oscura, esa parte inconsciente relacionada con la fascinación por el poder, vecina de la tendencia a practicar la crueldad, porque no sólo tratamos de destruir a nuestros enemigos, sino que destruimos a nuestras compañeras, a nuestros hijos,

a colaboradores; en realidad, durante esos años de lucha, destruíamos sin construir nada.

Nosotros, los hijos de... de los héroes, de los comandantes, constituíamos una casta endógama dentro de la cual nos uníamos en pareja, vivíamos en un mundo cerrado, entre nosotros, frecuentando lugares especiales donde sólo íbamos nosotros. Yo no iba a las pizzerías donde come todo el mundo, yo frecuentaba los restaurantes donde comen los jerarcas. Yo acudía a la casa de la que en Cuba detentaba el título de viuda de Masetti, casa a la que, a su vez, acudían otras viudas de héroes, algunos comandantes,

y dirigentes; ése era mi mundo.

En Cuba se reprodujo rápidamente una casta, igual que las que existen en cualquier país de América Latina: la llamada «Alta Sociedad». Estábamos destinados a ser el relevo de los mayores y nos formaban para cumplir con ese papel.

Algunos, destinados a ser los futuros gobernantes de Cuba, se formaban en las grandes escuelas, en la URSS, incluso en el mundo capitalista. Y a aquellos que estábamos predestinados a tomar el poder en América Latina, porque pertenecíamos a la categoría de confiables por la carga de heroísmo histórico que llevábamos sobre las

espaldas —mi caso en particular—, nos entrenaban para dar y buscar la muerte. Otros sirvieron a Cuba como agentes, con un grado de cinismo enorme y, sobre todo, con un grado de compromiso que le asegurara a Fidel la confianza en ellos.

Las mejores intenciones no escaparon a la falacia del socialismo real y a la razón de Estado. Lo que he vivido desde mi llegada involuntaria a Cuba será siempre una herida abierta, una fractura entre el antes y el después, entre las ilusiones del furor guevarista y el delirio de la lucha armada, y la época del desencanto. Tampoco se trata de

interponer una frontera hermética entre la sinceridad y la mentira, entre revolución y contrarrevolución. La historia es siempre más complicada y no avanza rectilínea. Los periodos y las motivaciones se superponen y engastan en los mismos individuos. Aquellos que han continuado al servicio de la Revolución cubana no llegan a comprender las exigencias de un poder cada vez más alejado de sus orígenes y de las promesas que la legitimaron. Cuando la llama renacía, en Nicaragua o en otra parte, era como reencontrar la inocencia de los primeros instantes.

Por esta razón me fue tan difícil admitir mis dudas hasta el juicio. A

pesar de las dificultades, romper con la dirección castrista significaba romper con la revolución. Para mi generación, la revolución se identificaba con Cuba y Cuba se identificaba con sus dirigentes históricos. Romper un solo eslabón de esa cadena era como renegar de la historia de mi padre y mi propia historia. Tenía que continuar, aunque cada vez con menos inocencia, pero continuar.

Pese a los años de reflexión, a la distancia que depara el paso del tiempo, no deja de ser doloroso constatar que Cuba, que se enorgullecía de haber erradicado la prostitución, hoy la practica masivamente. Los nuevos

aliados de Fidel Castro son los capitales internacionales, a los que trata de seducir a toda costa; poco importa el origen del capital, ni cómo explotan y dejan sin trabajo a los obreros en sus países de origen.

Antes profesar una religión en Cuba era un obstáculo que impedía el acceso a la universidad, hoy el Papa se ha convertido en el interlocutor privilegiado de Fidel.

Los jerarcas militares cubanos se han transformado en empresarios prósperos.

Hoy Cuba es un país destruido, una sociedad humillada. Al cubano que no recibe dólares del exterior no le queda

otra opción que prostituirse. El dólar se ha convertido en la preocupación prioritaria, tanto del ciudadano común como del gobierno.

El gran comandante guerrillero de América y primero en todo, hoy no es ni siquiera una caricatura de sí mismo; es simple y llanamente: el Primer Jinetero de Cuba.

Admitir el fin de una ilusión para acceder a la ilusión de vivir ha sido mi tarea de estos últimos años. He tenido que aprender a reconstruirme juntando los trozos de mí mismo que quedaron esparcidos después de la catástrofe de julio de 1989. Varios años han

transcurrido y hoy, al fin, puedo cumplir con el pedido que me hace Tony en aquella carta, su última carta, que nos entregaron al día siguiente de las ejecuciones. Una carta de adiós escrita con lápiz negro en una hoja de mala calidad. No había ni un solo borrón. Era la escritura rápida de sus últimos instantes, apurado por la impaciencia de sus guardias.

Dos cartas sobre la misma hoja.

El anverso era para mí.

«Querido Jorge:

»Como le escribí a Ili, para mí más que un yerno eres un hijo. Primero, por ser hijo de un mártir de nuestra

revolución a quien tanto admiré y, después, por tus cualidades de revolucionario internacionalista, desinterés y sencillez. Conozco en ti tu valor personal que en múltiples oportunidades has demostrado desde temprana edad. Quiero que le des un abrazo fraternal a Alejandro (Salchicha) que, aunque él no lo sepa, desde la etapa en que estuvimos en Nicaragua, siempre guardé de él un recuerdo de valentía y sencillez.

»Jorge, te agradezco mucho el apoyo que le has brindado a mi familia, especialmente a Ili y a mis hijos y a Mari. Cuídame a los viejos. Ellos te quieren mucho. También te pido que

comiences a escribir el libro de tu padre que tanto significa para Cuba. Ojalá hubiéramos podido seguir trabajando durante años. Sé que me hubieras ayudado mucho. Trata de que Ili comience a trabajar lo más pronto posible. Eso le va a ayudar mucho. Cuídala que ella te quiere mucho. Dale un gran beso a Conchita y dile que la quiero como a una hermana y que me perdone. Explícale todo. No tengo necesidad de decirte que seas más revolucionario que nunca pues eso está en tu sangre.

»Recibe un fuerte abrazo de tu padre,

»Tony.»

En el reverso, las últimas palabras para Ileana.

«Mi querida Ili preciosa:

»No tengo más tiempo. Sólo vuelvo a decirte lo mucho que te he querido y lo que tú has significado para mí, lo que me has enseñado y demostrado al final de mi vida, de lo que eres tú, un ser realmente humano, mi amor. Me has impresionado por tus condiciones, no te conocía, esto me ha fortalecido tanto que tú no te lo puedes imaginar, igual que Mary. Me has dado un ejemplo inigualable. No creo que haya muchas revolucionarias como tú. Ojalá yo haya

influido en tu formación. Mi amor, quiere mucho a Jorge. Recuerda ayudar a Mimi y Popín, a Mari y a todos tus hermanos. Vuelvo a decirte hoy que hay pocas mujeres como tú y me siento muy orgulloso. Sé que vas a ser un ejemplo para todos. No tengo palabras para describirte mi amor por ti. Sólo te pido que siempre vivas orgullosa de tu padre, al igual que tus hermanos. Ayúdalos. Te quiero con toda el alma y otra vez te quiero.

»Tu padre,

»Tony.»

Esas últimas palabras de amor y de orgullo no tienen nada que ver con sus

confesiones en el tribunal. Pocos días después, momentos antes de marchar hacia el pelotón de fusilamiento, sus palabras proclaman la dignidad de un revolucionario que sigue siéndolo. Como toda esta historia, como el proceso, como las confesiones, encierran un enigma.

Tony me pedía que escribiera «el libro de mi padre».

Un libro, decía, que significaría mucho para Cuba, que mediría la dimensión de lo que fue y de lo que es. Sería el libro sobre los principios de la Revolución cubana, del entusiasmo intacto de los primeros instantes, de la época del Che y de un internacionalismo

generoso. Pero en su carta, Tony dice también adoptarme como un hijo y la firma como un padre.

El «libro de mi padre» es quizá también el suyo.

El libro de su vida y de su memoria robada.

Apéndices

Cronología

1955

Nacimiento de Jorge Ricardo Masetti en Argentina.

1959

Enero: Triunfo de la Revolución cubana dirigida por Fidel Castro contra la dictadura de Fulgencio Batista.

La familia Masetti se instala en La Habana.

1960

Nacionalización de empresas norteamericanas por el gobierno cubano.

1961

Intento fallido de desembarco de exiliados cubanos, apoyados por Estados Unidos, en Playa Girón. Fidel declara el carácter socialista de la revolución.

1962

Independencia argelina. En Cuba crisis de octubre o crisis de los misiles.

1964

Golpe de Estado militar en Brasil. Muerte de Jorge Masetti (padre) al

frente de una columna guerrillera en Salta, al norte de Argentina.

1965

Desembarco norteamericano en Santo Domingo. El Che al frente de un grupo de combatientes cubanos combate en el Congo.

1967

Muerte del Che en Bolivia. Formación del Partido Revolucionario de los Trabajadores en Argentina (PRT), luego sería la dirección político militar del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

1968

Ofensiva del Tet en Vietnam. Mayo francés. Primavera de Praga e intervención soviética en Checoslovaquia.

1969

Insurrecciones en Córdoba, provincia industrial de Argentina.

1970

Fracaso de la zafra de diez millones de toneladas de azúcar en Cuba. Victoria electoral de la Unidad Popular en Chile; sale elegido como presidente Salvador Allende.

1971

Nuevas sublevaciones en Córdoba (Argentina), que se extienden a la también industrial provincia de Rosario.

1972

Adhesión de Cuba al Comecon.

1973

Fin de la dictadura militar en Argentina, retorno y elección de Juan Perón. Golpes de Estado militares en Chile y Uruguay.

1974

Acuerdos económicos entre Cuba y el Comecon, nueva política económica

en Cuba.

1975

Primer congreso del Partido Comunista Cubano. Conferencia de partidos comunistas latinoamericanos en Cuba. En Vietnam, las tropas del FLN entran en Saigón. Comienzo de la intervención cubana en Angola.

1976

Golpe de Estado militar en Argentina. Muerte en combate de Mario Roberto Santucho.

1978

Desarrollo del proceso

revolucionario en Nicaragua.

1979

Victoria de la insurrección sandinista en Nicaragua. Conferencia de los no alineados en La Habana. Intervención soviética en Afganistán.

1980

Proceso revolucionario en Salvador. Ejecución de Somoza en Paraguay. Miles de cubanos se refugian en la embajada de Perú en La Habana. Ola de emigración autorizada en Cuba (Mariel). Segundo congreso del Partido Comunista Cubano.

1982

Guerra de las Malvinas.

1983

Negociaciones de Contadora sobre América Central. Intervención militar americana en la isla de Granada. Protestas populares masivas en Chile. Proceso de democratización en Uruguay y Argentina.

1984

Victoria sandinista en las elecciones nicaragüenses. Elecciones presidenciales en Brasil.

1985

Llegada de Gorbachov al poder en la URSS.

1989

Fin de la guerra de Angola. Referéndum que pone fin a la dictadura de Pinochet en Chile. Caída del muro de Berlín. Intervención de Estados Unidos en Panamá. Caída de Ceaucescu en Rumania. Revolución de terciopelo en Checoslovaquia. Proceso y ejecución de Arnaldo Ochoa y Tony de la Guardia en Cuba.

1990

Los sandinistas pierden el poder en Nicaragua. Periodo especial en Cuba.

1993

Liberación del dólar en Cuba.

1998

Visita del Papa a Cuba.

Fotos



Jorge Ricardo Masetti junto al Che Guevara en las oficinas de Prensa Latina.



Jorge Ricardo Masetti en Cuba,
durante la crisis de los misiles de 1962,

poco antes de partir para Argentina a organizar la guerrilla.



MINISTERIO DEL INTERIOR
Managua



SE HACE CONSTAR QUE EL COMPAÑERO "MARTIN", PERTENECE AL MINISTERIO DEL INTERIOR, Y ESTAN AUTORIZADO A REALIZAR LAS TAREAS PROPIAS DE ESTE MINISTERIO, POR LO QUE SE RUEGA A LAS AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES, BRINDARLE LA COLABORACION NECESARIA.

MANAGUA, D. ... de 1979.

MINISTERIO DEL INTERIOR
FSLN
Nicaragua

SILVIO CASCO
Asistente del Ministro

EJERCITO POPULAR SANDINISTA

A: Autoridades Civiles y Militares
DE: Secc. Tropas Guarda Fronteras
ASUNTO: PERMISO PARA PORTAR ARMA
FECHA: Junio 9, de 1980.

Por este medio se autoriza al Compañero Jorge Ricardo Masetty, Jefe de Operaciones de la Sub-Secc. Tropas Guarda Fronteras, de la VII Región Militar, para portar Arma Stikin, AO.7605E, 9 mm. corto con 5 cargadores. El se dirige a la VII Región.

Agradeciendo la atención que le brinden al Compañero, me suscribo revolucionariamente

EMBAJADA DE LA REPUBLICA DE CUBA
MEXICO, D. F.

Jorge Masetti se incorporó a la lucha armada en Argentina en 1972. Cuando participó en su primera acción armada, apenas tenía diecisiete años. Después de recibir instrucción militar y guerrillera en Cuba, y de una estancia en Europa (la foto superior de la derecha fue tomada en Italia en 1977), participó, en 1979, en la insurrección sandinista en Nicaragua. En 1980, en México, vuelve a establecer contacto con los servicios secretos de cubanos, que lo destinarán al departamento MC («moneda convertible»), del Ministerio del Interior de Fidel. Foto inferior derecha: en Cuba en 1989.



De izquierda a derecha: Patricio de la Guardia, un guardaespaldas y Tony de la Guardia. Fotografía tomada en 1988 en París delante de la iglesia Saint-Séverin.



12 de febrero de 1989, boda de Jorge Masetti con Ileana de la Guardia, hija de Tony de la Guardia (primera por la izquierda), en casa de Patricio.

Sobre el autor y la obra

Jorge Masetti, hijo de un célebre revolucionario y, a su vez, «hijo de la Revolución», revela en este perturbador testimonio la cara oculta de la actividad internacional del Estado cubano, que, protegido por el aura bien pensante de su particular interpretación del marxismo leninismo, no duda en violar todas las leyes para sufragar su política

expansionista en Africa y América. El desgaste económico de Cuba obligó a los líderes de esos grupos agitadores a buscarse sus propios medios de subsistencia, con lo que se borró muy pronto la estrecha frontera entre operativos militares y delincuencia. Así, ésta no sólo es la historia de la segunda fase de la guerrilla, después de la muerte del Che, sino también la de la toma de conciencia del propio Masetti, cuyo itinerario está íntimamente ligado al de la reciente historia cubana.

JORGE MASETTI

Nació en 1955 en Argentina, pero creció en Cuba. Su padre, Ricardo Masetti, fallecido en 1964, fue amigo de Che Guevara y fundador de la agencia informativa Prensa Latina. En 1974, Jorge Masetti entró a formar parte de los servicios cubanos de espionaje e inició su actividad como agente en varios frentes de Latinoamérica, que prosiguió sin interrupción hasta el tristemente célebre «proceso Ochoa». Iniciado en 1989 por Fidel Castro ante el temor de que Estados Unidos revelara las pruebas de la implicación de Cuba en el tráfico de drogas y de marfil, este proceso culminó con la condena a muerte de los conocidos militares Arnaldo Ochoa,

héroe de guerra en África, y Tony de la Guardia. Masetti, que era no sólo amigo de Tony, sino también su yerno, se exilió en 1990 en Francia, donde publicó, en 1993, *El furor y el delirio*, que ahora presentamos en una edición enteramente revisada y actualizada.

Notas

2 «El hijo de Masetti» La Habana, mayo de 1965

[1] Frente Oriental Frank País; allí se le confía la dirección de Personal e Inspección territorial, la del Servicio de Inteligencia y la Policía Rebelde. Bajó de la Sierra con el grado de comandante. Tras la toma del poder en 1959, participó en la creación del Ministerio del Interior (Minint), donde se le designó responsable máximo del Viceministerio técnico y de la Dirección General de Liberación Nacional. Desde 1975 dirigió el Departamento de América del Comité Central del PCC.

En 1968, como responsable de la DGI (Dirección General de Investigación), jugó un papel de primer orden al hacer abortar el complot

anticastrista llamado de la «Microfracción», en el que estaban involucrados militantes del antiguo Partido Comunista Cubano (PSP), auspiciado por la embajada soviética en La Habana. Según los rumores, a raíz de este hecho Piñeiro fue destituido de la DGI por presiones del KGB; sin embargo, conservó su cargo de viceministro del Minint, y de miembro del Comité Central. Pero fue en su cargo de director del Departamento de América donde ejerció su mayor influencia, por tratarse del organismo destinado a difundir, organizar y dar apoyo logístico a las operaciones conspirativas y de lucha armada en el

conjunto del territorio americano. El Departamento de América gozaba de total autonomía, poseía su propia logística, su organismo de estudio integrado por especialistas, y antenas propias en el exterior. Piñeiro detentaba el privilegio de proponer o vetar a los funcionarios con rango de embajador y de consejero designados a ocupar cargos, principalmente, en las embajadas cubanas en América Latina. Este hombre, que detentaba los secretos del dominio reservado de Fidel Castro, falleció en un accidente de tránsito en la madrugada del 12 de marzo de 1998, tras asistir a una recepción en la embajada de México. Según la versión

oficial, sufrió un infarto mientras conducía su propio coche (por lo general siempre iba acompañado de su chófer personal). Al acelerar involuntariamente bajo el efecto del infarto alcanzó una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora. Fue enterrado a las once de la mañana el mismo día de su muerte.

Desde 1959, Piñeiro forma parte como actor principal de la acción clandestina cubana en el exterior, de la memoria histórica de América Latina de los últimos cuarenta años. Aparte de una entrevista a la revista cubana *Tricontinental*, realizada a raíz del treinta aniversario de la muerte de

Ernesto «Che» Guevara, Piñeiro fue renuente a los encuentros con la prensa, y hasta su muerte nunca publicó nada; corría, sin embargo, el rumor de que estaba escribiendo sus memorias. No obstante, en los últimos meses, contrariamente a su costumbre, comenzó a frecuentar algunas embajadas y no rechazaba el contacto con algunos periodistas, también buscaba establecer de nuevo contacto con algunos latinoamericanos involucrados en la lucha armada durante los años sesenta con quienes había roto.

Graduado por la Universidad de Columbia, contrajo matrimonio en Estados Unidos con la bailarina

norteamericana Loma Borsten, con quien tuvo un hijo. Tras el golpe de Estado de Pinochet en Chile, contrajo matrimonio con la periodista chilena Marta Harnecker, exiliada en Cuba.

Piñeiro fue el responsable cubano que mejor encarnó el tipo de personaje próximo a Fidel Castro destinado a llevar de frente una doble vida: la institucional y la conspirativa.<<

4 La vida clandestina Buenos Aires, 1972-1973<<

[1] Montoneros: organización guerrillera de origen peronista, orientada al socialismo, tenía como símbolo de referencia a Eva Perón.<<

[2] ERP: organización guerrillera de inspiración castro trotskista.<<

[3] Alianza Anticomunista Argentina (Triple A): grupo paramilitar apoyado por sectores de extrema derecha del ejército y de la policía, creado en 1973 por López Rega, «el Brujo», ministro de Bienestar Social durante el gobierno de Isabelita Perón, de quien fue también su principal consejero.<<

5 Punto Cero Cuba, 1974-1976<<

[1] Tupamaros: organización guerillera uruguaya, se caracterizó por su audacia y la espectacularidad de sus acciones en el área urbana. Fue una de las guerrillas de más éxito del continente. Raúl Sendic fue su máximo dirigente.<<

[2] MIR, fundado en 1965, se caracterizó porque la mayor parte de sus dirigentes provenía de «la juventud dorada» de Santiago y Concepción; muy influenciados por las tesis cubanas, partidarios de la lucha armada, contribuyeron, junto con el ala de extrema izquierda del PS, a la radicalización del ambiente político durante la presidencia de Salvador Allende. Tras el golpe de Estado del general Augusto Pinochet, su principal dirigente, Miguel Enríquez, entra en clandestinidad; descubierto su escondite, muere en un enfrentamiento con el ejército chileno.<<

[3] El único documento conocido del intento guerrillero de Ernesto «Che» Guevara en Bolivia emanaba del ELN. Tras la muerte de Che Guevara, Inti Peredo, uno de los sobrevivientes bolivianos de la guerrilla, toma la dirección del ELN e intenta de nuevo desencadenar la lucha armada en Bolivia. Tras la muerte del Inti, asesinado en La Paz, su hermano, el médico Oswaldo «Chato» Peredo, asume a su vez la dirección del ELN y realiza un intento de foco guerrillero en Teoponte, que se salda con la muerte de la mayoría de los integrantes del grupo. <<

[4] Junta Coordinadora: instancia cuyo objetivo era coordinar, a nivel operativo y político, la acción de las diferentes organizaciones armadas del cono Sur.<<

[5] Tropas Especiales: cuerpo militar de elite, del tipo Boinas Verdes, destinado a operaciones especiales, tanto en Cuba como en el extranjero.<<

[6] Punto Cero: campo de entrenamiento donde recibían instrucción militar los futuros combatientes extranjeros destinados a promover focos guerrilleros en sus países de origen, principalmente en América Latina.<<

6 Métodos conspirativos<<

[1] AID: Agencia Internacional de Desarrollo, que a veces sirve de cobertura a la CIA.<<

[2] Mario Roberto Santucho: fundador del PRT, cuyo brazo armado era el ERP; murió, junto con la mayoría de los dirigentes del PRT, en un enfrentamiento en las afueras de Buenos Aires, en julio de 1976.<<

7 Soldado en tránsito Italia, 1976-1977<<

[1] Enrique Haroldo Gorriarán Merlo: Pelado Gomarán, dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de tendencia trotskocastrista. Detenido en 1970, participó en la célebre fuga del penal de Rawson en agosto de 1972 junto con Mario Roberto Santucho. Primero huyó a Cuba pasando por Chile, regresa de inmediato a Argentina, donde permanece hasta 1976; tras la muerte de Santucho viaja a Europa, permanece en España y se mueve entre Italia y Francia. A principios de 1979, tras la división del PRT, viaja a Nicaragua. Con el triunfo sandinista se convierte en miembro de la Seguridad del Estado nicaragüense, para

la que dirige operaciones especiales. Detenido por la policía mexicana en 1996, fue extraditado a Argentina; hoy cumple condena perpetua en una cárcel de Buenos Aires.<<

8 El veneno del exilio Italia-Francia, 1978<<

[1] FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas, organización militar-guerrillera cercana al Partido Comunista Colombiano, tal vez el grupo guerrillero más antiguo del continente.<<

11 La victoria sandinista Managua, julio de 1979<<

[1] Renán Montero, o Renán Monleón: oficial de Inteligencia de Tropas Especiales, participó en la mayoría de los proyectos revolucionarios auspiciados por Cuba en América Latina. En 1959 participó, con el célebre revolucionario nicaragüense Fonseca Amador, en el primer intento de derribar la dictadura de Somoza. Herido en la cabeza, fue evacuado a través de Guatemala. Participó en la organización del foco guerrillero de Salta en 1962, dirigido por Ricardo Masetti. Luego, en 1966, participa en La Paz en la organización del foco guerrillero de Ñancahuazú, comandado por el Che Guevara. Cuando comenzaron los

enfrentamientos de la guerrilla con el ejército, Renán abandona La Paz y deja privado de dirección al grupo de colaboradores bolivianos, que veían en él, tanto por su jerarquía como por el hecho de ser cubano, al responsable máximo de la red urbana. La falta de orientación sumió en el inmovilismo al grupo de colaboradores de la ciudad, lo que trajo como consecuencia el aislamiento del grupo del Che, que tras el comienzo de los enfrentamientos nunca más logró establecer el contacto con las zonas urbanas. Más inexplicable aún es el hecho de que La Habana no hubiese nombrado un sustituto. Un vacío que continúa siendo el punto más oscuro

de la historia de la guerrilla boliviana, al cual no da respuesta ninguna de las biografías del Che hasta ahora publicadas. Posteriormente, nombrado cónsul de Cuba en Costa Rica, desplegó desde su cargo una intensa actividad de colaboración con los sandinistas en su lucha contra la dictadura de Somoza. Tras el triunfo sandinista, en reconocimiento a los servicios prestados le otorgan la nacionalidad nicaragüense y lo nombran jefe del Servicio de Inteligencia de ese país.<<

12 Guardafrontera Nicaragua, San Carlos, 1979<<

[1] EGP: Ejército Guerrillero de los Pobres, fue una de las cuatro organizaciones guerrilleras que operaron en Guatemala desde los años setenta hasta que se firmaron los acuerdos de paz en diciembre de 1996. <<

13 La bazooka de Santiago México, 1980<<

[1] Rolando Morán: histórico dirigente guatemalteco, fue miembro del Partido Comunista (PGT), muy cercano al Che, a quien conoció en la embajada argentina, donde se habían refugiado ambos tras el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz en 1954. Exiliado en Argentina, luego en Praga, participó, junto con Luis Turcios Lima, en la Conferencia Tricontinental que tuvo lugar en La Habana en enero de 1966. En el momento de su muerte estaba inmerso en la organización de un partido político integrado por las cuatro organizaciones guerrilleras, con miras a participar en las próximas elecciones presidenciales. Su nombre verdadero era Ricardo

Ramírez; falleció en julio de 1998 en la ciudad de Guatemala.<<

19 De nuevo conspirar Buenos Aires, 1984-1985<<

[1] Andrés Pascal Allende: sobrino del presidente Salvador Allende, tras la muerte de Miguel Enríquez pasó a ocupar el cargo que éste detentaba de secretario general del MIR.<<

21 «Sin dinero no hay revolución» Managua-Panamá-Cartagena de Indias 1986<<

[1] M 19: movimiento guerrillero colombiano que se dio a conocer en los años setenta por sus acciones espectaculares; entre ellas, la toma de la embajada dominicana en 1980, que tuvo un final feliz, y la ocupación del Palacio de Justicia, que tuvo un desenlace particularmente sangriento.<<

[2] ELN: Ejército de Liberación Nacional creado bajo influencia del castrismo, al que perteneció el sacerdote Camilo Torres, muerto en combate en 1966.<<

23 Patente de corso La Habana, 1988<<

[1] Entrevista con Gianni Mina, México, julio de 1991.<<

26 «Traficantes de droga internacionales» La Habana, junio de 1989<<

[1] General Arnaldo Ochoa: aún adolescente se incorporó como combatiente en la Sierra Maestra, integrante de la famosa «columna invasora» dirigida por Camilo Cienfuegos, que fue la primera en entrar en La Habana en enero de 1959. Se formó como oficial de carrera en la URSS. Participó, junto con otros oficiales cubanos, en la guerrilla en Venezuela, luego tuvo responsabilidades militares en Nicaragua, Angola y Eritrea, donde, a solicitud de Mengistu Haile Mariam, en conflicto con Somalia, emprendió en 1978, al mando de una fuerza internacional integrada por tropas soviéticas y cubanas, una ofensiva

contra las tropas somalíes, infligiéndoles una célebre derrota en el paso de Kara Marda. Las posiciones claves del territorio de Ogadén pasaron a manos de las fuerzas comandadas por Ochoa. La batalla de Kara Marda es considerada hoy como un modelo del arte de la guerra regular, y es estudiada en academias militares. Se le concedió la orden de Héroe Nacional de Cuba, máxima condecoración cubana. Fue fusilado el 13 de julio de 1989.<<

[2] Haydée Santamaría perteneció al núcleo de los dirigentes históricos del M-26 de julio, fue junto con Melba Hernández la única mujer implicada en el célebre asalto al Cuartel Moncada. Jugó un papel de primer orden durante el periodo de la lucha armada realizando tareas clandestinas en las zonas urbanas. Tras la revolución, contrae matrimonio con Armando Hart, también dirigente del M-26 de julio. Fue miembro del Comité Central, pero se dio a conocer, en particular, como fundadora y presidenta de la Casa de las Américas, por la importante labor internacional desarrollada al frente de esa institución. Tras el fallecimiento de Camilo

Cienfuegos, de Ernesto «Che» Guevara y de Celia Sánchez, ella era, después de Fidel Castro, el personaje más emblemático del núcleo histórico-dirigente de la revolución. Es interesante recalcar que Haydée Santamaría se suicidó precisamente en julio de 1980, época que coincide con la acusación de tráfico de drogas que lanza Estados Unidos públicamente contra su hermano. Nunca se divulgaron las razones de su muerte voluntaria. Se dice que Fidel Castro no asistió a su entierro. ¿Tuvieron que ver en su decisión de morir las acusaciones en contra su hermano? No sería imposible.<<

27 La condena a muerte La

Habana, junio-julio de 1989<<

[1] Kundi Pahama fue ministro de la Seguridad en Angola, principal interlocutor de Patricio de la Guardia durante su estancia en ese país.<<

[2] Cuito Cuanavale: célebre batalla contra las tropas sudafricanas en Angola en 1988, de la que salen victoriosas las tropas cubanas.<<

[3] Carlos Aldana: fue jefe del despacho de Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas, fue responsable del Departamento Ideológico; de Relaciones Internacionales y de Educación, Ciencia y Cultura; de la delegación que negoció el retiro de las tropas cubanas de Angola. Alcanzó una notoriedad tal que llegó a considerársele como el posible delfín de Fidel Castro. Fue destituido de todos sus cargos en 1992.<<